

Maya Lorena Pérez Ruiz

La conjura del tiempo

Maya Lorena Pérez Ruiz

La conjura del tiempo



Maya Lorena Pérez Ruiz es antropóloga por profesión y escritora por vocación.

Forma parte del colectivo latinoamericano *Mujeres que Cuentan* que ha publicado cuatro antologías de cuentos: *Once Mujeres que cuentan* (2017), *Mujeres que cuentan erotismo* (2018), *Mujeres de miedo que cuentan* (2019), y *Mujeres que cuentan secretos* (2020).

En 2021 publicó su libro de cuentos *Vientos desnudos*, en Juan Pablos Editor, México, en la Colección Punto y Coma.

Y en 2023 participó con un ejercicio de autobiografía en la obra colectiva *Entre Siglos. Infancias*, INAH-Bonilla Artigas, México.

Es miembro de la Academia Nacional e Internacional de la Poesía, sede Michoacán, y ha publicado en las antologías de Poetas del Cupatitzio del 2022 y 2023.



Maya Lorena Pérez Ruiz: es doctora en Antropología Social, investigadora de la Dirección de Etnología y Antropología Social del INAH y miembro del Sistema Nacional de Investigadores de México, Nivel III. Desde 2021 forma parte del Comité Científico de la Comisión Intersecretarial de Bioseguridad de los Organismos Genéticamente Modificados de México (CIBIOGEM). El centro de su trabajo son los pueblos indígenas en sus relaciones con el Estado mexicano y la sociedad nacional: su vida social, política, cultural e identitaria, la patrimonialización de sus culturas y conocimientos, la interculturalidad y el diálogo de saberes. Es autora de 14 libros y ha publicado más de 100 artículos y capítulos.

Entre sus últimas publicaciones están los libros:

En coautoría con Arturo Argueta, de 2019: *Etnociencias, interculturalidad y diálogo de saberes en América Latina: Investigación colaborativa y descolonización del pensamiento*, México, Juan Pablos Editores.

Y, en coautoría con Benjamín Apan, de 2022, *Las aguadoras de Uruapan. Un ritual de vida y esperanza*, México, Juan Pablos Editores.

La conjura del tiempo se gestó al finalizar el siglo XX cuando conocí el puente más moderno de La Paz, Bolivia. Desde allí podían verse las cumbres nevadas del Illimani y me resultaba inexplicable por qué la población de origen campesino, ya urbanizada y con gran poder económico, había escogido ese lugar para ritualizar sus bodas; mientras que para algunos jóvenes ciudadanos era el mejor sitio para suicidarse. Ante las incógnitas mi espíritu antropológico pronto fue suprimido por un impulso que me obligó escribir una novela. Estaban allí, el lago Titicaca y la cordillera nevada, las culturas milenarias y los rituales andinos, los misioneros colonizadores, las cholas frondosas y risueñas, las cofradías católicas de danzantes, la feria anual de miniaturas, el trato injusto de los “blancos” hacia los pobladores originarios y, por supuesto, lo que se gestaba ya como una ruptura inevitable de la sociedad ante la magnitud de la discriminación y la injusticia. Y, sin embargo, lo que escribía no era un espejo, sino la creación de otro país, otras lenguas y a otras personas, como si un canto telúrico emanara de ese lugar para dictarme la escritura (Maya Lorena Pérez Ruiz).

La novela de Maya Lorena se desarrolla al pie de la cordillera en un lugar imaginario de Suramérica para mostrar la complejidad de un mundo que, a *contrario sensu* de lo que vaticinaban los obispos y pregoneros capitalistas de un feliz planeta homogeneizado. Nos muestra la existencia de acontecimientos y tiempos que se mezclan o se aparecen íntimamente como localidades significantes, donde la lucha entre “lo tradicional” y “lo moderno” producen nuevos micros o macromundos paradójicos y plurales, sin los resultados felices a los que nos pretendía someter la teleológica visión del Occidente. Así, en el pensar y quehacer de sus personajes, en sus sentires y pensamientos profundos, se tejen en la novela hilos literarios capaces de dar cuenta de “realidades otras” —muy nuestras— que las ciencias de la historia objetiva no son capaces de mostrar.

Maya Lorena sorprenderá al lector con esta magnífica novela, de igual forma en que lo hizo con su no menos extraordinario libro de cuentos *Vientos desnudos*, publicado en su primera edición en 2021 por Juan Pablos Editor.

Julio Moguel

Maya Lorena Pérez Ruiz

La conjura del tiempo



La conjura del tiempo

Colección Punto y Coma

Maya Lorena Pérez Ruiz

La conjura del tiempo



Juan Pablos Editor

México, 2024

Pérez Ruiz, Maya Lorena

La conjura del tiempo / Maya Lorena Pérez Ruiz, autora. - - México :
Juan Pablos Editor, 2024

1a. edición

343 p ; 15 x 23 cm

ISBN: 978-607-711-722-3

T. 1. Novela - México

T. 2. Literatura mexicana

PQ7297.P47 C66

LA CONJURA DEL TIEMPO
Maya Lorena Pérez Ruiz

Primera edición, 2024

D.R.©2024, Maya Lorena Pérez Ruiz

D.R.©2024, Juan Pablos Editor, S.A. de C.V.
2a. Cerrada de Belisario Domínguez 19
Col. del Carmen, Alcaldía Coyoacán
México, 04100, Ciudad de México
<juanpabloseditor@gmail.com>

Fotografía de portada: “Ciclos”, de Patricia Quijano Ferrer,
acrílico sobre tela, 50x70, 2023.

ISBN: 978-607-711-722-3

Impreso en México

Juan Pablos Editor es miembro de la Alianza
de Editoriales Mexicanas Independientes (AEMI)
Distribución: TintaRoja <www.tintaroja.com.mx>

ÍNDICE

I. Para sembrar el tiempo nuevo	9
II. Con el tiempo en espiral	51
III. El santo señor crucificado	81
IV. El puente de las culturas	107
V. La hermandad del nuevo mundo	131
VI. Un río con voz profunda	171
VII. Un cinturón de colores	217
VIII. Para remendar el mundo viejo	257
IX. Si la esperanza tuviese alas para volar	283
X. Con buenas intenciones se siembra el camino al cielo	309

I
PARA SEMBRAR
EL TIEMPO NUEVO

En un país que no tiene mar el tiempo se encierra entre las montañas nevadas, el gran lago y el paisaje marrón de las planicies secas.

Los ríos fluyen entre las laderas y cumbres agrestes de la cordillera.

En el cielo intensamente azul navegan los sueños de los mortales y con majestuosidad los cóndores, mensajeros de las antiguas deidades que hacen girar el tiempo en forma de caracol para que el pasado pueda verse de frente y el futuro por detrás.

Cuando el tiempo gira y cumple un ciclo, en las lejanas tierras del Sur los habitantes de la República de Imantaña, enclavados en su historia, sienten el paso del tiempo.

Para los que saben mirar será época de cambio, de colmar con esperanzas el naciente amanecer.

Sólo los necios, atrapados en sus miedos y jactancias, mantendrán la obstinada necesidad de controlar el devenir, repitiendo mucho de lo que es y fue.

—¿Robo de genes de los indios altiplánicos? ¿Y fueron sacados del país en aviones norteamericanos? ¡Es inaudito que nadie supiera nada! —increpa encolerizado Fredy Anthony Clark a los miembros del Gabinete de Seguridad Interior, reunidos de emergencia en el Salón Oval de los Acuerdos —. Están allí el vicepresidente de la república, los ministros de Guerra y Gobierno Interno, de Salud y Educación, de Relaciones Exteriores, y de Asuntos Indígenas, Religiosos y Género que extrañamente aglutina a indios, misioneros y mujeres, como si fuesen en su alteridad la misma cosa.

Ninguno de los funcionarios se aventura a responder. Tan grave es la acusación que se miran con la avidez de que la culpa recaiga en el vecino para librarse de cualquier responsabilidad. Se mueven inquietos e invocan a la suerte para que la podredumbre de la corrupción se despeñe en el olvido, en la grisura ineficiente de las oficinas de gobierno.

—¿Y cómo pudieron hacerlo? ¿Cómo es que pudo enterarse la prensa extranjera antes que nuestros servicios de inteligencia? ¿A qué se dedica, pues, su ministerio? —le reclama el presidente de la república al ministro de Seguridad e Inteligencia—. Y con la misma interrogante acusadora increpa a los demás funcionarios que se achican sumidos en los aterciopelados sillones de la sala.

Sobre sobre la mesa oval los periódicos exponen sus verdades: *The New Times*, versión en español vocea: “TRÁFICO ILEGAL DE GENES HUMANOS EN LA REGIÓN DEL ALTIPLANO”. *La Crónica de Hoy*, el principal diario nacional grita indignado: “¡BASTA! CON ANUENCIA DEL GOBIERNO SE TRAFICA LA SANGRE Y

LOS GENES DE NUESTROS INDIOS ALTIPLÁNICOS”. En tanto, con un mensaje similar los demás matutinos reproducen las notas de la *BBC de Londres*, de la agencia *Efe* francesa y de *El País*, prensa española: “CON LOS GENES INDOAMERICANOS LOS ESTADOUNIDENSES BUSCAN MEJORAR SU RAZA” O “GENES DE INDIOS DEL ALTIPLANO PARA FORTALECER LA BIOGENÉTICA DE LOS ESTADOS UNIDOS”.

Se acusa a los misioneros de la Hermandad del Nuevo Mundo de obtener muestras de sangre de los nativos de la República de Imantaña como objetos de la experimentación biotecnológica en Norteamérica. Los laboratorios que compran tan valiosa información buscan descubrir los secretos de la longevidad de los indios altiplánicos y de su resistencia a las alturas y las bajas temperaturas. La información mezcla datos científicos con ficción, y por su amarillismo parece orientarse a golpear las relaciones diplomáticas con los Estados Unidos de América justamente cuando se discuten las bondades del ambicioso Tratado de Libre Comercio en el Cono Sur. Sólo dos articulistas se preguntan por la ética de los científicos que se adueñan del patrimonio biológico del pueblo imanteño en beneficio de las empresas que financian sus investigaciones.

—¡Es inaudito! Exijo información sobre cómo ha sido posible que no se detectaran los embarques aéreos, nada menos que cargados con la sangre robada de nuestros nativos —increpa el presidente, ante un hecho insólito, propio de la ciencia ficción, su mirada puesta sobre el ministro de Guerra y Gobierno Interno—.

El ministro no se da por aludido y finge revisar las anotaciones que lleva consigo, e igual que los demás asistentes, deja correr el tiempo hasta obtener la información de sus oficinas. Miran sus relojes y se frotan las manos, sin atreverse a comentar con su vecino, alimentando la suspicacia, la desconfianza

y el temor. El silencio lo quebranta el presidente con pasos nerviosos que acompaña con preguntas reiterativas para las que todavía no existen respuestas.

En el salón se respira un aire denso, estancado entre los muros centenarios de ese edificio de gobierno en el que por siglos se han tomado las decisiones importantes sobre la República de Imantaña.

—Y la embajada, ¿no ha llamado todavía? —pregunta el mandatario, como si en el mundo existiera una sola embajada y fuera la “americana” —.

Nadie responde tampoco ahora. Los ministros lo miran temerosos de que cualquier movimiento o gesto denote su presencia. Anthony Clark calla, los brazos anudados en la espalda, la mirada vaga, tratando de comprender. El vicepresidente Fernando Quiroz Magaña, agobiado por la espera se levanta para dirigirse a los ventanales antiguos, de maderas tropicales y vidrios biselados. Abre el más cercano y respira a bocanadas el viento que esa mañana baja frío de la cordillera. Observa los filos de las montañas, sus formas caprichosas, y se pregunta lo que sucede allá arriba con los indios, con su austera vida que transcurre entre la aridez de la puna, típica de la alta montaña, y la belleza arisca de las cumbres nevadas.

Media hora después llegan las notas informativas perfectamente subrayadas: las líneas rojas indican lo importante y las verdes lo contextual. Cada ministro procede a leer las suyas, su cuerpo como barrera contra los que tiene junto a él, sus posibles acusadores. Están deseosos de que los reportes los exima de cualquier responsabilidad, ya sea por la gracia de una firma ausente, de una copia ilegible o de un archivo extraviado. El presidente Clark se detiene, los observa y con voz aguda exige que le informen.

—Usted mismo, señor presidente, dio el visto bueno para el procedimiento —responde cabizbajo el ministro de Salud

y Educación—. Fue usted, su señoría, quien firmó el convenio que autoriza que en ciertos lugares de nuestro territorio aterricen aeronaves estadounidenses con la ayuda humanitaria que brindan las iglesias a los sectores pobres del país —murmura con voz ahogada por una mezcla de temor y desaliento—. Traicionan su serenidad los músculos tensos de la cara, el leve temblor de su ojo izquierdo, y su mirada empañada por el recuerdo de que fue él quien puso en su escritorio el documento para la firma del acuerdo.

—Como se trata de regiones aisladas, con poca atención gubernamental, así se creyó conveniente señor presidente —complementa titubeante el ministro de Asuntos Indígenas, Religiosos y Género, el segundo responsable de elaborar el acuerdo, quien omite ver al presidente mediante el truco de subrayar la información con su pluma MontBlanc—. Como su excelencia podrá imaginar, en tales condiciones es sencillamente imposible que mantengamos control sobre lo que las aeronaves transportan de regreso a los Estados Unidos.

—De esa manera ha sido —se atreve a intervenir nuevamente el ministro de Salud y Educación, alentado por la participación de su colega que ha puntualizado la responsabilidad directa del mandatario, con el evidente propósito de disminuir la suya—. Son varias las iglesias que prestan servicios médicos, distribuyen medicinas y vacunan a la población. Sólo que igual que vos, su señoría, nunca nos imaginamos que fueran capaces de traficar con la sangre de nuestros nativos. Son gente religiosa.

Fredy Anthony Clark los mira. No recuerda haber firmado nada relativo al tema y si lo hizo lo olvidó, como hace con lo rutinario. O tal vez lo firmó sin leer, como sucede con los asuntos que provienen de esa embajada, generalmente tratados en reuniones bilaterales y cuyos acuerdos luego le son llevados únicamente para su oficialización. Busca que los mi-

nistros le digan algo más que le haga recordar, sólo que éstos no están dispuestos a hablar. El silencio regresa al salón. Por crisis menos severas hace apenas unos días un par de funcionarios fueron obligados a renunciar y ahora la responsabilidad recae directamente en la máxima autoridad del país. Ante ese escenario el ambiente se tensa aún más. Sobre los ministros que han hablado se fijan las miradas acusadoras de los no involucrados, ahora relajados y con un disimulado alivio.

Clark va de un lugar a otro arreglándose nerviosamente el cabello, mientras reflexiona cómo ha de proceder. Seguramente al firmar tan absurda, y ahora comprende, peligrosa autorización, supuso que la ayuda piadosa es siempre un acto inocente de benevolencia, o tal vez fue eso lo que le dijeron sus ministros para que firmase. El punto es que ahora las consecuencias de su descuido están a la luz y debe actuar de inmediato.

—¿Y nunca establecimos normas de revisión? ¿Algún control? —pregunta esperanzado—. Tal vez por allí haya alguna cláusula, una acotación para salir a flote.

—No, su señoría. Por petición directa de la embajada se les dieron todas las facilidades. Después de todo era para causas humanitarias —interviene ahora el ministro de Guerra y Gobierno Interno que, sin estar directamente implicado, sabe que de él depende la seguridad del mandatario, lo mismo que la estabilidad política del país—.

El presidente lo mira intensamente con la intención de que le indique cómo debe proceder. El militar sostiene su mirada sin ningún gesto que delate sus pensamientos. Él está allí únicamente para hacer valer la legalidad de sus acciones.

Clark vuelve a caminar por el salón. Se asoma por la ventana para contemplar también la cordillera. Los demás lo miran expectantes. Está por articular, no sabe si una pregunta o una respuesta, cuando entra el primer secretario visiblemente preocupado. Respira con dificultad luego de subir con pri-

sa los tres tramos de escaleras que vienen del sótano, donde se ubica el radiotransmisor que conecta el Palacio de Gobierno con las alcaldías de los pueblos rurales. Su origen social es diferente al de los demás funcionarios. Su posición de clase inferior se evidencia en el color oscuro de su piel, en los titubeos de su lenguaje corporal, en el timbre sumiso de su voz, en la manera en que articula el castellano, salpicado de arcaísmos. Al mandatario le molesta su manera rústica de hablar en la que el pasado no siempre se distingue del presente como resabio de una concepción cíclica del tiempo en la que, además, todo es capaz de hacer y decir como si tuviese vida. Tolerar a ese tipo de personal únicamente por recomendación de la Consejería de la República para darle un matiz nacionalista a la oficina presidencial, y contrarrestar así el apellido extranjero del mandatario, asociado a los dueños de las minas del país.

—¡Que ya lo agarraron! ¡Al misionero! —exclama el secretario, moviendo las manos como si pretendiese encapsular el mal agüero que trae con su mensaje—. Ahicito nomás lo tienen amarrado en el dispensario. Los indios lo quieren matar, al misionero, señor presidente. Que eso de vender la sangre y operar a las señoras para que no vuelvan a tener familia es un pecado de lo más grave. ¿No ve que es ofensa para la Madre Tierra? Que ya, pues, las hojitas de la coca lo han sabido decir a la gentecita de allá arriba. ¡Ay su señoría, que está muy feo el asunto! —Una vez dicho el mensaje se queda inmóvil con las manos cruzadas en el pecho—.

Los presentes no atinan a reaccionar. No hay nada que teman más que una turba de indios alebrestados. Así está escrito en la historia de la República de Imantaña y así está pautado en la memoria de todos sus habitantes. El vicepresidente de la república está por hablar cuando al salón entra el segundo secretario con la respiración entrecortada y un gesto de angustia.

—La embajada, su señoría. Que lo hablan a vos de la embajada, señor presidente.

Clark regresa a la mesa oval, los mira a todos, levanta el pecho y, como toro lanzado al ruedo, llega a su escritorio y toma el teléfono, instalado por el Ministerio de Seguridad e Inteligencia para este tipo de llamadas. Todos lo observan. Tratan de adivinar el tono del embajador norteamericano y lo que dirá para disculparse por la gravedad de los hechos denunciados. El tráfico de sangre y la operación de las mujeres sin consentimiento son hechos graves que traslucen la complicidad de los funcionarios de la embajada con los misioneros de la Hermandad del Nuevo Mundo. Los presentes, cansados de la altanería del personal de esa embajada, ahora están felices de que deban disculparse.

—Sí, señor embajador... Cómo no... Haremos todo lo posible... Por supuesto su señoría... La legalidad, sí, en todo momento es indispensable... Ni duda cabe en las prioridades de mi gobierno... Cuento con ello señor embajador... Los derechos humanos... Sí, sí, señor... Es absolutamente comprensible... ¡Listo! señor embajador. Seguimos en contacto.

Con el rostro enrojecido el mandatario se deja caer en el sillón presidencial, estampado con la insignia de la República de Imantaña que ese día parece incapaz de protegerlo. En ella se fusiona la fuerza del cóndor andino, con los olivos, los laureles y la corona real, reminiscencia de la colonización española. De sus labios regordetes no salió ninguna queja. Ningún reclamo sobre la violación de la soberanía nacional. Ni un asomo de la exigencia de que se compense el daño infligido a la población imanteña. Los ministros desvían sus miradas para no delatar su sorpresa frente a la mansedumbre del mandatario, y los secretarios, igualmente confusos, agachan la cabeza y se retiran, los pies derrotados sobre la vieja y gastada alfombra.

—¿Malas noticias, señor? —se atreve a preguntar el vicepresidente de la República—.

Clark, con la espalda corva, los hombros caídos, parece no querer estar allí. ¿Cómo no obedecer al embajador del país más poderoso del mundo?, reflexiona. Le gustan los estadounidenses, los admira en su potencia, se ha educado con ellos, y sin embargo también es cierto que ama a su patria y ha jurado defenderla ante cualquier injerencia violatoria de su soberanía. Necesita hacer cumplir la ley y realizar con dignidad su función como presidente de la República, aun así, sabe que no puede generar una confrontación con una gran potencia en la que los imanteños saldrán perdiendo.

—Los americanos están molestos por el secuestro del misionero en el dispensario del Lago Pawqara y nos piden actuar militarmente para rescatarlo. Temen que haya más secuestros, así que la intervención de nuestro ejército a favor del misionero debe ser ejemplar para desalentar acciones similares —murmura agobiado por su impotencia—.

—¿La embajada pide protección para el saqueador? ¡Es inaudito! ¿Y cómo se enteraron de la situación antes que la prensa y, lo peor, antes que nosotros? —grita indignado el vicepresidente—. Se ha puesto de pie y con su mirada busca el apoyo de los ministros que simulan leer sus notas para evadir la invitación a rebelarse.

—¡Nos saquean! ¡Violan nuestra soberanía! ¿Y nos exigen que rescatemos al misionero? ¡Es el colmo del cinismo, señor presidente!

—No, bueno —contesta Clark, preso de las contradicciones—, es que debemos hacer las cosas con legalidad. Con respeto a las normas constitucionales que nos gobiernan. Por ello es de suma importancia resguardar los derechos humanos —dice, mientras levanta con el dedo índice una pizca de

polvo de la superficie de su escritorio y lo mira con obstinación—.

Ninguno de los ministros se atreve a interrumpirlo, latente la esperanza de que reaccione con la dignidad de su investidura.

Únicamente el vicepresidente Quiroz Magaña reta al mandatario, las manos sobre la mesa como un felino a punto de saltar.

Clark no responde al reto. Está convencido de que ha de actuar a su manera en favor de la soberanía del país y sacude la cabeza. ¿Otra humillación? ¿Ahora de parte de su amigo y cercano colaborador? ¡Por supuesto que no!, piensa, con un creciente enojo. Él proviene de una gran familia, lo demuestra su apellido, su poderío económico y los privilegios de su posición. ¿Y entonces? ¿Cómo puede dejarse intimidar por un subalterno?, se dice, mirando con odio a Quiroz Magaña.

—¡Caballeros! ¡Estamos en emergencia nacional! —exclama poniéndose de pie, el mentón alto, los brazos y las palmas de las manos hacia arriba—. ¡Somos una gran nación!, y ninguna potencia será capaz de menguar un ápice de nuestra soberanía. Y es precisamente por la grandeza de nuestra historia que no podemos actuar con irresponsabilidad. La patria nos exige sapiencia para que actuemos bajo las normas internacionales que enmarcan nuestra Constitución. No podemos violar los derechos humanos de ningún ciudadano, cualquiera que sea su nacionalidad, aunque, como en el caso del misionero, éste haya cometido un delito. En nuestro país prevalece el estado de derecho y el responsable de tan ominosa actuación deberá ser llevado ante la justicia para ser juzgado por nuestras leyes. Sólo que antes debemos garantizar su seguridad como lo dicta la legalidad.

El vicepresidente lo mira incrédulo.

—¿Así que no habrá queja ante el gobierno norteamericano? ¿Las relaciones con la embajada seguirán como si ninguna ofensa hubiera ocurrido? —pregunta airado, la mirada sobre cada uno de los ministros exigiendo su apoyo—.

Clark, animado por la sumisión pasiva de sus ministros que parecen no haber escuchado a Quiroz Magaña, continúa con su discurso.

—Por lo tanto, señores, debemos tomar medidas para rescatar al ciudadano norteamericano. ¡Caballeros! —grita, con la cabeza erguida— no podemos provocar una crisis diplomática. No ahora que estamos renegociando con los americanos el tratado comercial más importante del siglo. ¡El país lo necesita! Y nosotros, como representantes del pueblo, debemos actuar para salvaguardar nuestros intereses sustantivos —dice, dando un golpe sobre la mesa, para ratificar que son suyas las voluntades de todos esos hombres de traje negro que lo miran azorados—.

Concluye la reunión. Permanecen en el salón únicamente el presidente y el ministro de Guerra y Gobierno Interno. Han de trazar rutas, acciones y procedimientos para poner en marcha un plan militar.

Al despedirse, el presidente Clark le palmea la espalda al general y le susurra el nombre de Fernando Quiroz Magaña.

El militar asiente. Comprende a la perfección lo que tiene que hacer.

En el interior del dispensario el hermano Israel Sampers es vigilado por dos jóvenes sindicalistas que él no conoce. Son jornaleros que viajan a las tierras bajas para contratarse en las grandes plantaciones de coca durante los periodos de siembras y de cosechas.

Sentado en su escritorio los observa. Sus chamarras lustrosas delatan su pertenencia a los sindicatos campesinos y agrarios, de modo que en sus pueblos de origen han de plegarse a las decisiones de las autoridades tradicionales. No son personajes importantes, no participarán en las deliberaciones sobre su situación, pero serán sus guardianes y debe ser gentil con ellos. Se les ve fatigados. Está seguro que participaron en las brigadas que recorrieron el altiplano para difundir las noticias sobre la operación de las mujeres después del parto, la extracción de sangre a los adultos y su envío a los Estados Unidos. Ignora la forma en que se filtró la información, aunque supone que el rumor se difundió con la velocidad con que se expande el olor a tierra mojada cuando se anuncia una tormenta, como suele suceder en esas tierras.

Desde su último paciente de la tarde anterior hasta la madrugada en que fue sacado de su casa, no habían pasado ni ocho horas y ya todos los pueblos del altiplano estaban enterados. Su mujer, alguna vez le explicó la manera local de comunicarse para garantizar que un mensaje importante se transmitiera al tiempo que permaneciera grabado en la memoria colectiva. Se hacían correr las voces individuales hasta formar una gran voz capaz de conservarse, de difundirse y de ir generando

acuerdos sobre lo que cada persona debía hacer. Se transmitía en forma de noticia, conversación o chisme para sobrevivir a la largura incuantificable del tiempo. Ahora, apostado cerca de la ventana observa la multitud que lo rodea. Tiene interés de escuchar los comentarios de quienes deambulan por allí para medir cómo valoran sus acciones. Lo hace sonreír un insólito diálogo entre dos viejos recargados en la pared cercana a la ventana.

—¡Que el gringo ha castrado a las mujeres! ¡Que nos ha sacado sangre para venderla y hacer robots con ella! —dice el primero, azuzado por el imaginario que supone a los estadounidenses capaces de inventar cualquier cosa.

—¿Y qué, pues, es un robot? —pregunta el segundo. Y la inquietud de ambos queda sin respuesta porque son demasiado viejos para saber de esas cosas.

Lo que con seguridad saben los indios, concluye el misionero, son los casos de las mujeres, con nombre y apellido, que después de haber parido en el dispensario ya no pudieron tener hijos. Recuerda cómo un indio le explicó el problema. El vientre de su mujer estaba seco. Y aunque lo regaba cada semana era infértil como la tierra apisonada que se pone dura y el agua no puede penetrar en ella, ya no sirve para nada. “Estoy en un lío enorme”, acepta ante el evidente enojo de los indios, aunque lo enfrentan rústicamente armados, apenas con hondas de cuero, piedras, viejos fusiles y herramientas agrícolas, sabe que serán capaces de todo para recuperar su dignidad.

Continúa observando por la ventana. Son varias decenas de personas las que acampan alrededor. Entre la multitud reconoce a las autoridades de las comunidades de la parte cercana del Lago Pawqara. Faltan todavía las de los territorios vecinos sin los cuales no podrá tomarse ninguna decisión definitiva. Será hasta que estén los mayores de todos los pueblos que vendrá la deliberación. “Algunos van a atacarme. Dirán que vender

la sangre es un pecado que mancilla el alimento para la tierra, la fuerza de los espíritus. Y, sin embargo, habrá los que hablarán a mi favor porque he salvado muchas vidas. A casi toda esa gente la he ayudado y no les quedará más que reconocer mis méritos”, concluye optimista.

El hermano Israel regresa a su escritorio y con un lápiz esboza los argumentos para negociar su situación sobre la base del recuento de favores a las autoridades. Regresa a la ventana para apuntalar su lista: “A ése de allá le salvé a la mujer. A ése de junto le llevé un hijo al hospital. Al que está más atrás le regalé cuarenta láminas para el techo de su casa. Y de las mujeres ni se diga, yo traje al mundo a más de la mitad de sus hijos. Va a ser difícil convencerlos de que el asunto de la sangre es un rumor, pero lo intentaré. A todos los conozco, así que al tenerlos frente a mí los llamaré por su nombre para que recuerden todo lo que me deben”.

Analiza las posibles pérdidas. Lo más significativo será el chalet estilo suizo en que vive y su gran terreno frente al Lago Pawqara. Negociará que le permitan continuar su trabajo en la zona y, de no conseguirlo, que por lo menos que le den el tiempo suficiente para vender su propiedad antes de irse. Tendrá que indemnizar a las familias afectadas por la esterilización y esboza una vía para obtener el dinero. Lo de la sangre no. Eso jamás lo aceptará, y los indios no tienen pruebas. Según sus cálculos tiene un cincuenta por ciento de posibilidades de quedarse. De ganar la otra mitad deberán trasladarse a otra región de la República de Imantaña. Ante esa opción recuerda a su mujer que seguramente será la más afectada ya que, por razones para él incomprensibles, ama profundamente esas tierras y a su gente. De allí la pasión que la mueve cada mañana a dejar la comodidad de su casa, según él, para irse a perder el tiempo con los indios y conversar de cosas generalmente insustanciales. De todas formas, le agradece a Dios su

ausencia en el chalet del lago la madrugada en que fueron a capturarlo, ya que, de haber estado presente, considera que se habría puesto a chillar como cerdo en matadero; o, lo peor, habría intervenido para cambiar la situación con resultados seguramente peores. Él, en cambio, se reconforta al creer que ha empleado la razón y aceptó salir con los indios con tranquilidad, dándose el tiempo suficiente para pensar en la mejor forma de actuar.

La noche se anuncia oscura cuando ya se han reunido todas las autoridades. Van ataviadas con ponchos rojos, con franjas de distintos colores según su procedencia. Los observa iniciar los saludos rituales con la solemnidad del cargo que ocupan y cómo van colocándose de acuerdo a los cuatro rumbos del mundo donde están sus tierras ancestrales. Las mujeres se agrupan con la misma lógica y en cada conglomerado preparan grandes ollas de sopa caliente.

En el altiplano todo se mueve al ritmo de las convenciones y el hermano Israel sabe que el proceso será largo. Para distraerse, en el reverso de la hoja que ha usado para anotar lo esencial de su estrategia de defensa, hace dibujos incoherentes al paso de sus reflexiones. Dos horas después los sindicalistas le entregan un plato de comida. “Es buen augurio que me compartan su alimento” piensa feliz, mientras traga con dificultad la sopa espesa y grasosa típica de la región.

Al arreciar la noche las fogatas se multiplican. Los hombres sentados en el suelo y cubiertos por sus ponchos de lana parecen montículos. “En una de esas fogatas con hojas de coca adivinarán mi futuro”, piensa con ironía. A él, que ha dedicado su vida a llevarle la palabra divina a esos hombres primitivos, lo juzgarán por lo que diga un puñado de adivinos y curanderos. “Si fuere hereje diría que se trata de una mala broma de Dios”, piensa con amargura. De inmediato se arrepiente de su mala broma y se disculpa con Él. Y sólo por no dejar

que sus palabras caigan en el vacío le recuerda todo que ha hecho en beneficio de su fe. “Sí, porque una de las causas de que me tengan prisionero aquí ha sido vender la sangre de los indios a la Fundación para la Investigación Biotecnológica, con la finalidad de aumentar los recursos siempre escasos dentro de la Hermandad del Nuevo Mundo”. “¿Y lo de la esterilización?”, se pregunta mordaz, y con una cínica sonrisa se responde. “Bueno, esa ha sido mi pequeña contribución para controlar esta población que crece como hongos en estercolero. ¡Es evidente cómo mejoran las familias de las mujeres que yo trato!”.

Es de sentido común que ninguna decisión se tomará hasta que salga el sol y, a las cero horas con treinta minutos, el misionero decide dormir en una de las camas del dispensario. Con cuidado lo solicita a sus jóvenes vigilantes que aceptan con la condición de que uno de ellos permanezca sentado a su lado. Con rondas de hora y media cada uno, ellos también podrán dormir. Llevan despiertos más de veinticuatro horas y están agotados.

El hermano Israel sigue inquieto. Se siente vulnerable. Durante años disfrutó de la protección de su país y ahora está a merced de lo que digan unas cuantas hojas de coca. “¿Sabrán mi situación en la embajada?”, se pregunta, pero descarta la idea. Para él los indios son traicioneros y se mueven con cautela. Recuerda una experiencia similar en el país vecino. Allá no hubo deliberación, simplemente llegó la turba para castrar a los médicos cuando la gente se enteró de las esterilizaciones. “Un daño colateral”, piensa con rudeza, los ojos apretados para borrar la imagen que rechaza como futuro. Revisa su trabajo salvando las vidas de los indios, escoria social para muchos. “No, concluye. Aquí no puede repetirse la experiencia de Acamburo. Allá los médicos no eran ministros, sino auxiliares de salud recién graduados. Jóvenes de las brigadas pastora-

les. La diferencia está en que, como misionero de la Hermandad, yo les he dedicado muchos años a estos indios. ¡Toda una vida!”, murmura, arremolinándose con rudeza sobre la angosta cama. “¡Toda una vida!”, se repite mientras recuerda cómo él y su esposa decidieron no tener hijos para dedicarse a salvar las almas de este desagradecido rebaño de indios. Por ellos renunciaron a su país, a las comodidades, a su prestigio. Mary, incluso, recuerda, abandonó su puesto en la universidad para entregarse a la paciente e ingrata labor de traducir la palabra de Dios a la lengua aborigen. Y lo ha hecho sin ningún reconocimiento académico, sin ningún pago. El predicador se sorprende de la importancia del trabajo hecho por su mujer y se dice que tal vez ella sea mejor misionera que él. ¿No es Mary quien recorre el altiplano? ¿No es ella la punta de lanza para que los campesinos lleguen al dispensario? Nunca le ha reconocido el mérito y se convence de que debe hacerlo en cuanto la vea.

Con nostalgia por lo que fueron, se pregunta por las razones que llevaron a Mary a casarse con él cuando tenía treinta y cinco años, y ya llevaba diez de trabajar a favor de la redención de los indios, perdidos por la idolatría. Ella era una joven lingüista de veinticinco años, dispuesta a sacrificar su vida para acceder a las palabras milenarias de los indios de Suramérica. “Es una paradoja que sean los indios el vínculo más fuerte entre nosotros”, piensa, con un dejo de protesta ante Dios por los extraños caminos que construye para sus siervos. Recuerda la abstinencia sexual impuesta a su mujer por el asco prejuicioso que sentía al tocarla, y se estremece al recordar el cuerpo blanco y huesudo de su esposa a quien, por comodidad más que por amor, ha retenido a su lado. “¿Y si no salen bien las cosas? ¿Podrá Mary regresar a recoger su trabajo almacenado en el chalet del lago? No. Nada puede salir mal”, se contesta presuroso, convencido del cariño que los indios le tienen a su

mujer. Está cansado. Una secuencia de bostezos incontenibles lo sacan de sus reflexiones. Apuesta, entonces, por la perspectiva optimista en la que podrán seguir viviendo como siempre, y una modorra despreocupada se apodera del misionero durante los minutos que quedan de la noche.

En la Ciudad de Aynacha, dentro de la Casa del Pastor Comprometido, Mary Sampers y el joven misionero John Mead contemplan conmovidos el noticiario de la televisión. Se informa que los nativos del altiplano tienen secuestrado al hermano Israel Sampers, médico del dispensario del Lago Pawqara y destacado misionero de la Hermandad del Nuevo Mundo.

Dentro del amplio salón de la planta baja están también el hermano Aldair, responsable de la hermandad, más tres jóvenes novatos que se preparan para hacer labor misional en las tierras bajas de la República de Imantaña. Todos han suspendido el desayuno para escuchar las noticias y permanecen de pie. Únicamente Mary ocupa un sillón, perpleja y con las manos sosteniéndose el mentón para mantener la boca cerrada.

Les cuesta trabajo comprender lo que transmite la televisión. A la tercera vez que se repite la información sobre la grave situación de su esposo, Mary se levanta presurosa con la idea de partir de inmediato a la cordillera para hablar con las autoridades nativas que rodean el dispensario. Está convencida de que cualquier acusación en contra de su marido es un malentendido, un rumor, una intriga de las muchas que circulan cotidianamente entre los indios. En los años que tiene de vivir entre ellos ha visto cómo el poco tiempo libre que tienen lo ocupan en inventar intrigas, que después resuelven mediante complejas ceremonias de retribución del daño, creadas para apaciguar humores y reconciliar personas. Ha visto gente que languidece y puede hasta morir si no se atiende mediante complejos procedimientos.

Alguna vez, presencié un ritual de sanación colectiva y los resultados fueron sorprendentes. En la casa del curandero se reunieron los familiares y amigos de un enfermo, más aquellos con los que éste no se llevaba bien, con los que tenía conflicto. Los asistentes formaron un amplio círculo en torno al paciente y permanecieron de pie, con la mirada puesta en el suelo, hasta que a una señal del sanador recitaron su nombre. Sus voces fueron creciendo en volumen hasta formar un clamor fortalecido por el anonimato de la multitud denunciante. El sanador transitaba dentro del círculo para marcar con sus pasos el ritmo de las voces. Sonaban a llovizna si se deslizaba o a chubasco si trotaba. Al detenerse frente a alguien lo alentaba para que gritara sus enconos y se liberara de la rabia hacia el enfermo. La escena se repitió con cada uno de los presentes hasta que las voces concluyeron en un silencio de perdón y reconciliación. Solo entonces la multitud acusadora abandonó el lugar. El hombre, abrumado por el peso de la culpa, se introdujo en el mundo de los espíritus bajo el efecto de alguna planta posiblemente alucinógena. Durante los días de ensoñación el sanador lo acompañó con susurros y cantos, creando un camino de sonidos para evitar su extravío entre la confusión de las pesadillas padecidas en su trayecto. En el laberinto de sus temores y secretos observó su vida y pudo descifrar las afrentas cometidas a sus antepasados. Supo, entonces, lo que debía hacer para resolver sus compromisos no cumplidos. Ya despierto le dio nombre a su enfermedad, reconoció su responsabilidad al provocarla, y enumeró lo que debía de hacer para reparar los daños que por voluntad o por desidia había provocado en los demás.

— Algo así harán con Israel —le explica al hermano Aldair, poniéndose de pie, para convencerlo de que la deje ir en auxilio de su marido—. Sólo tendré que lograr que el obstinado de mi esposo participe en alguno de esos rituales y, ¡listo! ¡Todo resuelto!

El hermano no se convence y ejerce su autoridad para impedirlo. Su presencia puede agravar la situación y hasta podría ser también secuestrada —le explica con el tono paternal con que oculta su desconfianza—. Nunca ha querido a esta mujer y la tolera únicamente por sus habilidades como lingüista, además de que reprueba la libertad con que se mueve, lejos de la vigilancia de la Hermandad. Inútilmente ha reprendido al pastor Sampers por permitirle a su mujer vagabundear por el altiplano sin ningún control y sin una labor misionera precisa. Incluso la presencia de John Mead, planeada por él como apoyo a la labor catequizadora del hermano Israel, se ha vuelto un problema ante la obstinación de Mary de hacerlo su acompañante durante los recorridos que efectúa sin orden ni concierto. La presencia de ambos en la Casa del Pastor Comprometido, mientras el hermano Israel permanecía en el dispensario, es para él una prueba más de que debe intervenir con urgencia para restablecer el orden. “Una vez que se resuelva el problema del secuestro, reflexiona, los Sampers deberán modificar esa situación o me veré obligado a tomar medidas extremas, como trasladar a John Mead a otra región. En el caso de que ella mantenga su rebeldía, tendré que confinarla en el dispensario para que ejerza labores de ayudantía médica bajo la vigilancia estricta de su esposo”, piensa, mientras la toma delicadamente del brazo para obligarla a sentarse.

Las noticias continúan repetitivas durante todo el día y John Mead es el único que permanece junto a ella, en parte para vigilarla, aunque también por la solidaridad y el cariño que siente por ella. Ha sido Mary quien le enseñó a vivir entre los indios y le profesa un enorme reconocimiento. En ese momento la televisión expone una fotografía con el rostro del hermano Israel y el joven siente un placer insano al imaginarlo entumecido por el miedo. Siente su secuestro como un castigo divino por la crueldad de sus acciones, por su envanecimiento al creerse

el mejor representante e intérprete de la palabra de Dios. Él mismo padeció su maltrato el día que llegó por primera vez al altiplano y no está dispuesto a perdonarlo. “De no haber sido por la intervención de su esposa, mi estancia hubiera sido un continuo padecer y tal vez estaría atrapado también en el dispensario”, piensa rencoroso, mientras se acerca a la mujer para tomarle la mano y consolarla.

Llega la noche sin que haya cambios sustantivos en la información televisiva, y el hermano Aldair ordena que todos se retiren a descansar a sus habitaciones.

A las cinco de la mañana un trajín de voces despierta al hermano Israel que deduce que las mujeres están cocinando. Una hora después una de ellas, con sombrero negro y manta de lana café, entra con tres tazones de mate caliente. El misionero se acerca para recibir el suyo y lo agradece con una leve inclinación de cabeza. Lo bebe de inmediato. Es sorprendente la velocidad con que se enfrían los líquidos a cuatro mil metros de altura. Está por dejar el tazón vacío sobre su escritorio cuando un alboroto inusual anuncia que algo grave está sucediendo. Sin soltarlo, corre hacia una ventana. Los sindicalistas se abalanzan hacia la otra.

En el horizonte se distinguen las tanquetas del ejército de la República de Imantaña que avanzan sobre la carretera que culebrea por la amplitud del altiplano. Sus motores apenas se escuchan por el griterío de la gente que, en lugar de huir, forma círculos en torno al dispensario. Detrás de los gusanos de metal avanzan los camiones que tiñen de color el paisaje. Un estremecimiento recorre el aterido cuerpo del misionero. Les teme más a las acciones de rescate de ese ejército que a los indios. Con estos últimos puede negociar, pero ¿con los soldados? “¿Por qué demonios viene el ejército?”, se pregunta sin encontrar la lógica de esa presencia verde olivo que se arrastra por el amanecer trayendo consigo presagios irremediables.

Para disuadir cualquier acción militar las mujeres forman el primer círculo alrededor del dispensario y los hombres se alinean en un segundo cinturón.

“¡Tontos!, creen que así podrán detenerlos”, piensa el misionero. Advierte que aún sostiene el tazón y mira absorto el

agua turbia del té. Conoce bien los procedimientos oscuros de sus paisanos y no le es difícil imaginar lo que ha sucedido. Por algún medio el gobierno imanteño descubrió el tráfico de sangre y su embajada al enterarse optó por sacrificarlo. “¡Por supuesto! El escándalo de mi muerte desviará el interés sobre la venta de sangre”, concluye, como si la escena estuviese dibujada con precisión en el fondo del tazón. Descubrir cómo opera su gobierno en otras circunstancias habría sido motivo de orgullo, no ahora que su vida está en un laberinto de intrigas diplomáticas. Ante la posibilidad de morir se estremece.

El hermano Israel poco habituado al miedo desconoce sus reacciones. Deja el tazón sobre el pretil de la ventana y, con la boca abierta y los ojos desorbitados, se toca el pecho para obligar a sus pulmones horrorizados a que se ensanchen y jalen el aire que su cuerpo le demanda cada vez con mayor vehemencia. Mareado por el esfuerzo mira hacia los jóvenes sindicalistas que, apretujados en una misma ventana, tampoco saben cómo actuar, ni pueden prever el desenlace. Acongojado se retira de la ventana, mira sus manos engarrotadas y, en el desesperado intento de obligarse a respirar, se toca la barba incipiente y recuerda que no ha podido rasurarse. Desecha el pensamiento impertinente para concentrarse en analizar la situación. Su atención sigue puesta en los latidos del miedo que lo golpean con una rítmica y tenaz tortura. Se le hinchan las órbitas de los ojos, atormentados por el bombeo acelerado de la sangre enloquecida que pide auxilio. Avanza hacia la ventana. Se sostiene del marco. Y a través del vidrio, empañado por el vapor de su boca abierta, mira avanzar a las autoridades indias para encontrarse con los militares. “¡Que logren detenerlos! ¡Te pido, por favor, que puedan convencerlos!”, le reza a Dios con esperanzas, aferrado a lo que le queda de vida.

Las tanquetas y los camiones con los soldados de asalto no se detienen. El misionero insiste y suplica con el mismo fervor

con que ha servido a Dios durante cuarenta años. “Te lo pido, Señor. Concédeme tu gracia por todo lo que he hecho por ti, por todo lo que me debes. Señor Dios, por tu misericordia, te suplico que los detengan. Sólo te ruego que los detengas”. El milagro no sucede y su cuerpo continúa ensordecido por las palpitaciones que retumban como tambores que anuncian el final de su existencia. Siente la inminencia de su muerte y continúa con su plegaria. El sudor le moja las manos, la frente y lo siente en el pliegue de los brazos. A lo lejos ve a los indios enlazarse para formar una valla que pretende detener el avance de los vehículos de muerte, y resurge la esperanza. Se aferra a ella. Jala más aire. Respira pausado, un, dos, tres, un, dos, tres. “Debo conservar la calma”, piensa. “¡Pero no escucho que se paren los motores y los soldados siguen avanzando! Ya falta poco para que lleguen hasta donde están las autoridades y las tanquetas no se frenan, mi Dios, ¡y no se detienen!”. El pavor aumenta y se le engarrotan las manos, la lengua, los pies, la vida que está a punto de perder. Ya no quiere sentir miedo y se enoja con Dios, con los sindicalistas que tienen una pistola, con los indios que lo rodean, con sus connacionales que lo sacrifican a pesar de todo lo que ha hecho por ellos.

—¡No! por favor! —grita al constatar que tendrá éxito el ardid de su embajada—.

Bajo el arrastre de su grito avanza hacia la puerta y con una ansiedad anhelante, exacerbada por el pánico, le explica a sus guardianes que debe salir para hablar con los soldados, con las autoridades, como última forma de detener la trampa de su gobierno.

—Es urgente que corra hasta las tanquetas del ejército para ponerme delante de los militares y constaten que sigo vivo —les dice—. Sólo así detendrán su marcha. Aún hay tiempo. Sólo si me dejan salir ahora tendremos una oportunidad de seguir vivos —suplica humildemente, sin detenerse—.

Con su arrebató, los vigilantes reaccionan.

—¡Deténgase, desgraciado! ¡Castrador de mujeres! ¡Ladrón imperialista! —grita uno—.

El otro corre para obstaculizar la puerta con su cuerpo. El hermano Israel horrorizado apenas se detiene. Agita las manos, vocifera, suplica que por favor lo dejen salir como única forma de salvarse él y de salvarlos a ellos. Ya no piensa en la Hermandad, ni en los indios, ni en su mujer, ni en su vida entregada a una causa justa. Sólo desea protegerse. Salvar su pellejo blanquecino, su cabellera deslavada, sus bolsas bajo los ojos, sus enjutas manos, porque eso es él, no un médico, no un siervo de Dios, sólo un hombre, nada más que un hombre y tiene miedo.

—¡Es una trampa! ¡Escúchenme por favor! ¡Debo salir! —le insiste de nuevo a los muchachos, ávido de ser escuchado—. Y mientras grita continúa su avance hacia la puerta, los ojos desorbitados, la garganta seca, las manos anudadas junto al pecho, como si quisiera rezar, como si fuera un santo.

El sindicalista que gritó antes percibe la gravedad de la situación, comprende el intento de escapar del misionero y lo ofusca la presencia del ejército. Debe actuar, no sabe cómo. Siente la pistola sobre el costado izquierdo de su pecho y su dureza le da seguridad, la toca, la acaricia y como si fuese la única acción posible, la desenfunda y la apunta hacia el pastor.

El hermano Israel se detiene.

Se inicia una tregua.

Los sindicalistas callan.

Sólo se escucha el griterío de la gente de afuera.

Aumenta el ruido de los motores.

Los músculos del misionero se contraen para preparar el salto que su sentido de sobrevivencia le exige que realice.

Los sindicalistas lo perciben.

—¡Por favor! —vuelve a suplicar el hombre. —¡Necesito salir para demostrar que sigo vivo! ¡Es la única oportunidad que tenemos! —les dice con las manos extendidas hacia ellos, como si les ofrendara la humillación de su ruego a cambio de su vida—.

A pesar de las súplicas, los sindicalistas sofocados por la rabia, aterrados por el avance de los militares, no se conmueven. Y entre la confusión de los gritos y el rugido acechante de los tanques, el joven que sostiene el arma la dirige hacia la cabeza del misionero.

Ya no hay tiempo que perder.

Lo sabe el pastor.

Lo saben los jóvenes.

—¡Dispárale! —suenan la orden del compañero desarmado—.

—¡No! —aúlla el misionero—.

—¡Que le dispare! ¡Carajo! —reitera el camarada—.

—¡No, por favor! —suplica el misionero—.

Entonces, con el impulso incontrolable de quererse vivo, el hermano Israel Sampers se arroja sobre el sindicalista con la intención de arrebatarse la pistola...

Lo absurdo es que lo hace, como lo ha hecho todo el tiempo, mientras vocifera desesperadas,

ininteligibles,

desatinadas

e incomprensibles

palabras en inglés.

La mañana despunta sobre el altiplano cuando el estruendo del disparo cruza el dispensario, sobrevuela el cerco humano y como alarma llega hasta las tanquetas del ejército que se desplazan lentas como escarabajos indolentes.

Constatar que los indios tienen armas precipita el miedo. Los oficiales al mando asumen que deben defender sus vidas amenazadas por la turba que se les acerca. Llevan cinco siglos desvelados por el miedo a los indios. Un padecer que incluye el tiempo de sus años de entrenamiento militar durante el cual se han preparado para enfrentar la rebelión que estallaría el día, cuando los hombres con ponchos rojos bajasen a las ciudades para teñir de rojo la tierra con la sangre de la gente inocente, porque roja ha sido siempre la ilusión de la venganza.

El temor, los destellos de recuerdos que reverberan en sus cuerpos, refuerzan en los soldados de asalto la orden de abrir fuego y sin remordimientos ni culpas derrumban a las autoridades con las ráfagas de sus ametralladoras, cuyos cuerpos muertos, como barricadas, intentan todavía detener a los soldados. Los gusanos de metal, ciegos a la misericordia, trepan sobre ellos y continúan su avance para enfrentar a quienes acordonados rodean el dispensario. Las tanquetas se detienen a diez metros de los cercos humanos y abren sus bocazas para dejar salir a los hombres de uniformes verdes que cubren el aire con ráfagas de balas rápidas, certeras, que como lluvia caen sobre los hombres y después se precipitan sobre las mujeres que se derrumban como semillas sobre la tierra humedecida por el abono de sangre que las riega, humeante por su

contacto con la gélida mañana. Sin el obstáculo humano los soldados de asalto lanzan gases lacrimógenos y granadas sobre el dispensario, mientras otros lanzan tiros frenéticos sobre la multitud yerta, como si fuese necesario matar lo ya matado.

El sueño, provocado por el somnífero que el hermano Aldair le obligó a tomar, retiene a Mary en cama hasta las diez treinta de la mañana. En el salón John Mead permanece inmóvil, boquiabierto, mientras observa las imágenes transmitidas por la televisión que documentan la magnitud de la masacre. La *CNN*, edición en inglés, repite las grabaciones de los reporteros tomadas a las afuera del dispensario. Las imágenes se intercalan con entrevistas a connotados analistas religiosos y políticos. Los camarógrafos, embelesados con el poder militar, presentan testimonios detallados de la acción liberadora del ejército imanteño y muestran sin pudor los cadáveres de los rebeldes. Los hombres forman el primer amasijo de ponchos, gorros, piernas y brazos mutilados. Le siguen dos lóbre-gos montones de cadáveres, el primero reúne a las mujeres y el segundo aglutina a los sindicalistas, desgarradas sus chamarras, sus botas de cuero dispersas por la puna.

Mary se detiene en la puerta del salón sin comprender lo que sucede. Le parece irreal la masacre convertida en espectáculo televisivo.

—No puede ser, ¡esos son mis indios!, ¡mis informantes!
—masculla torpemente—.

Cada fragmento noticioso repite la noticia del secuestro del pastor Israel Sampers a manos de una turba enardecida de indios, la intervención diplomática de la embajada norteamericana para tratar de salvarlo, y la incapacidad del ejército imanteño para realizar con éxito su misión. El ciudadano norteamericano, reiteran los locutores, ha fallecido a manos de sus secuestradores.

Al verlo, Mary se desliza sobre el marco de la puerta hasta quedar inmóvil sobre el piso.

—¡No puede ser verdad! —grita—. Si apenas lo dejé ayer con vida. Y los indios no son así. No pueden haberlo asesinado. Es su benefactor. Es un error. ¡Es imposible!

La mujer, sintiendo el final de lo que ha sido su vida cierra los ojos, mientras con dedos temblorosos gira su anillo matrimonial, aferrada a la alianza que los mantiene juntos, que debe mantenerlos juntos.

John y el hermano Aldair escuchan sus gemidos y corren para levantarla. Le expresan palabras de consuelo mientras la conducen a uno de los sillones donde esperará una infusión de flores de tila para tranquilizarla. Está por beberla cuando se rompe la lógica repetitiva del noticiero para brindar una nueva información: otra turba de indios enfurecidos acaba de saquear e incendiar el chalet del Lago Pawqara, hogar del misionero plagiado. La mujer azorada observa el fuego que captan las cámaras televisivas con su fúnebre esplendor.

—Mi marido asesinado, mi trabajo destruido, mi casa, mi vida... —atina a balbucear con una voz que parece crepitar junto a las llamas chispeantes que se alzan sobre el cielo azul como don purificador—.

Impactado por la destrucción del que siente su hogar, John abraza a la mujer sin dejar de observar el incendio que le recuerda su pecaminoso placer del día anterior al imaginarse al hermano Israel invadido por el miedo. Para él todo es confuso: la pasividad de Mary, el chalet del lago ardiendo, el dispensario destruido, el pastor muerto, su rutina y su tranquilidad aniquiladas.

Horas después John entra a la habitación de la viuda para consolarla. La encuentra cerca de la ventana, tumbada en un desteñido sillón de color indefinido, las manos desamparadas sobre su falda de lana. Se arrodilla y descansa la cabeza sobre

sus piernas para, con ese gesto infantil, suplicarle que regrese, que necesita su fortaleza y sus certezas para seguir adelante. Ansía decirle que todo renacerá de los escombros dejados por la tragedia, que retornarán para recorrer juntos el altiplano y que, sin la obsesiva presencia del hermano Israel continuarán de mejor modo la misión cristiana de catequizar a los indios. Sin embargo, no dice nada y sólo permanece allí, a la espera inútil de la recuperación de esa mujer protectora.

Mary le acaricia el pelo con un gesto que llega de lejos, de los días en que rescató al joven misionero del maltrato de su esposo para darle el lugar del hijo que nunca tuvo. Algo de la felicidad de aquellos días compartidos intenta asomarse a su mirada, sin que pueda decir algo. El futuro ha sido aniquilado por el fuego en que ardió su hogar y su vida entera. La posibilidad del diálogo se desvanece con los últimos rayos del sol y entre ellos queda sólo la soledad que los envuelve. John apenas comprende el naufragio del aprecio que creyó inquebrantable, pero siente la certeza de la inutilidad de estar allí y se retira apesadumbrado, su largo cuerpo encorvado. En el trayecto a su habitación la imagen de Mary Sampers se acumula entre los desechos del pasado, y su orfandad reaparece enlazada a otras nostalgias. Ya tirado sobre la cama, de sábanas frías, percibe el inconfundible martilleo de su migraña que siente como un castigo de Dios, atento siempre a sus malos pensamientos.

En el otro extremo de la Ciudad de Aynacha, Clementina Qhispi, una mujer de origen altioplánico radicada allí, permanece también atenta a los matutinos de la televisión. El día anterior, durante el desayuno conoció la noticia del secuestro del hermano Israel Sampers en el dispensario del Lago Pawqara, y hora desde la cama observa el horror de la masacre. La acompañan su hermana Irma y su hija Rosalía con las que comparte la irrealidad de lo que miran. Sólo en las películas y series televisivas las masacres funcionan como gancho para el consumo masivo, pero nunca en un noticiero, así que el sinsentido las mantiene absortas en las imágenes que contemplan.

Apretujadas en solidario abrazo, las tres mujeres escuchan una y otra vez las explicaciones, esperanzadas en encontrar en la repetición algo capaz de hacerlas comprender. Los segmentos varían únicamente por las entrevistas a los especialistas en asuntos religiosos y de indios. Para quienes exponen su *sapiencia* frente a las cámaras, los altioplánicos son primitivos y violentos, carentes de cultura y civilidad. Todos concuerdan en que la barbarie ha sido el motor del secuestro del misionero y justifican la intervención militar como consecuencia inevitable, aunque necesaria para reestablecer el orden. En los analistas han desaparecido la esterilización forzada de mujeres y el tráfico de sangre, y sus voces se entrelazan con las imágenes de los cadáveres que sirven para aumentar el *rating*.

Clementina trata de identificar el lugar de los hechos. “Las orillas del Lago Pawqara ¡son tan grandes, y con tantos pueblos que puede tratarse de cualquier sitio!, exclama apesadum-

brada. En el segmento que observa en ese instante la cámara se acerca a la pila de cuerpos que forman los hombres campesinos, dándole forma a un ser mitológico de muchas cabezas e innumerables brazos y piernas. Entonces, Clementina grita, se levanta y camina alrededor de la recámara mesándose el cabello. Entre los cadáveres ha reconocido a las autoridades de su pueblo por los ponchos rojos con franjas negras y blancas. Son ellos quienes por años la han perseguido, pero aun así le duele el ultraje cometido por extraños. Además, la ofende la reiteración de las tomas que se regodean hasta el hartazgo con los cuerpos mutilados de los indios, mientras omiten pudorosamente los restos del pastor, para ella un ladrón de sangre y un castrador de mujeres.

Ante la carencia de explicaciones coherentes para aquello que no puede dejar de mirar, Clementina siente que esa desgracia algo tiene que ver con ella. “¿Acaso las deidades primordiales saben de mis faltas y han castigado a las autoridades que no han sabido encontrarme para que pague mis culpas?”, piensa atribulada. Siempre supo que, aunque escondida en la ciudad y vestida como chola, los espíritus sabían dónde estaba y no iban a perdonarla. Así que le parece lógico suponer que por la gravedad de sus faltas no pagadas los espíritus hayan hecho matar a las autoridades en reclamo de la enmienda. Algo, sin embargo, no cuadra en su pensamiento. Y si la sangre suya es la que debía haber corrido, ¿por qué los matados fueron las autoridades de tantos pueblos? ¿Por qué la muerte de tanta mujer y tanto niño? No sabe cómo interpretar lo que sucede, pero de cualquier forma siente que la muerte de tanto inocente es un recordatorio de que ella debe pagar su culpa o más desgracias caerán sobre el altiplano. Las calamidades se detendrán hasta que pague su deuda de honor, como dicta la costumbre. Se sienta sobre la cama, el rostro oculto en sus enaguas, con su vergüenza hecha llanto. Con la repetición de

sus sollozos tiemblan los colgijes de sus trenzas que, siendo para la buena suerte, ya no pueden protegerla. Agobiada por la culpa sale a caminar para sudar el dolor y desechar el miedo. Esa mañana el cielo es tan gris como su pena y ella siente que el sol se oculta como señal de que los dioses antiguos saben lo que pasa y no les gusta.

Pasadas las tres de la tarde llega cabizbaja a los aposentos del Santo Señor Crucificado, patrón de la cofradía de comerciantes a la que pertenece. Su pollera es oscura, negro su sombrero y negra también su manta de lana de borrego. El Cristo descansa entre las sombras, tendido dentro de una urna de vidrio. En los muros de adobe antiguo no hay ventanas y desde la puerta entreabierta penetra únicamente la luz de la tarde que ilumina los pliegues de su manto púrpura. Se acerca de puntillas preguntándose si acaso por ser bendito ese hombre podrá ayudarla. Duda, mueve la cabeza incrédula, sin saber cuánto podrá saber el Hombre Santo encerrado allí, con tanta soledad y en medio de tal silencio. Abre la urna, observa su rostro y siente una gran pena por su escaso entendimiento. Lo mira compasiva y le acaricia el pelo. De pronto se contiene. Según las normas que ella misma ha creado, antes de charlar debe atenderlo como se debe. Entonces, susurra una disculpa y emprende el protocolo de su invención para sacarlo de la urna. Se persigna, reza, pronuncia un par de alabanzas y le pide disculpas anticipadas por su torpeza al cargarlo ella sola, ya que por muy santo que sea no deja de estar pesado. A continuación, mete sus brazos entre sus axilas y se lo echa sobre el hombro para poder sostenerlo. Hacerlo requiere de un gran esfuerzo para no mancillar al Hombre Santo con su cuerpo de mujer, así que después de muchas súplicas y solicitudes de perdones lo coloca, por fin, sobre una larga mesa de maderas fibrosas. Lo observa otra vez y con estudiada calma le explica que no lo va a abandonar allí, que lo dejará sólo un moment-

to, únicamente mientras ella sale al patio para traer los enseres de limpieza.

Al regresar le hace otra reverencia e inicia la rutina que desempeña con esmero, con el afán de limpiar su propia vida, tan dolorosa y sangrante como la de este Santo Señor que ha muerto también para pagar culpas. De su martirio hablan las huellas sobre su cuerpo. Se detiene para observarlo nuevamente. Tiene bien delineados los labios y cristalinos los ojos con que avizora el mundo a través de las rendijas de sus párpados entreabiertos. Le gusta la ecuanimidad de su rostro en doloroso contraste con los alaridos de sus manos, con la tensión de los músculos de las piernas y con el dolor que supuran las heridas abiertas, que siente tan reales, tan vivas y dolientes que retira la mano para no lastimarlas. Nunca como ahora la carne abierta, la insinuación de la sangre, le hablan de la crueldad con que pueden actuar los hombres, así que inevitablemente, como si del mismo dolor injusto se tratase, mirándolo a él se mira a sí misma. “¿Por qué, pues, tuvieron que crucificar a este Hombre Santo? ¿Por qué mataron a tanta gente en el Lago Pawqara? ¿Y por qué, pues, es que deben de sacrificarme a mí? ¿Al caso la gente no sabe cómo perdonar? ¿Es rabia la que sienten los hombres para ocultar su miedo?”. No tiene respuestas y un gemido escapa de sus labios ante las sombras del misterio que se extienden hacia ella, incapaz de comprender la acumulación de tanto dolor, de tanto odio que conduce a la crueldad. Suspira y mira al Cristo para ver si él, al compartir la misma pena, puede explicarle de mejor manera. Sólo que éste nada le dice y ella, hundida en sus recelos no tiene más que seguir con su monótona labor de limpieza. Se concentra en las uñas de los pies que permanecen negras a pesar de que bañarlo es una tarea de cada semana. Le frota los pies, los seca, los acaricia y les coloca las sandalias de oro. Admira su trabajo, aunque de inmediato retoma sus reflexiones. Piensa en los mu-

chos pecadores que siguen en el mundo a pesar del sacrificio del Hombre Santo, “¿Al caso la gente no sabe cómo perdonar? ¿A qué pues, la inutilidad de tu martirio?”, le pregunta triste, incapaz de comprender el gigantesco misterio.

Recuerda a su comadre doña Lidia Axaqupa la mañana en que le reveló las razones de la muerte de este Santo Señor. Según su explicación ese hombre tuvo que morir para lograr el perdón de todos los pecadores de la tierra, así que, con ello en mente, Clementina le pregunta al Cristo cuál es el perdón que se busca ahora con tanta sangre derramada a la orilla del Lago Pawqara. Sólo que en esa tarde que agoniza el Santo Señor Crucificado no está dispuesto a conversar y su silencio, que nada le dice, se pierde entre los ruidos que vienen del mercado, fundiéndose en la oscuridad que se ha tragado la luz que momentos antes le daban cierta alegría a su manto púrpura. Se siente sola y compadece al Cristo en su soledad. Luego de un instante de retraimiento, insiste y le pregunta lo que ansía saber. Busca en los alrededores los indicios de sus respuestas, ya que tiene claro que así de tieso como está el pobre Señor poco puede hacer para comunicarse.

Luego de unos minutos, obtiene su contestación en forma de pensamiento:

— ¡Es la sangre, sí! ¡La sangre, nomás sabe ser! — grita excitada—. ¡El pecado es la sangre! ¡La que los gringos, pues, nos han sabido robar!

Clementina queda satisfecha, y agradece la respuesta con otra cadena de rezos y cuidados. Está por cerrar la puerta del lugar de reposo del Hombre Santo, pero se detiene al darse cuenta que algo no encaja bien en su razonamiento: porque si el robo de la sangre es el pecado, ¿por qué tuvieron que morir tantísimas personas inocentes y no sólo el gringo del dispensario? Confusa le pregunta nuevamente al Santo Señor Crucificado. Sólo que esta vez ningún un aire le mueve el pelo, ni

una sombra parece un guiño, ni surge un ruido que la ayude a descifrar el mensaje. Contrariada supone que el Santo Señor desea que ella solita encuentre la respuesta. Molesta en un principio y aceptando el reto después, se propone encontrar por sí misma una mejor explicación, y con tranquilidad regresa a la habitación, y se sienta en una esquina para observarlo de lejos y repasar lo que sabe.

Muchas vueltas le da al tema hasta que recuerda que la sangre como sacrificio no sólo sirve para pagar culpas, sino también para ayudar a nacer lo nuevo. Así lo dictan las montañas primordiales y así ha sido siempre. “O sea que no sólo se trata de mí”, reflexiona. “No es sólo por mi pecado que han matado a tanta gente, ni que fuera tan importante. Es por algo más grande que tanta sangre se derramó para alimento de la Madre Tierra”. Con eso en mente Clementina tiene un inspirado pensamiento:

—Ay, Señor, mirá vos que ya lo pude entender. ¡Es que tiempo de cambio sabe ser éste! —exclama excitada, mientras corretea, agitando su amplísima pollera alrededor de la urna del Hombre Santo—. ¿No es cierto, Santo Señor, que ha llegado, pues, el tiempo del cambio?

Y bajo tan iluminador razonamiento lo del Lago Pawqara por fin le queda claro. Sin esas imágenes de la televisión que vieron todos, sin esa sangre derramada como ofrenda nada en Imantaña podría cambiar. La masacre es una señal y los muertos son el sacrificio necesario para que la gente tome conciencia de la época que vive, y sepa, por fin, lo que debe hacer para lograr el cambio. Se despide del Santo Señor Crucificado y busca a su familia para comunicarle su hallazgo.

A la mañana siguiente, Clementina no abre su puesto de ropa en el mercado y marcha por las calles para apoyar los mítines y plantones que surgen por todo el país después de la masacre del Lago Pawqara. En cada consigna que grita, en ca-

da lema a favor de que renuncie el presidente de la República, algo la hace sentir que lucha en favor suyo. Así que mientras más se esfuerza por mantener el paso de los contingentes y más valor demuestra al enfrentarse a los policías, más se convence de que se está ganando el derecho de seguir viva.

II

CON EL TIEMPO EN ESPIRAL

Al pie de la cordillera se vive cerca del cielo, de un lado las cumbres de hielo, del otro la aridez del altiplano. Hombres y animales se aferran a un aire pobre que le escatima oxígeno a una tierra hambrienta que reclama sangre para dar vida. Gobiernan los espíritus, las deidades primordiales que demandan en sueños y castigan en la vigilia si no se les ofrenda como se debe. El tiempo corto se cuenta al paso de los temporales de lluvia o sequía para que año tras año todo transcurra siempre igual, hasta que llegue el momento de la transmutación y el tiempo largo anuncie los nuevos equilibrios, dentro del ciclo eterno de renovación que hace persistir la tradición.

Las lluvias son escasas y bajan a la Ciudad de Aynacha como sudor en los cuerpos de las cholas, de las mujeres antes campesinas que transitan por las calles, ceñidas por sus polle-ras, acechadas por los recuerdos. Y Clementina Qhispi mucho tuvo que padecer antes de atreverse a vestirse de colores, con aretes aperlados, soguillas de oro, y portar con orgullo su bombín de fieltro negro y su manta de alpaca que realza lo negro de sus trenzas gruesas por los colgijes para la buena suerte. Sólo las estrechas zapatillas, discretas bajo su pollera, descubren sus varios años de andar descalza por las tierras secas del altiplano.

Al vivir en la ciudad Clementina sepultó a la mujer campesina y pastora que había sido, aunque algo de aquello le queda al ser alcanzada por el viento que baja de la cordillera y sus recuerdos, como suspiros, conversan con los olores que llegan de lejos. “¡Época de papas sabe ser ésta!, ¡Uuuy! ¡Época de

trasquila ya nomás es! ¡Y o'ra seco debe mirarse todo!", se dice y le dice al viento que juguetea con ella, protegido su pudor con varios fustanes blancos por debajo de su pollera.

Caminar con el pasado enredado en su memoria la obliga a detenerse, a regalarle un momento para contemplar las cumbres nevadas y con devoción recitar los nombres de las montañas. Ha de decirles que sabe que están allí, vigilantes y astutas como siempre. Les habla en el idioma de su infancia. Ignora el significado de la letanía que su madre le enseñó a rezar si tenía miedo, y que ya de adulta pronuncia con sonidos acompañados, aferrada al olor de la seguridad, al ensueño que la regresa al resguardo de los pechos de su madre, al cobijo de su abrazo, a la fuerza que le sirve para tejer y destejer recuerdos, a bordar los silencios necesarios para sobrevivir.

Su encuentro furtivo con las montañas protectoras la devuelve a la atávica certeza de que, si se atienden las señales enviadas por las deidades primordiales para anunciar la cercanía del cambio, el futuro dejará de ser el eterno retorno de lo que ya fue y se abrirán los caminos para lo nuevo. Así se lo explicó su madre una tarde azul de viento apacible, de un horizonte pulcro sobre la cumbre de las montañas, tan cercanas que invitaban a arrancarles el hielo con las manos. "El tiempo corto en que se vive parece recto, le dijo extendiendo el brazo, pero no pasa así con el tiempo largo que gobierna nuestro destino. ¿No ves que tiene forma de caracol? Y cuando parece que lo vamos a olvidar es que regresa y nos alcanza otra vez. Es, pues, como un espiral, le explicó con voz pausada. Lo que ya pasó lo podemos ver allicito nomás porque se nos pone enfrente. Al cambio, lo que nos va a pasar, nomás no podemos verlo porque nos llega de atrás y, como nos agarra de sorpresa lo sentimos como nuevo. Aunque sí, de pronto sí puede cambiar. Porque a mi entender, luego de una vuelta completa del tiempo puede meterse lo nuevo en su incansable girar".

Según le dijo su madre, ofender a los espíritus produce las enfermedades, los sustos, los enojos de la tierra y el encabritamiento de las montañas, así que para evitar nuevas calamidades Clementina los ofrenda cada vez que puede. Tal vez así le perdonen su mal comportamiento, el que tuvo de joven y la hizo huir de su pueblo. Por eso le importa el orden y, aunque radica en la ciudad, pone cuidado en lo que hace, atenta siempre a que todo tenga su par, o sea su opuesto que es su complementario.

A su hija Rosalía le explica con cuidado que, según señala la tradición, no hay bien sin mal y no hay bueno si no hay malo. Y es por eso que todo debe organizarse en pares y de izquierda-derecha y de arriba-abajo, con la misma importancia todo, con el mismo peso para que una parte no se vaya de lado por el peso de la otra. “Así nomás es, le enfatiza. Y hasta la comida debe tener su equilibrio, nunca puedes comer todo frío ni todo caliente, ni puro duro ni todo blando, ni puro dulce ni puro salado”.

Sólo que en ese recuento de saberes y deberes con que quiere recuperar su suerte, Clementina olvida lo esencial: lo que esconde de su vida con la esperanza de borrar sus huellas y despistar al destino del que todavía se anda escondiendo.

Clementina enfrenta su historia como se hace con las hojas de coca que se mastican, se ensalivan, se acarician con la lengua, se ocultan detrás de las muelas, pero no se tragan jamás.

Ubicar el principio le parece confuso. ¡Quién puede saberlo!, se dice con desesperación. A veces piensa que comenzó el día en que por obligación la casaron con el hombre convenido por su familia; otras, que fue cuando se encontró sin querer con aquel del que sí se enamoró. En ese repensar los hechos dentro de la espiral en que cree que gira el tiempo, ella se observa como quien mira a otra: a la que fue cuando era joven. Y lo hace en una conjunción de tiempos en donde el pasado y el presente se unifican por su peculiar forma de hablar y rememorar.

“Bien agachadito, hurgando, hurgando la tierrita para sacar planta anda el Francisco Khanawiri la vez que me sabe encontrar. Lo malo es qu’es hombre de conocimiento igual qu’el Roberto Kunturi, mi marido de ese tiempo. Y siendo los dos hombres de poder no hay perdón para el engaño. Por eso con el Francisco nos hemos hecho huir a la ciudad y aquí nomás estamos. Pero ¡ay! cómo me da pena verlo metido al vicio. ¿Y cómo estará aquel otro? ¿Lo andará rastreando al Francisco todavía para matarlo en duelo en lo alto del Ch’ullqiwanka? Los antiguos saben contar que esa montaña está planita de arriba porque el Kankiwanka, el pico muy alto que vive cerca, le cortó la cabeza en un pleito de amores. Y yo me pregunto a qué esa manera de hacer la vida, siempre con el mismo sufrimiento, el mismo odio. A qué pues la necesidad de tanta sangre, de no saber perdonar. ¿Al caso será cierto que con la pura

sangre se alimentan los espíritus? Yo no creo que a nuestra Madre Tierra que nos da la vida le guste tanto la muerte. ¡Pero a saber! Eso nomás dicen los que saben, y ya ni qué. De mi suerte yo me pregunto por qué tiene que ser así. ¿Y qué tal y me quedo aquel día en mi casa?, nomás otra cosa hubiera sido. ¿A qué, pues, encapricharme con el Francisco estando yo casada? Porque no es mi voluntad de aquel tiempo, yo pienso que ese mismito nomás sabe ser nuestro destino. Yo me hago pensar y pensar para saber la razón de la desgracia y me viene a la cabeza lo que sabe contar mi abuela sobre las montañas. Que yo digo que es cierto porque aquel día, sin ser costumbre, me hago entrar en esa cueva y un aire del mundo de abajo se me entró al cuerpo. Por eso pienso que'l Francisco y yo nos enredamos en amores porque es necesidad ordenar lo que anda desacomodado entre el mundo de arriba y el de abajo, porque qu'ese desorden, ese pleito pues, es lo que trae desgracias. Y rivalidad entre hombres de poder tiene que ser, del Roberto Kunturi, mi marido de entonces, con el Francisco Khanawiri, mi marido de ahora, porque sólo la sangre de los hombres de poder es ofrenda para los espíritus. Con el sacrificio de la sangre, ¿no ve? Porque si no, ¿a qué se quiere la muerte de los dos hombres de poder allá arriba? Yo digo que no vale igual la ofrenda de una llama, y que apenas para una casa nueva alcanza la sangre de una alpaca. Pero si la sangre de los hombres de poder es la que sirve, ¿a qué la mía? ¿A qué me tienen que hacer morir a mí también? Ellos se van a matar en la cumbre de la montaña porque es como sacrificio; pero a mí los del pueblo me van hacer matar acá abajo. Y yo me pregunto, ¿al caso mi sacrificio sirve sólo para calmar la rabia de la gente? Porque mi sangre vale poco en comparación. Aunque yo digo que hasta vale más porque si me matan de a poquito me va a saber doler tantísimo más a mí que a ellos. Al tiro que así es pues nomás. Ellos están enojados y así

ni sienten. Cuando se acaben los rayos la gente lo va a levantar al Roberto Kunturi. Al Francisco Khanawiri no, que sirve sólo de alimento para los carroñeros. ¡Es su suerte! Y a mí puro dolor porque la gente se burla, te escupe, te avienta, me van matar con pura piedra. De'so el miedo que supe tener la vez que nos descubrieron, y que nos hicimos huir a la ciudad. Yo soy cobarde, al fin”.

Abierto el boquete, los recuerdos fluyen incontenibles, vueltos lágrimas de noche, hasta que encuentran refugio para albergarse otra vez. Llegan a su memoria como hilachos de historias desgarradas por un matrimonio infeliz, un amor sin futuro y por la inevitable traición que se acompaña con el olor del cuero de alpaca que acunó la infidelidad.

“Yo le tengo miedo a mi primer marido, el Roberto Kunturi, de'so creo que nunca me hice enamorar d'él —continúa contándose la mujer—, pues con ese hombre nomás saben andar las tormentas, los vientos, los rayos. Al cambio, el Francisco Khanawiri bien suave sabe ser. Bonito se puede conversar porque sabe estar en paz. Con el otro bien diferente sabe ser. ¿Al caso alguien puede mirar de frente al Roberto? Ningunito, nadie lo puede ver. Lueguito el atrevido se pone mal del vómito, del escalofrío. El Kunturi supo volverse así desde que lo escogió el rayo, signo de que hombre de poder debe ser. Al decir, fue cosa de Taita Santiago que le dio la señal. Luego de tres chamuscadas ya tiene el poder de llamar la lluvia, de manejar los hielos y los granizos. La noche que ya es mi marido me toma y está frío. ¡Helaaado es todo mi cuerpo cuando me sabe tocar! Viento siento yo que me abraza. Puros escalofríos siento esa noche. Por eso, creo yo, que con él nunca puedo tener familia. Hombre no sabe ser el Roberto, puro relámpago que alumbra y no sabe calentar. Es bueno para mí que se vaya lueguito de la siembra, dicen que a traer la lluvia. Para mí pura tranquilidad si no está. Mi pobre cuerpo descansa de ser ama-

sijo de carne para servirle. ¡Mmm!, con el Francisco Khanawiri otra cosa sabe ser. Hombre de poder es también, aunque de palabra porque sus manos hablan y saben curar para apaciguar el alma. Así me curo yo. Desde que me hacen casar con el Roberto no sé dormir, no sé comer. Flaquita como mi dedito me sé quedar. Que pierdo el *ajayu* la primera noche que paso con él. Mi alma que le dicen se me va la primera vez que me toca como marido. Triste y asustada vivo yo, y un día que se va a traer la lluvia es qu'el Francisco me sabe encontrar. De mala suerte que pasa por donde yo ando. Me descubre cuando salgo de la cuevita donde me duermo un rato y, ¡ah! qué paz, qué tranquilita me supe quedar. Le cuento todo sobre mi marido, le digo de su frío, de mi miedo y él con sus palabritas santas me hace sentir re bien. Más luegoito de un rato, ¡ay! que lo empiezo a mirar como hombre. ¡Duros!, duritos mis pechos se saben poner. Y lo malo es que me sabe gustar, aunque nadita pasó aquel día. Sólo que desd'esa vez puro soñar quiero con el Francisco Khanawiri. Lo miro desde mi cabeza, en sueños me hago tocar por él aquellito que me sabe latir con ganas... ¡Para qué, pues, pienso en eso! Yo lo que digo es que hay muchas formas en que un hombre te sabe tocar. Hay unos que puro dolor te saben provocar. Te mastican con sus manos. Te ensartan como carne de borrego en un pincho. ¡Ay!, pero al cambio otros hay que sí saben platicar con tu cuerpo. Que te saben acompañar que da gusto por lo bonito que te hacen sentir. Y fue por ese gusto que puro correr, puro cantar hago. Es, pues, eso que llaman amor. Todita la temporada de lluvias el Francisco Khanawiri anda metido en mis sueños. De principio no me hago tocar por él, como qu'es amigo de mi marido. Nomás lo pienso y yo puro padecer. ¡Uuuy! Paso las noches sudorosa de tanto pensar en él. Es hasta que regresa la sequía que nos hacemos tocar por primera vez, yo a él y él a mí. Y de allí comienza, pues, mi mala suerte. Pasa cuando el Roberto hace

camino para buscar lluvia y darle ofrenda de ayuno a las montañas. Que si no cumple los granizos, los vientos, bajan al pueblo enojados. Regresa luego para decirle a la gente cuándo hay que darle gracias a la tierrita por las siembras o se pierde la papa, la quinua y hay sequía y luego heladas y fríos... ¿Al caso me sabe importar? Yo sólo quiero que mi marido no regrese. ¡Y a ver! De'sos malos pensamientos se sabe alimentar mi mala suerte”.

Al ver de frente su pasado Clementina no puede dormir. Son días de pena en los que su respiración acelerada marca el ritmo agitado de sus pies que caminan torpes, nerviosos, sin la elegancia de otras veces. Al haber engañado a su marido y al no quedarse en su tierra para lavar su culpa ha roto la tradición, y le asusta lo que puede pasar; y no sólo a ella, sino a su hija y a su hermana, tan inocentes como los demás del pueblo que cargarán con la responsabilidad de no haber obligado a los infractores a que paguen como se debe. En tales días se viste de oscuro y se mueve temerosa, replegada a las paredes de las calles, oculta del destino que está segura que se empeña en encontrarla. Y para menguar su angustia acomoda sus recuerdos de forma que las deidades primordiales sepan que ella poca culpa tuvo en todo aquello que le pasó.

“Allá en el pueblo —recuerda entre lamentos—, el Roberto Kunturi se hace gustar de las muchachas por sus ojos pardos como de aguilucho, a mí al cambio sólo miedo me sabe provocar. ‘El cariño llega nomás con la costumbre’, me dice mi madre al arroparme para mi boda, sólo que a mí nunca me llega esa suerte. Esa vez que mi marido se va a traer lluvias yo no quiero que vuelva. Allicito lo sé mirar con su ponchito rojo hasta que una hormiguita parece ser. Y de allí se viene todo, pues. Por mi mal pensamiento ese mismito día me sabe encontrar el Francisco Khanawiri. Pastoreando mis animales me quedo dormidita en una hondonada del campo y es la mirada

fueerte del hombre la que me hace despertar. Según, que anda sacando planta para remedio, y lo demás sabe llegar solo. Ya ni sé recordar cómo. Pero, ¡ay! qué bonito me hace sentir ¡Un vicio sabe volverse aquello! Verlo, sentirlo, al Francisco nomás quiero. Creo qu'él siente lo mismo creo yo porque él sólo conmigo quiere estar. Yo pienso y repienso, ¿a qué nos vino esa hambre de cuerpo, esa gana de hacernos tocar? Mi marido regresa y ya no dejo que toque mi cuerpo. Le invento para que saque de mí sus manos frías y no me eche su aliento de hielo. Nomás que con todo su poder no es él quien nos sabe descubrir. Mi madre lo puede ver, ¡a saber cómo! Yo creo que lo adivina en mis ojos. A más, un día me hace que la acompañe y allá, lejecitos, mientras pastoreamos animales, se despide de mí como a una difunta. Lloro y llora la pobrecita, y de todas formas al regresar al pueblo me va a acusar, que por mis hermanitos, dice, que si no al tiro se van a morir toditos. Yo le hablo, le pido perdón, pero en su ver yo ya estoy muerta, y ella reza a difunto cuando agarra camino para acusarme. ¡Ay de mí! El miedo me hace correr a donde anda el Francisco y luego de verme lo sabe adivinar. Nada dice. Tiene miedo también. Malditos estamos y tierra y respeto de un jalón perdimos los dos. Y ya sin nada, la ciudad nomás queda para nosotros, y otro mundo sabe ser éste. Llegamos a la Ciudad de Aynacha sin vida. Como muertos andamos nomás. Sólo que yo me hice revivir y el Francisco Khanawiri al tiro sigue muerto”.

Otros hechos Clementina los oculta como olvidos, si bien persisten en su vida como compulsión por la limpieza. Visto de frente su pasado se observa con vergüenza por aquellos días de huida a la ciudad. Va detrás del hombre. Los dos como seres sin alma, como despojos cansados recalentados por el sol. Son pequeños en la inmensidad de la planicie, apenas dos figuritas extraviadas en sus penas y dolores. Al escaparse de su pueblo han perdido sus nombres y anónimos vagan por los campos merodeando las noches, ocultos de los caseríos, con los pies agrietados sobre los terrones infértiles de los territorios habitados sólo por alimañas. El hombre escarba con sus manos decadentes para extraer las raíces sobrevivientes a la crueldad de la sequía y las entrega a la mujer que las mastica sin gusto, sin encontrar la causa profunda de su desventura. Van uno detrás del otro sin verse, sin tocarse, sin reconocerse como los amantes tiernos y apasionados que fueron los días anteriores.

En su evocación Clementina llora al recordar que jamás volvió a sentir que moría de amor sin las manos sabias y platicadoras de aquel hombre. Mira con profunda pena las figuritas de sombras alargadas, iluminadas por el sol crepuscular de rayos fríos. Pasan varias jornadas trashumantes antes de que logren distinguir el resplandor huraño de la Ciudad de Aynacha. Un agujero titilante, saturado de luces amarillas que hacen de la noche un día y alumbran cuando poco importa lo que puede verse. Frente al borde del hoyanco se detienen. Con dificultad distinguen sus laderas. No así el río que emana a borbotones de las paredes de tierra y descubren sólo por el brillo

platinado de la luna que cae sobre las aguas turbulentas. El viento de la cordillera sobre sus espaldas los fustiga obligándolos a bajar hacia el hoyanco urbano, como si fuesen palomillas atraídas por las luces, por el fulgor que los alienta a continuar a sabiendas de que morirán por ello.

Continúan su marcha con los pies heridos, las sandalias incrustadas en las llagas de su desconsuelo. Más de una hora les lleva internarse por una moderna y amplia carretera, con garita de cobro en la entrada y ocho carriles para la circulación de automóviles, cuatro en cada sentido, y bajo la luz grisácea del amanecer desembocan en la calle principal de la ciudad. El Boulevard Mariscal del Fuerte, con su amplio camellón salpicado de flores de temporada, soporta innumerables puestos callejeros que han de abrirse a la clientela cuando se instale el día, y los prófugos se tumban a la vera de un muro sólido de piedra, propiedad del Correo Central de la República de Imantaña. Allí se quedan como bultos extraviados, a merced del polvo, echados sobre las lajas y los adoquines de la calle. Sin pueblo, sin nombre, sin linaje, son cuerpos que no alcanzan a ser personas.

Llega la mañana, y teñidos por sus colores rojizos y canelas permanecen sordos a los pregoneros que llaman a los analfabetos incapaces de leer las rutas del transporte público ¡Caalamiyu, Aaarupavi, Chiiilamini, WakaWaka y Teeejeríaaas! Son insensibles a los pies presurosos que llegan a las oficinas de gobierno y los rodean para no pisarlos. Son burócratas felices que entran a los edificios afrancesados de la avenida, símil tercermundista de los *Champs Elysées*. A mediodía, sus cuerpos padecen el inclemente sol que vertical cae sobre ellos, y la miseria ajena mueve la caridad de quienes se sienten buenos. La mujer alza la vista cuando una dama de tacón alto le arroja varias monedas en la falda. El fenómeno de la culpa misericordiosa se repite varias veces hasta que su rollo de lana reúne el dinero suficiente para comprar comida, pero lo desechan.

Son cuerpos que no desean, no sueñan. Son apenas un tachón dentro de una genealogía. Son sólo carne que servirá de alimento para los perros, vagabundos urbanos, desarraigados también, que merecen morir en las esquinas porque sin un lugar de pertenencia y sin nombre tampoco significan.

A la hora del almuerzo, en el enorme aparador que tienen enfrente giran pollos ensartados, sudorosos con su piel dorada. El ambiente se inunda de un tufo provocador para cualquier hambriento, no para ellos que son menos que parias. Pellejos sin alma, son inmunes a los apetitos propios de la vida. Sus tripas se enredan, mordisquean lo que queda vivo de esa trenza macilenta que padece dolor y crea retortijones a causa del aire que circula en lugar de comida. Incapaces de levantarse para desalojar de sus cuerpos los restos de las pocas raíces deglutidas durante el camino emanan el olor del abandono. Cae sobre ellos otra vez la noche y a la mañana siguiente, inmundos y fétidos, permanecen igualmente inmóviles. Figura y hedor de pobres, no falta la mano apresurada que les arroja nuevas monedas. En la tarde del segundo día, una chola frondosa, que los observa desde su puesto de venta, les acerca dos vasos de té con dos panes. La mujer observa el contenido, medio marrón, medio turbio como si fuese agua de río en época de lluvias, y se acerca para olerlo. Pueden despreciarse las monedas arrojadas por extraños, nunca el alimento que se entrega como don, como regalo para la vida. Levanta la cabeza y mira a la chola que le indica que lo beba. Antes de darle el primer trago, la mujer se detiene en los ojos rasgados y curiosos de su benefactora. Mira atenta su sonrisa, sus relucientes dientes de oro y le sonríe también, y al hacerlo sucede el milagro de recuperar su vida. Se aferra, entonces, a esa cuerda que se construye al unísono si unos ojos ven y son vistos por otros que les sonríen, porque desde la antigüedad la risa se hizo para enlazar a las personas.

Sin soltarse del guiño tendido por la chola, la mujer anónima arranca un trocito de pan que se lleva a la boca. La dobla el dolor porque sin saliva éste baja a tumbos por el vacío hasta su estómago. Ella se encoge, se retuerce y se arrulla como un feto que busca terminar de nacer, porque, ¡ay!, cómo cuesta la vida que hasta comer duele cuando se resucita. Con ese aliento de vida la mujer moja el pan dentro del té y obliga al hombre yacente a su lado también a alimentarse.

El día siguiente es miércoles y se pone de pie para recibir lo que les lleva la chola rolliza del puesto de la esquina. Papas, tunta con huevo, más un poco de agua dulce. Solidaridad entre mujeres. Comunión de vidas que se reconocen por algo que viene de lejos, y con su caridad sobreviven dos días más. Llega el quinto día y a las cinco de la tarde la vendedora la llama para que reciba los vasos de té que rápido se han hecho costumbre. La mujer camina hacia la chola y le balbucea en su lengua. No sabe lo que le sucede a su cuerpo, pero algo raro bulle en su interior. La chola le explica y la mujer sin nombre, con un incierto destello en la mirada, regresa junto al hombre para comunicarle que va a tener un hijo suyo, y éste se hunde un poco más en la soledad de la calle, transitada por personas con prisa que parecen saber a dónde van. El domingo, la chola sonriente se lleva a la mujer a su casa y le baña los días de mugre y peste que trae encima. Con el agua, como bautizo, la nombra Clementina y, con el apelativo que alguna vez tuvo, ella recupera su identidad y su ser persona.

La chola le ofrece, entonces, un rincón de su bodega para que viva a cambio de que atienda a sus hijos al regresar del colegio. Dos horas más tarde, Clementina regresa por el hombre, le da de comer, lo baña, lo nombra como Francisco y lo considera marido. Llega el cuarto mes de embarazo, no soporta más su indolencia y lo echa a la calle para que busque trabajo. Viven bajo la protección de la chola hasta el parto.

Clementina, después de guardar cuarentena, abandona el rollo oscuro de lana que viste como falda, usa su primera pollera de colores satinados y se transforma en chola.

A los tres meses, según las acostumbres de la ciudad, bautiza a su hija con el nombre de Rosalía y hace de doña Lidia Axaxupa su comadre. En la fiesta del bautizo Francisco Khanawiri prueba a qué saben las culpas con alcohol y desde ese día, así nomás, siguió tomando.

Desde que Francisco Khanawiri conoció el trago es una preocupación para Clementina. ¡Cómo le entristece verlo acabado! Siempre alcoholizado. Su sobriedad le alcanza sólo para trabajar por las tardes, cuando vaga por el mercado de muebles en busca del citadino que le permita cargar sus compras. Soporta con resignación la denigración del tuteo. Aprieta los dientes para recibir las órdenes que padece como afrenta para castigar sus faltas. Y con los ojos perdidos, mientras acullica las hojas de coca mezcladas en su boca con ceniza para aumentar su efecto estimulante, apenas responde: “¡Ya, señora! ¡Sí, señora! ¡Como diga el caballero!”.

¡Ay! del pobre hombre si de casualidad golpea los muebles que carga a lomo de indio, mientras trota detrás del automóvil. La distante amabilidad de los patrones se vuelve furia, veneno déspota que cae sobre él y toda su descendencia. Lo maltratan porque es indio y lo suponen indolente, escoria sin valor que ha de someterse a los señores por su bien, puesto que son ellos los únicos que pueden sacar a los nativos de su atraso. Sin éxito intentan ocultar la esclavitud bajo el rostro de la benevolencia paternal. “¡Cholo de mierda! ¡Carajo! ¡Animal tenías que ser vos! ¡Bruto! ¡Por eso no progresan! ¡Indios inútiles habían de ser todos! ¡Uno les sabe dar trabajo, dinero y mira cómo responden!” , le gritan los señores, y Francisco Khanawiri recibe los insultos como latigazos que acaban con cualquier rasgo de la humanidad que pudiera quedarle en su debacle. Y el cholo se encoge dentro del terno negro y gastado, incapaz de protegerlo de tanta humillación. “¡Perdone usted, caballero! Es que bien pesado su mueble sabe ser éste.

Quédese, pues, con cinco pesitos míos. Deme treintecita, no más”, suplica humilde para expiar la culpa que socava sus entrañas. El pelo pegajoso como lágrimas sobre su rostro.

En las largas noches en que la agitan los humores sombríos del pasado, Clementina no comparte sus nostalgias con Francisco. Su intimidad apenas alcanzó para hacerle una hija y luego ella jamás aceptó que la tocara. Desprecia su olor agrio, su figura decadente, su cuerpo con sabor de culpa, sus manos mudas, su aliento de vivo muerto, a quien dejó de ser y ya no sabe ni para qué sigue en este mundo. Así que llora oculta en la penumbra de su habitación, que es como su vida, con pedacitos de luz y mucha sombra, y que, sin embargo, riega con sus lágrimas para levantarse fuerte al día siguiente. Con su amplia y colorida pollera sube por las callejuelas del mercado hasta alcanzar su puesto de ropa, que ordena y vuelve a ordenar como si colocar los vestidos de un lado y los pantalones del otro, las blusas arriba y las zapatillas abajo, fuera suficiente para compensar la ruptura del orden que ella, y el que ahora es su marido, provocaron hace tiempo, cuando fueron jóvenes, la pasión le ganó a la lucidez y el amor a lo que debía de ser la tradición.

Al ordenar con obsesión su vida Clementina busca olvidar, no recordar que la voluntad de los mortales es sólo la trama que, entreverada con la urdimbre de los días, teje el destino desde el tiempo inmemorial. Ignora, además, que en otro lugar de la República de Imantaña, Roberto Kunturi, el que fuera su marido, tampoco se ha dado cuenta que el tiempo largo ha girado a la espera del cambio, por lo que es imposible olvidar.

Desde que nació sin llorar y con los ojos abiertos, todos en el pueblo supieron que iba ser diferente, y eso se confirmó el día que Roberto Kunturi cumplió trece años y un rayo le cayó encima.

Su piel, más clara que la de otros niños hacía contraste con el negro fino de sus pestañas, y con el pelo oscuro que le caía pesado sobre su rostro huraño, austero y anguloso. Su nariz, ligeramente curva, contribuía a darle un aire de severa resolución. Ojos claros como de aguilucho, comentaban las muchachas que tenía, cuando siendo adolescente comenzó a llamar su atención. Delgado, correoso, nunca se enfermó de nada y, a diferencia de otros niños que gustaban de corretear juntos, él prefería la soledad de los campos en que pastaban sus animales. El día que recibió la señal y lo tocó el rayo también andaba solo. Pastoreaba llamas y con su honda de cuero de borrego cazaba animalejos. El cielo, limpio de nubes, se delineaba en contraste con la orilla blanca de la cordillera, mientras del lado opuesto, la lejanía, con pátina de tierra, fundía en un solo paisaje los pedruscos de la planicie con las orillas de los arroyos, apenas hilos de agua que bajaban de la cordillera. Sólo por su trote se distinguían las marañas de arbustos secos que vagaban sin control por el campo yermo de la puna, sin ningún árbol, sin ninguna protuberancia que cortarse la uniforme aridez del altiplano. ¡Era bendición de la Madre Tierra que los animales pudieran alimentarse rumiando hierbas secas y espinos retorcidos!, le explicaba su padre para que fuera agradecido con las deidades dueñas de todo lo existente.

Roberto lo presintió desde muy temprano en la mañana. Algo había en el aire que le erizaba los pelos incipientes en sus brazos y le provocaba inquietud. Para identificar el augurio intentó recordar sus sueños, pero resultó inútil, se los había llevado el llanto hambriento de su hermanita que lo despertó en la madrugada. Su abuela se lo advirtió desde pequeño: que no era bueno despertar de repente, sin haber construido un puente entre el mundo que se habita cuando se duerme y el de la realidad donde uno cree que está despierto. De allí que debía transitar de un lado a otro sin prisa, con memoria, para recordar lo dicho por los espíritus. “¡Si todos supieran hacer así! —se lamentaba la anciana—, no habría tantas desgracias”. Y, como sentencia cumplida, ese día Roberto no construyó ese puente y el presagio se anunciaba sin que pudiese descifrarlo.

La voz de su abuela retumbaba en su memoria y con los ojos cerrados se acucilló en un montículo de tierra para verse por adentro. Revisó las reglas, las prohibiciones y trató de recordar si su familia había cumplido con las ofrendas y faenas colectivas. Se preguntó por su comportamiento para identificar alguna falta cometida por él, pero no encontró ninguna. En esa cavilación estaba cuando sintió que el viento se detenía y el aire cobró una extraña densidad. Sintió miedo y tensó el cuerpo. Fue en ese instante que una ráfaga de luz lo devolvió al mundo de afuera donde pacía su rebaño. Entonces, una danza de rayos cruzó el horizonte sin sombras, como sucede cuando sobra la electricidad y se convulsiona el silencio. Heridas brillantes, rayones de plata intensos roturaron las alturas con ráfagas veloces sin que algún estruendo resquebrajara la cúpula celeste. Y mientras el cielo se agitaba cargado de energía, el mundo de abajo estaba quieto.

Roberto tembló ante el exceso de silencio que recorría la llanura y los pelos de su cabeza se erizaron. Un cosquilleo detrás de sus orejas le sacó una mueca que parecía sonrisa y el

rayo le cayó encima. Un estruendo de luz lo cegó, la cabeza le creció por el golpe de fuego, se dobló hacia atrás y quedó muerto.

Y muerto dijeron que estaba al otro día que lo encontraron. Pero no lo estaba y así supo verlo don Julio Apaza, el sanador del pueblo que se lo llevó a su casa para untarle el cuerpo con grasa de animal. “¡A saber de cuál!”, dijeron con asombro sus vecinos. Luego de reanimarlo el curandero le peinó los pelos de la cabeza que estaban parados como púas. “¡Neeeeegro desde entonces se ha quedado ése, el Roberto!”, relatan los viejos por las noches en que los niños, ávidos de historias, están alrededor de los fogones. Que le tocaba ser hombre de poder se confirmó años después con las dos siguientes tocaditas de rayo que tuvo Roberto Kunturi: una a los dieciséis y la última a los dieciocho años, y su piel se volvió más oscura todavía. No supo cómo, pero aprendió a adivinar con hojas de coca y padeció visiones. Desde entonces fue responsabilidad suya controlar los granizos, las heladas y las tormentas. Se iba durante largas temporadas con rumbo a la cordillera donde hacía ritos y ofrecía dones para lograr buenas relaciones entre la gente y las deidades de las montañas. A su regreso le anunciaba a los hombres del pueblo el momento de la siembra y dirigía las ceremonias para devolverle los favores a la Madre Tierra. Hubo quien lo vio aparecer y desaparecer, a veces como persona y otras como animal o viento, sólo que Roberto ignoraba si de verdad volaba, o si sólo soñaba sus traslados de un lugar a otro para observar todo desde arriba. Nada de lo hecho por él era aprendido. Se movía por la voluntad de las fuerzas antiguas que le sirven a las deidades primordiales para recordarle a los hombres que hay cosas incomprensibles, pero necesarias para mantener con rumbo el universo. Y así como los vientos se encuentran para formar tempestades, sucedió que un día Roberto Kunturi y Francisco Khanawiri se cono-

cieron en casa de don Julio Apaza, una de las veces que Roberto despertó enojado por tanta tocadura del rayo.

Junto a don Julio Apaza, su maestro, Francisco Khanawiri alistaba las hierbas para el tocado por el rayo después de arrancarlo de la muerte. Le sonrió y se inclinó para ayudarlo a beber el ensalmo que apaciguara el ardor de sus quemaduras de adentro. Y luego, con paciencia, le untó mixtura de grasa de animal para las llagas de afuera. Durante tres días Francisco permaneció en vigilia para defender al quemado de sus pesadillas y visiones, y con la monotonía de sus rezos le ayudó a controlar el impulso de fugarse para emprender largas correrías por las montañas.

El rostro de Francisco era apacible y la postura de su cuerpo hablaba de humildad. Nada semejante al coraje, a la conjunción de enérgicos impulsos que Roberto Kunturi sentía que le entraban al cuerpo con el rayo, obligándolo a dormir bajo el cielo, a moverse sin voluntad por el mundo de los hombres para ofrendar a las deidades primordiales. Vagaba por las planicies en busca de los caracoles fosilizados que nacieron allí en la época en que el altiplano era mar y no había montañas al estar cubiertas por las aguas turbulentas de la creación de la vida. Subía a las altas cumbres con los pies casi desnudos. Trepaba por las paredes de los riscos para fragmentar con sus garras de cóndor los glaciares antiguos, y beber el hielo que apaciguara la sed que lo quemaba siempre. Era padecimiento su necesidad de volar en las alturas. Necesitaba el viento helado para calmar el ardor que le quedaba después de la visita del rayo que lo tatuaba en su interior, obligándolo a moverse con ímpetu para menguar su dolorosa y permanente ansiedad.

Al regresar a su pueblo se prendía de Clementina como torbellino para vaciar su fuego. Jamás tenía tranquilidad. Multitud de voces penetraban en sus oídos como vendaval entre rendijas, silbante, aterrador, sin que encontrara un lugar para

escondarse. Si se cubría las orejas las voces escalaban desde el inframundo para engancharse como alimañas de su cuerpo, atentas a un descuido para saltar a sus oídos y comerse sus silencios. Algo de paz encontraba con el telúrico canto que brotaba ronco y apacible desde su garganta para darle la bienvenida al sol, en su acto supremo de colorear los amaneceres de las cumbres nevadas. Sólo entonces lograba la calma suficiente para elaborar lo que ofrendaba en las alturas: hombrecillos de tule, vasijas de barro signadas con los colores de la tierra, fetos de llama secos, hilos con cuentas de colores, papas apisonadas para despojarlas del agua de hielo en que dormían durante la noche. Comunión con las montañas que le brindaba serenidad para comunicarle a los del pueblo lo que debían hacer con el fin de evitar los humores dañinos, los maleficios que por temporadas los acechaban. Era un breve momento de tregua antes de que nuevos presagios y visiones lo obligaran a retornar a sus correrías, con las que aliviaba sus pesadillas, los zumbidos y las voces que lo atormentaban.

Francisco Khanawiri, en cambio, desde niño fue paciente, y con tranquilidad aprendió lo que don Julio Apaza le enseñaba. Con amoroso cuidado conoció los ungüentos, las plantas, las raíces y, junto a su poder curativo, develó los secretos de los amuletos y aprendió los misterios de las curaciones. Conocimientos que puso en práctica según el caso y la circunstancia, acompañados de rezos, cantos y sahumerios. Años tuvieron que pasar para que comprendiera que no todas las enfermedades son iguales: que las del cuerpo las provocan los hombres, que las del alma, los espíritus, y que para curarlas hacía falta cultivar el poder sabio de las palabras.

Roberto encontró en la compañía de Francisco algo de la paz que necesitaba, porque éste poseía del don de curar y era su complemento. Y fueron amigos porque si Francisco Khanawiri era paz, Roberto Kunturi era fuerza, y si uno atendía

el cuerpo y el alma de los hombres, el otro se encargaba de las urgencias y veleidades de los espíritus. Sólo que su amistad se volvió rivalidad cuando Francisco y Clementina se enredaron en amores.

El día que Roberto supo del engaño de su mujer confirmó lo que imaginó cuando ella se le negaba, mas nunca imaginó que el daño procediera de su único amigo. De ese hombre calmo a quien escuchaba con reverencia y quería bien porque era su par y a veces su maestro. La traición del amigo le dolió más que el engaño de su esposa porque a ella con el fin de que fuera su mujer se la entregaron y de ese modo la tomó desde la primera noche. Era diligente, trabajadora y tal vez hasta bonita, aunque no más que otras que lo admiraban mientras con disimulo tejían sus mantas amarradas en telares de cintura a los troncones de sus casas. Con Francisco Khanawiri, en cambio, por voluntad fueron amigos y los amigos no deben traicionarse. Así que, siendo los dos hombres de poder no tenían para resolver la deslealtad más que matarse en duelo en lo alto de las montañas. Todos en el pueblo esperaban que después de la huida de los amantes, con su energía habitual, el engañado saliera a buscar a los traidores, y fue grande la sorpresa al constatar que éste, en contra de la costumbre, se quedó encerrado en su casa, inmovilizado tal vez por el dolor de tener que enfrentarse con quien había sido su amigo.

Roberto Kunturi ignoraba que al haber sido traicionado por su amigo había perdido el poder que recibió del rayo y lo hacía sentir que volaba. Estaba escrito que nadie sin honor podría mediar entre los humanos y las deidades primordiales, así que lo que siguió para él fue el extravío. La pasiva calma de no ver, no pensar y no hacer. La de ser un guiñapo entumecido por la humillación. Muchos en el pueblo quisieron recordarle su deber de lavar la afrenta, pero don Julio Apaza lo impidió. Que no lo molestaran, les dijo. Que ya sabría él cuándo en-

frentarse con el traidor. Y si no llegaba a saberlo, allí estarían los espíritus de las montañas para recordárselo.

Después del encierro de nueve días, Roberto Kunturi regaló sus pertenencias y se fue del pueblo creyendo que iba a buscar a Francisco Khanawiri para enfrentarlo a muerte en lo alto del Chu'ullqiwanka. Salió lento, con desgano, con una extraña pasividad. Y sin deseos de encontrar a su rival, se dedicó a vagabundear por el altiplano, inconmensurable para su alma desgarrada.

Roberto Kunturi, igual como le sucedía a Francisco Khanawiri, ignoraba que debía padecer la vergüenza hasta encontrar el modo de purificarse, ya que sólo con su dignidad recobrada, y únicamente como hombre de poder, podría emprender el duelo ritual para fertilizar la tierra y lavar la afrenta. Era la forma como el tiempo largo cerraría su ciclo para que se abriera la brecha para la renovación.

Durante dieciséis años Roberto Kunturi vivió de la buena voluntad de las personas, sin más pertenencias que su poncho, su chullo para guardar la coca cerca de su pecho, su pantalón y su camisa hechas con manta cruda y sus ligeras abarcas de cuero para los pies. Recorrió los caseríos y los pequeños pueblos del altiplano sin afán de venganza, sólo por la inercia de sus pies que no encontraban lugar para quedarse quietos. Deambulaba sin sentido, guiado únicamente por el deseo perturbador de escapar para no cumplir con su destino. Comer, dormir y caminar sin rumbo era su labor de cada día, para después volver a caminar, dormir y comer, casi sin darse cuenta.

Así fue hasta que llegó a la zona minera. Lugar de pueblos sucios, con casuchas de madera y techos de láminas de metal; surcados por calles oscuras y cenicientas, aplanadas por los pasos de los mineros en sus andares fatigados sobre la superficie árida y terrosa del altiplano. La desdicha de la miseria se notaba en la ausencia de edificios públicos y sólo las tiendas y tabernas contaban con pequeñas plantas generadoras de luz eléctrica. En las viviendas, titubeantes lámparas de gas coloreaban la miseria en que se habitaba. Con el estilo del infortunio, las mujeres trajinaban todo el día con el propósito de que el salario de los hombres alcanzara para mantener a sus familias, siempre envueltas en el hedor del hacinamiento y la boñiga que servía de combustible. El paisaje era desolador, colmado de niños ociosos jugando con las piedras extirpadas de las minas, viejos tullidos calentándose al sol, y hombres desocupados que bebían en la cantina o negociaban el precio de mujeres ventrudas que ofrecían un rato de amor con ellas.

A uno de esos pueblos, con el nombre de Kankichuqi, arribó un día Roberto Kunturi. Según le contaron, llamar a ese mísero caserío “Oro de gran calidad” fue producto de la taimada imaginación de un ingeniero con el propósito de convencer a los funcionarios gubernamentales de iniciar allí una importante exploración minera. Nunca encontraron oro, aunque sí cobre, que por un tiempo resultó un buen negocio. Roberto miró sin interés el lugar y, como en otros, pidió algo de comer y luego partió sin rumbo hacia otro pueblo. Sólo que en las afueras se encontró con la boca de la mina y sintió la oscuridad como el albergue que necesitaba, y decidió pedir trabajo. Encontró al capataz en un cuartucho frío y oscuro que fungía como oficina y éste le dio trabajo como a cualquiera dispuesto vivir en las tinieblas de la tierra. Sacó la libreta de raya donde enlistaba a los mineros y, sin poner atención anotó en el registro Condori en lugar de Kunturi, seguramente por la arraigada costumbre de los indios de modernizar sus apellidos cuando dejaban de ser campesinos. Con el cambio de identidad, Roberto dejó el poncho de lana, el chullo y las sandalias de cuero, para ataviarse con ropas de minero y burlar al destino. El primer día que bajó a la mina, con casco amarillo, torso desnudo, pantalón de mezclilla y botas de cuero, en la entrada del socavón lo sorprendió un altar dedicado a un ser colorido, brillante, de cuernos largos y ojos de fuego.

—No te asustes vos, Condori —le aconsejó un compañero—, que sólo el Tío sabe ser ése.

El diablo rojo, que parecía sonreír y amedrentar al mismo tiempo, miró a Roberto con gesto burlón y éste, desconfiado, lo saludó con una inclinación de cabeza. No preguntó más ese día, mas con el tiempo se enteró de que ese diablo gordo y amigable en realidad operaba como el estricto guardián de las minas. Era una deidad terriblemente vengativa con los hombres malagradecidos que, sin su permiso, arañaban las jaspea-

das venas de la tierra. Pobres de aquellos que se atreviesen a desafiarlo con dinamita, picos y palas sin ofrendarle lo que le debían. Su furia la sentían en los gases venenosos, acechantes en las oquedades de las rocas con las vetas más apetitosas, y conocían su voz con las explosiones, con los derrumbes que atraparían sin piedad a los hombrecillos sin memoria. Era por eso que para tenerlo contento los mineros acostumbraban llevarle veladoras, agua y alimentos. Además, de que una vez al año lo festejaban con música de banda, cohetones y trago fuerte. Era usanza, también, que en el festejo, por voluntad o por destino, luego de una discreta explosión alguno de los mineros se quedara como ofrenda para acompañar al Tío entre los pasadizos inservibles de la mina.

Desde sus primeros días de trabajo Roberto Condori se sintió acompañado por el Tío, y nunca dejó de platicar con él cada vez que bajaba por el estrecho tiro de la mina. Con su protección se movía sin perderse entre las sinuosas rutas bajo tierra, como si respondiese a un conocimiento adherido a su cuerpo. Y bajo su amparo creyó alcanzar el bienestar que lo alejaba de su deber de venganza. Toneladas de roca lo protegían de la veleidad de los espíritus del altiplano, y sin los mandatos de las deidades de las cumbres nevadas nada tenía que ver con volar los vientos, visitar los hielos y controlar las tormentas. Pertenecía ahora a las profundidades de la tierra y con fervor se lo agradeció al Tío.

Bajo la protectora oscuridad transcurrieron los días, hasta que una noche la mujer del Tío lo visitó en sueños. Se le presentó hermosa, con el pelo ensortijado como de mulata, para seducirlo con sus ojos chinos. Se le pegó al cuerpo y Roberto Condori necesitó amarla para desalojar el fuego interior que lo quemaba otra vez. Al intentar tocarla, sin embargo, la mujer se disolvió entre los reflejos de la luz que entraba por la ventana. Roberto, insaciable, se revolcó en su catre de mine-

ro durante semanas hasta que por las necesidades de su cuerpo reconoció que ya era hombre otra vez. Después de tantos años de pasividad reconoció en su cuerpo el ardor del rayo que lo impulsaba a moverse y a desahogar su fuego interior. Volvió a sentir el ímpetu de volar hacia las cumbres nevadas, pero se resistió, hundiéndose con mayor ahínco en las profundidades de la tierra. Quiso serle fiel al Tío sin titubeos para sofocar las huellas de lo que había sido. Vivía para venerarlo cercado por el aire escaso y viciado que circulaba preso en los pasadizos de la mina, y a cambio le arrancaba los tesoros más preciados a las piedras.

Cargado de energía, junto a los viejos trabajadores conoció la historia de la mina y junto a los hombres jóvenes se unió a las batallas para conseguir mejores condiciones de trabajo. Mejoró su castellano, estudió las letras y memorizó las palabras indispensables para la lucha sindical. Ser minero era lo que le había permitido recuperarse como hombre, y como tal abrazó la fe del socialismo que acabaría con tradiciones retrógradas, como las que lo obligaban a esconderse para no matar en duelo a Francisco Khanawiri. Aquel hombre calmo y sabio que había sido su único amigo, y que lo había traicionado. Desde su nueva identidad juró lealtad a su sindicato y se prometió que daría la vida por sus ideales.

Oculto a la luz del día, sin atreverse a mirar de frente las montañas primordiales, Roberto conoció la pasión de la lucha sindical, convencido de que su nueva vida nada tenía que ver con la venganza. Musculoso a fuerza de golpear piedras, dinamitar rocas y reptar entre cavernas estrechas, obtuvo el arrojo para defender lo justo para los trabajadores. Primero se hizo líder de su cuadrilla y, luego, representante de su sección sindical en las reuniones regionales. Hasta que dos años más tarde alcanzó el cargo como delegado en las asambleas nacionales,

posición desde la que avanzó para alcanzar el puesto de dirigente en la Central de Sindicatos Mineros.

Algo, sin embargo, le sucedió a Roberto ya que, a pesar de su importancia como líder, odiaba exponerse a las multitudes y padecía la amplitud de los espacios externos. Una zozobra extraña lo invadía si se acercaba a las montañas que sentía que lo invitaban a subir a sus cumbres, y si ello sucedía retornaba de inmediato a la protección del Tío, única deidad capaz de ayudarlo a controlar la energía que circulaba cada vez con más fuerza por los antiguos senderos del rayo. Se acostumbró a trabajar de noche, a dormir de día, y a transitar por las calles pegado a las paredes de las viviendas. A diferencia de otros líderes nunca quiso vivir en la Ciudad de Aynacha y la visitaba únicamente para asistir a las grandes reuniones sindicales. Jamás en la ciudad aceptó un trago de sus compañeros, nunca visitó un cine ni se ocupó de la televisión. Su estancia era siempre rápida, deseoso de retornar cuanto antes a la seguridad de la mina y al aislamiento de un pueblo sin energía eléctrica.

Roberto Kunturi, con el nombre minero de Roberto Condo-ri, estaba convencido de que en el tiempo en que transcurría su historia él decidía su vida. Había borrado de su memoria que en el tiempo largo seguía sujeto al destino que para él habían fraguado las astutas deidades primordiales.

III

EL SANTO SEÑOR CRUCIFICADO

Clementina lloró agua y tragó sal el día que supo que los padres de Felipe Phaxsi irían a pedirle la mano de Irma, su hermanita menor. A ella, forastera y sin raíz que lleva oculta su historia bajo la pollera, enredado el miedo entre las piernas, como un humor perpetuo que la atormenta porque sabe que la siguen, y que aunque se esconda llegará el día en que tendrá que pagar su deuda de honor.

Irma, aunque chola también, piensa que su futuro será distinto porque es más joven y le pesa menos la tradición. Su atadura la rompió la vez que se fugó del pueblo para alcanzar a Clementina en la ciudad. Un manchón de gente sumida en un hoyanco, derrumbe del altiplano, donde la humedad se trasmina como llanto desde el Lago Pawqara, como lágrimas que no hacen ruido, que no se sienten mientras se desplazan profundas en busca de cauces nuevos para las demasías que bajan de los deshielos.

Irma llegó a la Ciudad de Aynacha, su futuro en sus sueños, sin saber que éste se había quedado arriba, sujeto al juego de las deidades primordiales que cuidan a las personas o las hacen padecer si sienten que las traicionan.

Para ella todo empezó en su pueblo en la feria de Taita Santiago. Andaba alegre, con enredo negro de lana, ceñida su cintura con la faja ancha que tejió al empezar a ser doncella. Iba con blusa de bayeta, manta de virgen en la espalda y un sombrero de fieltro blanco para atajar el inclemente sol del altiplano. Era ocasión de mercado. Tiempo para cambiar papas y animales por la sal que de antiguo les llevan los fuereños. Y fue al acercarse a comprar un raspadillo dulce que se topó con

los ojos risueños de un joven altanero, de los que subían al pueblo únicamente una vez al año. No hablaron, ni siquiera se encontraron otra vez; mas bastó esa nueva forma de ser mirada para reconocer en ella el deseo de enamorarse como lo hizo antes su hermana mayor. No en vano hablaban de amor las canciones, a gritos en los altavoces. Amor que se inventa en un instante, que se come a mordiscos, como dulce, como pan, como antojo para suplir carencias. “¿A qué, si no, sabe, pues, el amor?”, pensó Irma al sentir la mirada voluptuosa de ese joven, dándole forma a su cuerpo y un lugar en la Tierra. El viento, el agua, la habían recorrido antes, sólo que, sin el deseo reverberando en su piel, ella era apenas un fragmento del mundo que transcurría monótono y repetitivo. Pautada por la costumbre su vida giraba dentro de un ciclo que siempre se repetía. Llevaba el nombre de su abuela y el que sería el nombre de su nieta. Había sido destetada con carne blanda porque era mujer, e iba a procrear hijos e hijas que nombrarían a los suyos con los nombres de los abuelos que así volverían al mundo, como todos los antepasados. Siendo madre les enseñaría a las muchachas nuevas cómo ocupar su mitad del mundo, en armónico complemento con la otra mitad poblada por los hombres. Por ello, desde que la sangre de doncella humedeció sus muslos, y aprendió a tejer sueños amarrada a su casa por un telar de cintura, supo que pronto tendría marido. Con la boda iba a cambiar su manta de moza por una de casada con la que le gritaría a todos su pertenencia a una nueva familia. Pero todo eso cambió con la mirada de aquel hombre quemándole la carne, como brizna de placer que le anunció que su vida podría ser diferente, y la hizo imaginarse erguida, con los pies firmes sobre un mundo distinto porque ella estaba en el centro y lo demás debía girar en torno suyo.

En medio del bullicio de sus sentimientos, Irma se instaló en un sitio desde el cual podía contemplar lo que hasta ese día

había sido su vida. Transitaban entre los puestos de la feria sus parientes y los que eran parientes de sus parientes y los que pronto serían sus nuevos parientes. Un entramado inmutable que se contaba según la memoria y se organizaba mediante redes acordonadas por las añejas lealtades que dotaban de sentido y cohesión al extenso territorio del altiplano. Y dentro de aquel amazón estaba ella, pequeña, sin más voluntad que la que debía tener según la costumbre y no le gustó. Tenía fresca la ilusión de ser diferente y ya no quiso seguir siendo como antes. Seducida por la añoranza del amor no padecido, Irma se rebeló contra el matrimonio acordado por sus padres desde que nació y decidió huir a la ciudad para buscar a Clementina. Sin estar casada, sin abandonar marido, los del pueblo tal vez la perdonarían más adelante al avanzar la rebelión de los jóvenes deseosos de modernidad; cuando cada orden desobedecida, cada costumbre desdeñada actúe como las gotas de agua que fracturan los hielos de la cordillera, que parecen ser eternos.

Con cautela se acercó a un comerciante de ganado y le ofreció en venta sus animales más los que quedaban del rebaño de Clementina. Acordaron el precio, la hora de la entrega y, con un golpe más de audacia, le pidió que se la llevara a ella también. Al oscurecer, Irma se ofreció a guardar los animales para separar los de su familia de aquellos que debía vender. No pudo tragar la cena y se dedicó a observar a sus padres con la tristeza del adiós. No podía saber si lo que sentía era amor porque si los veía nada bullía con ansia loca por la superficie de su piel, como le sucedía por obra de aquel joven de mirada ardiente. Padres y hermanos eran la presencia segura de todos los días, tan sólidos como las montañas y tan inescrutables como ellas. Los sentimientos no eran tema de conversación. Se hablaba de ellos únicamente si alguien soñaba o se enfermaba, y entonces se discutían en colectivo para comprender

los mensajes que por esos medios les hacían llegar los espíritus. Algo muy distinto era la posibilidad del amor que la conmocionaba, haciéndola vibrar en una frecuencia desconocida que la transformaba en una mujer única e imparable en sus decisiones.

No pudo dormir esa noche. Recostada sobre su pellejo de borrego permaneció atenta a que llegase el momento de partir. Se marchó del pueblo en una madrugada de tiernos colores y amplísimos horizontes. Iba montada en la tarima de un camión con la carga separada: abajo, protegidos, los animales, ella arriba, entre los bultos de quinua, papa, chuño y tunta. Alentada por el vaporcito exhalante de las llamas y los borregos, la joven imaginó que su vida desde ese día sería así, ligera, libre, feliz, como había sido la mirada juguetona de aquel joven. “¡Ay!, qué lindo es hacerme pensar en él”, murmuraba en voz baja, mientras las montañas vigilantes observaban su aventura. Con la luz tersa del amanecer miró sus pies como expresión de su nueva voluntad. Con los talones rajados como surcos sedientos de lluvia, con su fuerza serían capaces de ayudarla a caminar su destino con pasos fuertes. Durante el trayecto hasta la Ciudad de Aynacha siguió con sus reflexiones, admirando sus pies tanto como se admiraba ella ahora. ¿Qué podía importarle la frialdad de la madrugada, qué el hedor de los animales, si podía decidir por ella misma?

El día que Irma llegó a la ciudad, la vida de Clementina naufragaba entre las diarreas de Rosalía, su pequeña hija y la indolente pasividad de Francisco Khanawiri, su segundo marido. Encontrarla no fue difícil una vez que en el mercado se supo quién era y cuáles sus intenciones. La red de complicidades, tejida para proteger a su hermana de la venganza mortal de Roberto Kunturi, se puso en marcha para que ellas se encontraran. Clementina la vio llegar, delgada, sigilosa, atenta como vicuña, y con su ayuda, y con el dinero que le trajo,

pudo comprar un sitio en el mercado para instalar su propio puesto de ropa y su situación mejoró notablemente. Para ella la presencia de Irma fue como un viento fresco, un regalo de esperanza. Para Francisco Khanawiri, en cambio, fue el recuerdo de la maldición que los seguía por haber violado las normas del honor y la vergüenza. “Qué tonta la Irma!, de hacer suya la desgracia”, pensó ahogado por la profunda soledad de los pecadores, ya que, como era sabido por todos, al haberse aliado con ellos estaba proscrita, sujeta, también, a los enmarañados designios de las deidades.

El mercado de la Ciudad de Aynacha, bullicioso como hormiguero, se encontraba del lado izquierdo del río Mit'aJilawi, sobre una zona antigua, rodeada de edificios públicos y casonas que alguna vez fueron residencias de las familias blancas y pudientes del país. Los viejos palacios funcionaban como bodegas, y sus patios, antes rebosantes de perfumes, eran ya comederos para los indios y cholos que por cientos trajinaban todos los días por las calles. Los puestos del mercado se extendían sobre una intrincada red de empinadas y angostas callejuelas: las dos más amplias, con circulación de norte a sur, eran para la venta de frutas, verduras y carnes, y todo lo de temporada. Abundaban allí los bultos con hojas de coca, papas y quinua, las pirámides hechas con zapallos y choclos. Mientras que los costales con polvos de ají y condimentos, rojos, amarillos y naranjas, coloreaban los estrechos pasillos del mercado. En un orden peculiar seguían los puestos con los pescados crudos y asados que llegaban del Lago Pawqara, para continuar, luego, con los tendidos de pollo y huevo. Y por último se encontraban las mesas con la carne de borrego, cerdo y res, cuyas cabezas en hilera miraban a los transeúntes con los ojos abiertos, como si expresasen con ello su desconcierto.

Con estas dos calles se conectaba una transversal dedicada a todo lo comestible y de origen industrial: leche en polvo, galletas, aceite, sal empaquetada, jabones, harinas y sopas de pasta, entre muchos otros productos traídos de los países vecinos por los cholos emprendedores con el fin de satisfacer los gustos cosmopolitas de la población adinerada. En dos calles más, que corrían de oriente a poniente, se ubicaba la venta

de muebles, electrodomésticos y productos de computación. Seguían después otras que subían y bajaban como culebrillas empedradas, rebosantes de ropas, medias y zapatos: tres hileras de puestos por calle. En ese bullicio de maderas y techos improvisados imperaba también un orden: unas calles contenían los espacios de venta con la ropa moderna que compraban hasta los caballeros y las damas, ocultos con sus peores vestimentas para buscar la moda a bajos precios. Otras calles más arriba se exponía con ostentación la ropa para las cholas, confeccionadas con las telas llamativas procedentes de China. Las mantas de lana de borrego las compraban las cholas pobres, las de lana de alpaca y vicuña las cholas ricas; mientras que las mantas sevillanas, hechas para presumir los días de fiesta, las adquirían todas, con precios según el primor de sus bordados y listones.

Cercano a ese sitio, donde el lujo de antaño perduraba ruinoso entre calles sucias, invadidas por puestos callejeros, con dificultad sobrevivían las oficinas de gobierno, el correo nacional y algunos hoteles. Estaban por allí, también, algunos despachos privados que padecían la amenaza de ser tragados por el comercio informal en manos de los cholos, cuya presencia crecía como marea imparable por todo el centro de la ciudad.

En ese cruce de vidas, tradiciones y modernidad, Clementina compró su puesto en la calle donde se vendía la ropa, y escogió la moderna porque quiso sepultar lo que había sido. Con ese afán pretendió construir su olvido, sin atender a la sentencia de que alcanzar los sueños es imposible si se tejen sobre la urdimbre de un pasado arraigado en el destino.

Al tercer año de vender ropa Clementina recuperó su inversión y mudó a su familia a una casita de renta, con baño propio. Sustituyó los cartones usados para dormir por camas de madera, compradas en el mercado de muebles donde trabajaba Francisco Khanawiri.

Con el éxito pudo ingresar a la Cofradía del Santo Señor Crucificado, un prestigiado gremio de comerciantes. Ocupó el lugar más bajo de la jerarquía, suficiente apenas para servir el té de la cinco de la tarde en las reuniones. Poco después, gracias a su compulsión por la limpieza, consiguió el cargo de cuidar los aposentos del Santo Señor, patrón de la Cofradía. Luego de otros tres años, con la diligente ayuda de su hermana Irma y la obsesiva terquedad que se apoderó de ella, ascendió hasta alcanzar el cargo de mayora que le permitía atender en sus necesidades al Santo Señor que alguna vez fue crucificado.

Doña Lidia Axaqupa fue quien la presentó con ese hombre barbado, que descansaba sangrante dentro de una urna de vidrio, con una corona de espinas en la cabeza y el pelo ensortijado sobre una almohadilla de raso blanco. En su cuerpo semidesnudo eran visibles las heridas abiertas de sus costados, lo mismo que las nervaduras de los pies que soportaron el peso de su cuerpo en la cruz, sujeto por enormes clavos hendidados en sus manos. La primera vez que lo vio Clementina salió corriendo. Nunca en su pueblo, ni en ningún otro del altiplano, conoció algo igual. Las escasas capillas llevadas antaño por los misioneros albergaban sólo cruces desnudas que simbolizaban la presencia del dios que, por la fuerza de los conquistadores, llegó de lejos para gobernar sus vidas. Con el paso

de los años el dios cristiano aprendió a convivir con los espíritus, con las deidades de las montañas, lo mismo que con los dueños de la tierra, de las cuevas y del Lago Pawqara, con quienes los altiplánicos se comunican a través de sueños, de la lectura de las hojas de coca, o mediante los indicios que les llegan con los vientos y las tormentas. Así que, desde niña, Clementina supo que todos esos seres primordiales eran como madres y padres a quienes había que escuchar y obedecer, además que se les debía alimentar con las ofendas hechas a su gusto; sólo que jamás, jamás, se le ocurrió pensar que esas deidades dueñas de todo lo que existe tuvieran cuerpo de hombres y de mujeres, y que pudieran sentir dolor como cualquier persona.

Repuesta del pánico inicial, luego de observar al hombre crucificado, Clementina recordó que en todo el altiplano sólo existía un espíritu con cuerpo de hombre y era Taita Santiago, quien más que un dios era un amigo en el cielo a quien por costumbre se le pedían favores. Andaba a caballo y vestía como español porque era mandadero, un mediador, que traducía a lengua castellana lo que en su lengua los indios le solicitan al dios cristiano. Así que por eso iba y venía todo el tiempo, en acomodo permanente del mundo antiguo con el mundo del dios que llegó de fuera. Lo que era incomprensible para ella era por qué el Cristo Señor tenía cuerpo de hombre, y por qué se le veneraba tanto si antes lo habían crucificado.

Las explicaciones las recibió de doña Lidia Axaqupa y sus rudas disquisiciones poco tuvieron de precisas, dejando en Clementina la idea de que en la ciudad de los señores existe un dios, inaprensible y confuso en sus misterios, que bajó a la tierra como un ser de carne y hueso para morir en la cruz, a cambio de salvar a todos los pecadores. Creándose en ella un amasijo de creencias donde un hombre podía ser dios y dios podía ser hombre, en una mutación asociada primero con el pecado, luego con el arrepentimiento y por último con el perdón.

Según su entendimiento, aquél que reposaba en la urna de vidrio había sufrido el martirio de su cuerpo para alcanzar el perdón del alma de todos los pecadores; y pensar y repensar eso, mientras observaba el cuerpo sangrante del Santo Señor, la hizo sentirse cercana a él, al compartir historias similares que los colocaba frente al inevitable sacrificio a causa de la ira de los mortales. Junto al Cristo Crucificado reconoció, entonces, su transgresión, la violación de las costumbres y la necesidad de su castigo; aunque sobre todo le quedó claro que era posible alcanzar el perdón por la vía del sufrimiento.

Muchas visitas y muchos baños de limpieza al Cristo tuvo que realizar Clementina antes de concluir que ella no estaba dispuesta a sacrificar su cuerpo para alcanzar su perdón, así que al Hombre Santo le propuso un pacto redentor: a partir de ese momento ella iba a servirle con fervor en sus necesidades a cambio de que él salvara su cuerpo y su alma pecadores. Lo cual, según su criterio, era un buen trato porque después de todo ese hombre, que además sabía ser Dios, ya había muerto desde hacía mucho tiempo para salvarlos a todos.

Al poco tiempo de estar en la ciudad, Irma Qhispi dejó el rollo de lana, y más alta y esbelta que Clementina lució mejor las polleras y pronto tuvo enamorados. Con todo, no deseaba casarse y se mantuvo soltera hasta que su hermana mayor alcanzó el éxito. Sólo entonces aceptó de novio a Felipe Phaxsi, un joven acostumbrado a trabajar en los sembradíos de coca de las tierras bajas.

Nacido en parto natural a mitad de la carretera, a Felipe Phaxsi no le gustaba quedarse fijo. Se iba y regresaba todo el tiempo, primero para curarse del ruido de la ciudad y después para olvidar la soledad de las barracas por las noches. Novias tuvo muchas, una por allá y otra por acá, sin que una supiera de la otra como hacen los errantes desde que el mundo es grande para andarlo y corta la vida para disfrutarlo. Y fue hasta que se cansó que buscó el abrigo de un solo cuerpo para que lo consolara, con el mismo olor y el mismo nombre.

Enamoró a Irma sin prisa. Al principio sólo con su presencia durante los fines de semana, acompañándola de lejos mientras ella atendía el puesto de ropa, y después lo hizo con el casual y bienintencionado saludo que dejaba ver su sonrisa debajo del sombrero. Irma lo adivinaba cerca, vistiendo el terno negro de día de fiesta que Felipe usaba cuando no quería llevar su ropa de cocalero, cargada de olores viejos. Al principio a ella le molestó el asedio, mas pronto admiró su empeño y lo reconoció como el hombre-compañero capaz de estar con ella sin perturbarla. Él, por su lado, hizo valer su presencia con los del gremio de comerciantes, colaborando en la descarga de un

camión, en la colocación de un entarimado, en el arreglo de una bodega o cooperando para construir un altar en el mercado.

El encuentro definitivo entre ellos sucedió una noche sin luna, crecida la oscuridad por los silencios del frío. Irma andaba rumbo a su casa con un gran bulto de mercancías la vez que Felipe, así como era, la saludó con la orilla del sombrero y le quitó la carga. Caminaron por las entreveradas callecitas, subieron el transporte público y avanzaron juntos sobre las empinadas calles de la ladera, con su respiración voraz como única conversación, conforme más alto llegaban.

A dos pasos de la vivienda que compartía con Clementina, Irma recuperó su fardo y se asomó a los ojos del hombre. Los advirtió negros como la cárcava tallada por el río Mit'aJilawi, calmos y profundos como el Lago Pawqara. Eran distintos a los del joven que años atrás vio en la feria de su pueblo dedicada a Taita Santiago. No brillaban impertinentes en su cara, no hurgaban vagabundos por su cuerpo, no provocaban risas en su piel y, sin embargo, algo definitivo percibió en el rostro de Felipe curtido por el sol de la tierra caliente. “¡Avaro no es!”, “Ni malo tampoco”, concluyó al admirar sus labios gruesos, generosos, bien dibujados. Bajo la luz que desertaba de la ventana, Irma deslizó sus ojos de vicuña por los contornos de su cuerpo. Resbaló de su nariz hasta su cuello, admiró su pecho, avanzó hacia la cintura y con pudor desvió su mirada para evitar el centro. Se concentró en las piernas macizas que parecían capaces de soportarla en las desgracias y darle cobijo caliente por las noches. Entonces, con las mejillas brillantes por el sudor, rojas por el decoro, Irma levantó la vista para admirar el mechón de pelo que caía sobre su frente. “¡Ya pues!”, exclamó sin aclarar nada, aferrada a la fuerza de esa pelambre negra, como si de su rebeldía dependiera el futuro. Y Felipe Phaxsi sonrió complacido al comprender que la Irma por voluntad se le entregaba.

Acababa de cumplir veintitrés años la tarde en que fueron a pedir su mano. Irma era diligente, trabajadora, discretamente risueña y poco conversadora, así que los padres de Felipe Phaxsi estaban complacidos. Ellos habían huido también del que fue su pueblo y las hermanas les recordaban su propia historia. Despojado de la rusticidad de sus ropas campesinas por las promesas de la ciudad, el padre portaba con orgullo su terno negro, mientras la madre, con su pollera multicolor y sus valiosas joyas, presumía los éxitos de su empresa comercial.

La noche que visitaron la casa de Clementina llevaron cervezas, carne de res y cerdo, más una manta de alpaca de las muy finas que les costó la plata de un mes de trabajo. Clementina, ahogada por viejas culpas, no supo cómo devolver la amabilidad y les ofreció té con marraquetas y pan dulce a cambio de los regalos, puesta la memoria en aquel primer té que le brindó doña Lidia Axaqupa cuando ella, extraviada y andrajosa, llegó por primera vez a la Ciudad de Aynacha. Francisco Khanawiri, en cambio, huyó de las visitas y se arrinconó en su cuarto para esperar borracho las desgracias que se avecinaban como sombras alrededor de su apática existencia.

Después de mucha charla y del consabido “¿Cómo saben estar ustedes?”, y de las respuestas convencionales de “Bien nomás, gracias”, de asombrarse juntos “¡Sí pues! ¡Las cosas que pasan en estos días!”, y de contestarse mutuamente “¡Ay! Así sabe ser lo que ustedes cuentan este día”, Clementina entregó la mano de su hermanita menor. Sólo que la felicidad se le escapaba del cuerpo consciente de que Irma, al haber huido de su pueblo y habiendo perdido su linaje, era como una hoja des-

amparada flotando en la ciudad. ¿Cómo, pues, iba a entregarla de esa manera? Angustiada lo consultó con su marido, sólo que Francisco Khanawiri hacía mucho tiempo que había perdido el don de la palabra y como débil resabio de su anterior sabiduría sólo contestó con titubeos: “¿Al caso los espíritus no saben estar en todo lado? No habrá recompensa para los que siembran, pero de los campos regados brotará la gente nueva, con el rostro antiguo y otro nombre para que haya cambio o para que todo siga igual”. Y luego de lo dicho, se ocultó de la vergüenza con tres días más de borrachera.

Nueve años tardó Clementina en alcanzar el puesto de mayora que le dio la gracia de atender en sus cuidados cotidianos al Santo Señor Crucificado.

Desde entonces, las lluvias podían ser torrenciales, los días fríos o ventosos, el temporal bueno o malo, y ella estar triste o contenta, pero cada semana debía llegar al lugar de encierro del Santo Señor para sacarlo de su urna y darle una buena limpieza. Sobre una mesa larga de maderas fibrosas y oscuras con agua limpia lavaba sus heridas, y frente a cada llaga, ante cada escoriación, temblaba por el dolor que sentía compartido con ese cuerpo inerte y sufriente, en una labor de varias horas en las que lloraba por ella, mientras creía sufrir por el Hombre Santo.

Entre sus funciones tenía, además, el altísimo honor de preparar al Hombre Santo para la Marcha del Divino Poder. Procesión en la que era llevado en andas hasta el Santuario Alto, desde el cual podía contemplar a su gusto la totalidad de la ciudad. Era un evento fastuoso y solemne en el que el Señor Crucificado, por única vez en todo el año, transitaba por las calles para ver a sus fieles y ser visto por ellos con sus mejores ropas. Todas las cofradías de la ciudad danzaban detrás de él para acompañarlo, ataviados con trajes llamativos y costosos. Los participantes se entrenaban durante meses para asumir con garbo la marcha en que demostraban su pericia en el baile y la fastuosidad de sus vestidos. Las cholas casadas bailaban con polleras largas, las solteras con faldas cortas, tanto que el calzón les brillaba del color de sus zapatos que era el mismo que el de las botas de sus parejas de baile, en giros y giros que dejaban

ver sus piernas largas, moviendo con ritmo negro la amplitud de sus caderas. Sucedió en tiempo de carnaval. Época propicia para que un él, una ella, unos ellos, abrazaran clandestinos a un amante conocido o a otro apenas descubierto. Luego de la procesión, en la farra de la tarde y noche, se veían mujeres con osos, vacas con arlequines, cholos con diablas, cholas con caporales, hombres y mujeres con mascarones relucientes, algunos con cuernos, como la mujer del Tío; todos, amantes transgresores, privilegio del carnaval con ritmos encendidos y cadencias de lujurias disfrazadas, en un aquelarre de fertilidad con disfraz de fiesta santa.

Con el cargo de mayora Clementina alcanzó el mote de doña, y se hizo de la confianza para conversar con el Hombre Santo, de allí sus largos monólogos, que solían ser interpelados por los signos que ella sabía leer como respuestas, aunque no siempre iban en el sentido que ella deseaba, de modo que al sentirse contrariada o regañada plasmaba su enfado en la indumentaria y el cuidado del Santo. Lo vestía con mantos oscuros si, de acuerdo a su criterio, se enojaban y azul celeste si lograban acuerdo. Su cabellera era expresión inequívoca de la relación entre ambos: lucía brillante y perfumada en el entendimiento o se quedaba a medio peinar cuando enojados terminaban la conversación: “¡Mirálo vos, Caballero! Así nomás te vas a quedar hoy”, le decía Clementina enfadada, oculta entre la penumbra rojiza de los atardeceres, para dos días después regresar arrepentida para dejarlo limpio y peinado otra vez.

Ante la falta de un buen marido con quien conversar, Clementina adquirió la costumbre de tomar las decisiones importantes en amena charla con el Santo Señor Crucificado. Y fue de esa forma extraña y confianzuda como le expresó sus preocupaciones dos días después de que fueron a pedirle la mano de Irma.

Antes de que se construyera el Puente de Las Culturas, Clementina tardaba casi dos horas para llegar hasta el mercado, montada en el transporte de alquiler que rodeaba la honda garganta formada por el Mit'ajilawi. Sus aguas, deshielos de las montañas, se trasminaban del Lago Pawqara luego de andar kilómetros por las profundidades terrosas del altiplano. Avanzaban cautivas por el subsuelo hasta encontrar el cauce del torrente que brotaba de la ladera norte como si naciera de la nada. Con la fragosidad de su caudal dividió la ciudad, quedando de un lado las casas de los señores blancos y, del otro, todos los demás.

En esa metrópoli dividida por el miedo, Clementina le quitaba al sueño casi las dos horas requeridas para rodear el tozudo fluir del agua y llegar hasta su puesto de ropa. De allí su regocijo al escuchar la noticia de la inauguración el puente que conectaría las dos partes de la ciudad. Con la gran obra de ingeniería el trayecto sería más corto. De su casa iría por la ladera hasta el puente, lo cruzaría a pie, tomaría el transporte público para atravesar el centro hasta llegar a la calle principal del mercado, y, desde allí, tendría que caminar tres empinadas calles más. Un recorrido como de cuarenta y cinco minutos a lo mucho.

Con la moderna edificación del puente se conmemoraban los quinientos años de la fundación de la Ciudad de Aynacha, y para conmemorarlo se hizo una gran fiesta. La ceremonia la encabezó el entonces presidente del país y se transmitió por la televisión de cobertura nacional. Para disfrutar el fes-

tejo, Irma y Rosalía se apretujaron con Clementina en la cama grande.

Acompañado de prestigiados políticos, con la banda tricolor cruzada al pecho, don Federico de Medeiros y de la Peña y Peña cortó el listón inaugural e inició su recorrido sobre el puente. Debajo de la estructura de metal el poderoso río Mit'a-Jilawi corría entubado, oculto por una ancha avenida, dividida en el centro por un raquítico canal, memoria deslucida del torrente sepultado. Ramilletes de flores adornaban las orillas del estrecho conducto, partiendo la avenida en cuatro carriles, dos que corrían de norte a sur y dos de sur a norte. El mandatario se detuvo a la mitad del puente para decir su discurso en el que recordó la historia de la ciudad, una de las primeras de la América del Sur. “Los españoles —dijo con voz pausada y perfectamente modulada— llegaron a estas tierras con una fiereza indomable, como la del río Mit'aJilawi. Y mucho esfuerzo invirtieron para traernos la civilización que, gracias a Dios, es una realidad. Ahora, siguió con emoción, el país puede estar en paz, lo mismo que nuestra ciudad que cuenta hoy con un puente para unir dos partes, otrora separadas por una tragedia que ya ha concluido. La esclavitud y la servidumbre de los indios son pasado. El presente y el futuro son de la República de Imantaña; una nación moderna e integrada. ¡Por eso —exclamó enfático— el Puente de las Culturas es símbolo de la unión de las razas y culturas que nos forman como nación! Con él hermanamos el oriente con el poniente y conectamos el centro con el sur de nuestra ciudad. El puente, obra de nuestra moderna ingeniería, ha sido posible por la unidad. Vivimos en una sola ciudad y formamos una sola nación. Por eso, ¡ciudadanos! —gritó, provocando retumbos en el estómago de los escuchas—: ¡El puente es expresión de nuestra voluntad de ser modernos sin olvidar nuestros orígenes! La primera raíz viene de los indios y es como nuestra ma-

dre, y la segunda, fuerte y vigorosa, viene de los españoles que es como nuestro padre. ¡Viva la República de Imantaña!”. ¡Viva!, respondieron al unísono los asistentes, quienes, con euforia patriótica, agasajaron su discurso.

A Clementina le gustó lo de juntar las raíces para que de esa unión surgiera un tronco capaz de unirlo todo y de sus ramas brotaran hojas nuevas. La imagen era poderosa y revoloteaba en su mente, aunque sin comprender a plenitud lo que para ella podía significar. Así que la mañana siguiente fue a visitar el puente. Tal vez al tenerlo cerca pudiera identificar aquello que no la dejaba en paz. Llegar a su inicio la dejó boquiabierta. Era mucho más grande de lo imaginado y se contuvo. Había demasiado vacío en su entorno y era extremadamente largo para caminarlo así nada más. Recordó el discurso del presidente, dicho con paso lento, cargado de elegancia y parsimonia y decidió cruzarlo igual. Al llegar a la mitad se inclinó para mirar el fondo, e inevitablemente sintió pena por el Mit'aJilawi que, oculto bajo tierra, se rememoraba en la superficie con un raquíptico canal portador de un hilo de agua. “¡Mirálo vos! ¡Cómo te han dejado! ¡A saber, qué vas a hacer ahora con tu fuerza!”, le dijo entre contrariada y risueña, convencida de que la obra de ingeniería era en bien de todos. “Es que vos no has sabido comportarte bien en tu último arrastre. A ver, ¿a qué tanta inundación?”, le susurró al cautivo, confiada en que su razonamiento llegaría hasta el río y éste comprendería su responsabilidad, sufriendo un poco menos por su entubamiento. Luego del gesto compasivo con que cerró la conversación, contempló las alturas del Kankiwanka, las nieves más altas de la cordillera. Desde allí podía admirar su cumbre en plenitud, sin el molesto estorbo de los edificios. Abrió los brazos para recibir el viento que cruzaba la ciudad. Le gustaba sentirlo. A veces la empujaba hacia adelante y en otras sólo la acompañaba como una caricia cautelosa. Sostu-

vo el equilibrio agarrándose fuerte de su barandal, la mirada puesta en los dos cóndores amorosos que cruzaban la amplitud del cielo, y que ella leyó como buenos auspicios. Caminó el puente una vez y no fue suficiente. La vista era amplia y profunda y no acababa de amarrar las ideas que nacían dentro de ella, y decidió repetir la experiencia.

Durante la tercera vez que recorrió el puente, danzarina y radiante su pollera azul celeste, pudo desentrañar su emoción, y comprendió por fin lo que debía ser la boda de su hermana menor. La imaginó cruzar el puente con un amplio y lujoso vestido de seda y tul, “¡como una novia de nieve blanca!”, gritó feliz. “Luminosa como la punta del Kankiwanka que contrasta bien con el cielo profundo que lo acompaña”, se dijo satisfecha. Iría del brazo suyo y de Francisco para ser entregada al novio que la esperaría del otro lado con sus padres y padrinos. Irma caminaría elegante, siguiendo el ritmo de la música de una banda de metales, hasta reunirse con su prometido. Se mirarían enamorados, se tomarían las manos para sellar su unión, y para festejarlo brindarían con champaña en elegantes copas de cristal. En la ceremonia estarían todos: la ciudad y la cordillera, el viento y el río, aunque, pobrecito, casi todo entubado, y, sobre todo, estarían juntos la Madre Tierra y el Santo Señor Crucificado. Con eso en mente Clementina bendijo la existencia del puente que sabía juntarlo todo, y salió de sus alturas frotándose las manos; feliz por haber encontrado cómo darle raíz y futuro a su hermanita menor.

Después de su visión se sintió insegura, de modo que decidió consultar su audacia con el Santo Señor Crucificado, su confidente y amigo, quien según su costumbre estaría en el recinto de la Cofradía. Llegó sudorosa por correr por las empinadas calles del mercado, y, deseosa de no importunarlo, procedió a conversar con él sin sacarlo de la urna. Colocó la silla a la altura de su oído, de forma que ella tuviera puestos

los ojos en la puerta de la entrada y no en su rostro para, en caso de necesidad, poder disimular no haberse dado cuenta de los dichos misteriosos del Santo Señor si éste no estaba de acuerdo.

Escogió sus mejores palabras para contarle lo que imaginó como la boda que haría que la vida de su hermanita tuviera hojas nuevas. Esperó en silencio mientras pensaba el Cristo, y al no sentirse interpelada dio por asentado el acuerdo, de modo que procedió a calcular los gastos, hizo lista de invitados, detalló lo que sería la fiesta, y para rematar, escogió para el evento el día de su cumpleaños.

Clementina dio por terminada la conversación alrededor de las dos de la tarde. Le brindó una sonrisa cómplice al Santo Señor Crucificado, le agradeció su comprensión sobre el festejo, y salió rápido para evitar que éste cambiara de opinión.

Cuatro meses después se realizó la boda de Irma Qhispi con Felipe Phaxsi en los términos planeados por Clementina. Asistieron todos los del gremio de comerciantes que eran, además, sus hermanos de Cofradía. En camionetas de alquiler se trasladaron a las oficinas del Registro Civil y después a la Iglesia de la Virgen de la Caridad, de donde partieron hacia el Puente de las Culturas.

Arropada con los sueños de su hermana, Irma avanzó sobre el puente hacia el oriente donde el novio la esperaba con sus padres y padrinos. Llevaba un traje vistoso como sonrisa y con el ancho de sus enaguas ocupaba todo un carril vehicular, de los cuatro que tenía la estructura. Sus pies, con zapatillas de satén blanco y lazos del color del cielo, andaban paso a pasito para que los invitados pudieran contemplarla. Con Clementina Qhispi de un lado y con Francisco Khanawiri del otro, se detuvo en la mitad del puente para ofrecer su ramo a los cuatro puntos del mundo: al norte, donde estaba el pueblo de sus padres; al oriente, donde estaba su casa; al sur, donde vigilaba el Kankiwanka; y al poniente, donde estaba el puesto de ropa. Irma golpeó con su pie derecho para indicar el centro del mundo que era donde estaba parada y la banda de metales tocó un wayno para exorcizar el dolor y abrirle paso a la alegría. Clementina, entonces, le acercó un cuenco de plata para que, con sus dedos enguantados, le arrojara trocitos de tunta y arroz crudo a la tierra santa y le diera un poco también al río. A continuación, la novia avanzó sobre el puente para ser entregada a Felipe Phaxsi que la esperaba del otro lado. Las ma-

nos de los novios se enlazaron y la banda estalló en frenéticos trompetazos como señal de que las copas se repartirían entre los asistentes. Antes de beber, los novios las inclinaron para darle a la Madre Tierra las primeras gotas de la champaña que todos probaron por primera vez.

Al concluir la ceremonia, novios y comitiva se trasladaron hasta un elegante salón de fiestas con el refulgente nombre de Recinto del Sol. Era una estancia amplia, con cortinas de terciopelo rojo, vidrios polarizados y marcos de metal dorado. Se llegaba hasta allí entre pasadizos con abundantes pisos de mármol y columnas de cemento blanco repintadas con estridentes colores. Todo el lugar se componía con tortuosos recovecos curvos, cual nichos religiosos, que por su intensidad y abigarramiento simulaban las regias siluetas de las montañas, los laberínticos diseños de los textiles, y las ansias manifiestas de poner un sello propio a su arquitectura. Salones como éste proliferaban en las zonas cercanas al mercado y eran solicitados por los cholos pudientes y sofisticados, ansiosos de lujo y modernidad.

En el centro del salón, un candil de cuarenta kilos de cristal esmerilado esparcía su nubosa luz hacia las mesas adornadas con flores artificiales. Un dorado y torneado mueble dorado albergaba el pastel de siete pisos, acicalado con columnas de merengue de azul añil y flores de turrón blanco. Clementina lloró cuando la banda de metales tocó el Danubio Azul y los novios se encontraron para girar por el salón con la delicadeza de las garzas blancas en preludio de su apareamiento. “¡Aaah, mirálo vos, sí que estuvo bien mi idea!”, le dijo complacida al Santo Señor Crucificado, deseosa de que estuviese allí para verlo todo. “¡Pero como persona y antes de ser crucificado!”, se corrigió inmediatamente, al imaginarlo luctuoso y sangrante en medio de aquel barullo. Francisco Khanawiri, queriendo olvidarse de los presagios que adivinaba por todos los rinco-

nes del salón, buscó el más alejado para emborracharse sin que nadie lo molestara.

Luego del vals siguió el baile para todos y después de un rato se sirvió la cena. En vajilla blanca de orillas doradas sirvieron sándwiches de pavo, acompañados con abundante ensalada de arvejas, papas y zanahorias, aderezada con mucha mayonesa. Los hombres de riguroso terno negro acompañaban a sus mujeres ataviadas con elegantes polleras, mantas sevillanas de seda y sombreros nuevos. Sus hijas, con vestidos largos y zapatillas de tacón alto, según la moda dictada desde los mejores puestos del mercado, esperaban sonrientes bailar con el joven atrevido que las invitara a compartir esa noche de sonidos y colores fragosos, expresión del triunfo del cholaje pudiente, conquistador con su lujosa presencia en esa ciudad otrora privilegio de blancos. Con un frenesí alentado por la cerveza y el singani adultos y jóvenes bailaron morenadas, cumbias andinas, sayas y tecno, en tanto que, los más rebeldes, con argollas en la nariz y el pelo azul o rojo en forma de penacho, saltaban al estrado de vez en vez para improvisar en honor a los novios versos de rap, cadenciosos e irruptivos.

El éxito fue rotundo y durante meses se calificó como la mejor fiesta vista en años. Sin embargo, lo que trascendió fue la ceremonia del Puente de las Culturas, de modo que a partir de allí nunca entre los cholos se realizó una boda sin tan magnífico ritual. El arraigo fue tal que hasta Clementina llegó a creer que el ritual era producto del consejo del Santo Señor Crucificado, quien, según sus cálculos era ni más ni menos que el Santo Señor de Wiracocha, el mismísimo creador del universo.

IV
EL PUENTE DE LAS CULTURAS

Todas las mañanas Rosalía Khanawiri Qhispi, hija de Clementina y Francisco, cruzaba el Puente de las Culturas para trasladarse al centro de la ciudad hasta llegar a la oficina de don José Aquilino, donde se desempeñaba como auxiliar de contabilidad. El puente, desde su construcción era equiparado con el *Golden Gate* por su estructura y diseño, aunque era de muchísimo menor tamaño. Asomarse desde su altura requería valor para no temblar con el viento huracán que bajaba de las montañas, y quien empecinado se atrevía a desafiarlo debía mantenerse firme ante las vibraciones producidas por el paso veloz y continuo de los automóviles. Era un lugar hermoso y temido al conjuntar de forma extraña la vida y la muerte; los extremos de la existencia humana que en medio del vacío parecía frágil, apenas un corazón percutiendo acelerado desde su diminuta presencia.

Rosalía se detenía sobre el puente sólo los domingos en sus ratos libres. Le divertía observar las diminutas figuras que transitaban rápidas por debajo como si fuesen convocados por la Feria de Miniaturas; la fiesta popular en que cada año se reproduce en pequeño lo que está de moda, lo que se anhela y se cree que hará la felicidad: la casa, el auto, los muebles, las herramientas de trabajo, los animales y, por qué no, el cuerpo de la muñeca con piernas largas y cintura inverosímil. Todo, imitaciones reducidas de los referentes reales, similares en color, textura y materiales, hechas para esa feria de la simulación y los engaños.

Después de un rato, entre las vibraciones del puente y la monotonía del ruido, Rosalía sentía la pasión del cóndor y con los brazos abiertos hacia el cielo se dejaba acariciar por el viento frío que bajaba de las montañas nevadas, en un amorío sensual y gozoso para su piel morena. Divagar con libertad sobre el precipicio la llevaba a bajar los brazos y a inclinar la cabeza hacia el vacío, que le provocaba entrar en un estado de ensueño especial haciéndola sentirse hermanada con el entorno, plétórico de luz e inmensidad, naciendo en ella un intenso deseo de volar. Entonces, cerraba los ojos y de su garganta brotaba una risilla tenue, de ruiditos cortos, como el gorjeo de un ave.

Se quedaba así mucho tiempo, hasta que el policía guardián del puente llegaba para interrumpirla. “Señora, señorita”, le decía para sacarla del trance: “¿Estás bien? ¿De verdad es que vos no vas a tirarte?”. Y Rosalía regresaba de su viaje de cóndor con la cara fresca y la risa suelta. “No, señor policía” le contestaba siempre. “Es que me gusta mirar allá abajo y luego ver la cordillera para sentir que vuelo, así nomás, para divertirme”. El uniformado la observaba desconfiado de que hiciera lo mismo cada domingo y, con oscuras sospechas sobre sus intenciones, la regañaba: “No sé por qué vienen a hacerlo aquí. ¿Al caso no hay otro mejor lugar para tirarse de cabeza?”. Rosalía lo escuchaba atenta, respetuosa, y para no importunar lo más empezaba a caminar por el puente mientras continuaba riéndose con el canturreo que le salía del pecho después de escudriñar el vacío y contemplar el cielo.

El resto de la semana su paso por el puente era diferente. Con falda estrecha, zapatillas de tacón alto y el pelo atrapado en un rodete, lo cruzaba rápido para alcanzar el transporte público que la llevaba al centro de la ciudad, justamente a la esquina donde la esperaba la oficina de don José Aquilino. Su jefe, vestido invariablemente con terno, sombrero y zapato,

tos negros, era abogado, y presumía de ser el primer indio que había podido estudiar. De modo que era también el cholo más viejo y más respetado entre los abogados. A él recurrían los dueños de pequeños y grandes negocios con el fin de resolver sus asuntos contables, de pagar sus impuestos y realizar los trámites para regularizar la introducción de mercancías extranjeras. “Asuntos de aduana, de permisos, de licencias, saben ser mi especialidad”, explicaba el viejo a quien quisiera escucharlo.

Rosalía pasaba el día pegada a su calculadora y a los renglones de un enorme y anticuado libro de contabilidad, hasta que el reloj de la oficina marcaba las cinco de la tarde, hora para despedirse del viejo y correr hasta el mercado donde la esperaba Clementina con un vasito de té negro. Quince minutos duraba el trance de beberlo, oculta en la penumbra del rincón que escogía como refugio dentro del puesto de ropa. Era un descanso sin palabras, un regalo de paz que le permitía no pensar mientras disfrutaba el vaporoso calor del té que entraba a su cuerpo por la nariz y luego por su boca carnosa, de un rojo tan oscuro que sus pliegues se marcaban con sutiles líneas guindas. Reconfortada, botaba sus zapatillas y se colocaba en los pies unas viejas babuchas tejidas con pelo de borrego, cómodas para trajinar entre las maderas del piso y los montones de ropa nueva. Se iniciaba, entonces, el diálogo cruzado con Clementina, interrumpido por las demandas de las clientas, por los gritos que una y otra lanzaban para saludar a quien pasaba, o para intercambiar información con la vendedora vecina, o con la compradora que tenían enfrente. Se quedaban allí hasta las ocho de la noche y, luego de cubrir con tablas y plásticos el pequeño puesto, juntas bajaban por las callejuelas para tomar la unidad de transporte público que las llevaba hasta el Puente de las Culturas. A esa hora transitarlo a pie era otra

vez diferente. Casi sin transeúntes, disminuido el ruido de los automóviles, Rosalía escuchaba el murmullo crujiente de la amplia pollera de su madre que arrullaba la soledad de la noche.

En ocasiones impredecibles, Clementina, inducida tal vez por los olores que llegaban con el viento, le narraba cómo transcurría la vida en las tierras altas, al pie de la cordillera, su voz transformada por la dulzura de su lengua. Rosalía creía que era porque venía de lejos, de los días en que su madre era pastora y andaba por la puna arriando llamas, alpaquitas, además de una que otra vicuña. La escuchaba atenta, en ella vibrante la emoción del cóndor, y se veía planear con las alas abiertas sobre las rutas de los vientos, desde los que podía divisar la planicie en la que su madre anduvo ataviada con su sombrero de fieltro blanco y su manta de moza en la espalda. Era su gusto imaginarla acostada en el campo, absorta en el movimiento de las nubes siempre escasas en el altiplano. ¿Cómo serán los días y las noches por aquellos campos, sin tantas luces?, se preguntaba, y cerraba los ojos, sintiéndose tocada por ritos y saberes ancestrales, como miembro de una estirpe antigua, capaz de trascender la linealidad del tiempo y sus caprichos.

Al retornar de sus divagaciones miraba a su madre de reojo. Era elegante con su atuendo de chola que les gritaba a todos lo que había logrado, y no dejaba de sorprenderse de que, siendo su hija en nada se le parecía. Nunca había sido pastora, ni usaba esa clase de ropa mestiza que marcaba a las mujeres campesinas que arribaban a la ciudad. A ella le gustaba ser moderna.

Alguna vez, siendo niña, sintió el gusto de vestirse como Clementina, con el sombrero de lado y perfectamente erguida; sólo que el bombín se le resbalaba a cada rato y la pollera era un estorbo para subir y bajar del transporte colectivo. Además, determinante en su decisión de ser diferente, fue lo que

aprendió en la escuela pública: que vestirse de pollera era ponerse un disfraz para ocultar su identidad de india, lo que para niñas como ella significaba anticipar un futuro en el que, cuando mucho, llegaría a ser una vendedora del mercado, o sea, una cholita como le dirían con un poco menos de desprecio. Así que a los doce años Rosalía tomó del puesto de Clementina la ropa moderna que creyó que la transformaba. Su estilo, desde entonces, fue el de todas las chicas que encontraban en las calles el mejor centro de la moda juvenil. Una vez que las empresas de fama mundial lanzaban por la televisión un nuevo bolso, un nuevo diseño de ropa, en menos de un mes ya estaba la novedad disponible en el mercado. Las piezas eran idénticas, con una marca parecida a la original, que variaba en una letra. Su éxito radicaba, según el ingenio de las vendedoras del mercado, en que “saben ser lo mismo, aunque mucho más barato”.

Al compararse con las jóvenes rubias de la televisión, Rosalía añoraba ser como ellas. Jugaba con su rostro frente al espejo, se embadurnaba de cremas blanqueadoras, se respingaba la nariz con los dedos y entornaba los párpados para ver borroso, tal como se imaginaba que debía percibirse el mundo con tanta luz que con seguridad entraba por los ojos claros. A pesar de sus esfuerzos, abría los suyos y allí estaba la oscuridad de sus pupilas que la retornaba a ser lo que era: un corazón indiado, envuelto el cuerpo en ropa ajena. Amalgama desesperada de consumos, pretensión de salir airoso después de los entierros que debía lograr para llegar a ser otra. Constatar que seguía igual la enfurecía y renegaba de la estirpe que la retenía en el pasado. Y fue por esa ansia de modernidad que se prometió alcanzar con dinero lo que el tono de su piel no le permitía así que, al concluir la educación media, empezó a trabajar con don José Aquilino. A partir de allí su vida se volvió monótona. Cada mañana reconocía a quienes de ida o de vuel-

ta circulaban por el puente, en el mismo horario, con el mismo rostro fatigado, y supuso que la vida seguiría siempre igual. A pesar de esa creencia, la rutina de Rosalía se alteró después de la noche del veinticuatro de junio, dedicada a San Juan, que es la más larga y fría del año, según reza la tradición de la América del Sur.

En la noche de San Juan velaron todos. Desde los pueblos de la cordillera el viento entraba a la Ciudad de Aynacha con olor de muchedumbre y de pagana transgresión. Se deslizaba entre los cuerpos como susurro prohibido para darle a la fiesta el significado libertario, catártico y purificador del fuego nuevo. Alrededor de enormes fogatas callejeras había que quemar lo inservible para renacer bajo la euforia del singani y lanzar cue-tes al cielo para abrirle camino a la buena suerte, una vez dejado atrás todo lo viejo.

Con el humo pegado al cuerpo los jóvenes saltaban sobre el montículo de sus fogatas familiares, en peligroso desafío a las lengüetas ardientes con que se burlaban de las hogueras de antaño, con las que los inquisidores, de allá y de acá, pretendieron borrar el sentido profundo de ese rito ancestral.

Después de horas de frenéticas danzas y risas, Rosalía se acurrucó cerca de su madre para escuchar los relatos que preludiaban el amanecer y el inevitable retorno a la normalidad. Retazos de historias viejas cuyo sentido antiguo luchaba por permanecer y que, los jóvenes como ella con frecuencia sentían como recuerdos inútiles, meros cuentos extravagantes, idóneos para culminar una noche de farra, aunque persistían arraigadas en la memoria colectiva de la que no podían escapar.

Ya en su casa, malhumorada por la falta de sueño, Rosalía decidió alistarse para llegar temprano a su trabajo, y contrade-cir a don José Aquilino en sus predicciones de que llegaría tarde a la oficina.

Con el desvelo enfriándole los huesos, esa mañana Rosalía caminaba con la cabeza metida en el cuello de su abrigo y el

Puente de las Culturas la tenía sin cuidado. Era sólo un fragmento del trayecto que debía recorrer. Concentrada en avanzar apenas veía a las personas que lo cruzaban. En un extremo, confusamente vislumbró al policía que de pronto con desesperación comenzó a agitar los brazos. La escena fuera de lo común la hizo poner atención. Un hombre, que venía en sentido contrario al suyo, igual que el policía corrió para alcanzar a un estudiante que se asomaba sospechosamente sobre el barandal del puente. Algo que resultó inútil ya que ni el policía ni el hombre pudieron detenerlo y, en cambio, una vez descubierto el joven ya no dudó, aceleró su decisión y saltó al vacío. Rosalía, inclinándose sobre el pretil, lo vio agitar los brazos, como aprendiz de pájaro tratando de aferrarse al cielo, para después de la danza con que arañó el vacío quedar inmóvil sobre la vía de concreto. Junto a la reja metálica quedó abandonada su mochila escolar y, dentro de ella, asomándose por una orilla, una bolsa de papel con el refrigerio para la mañana. El mundo y sus observadores se aquietaron, y los observadores permanecieron incrédulos ante la fragilidad de la vida y del poder del vacío cuando hay abandono. Permanecieron varios segundos, tal vez minutos, tratando de comprender las razones de una voluntad resquebrajada que se alejaba de la vida como un acto supremo de protesta.

La voz indignada del policía sacó a Rosalía de su ensimismamiento:

—Pero qué macana, ¡che! Cómo es que no saben buscar otro mejor lugar para suicidarse.

Ella reconoció la voz, sin que pudiese reír como era su costumbre. La mochila tirada en el suelo, la figurita desparramada del joven allá abajo, creaban una escena incoherente.

—¡Mirálo vos! Lo que sabe ser la mala suerte. Sólo media horita más y, ¡listo! Ya no era mi turno —continuó diciendo

el policía, pálido, pequeño, dentro de su viejo uniforme café de la policía local—.

A su lado, el otro hombre permanecía inclinado sobre el barandal, postrado en sus reflexiones sin dejar de mirar atónito el cuerpo inerte del suicida.

Eran casi las siete y media de la mañana y los espectadores seguían sujetos a la crueldad de la escena. Rosalía, aturdida, intempestivamente se agachó para indagar el contenido de la bolsa de papel que inútilmente esperaba la mano del escolar para cumplir su cometido.

—Un pan, un jugo... —murmuró—, las lágrimas en su rostro al sentir que esas pequeñas cosas de la vida, tan cotidianas y comunes, nunca se han llevado bien con la muerte.

—¡No toques nada, señorita! —le gritó el policía que regresaba por fin a sus funciones—. Mirálo pues, ¿qué no ves que son evidencias?

Sin hacer caso, Rosalía se agachó una vez más para recuperar la mochila, que abrazó amorosa para invocar con su calor el regreso del estudiante que, indiferente a su ruego, se mantuvo en la misma posición, aplastado por el vacío que lo apartó de la vida.

Con la mochila aferrada al pecho, el policía la condujo hasta las oficinas ministeriales para que declarara. Y fue hasta que le inyectaron un tranquilizante que los oficiales pudieron recuperar la evidencia.

Horas después Rosalía conoció la historia en la televisión. El asunto era sencillo: un adolescente, un gran amor, unos padres incomprensivos y un estupendo lugar para tirarse de cabeza. Nada extraño para los días desamparados desde que se construyó el puente. Saber el nombre y la anécdota desgraciada que lo condujo al suicidio agregaron más dolor al recuerdo. Impedida de trabajar se quedó en casa, sin encontrar en ella un refugio para quedarse quieta. Ningún lugar era capaz de con-

tenerla y si intentaba reposar, la crudeza de las imágenes acrecentaba su deseo de retroceder el tiempo, de alterar la historia, de rebelarse ante aquello que arrojó al estudiante al vacío. Le pesaba la incapacidad del mundo para darle cobijo a ese joven que había sido simultáneamente valiente y cobarde en sus decisiones. Le indignaba la inútil presencia de los dos hombres que nada pudieron hacer para contenerlo, y como impertinente calificó al cielo que no contuvo sus colores equívocos y manchó de malvas y violetas el entorno sin ninguna consideración. Sin embargo, lo que la llevaba al extravío no era la danza mortal del escolar, ni siquiera su desvencijada figura sobre el pavimento, sino la huérfana visión de su mochila que denunciaba la atrocidad de la irrupción de la muerte en él, siendo tan joven.

Luego de ese día Rosalía perdió la confianza, y cada vez que pasaba por el puente sentía que estaba vivo, al acecho del momento en que ella volviera a inclinarse sobre su barandal para tragársela y obligarla a saltar como lo había hecho con el joven. Por las noches lo cruzaba, oculto el rostro, cerrada a cualquier sensación hasta alcanzar el otro lado. “Y no es que sepa ser supersticiosa”, le confesó una tarde a su jefe. “Esas cosas de perder el alma y de la mala suerte saben creerlas mis papás que no se han hecho ir a la escuela. Yo, al cambio sé conocer de la ciencia, del progreso y de la civilización”.

A pesar de sus argumentos, cada vez que Rosalía pasaba por el puente sus fuerzas menguaban y se puso cada vez más delgada y triste. La preocupación sobre su estado físico y mental creció, así que para ayudarla don José Aquilino aceptó darle una semana de vacaciones.

Después de mucho pensar, Clementina decidió llevar a Rosalía con un sanador de los que atendían en la parte alta de la ciudad. Sin escuchar las protestas de su hija, la obligó a subir en una destartalada unidad de transporte público que, después de un rato de tumbos y calores, las condujo a un paradero, donde descendieron para seguir a pie entre el caserío. Estaban en la zona alta, donde empezaba el altiplano y la gente construía patios y tenía animales como si estuviera en el campo. Las viviendas, algunas de cemento y otras de tierra, formaban callejuelas trazadas según la imaginación de quienes llegan a establecerse sin ninguna legalidad, en abierta contradicción con las autoridades y con cualquier lógica de planeación urbana.

Después de un complicado trayecto, madre e hija llegaron a una casucha de techo de hierba y paredes de lodo, en cuyo patio jugaban unas niñas vestidas a la usanza campesina. Sin la costumbre de recibir visitas de la ciudad, éstas corrieron para rodear a las extrañas y preguntarles a quién buscaban. La más pequeña, atraída por las pulseras que tintineaban en el brazo de Rosalía, la jaló, y ella, molesta le gritó que la soltara. Las pequeñas la miraron sorprendidas y huyeron asustadas.

—¡Disculpemée! —se atragantó culpable Rosalía—. Es que no las pude entender. No saben hablar la lengua como vos y sentí que se burlaban.

Clementina, que desde hacía años padecía la ocasional altanería de su hija, la castigó con una mirada de reproche, y temerosa de lo que adivinaba decidió ver hacia otro lado y desalojar, con una exhalación de fastidio, los malos presagios que Rosalía podría atraer con su arrogancia.

Permanecieron sin hablar hasta que llegó una mujer joven, vestida con blusa de bayeta gris y rollo negro de lana. Sonriente, con rápidas inclinaciones de cabeza recitó en su lengua las fórmulas usuales de cortesía y las condujo a una habitación en la que con premura había colocado tres desvencijadas sillas de madera. Clementina y la mujer se acomodaron una junto a la otra para charlar como viejas conocidas. Rosalía, a pesar de estar cerca, fue incapaz de comprender sus diálogos y aburrida por el ilegible sonsonete se puso a divagar, usándolas de espejo. Observó con detalle el faldón de lana oscura de la mujer que, a pesar de tener casi su misma edad, era madre de dos niñas, y luego recorrió las suaves ondulaciones de la falda brillante de su madre. Las dos mujeres se parecían y también eran distintas. De pronto, bajo el contraste se escudriñó a sí misma para descubrir con horror en lo que se había transformado: “¡Me he sabido convertir en una birlocha!”, concluyó asustada.

Ser birlocha significaba ser farsante, arribista, tener la pretensión inútil de blanquearse y aparentar ser decente según los criterios establecidos por los señores blancos y poderosos. Rosalía nunca había querido emplear esa palabra para identificarse y ahora, inevitablemente se daba cuenta de que justamente en eso se había convertido bajo el obsesivo impulso de ser diferente.

Consternada se descubrió atada a costumbres que la manoseaban desde un lenguaje oculto, abrumador, del que le costaba trabajo zafarse para no reproducir una forma anacrónica de vida, cargada de temores y convenciones que ella repetía porque las había mamado desde niña. Olor a chuño y papa, placer por la multitud, por el sudor de muchos cuerpos que comparten el mismo lecho y una misma olla de comida. Risa fácil, solidaridad de grupo, ser uno y ser nadie sin los demás que lo hacen ser uno. Cuerpos corporados y promiscuos, y miedo,

mucho miedo a causar males y a ser dañados por las envidias, las ofensas y los espíritus. Alejarse de todo aquello era su lucha continua. Implicaba renunciaciones y padecer el retorno sin fin de las costumbres, pautadas hasta llegar a ser inadvertidas en la normalidad de sus días. A pesar de sus esfuerzos y de sus permanentes fracasos, resurgía siempre su deseo hambriento de ser distinta. De comprar con dinero una individualidad que le ayudara a renunciar a su ser colectivo, a un nosotros ungiendo por la costumbre como única manera de existir. Así que, en situaciones como las que enfrentaba ese día, padecía la renovada invasión de su deseo de ser otra mediante el cambio de ropa, del lujo y de erguirse triunfadora.

Sin encontrar una posición para sentirse cómoda, Rosalía se puso de pie para arreglarse el pelo que ese día llevaba recogido con un broche metálico. Agachó la cabeza y admiró su cuerpo alzado por sus botas de tacón alto. Su esbeltez era bonita con la mezclilla del pantalón como segunda piel, con la blusa y la chompa entalladas. Envanecida, se dilató para arreglarse el pelo más de lo necesario y alzó los pechos como ofrenda para su deseo. Desdeñosa recordó su broche dorado y lo atrajo desde su nuca para observarlo y mostrarlo a las mujeres de las que deseaba distanciarse. Estaba bañado en oro y era ofensivo para la austeridad de la vivienda, y, sin embargo, era lindo, muy fino con sus piedrecillas semipreciosas formadas en hilera. Engreída lo humedeció con su aliento y procedió a limpiarlo con la punta de su blusa para anudarlo, después, en su cabellera. Lo hizo con lentitud, saboreando su altivez, sorprendida por todo lo que es capaz de decirle a los demás un objeto tan pequeño como su delicado broche dorado.

Después de un rato entró en la habitación un hombre viejo ataviado con un poncho de rayas amarillas y verdes, y Rosalía, aunque molesta por la imposición, tuvo que aceptar el tratamiento hecho de rezos, sahumerios, cantos, adivinación y

agua escupida en su cara. Además, que, bajo la mirada suplicante de su madre, hasta bebió un brebaje extraño como parte de la curación. No entendía sus palabras, aunque se estremeció de temor cuando el viejo, después de echar las hojas de coca para la adivinación, la miró con pena y se persignó.

—No ves que has debido perder tu ajayu —le explicó Clementina—. Escucháme, pues, Rosalía. Es por eso que andás triste. Hay que llamar a tu ajayu con los dulcitos que te saben gustar, sólo de esa manera tu alma va a querer regresar contigo.

—Como diga vos, mamá —murmuró Rosalía, oculta en su inevitable vergüenza—.

A pesar de las quejas y el mal humor de Rosalía, el día siguiente fueron al Puente de las Culturas. Ocultos en su aguayo, Clementina llevó la blusa que su hija portaba el día de la desgracia, además que incluyó dulces, confetis y una botella con el agua perfumada que les dio el curandero.

—Ya pues, Rosalía, ¿que no ves que hay que llamarlo a los gritos a tu ajayu? Allicito nomás, donde supiste tener el susto aquel día.

Y Rosalía, con pena, sólo susurraba.

—¿No ves que si no cumples, como dijo el sanador, te vas a quedar triste? —insistía su madre, inquieta de que su hija fuera tan rebelde y altanera—.

No era ofensa para Clementina que Rosalía usara ropa moderna y quisiera ser diferente, sino que renegara de sus creencias y no recuperara su ajayu, lo que sin remedio le acarrearía la mala suerte. Ésa, de la que Clementina era víctima y de la que todavía se andaba escondiendo.

Todas las mañanas, John Mead cruzaba el Puente de las Culturas en dirección al oriente de la Ciudad de Aynacha para trepar por las empinadas calles de las laderas donde habitan los pobres, porque tal era su misión desde que se había comprometido a llevarles la palabra de Dios. La posible conversión de esos miserables era la fuerza que lo ayudaba a cruzar el maldito lugar que tanto le recordaba su fragilidad.

El puente, ancho para los automóviles, era estrecho para los peatones y John lo transitaba rápido, aferrado al peso de su cuerpo. Con una mano sostenía su portafolios negro, mientras con la otra jugueteaba nervioso, metida en el bolsillo de su pantalón. A pesar de no detenerse, y de jamás mirar hacia el precipicio, sentía una atracción fatal por los casi cincuenta metros de vacío que lo separaban de tierra firme y entraban a su cuerpo sin que supiera por dónde. Mientras avanzaba por su vibrante superficie la nada le hormigueaba por el bajo vientre, en sucesivas oleadas de vértigo, pánico y placer.

Esa combinación de sensaciones lo remitían a una imagen recurrente en sus sueños en la que su cuerpo era un diminuto punto en medio de la nada, que podía ser la muerte o el principio de todo. John, embriagado hasta la sinrazón, aceleraba el paso y luchaba contra la violencia del viento que lo invitaba a dejarse llevar hacia esa nada que se le ofrecía como la paz que tanto añoraba. Todo, nada, universo, vacío, infinito, eran conceptos que su pereza mental se negaba a reflexionar y él llenaba con la idea grandilocuente de la existencia de Dios, con su inmaterialidad y su infinita presencia.

Con el placer del miedo cosquilleando las partes ignoradas de su cuerpo, John recurría a los himnos religiosos que daban forma y sentido a su destino. Canturrearlos allí no era correcto, mas era un consuelo para afrontar su travesía llena de temores y pensamientos pecaminosos. “Dios es infinito y eterno” rezaba en el instante preciso en que sus pies tocaban la otra orilla. Allí, inhalaba profundamente el aire helado que le lastimaba el pecho, para de inmediato seguir su ascenso por las calles siempre polvorientas de las laderas. Subir por las empinadas callejuelas no era fácil y requería de continuas bocanadas de aire para mitigar el cansancio provocado por los casi cuatro mil metros de altura.

Durante los seis meses que llevaba en la Ciudad de Aynacha no había logrado conformar su rebaño, a pesar de su empeño para ser escuchado. Con henchido orgullo misional tocaba en las puertas de las casas, y en todas las negativas eran rotundas. “¡Aquí ya tenemos a Dios!”, gritaban enojadas las mujeres y cerraban la puerta literalmente en su nariz roja y despellejada. Los hombres, agresivos, lo obligaban a mirar los letreros que rotundos decían “Este hogar es católico”. Y los niños lo perseguían para humillarlo con sus escandalosas risas cada vez que lo echaban de una casa.

En las sesiones de entrenamiento para los jóvenes misioneros era motivo de análisis la resistencia de los nativos para ser nuevamente evangelizados, aunque John nunca imaginó que esa etapa se prolongase tanto. Desde la mañana hasta el almuerzo y durante las tardes hasta antes de tomar el té, vagaba entre las calles en busca de su posible rebaño hasta que al final de la jornada, con la derrota marcada en su rostro quemado por el sol, regresaba a la Casa del Pastor Comprometido, donde participaba en las prolongadas reuniones de capacitación y de convivencia religiosa. En ellas obtenía nuevos ánimos. Lo alentaban las charlas brindadas por los her-

manos superiores sobre la historia de la Hermandad, y revivían sus esperanzas con las ceremonias religiosas, aderezadas con himnos chillones y repetitivos, que lo hacían sentir en comunión con Dios. Eran actos de purificación en que los jóvenes cantaban, palmeaban y se agitaban sudorosos hasta olvidarse de sus cuerpos y alcanzar un estado de gracia más allá de lo humano. Los elegidos sufrían convulsiones y contrahechos, tirados en el suelo, expulsaban por la boca una baba blanca y espumosa en la que arrojaban sus pecados. Las sesiones expiatorias, llenas de vigor, dolor y agotamiento, provocaban en John la comunión con Dios. Se sentía cerca de Él, hablaba con Él, se fundía en Él, y con ese vínculo santificado recuperaba la entereza para afrontar las dificultades de su misión evangelizadora.

El hermano Aldair era la autoridad principal de la sede de la Hermandad del Nuevo Mundo en este país mediterráneo. En la residencia a su cargo vivían diez estadounidenses aspirantes a ser misioneros recién llegados a la República de Imanaña. Otro grupo, de casi cincuenta jóvenes, ninguno mayor de veinticinco años, predicaba disperso en las tierras bajas amazónicas por ser las más inhóspitas y alejadas de la palabra de Dios. John, por su parte, había sido destinado a la Ciudad de Aynacha por sugerencia del hermano Aldair, quien se había propuesto volver a evangelizar a los ciudadanos, corruptos en sus creencias por influencia de otras denominaciones cristianas que tenían un conocimiento superficial, y muy deformado, de lo que era la palabra de Dios. “Nada más hay que ver esa frenética mezcla de creencias y hechos perversos”, decía el hermano al reflexionar en todo lo que debían hacer para erradicar fiestas heréticas, de las que era ejemplo la del veinticuatro de junio; convencido, como redentor, de que existía una sola verdad, como única y universal era la palabra del Dios verdadero.

La noche de San Juan resultó ser un ejemplo clave sobre la distorsión religiosa que el hermano Aldair buscaba combatir para terminar con el paganismo. Y si bien no supo explicar por qué la gente salía a las calles como tribu primitiva a quemar muebles, ropa y cualquier utensilio que pareciera viejo, era menester que los jóvenes misioneros supieran el dispendio que esa festividad significaba; con el agravante de expresar una asociación perniciosa de costumbres en la que coexistían la veneración dudosa de un santo, la fiesta alrededor del fuego y los cientos de litros de alcohol que se consumían esa noche. Despilfarro, inmoralidad y falta de rigor fue su conclusión sobre la fiesta nocturna del veinticuatro de junio.

Esa noche John Mead no pudo dormir a causa del estruendo de los cohetones y el griterío en las calles; y con las palabras del hermano Aldair asentadas en su cabeza, a la mañana siguiente la ansiedad evangelizadora lo sacó de la cama desde muy temprano. Malhumorado, y con prisa, picoteó su monótono desayuno, de huevos, tocino, café y pan, puesto su afán en aprovechar cada minuto del día para acabar con esas salvajes expresiones de religiosidad equivocada. Con ese impulso salió de la Casa del Pastor Comprometido media hora antes de lo acostumbrado para presuroso dirigirse al Puente de las Culturas.

Decidido a vencer el miedo, se adentró en su estructura sin atender a los transeúntes que venían en sentido contrario, e ignoró al policía que lo rebasaba apresurado para alcanzar a un joven que deambulaba por el puente; y fue hasta que éste gritó que levantó la vista y comprendió la situación. Corrió en-

tonces hacia el joven estudiante que rápido se despojó de su mochila y se inclinó sobre el barandal. El uniformado trató de detenerlo, John, con un impulso similar, intentó lo mismo; sólo que el estudiante descubierto no lo pensó más y saltó al vacío. Atónitos los dos hombres observaron su caída. Con los movimientos de brazos y piernas la figura parecía desear escalar ese espacio insignificante para la vastedad del universo, suficiente para hacer la diferencia entre la vida y la muerte. El pavimento sobre el río Mit'aJilawi detuvo su cuerpo en una posición en que los brazos abiertos parecían abrazar el mundo, con el vano deseo de retener la vida que se le escapó al conocer la desilusión.

Inclinado sobre el pretil del puente, John sintió el inevitable deseo de participar en la danza etérea que había presenciado. “¿Qué se sentirá vagar por el espacio infinito de la nada, sin un cuerpo que nos estorbe, sin padecer la tortura de las dudas y las angustias?”, pensó, puesta su atención únicamente en sus anhelos y temores. Entonces, un nuevo grito del policía interrumpió sus divagaciones:

— ¡No toques nada, señorita! Mirálo pues, ¿qué no ves que son evidencias? — vociferó el policía ante una joven que observaba también la escena, y tomaba las pertenencias para rescatarlas del abandono —.

Ante el reclamo, John retornó a su cuerpo, percibiendo de inmediato las pulsaciones de su sangre golpeteando fuertemente su cabeza. Instintivamente introdujo su mano en el bolsillo del pantalón y con angustia descubrió que no estaban allí las benditas pastillas para la migraña. De no tomarlas en ese instante el dolor aumentaría con su rítmica tortura. Pensó en las numerosas ocasiones en que había imaginado que las arterias estallarían en su cabeza ante la desmesura de su presión sanguínea. La primera había sido a los dieciséis años. Con el martirio de la luz en sus ojos John volteó a ver a la muchacha

que extraía de la mochila escolar una bolsa de papel con el refrigerio del suicida. La exploraba con interés inmoderado para agacharse luego y levantar la mochila escolar que apretó contra su pecho con el afán de recuperar la vida de ese cuerpo inerte, deshilachado, yacente sobre el pavimento.

Desde el egoísmo de la autocompasión provocada por la inminencia de su migraña, John presenció el forcejeo entre la mujer y el policía que pretendía recuperar los objetos. En ese umbral, entre el bienestar y el dolor, John fue conducido también por el policía hasta las oficinas ministeriales. En su turno para declarar ya era inevitable el vómito.

—Estos gringos ni aguantan nada —cuchicheó despectivo el oficinista al ver a John regresar de una de las tantas veces que abandonó la sala—. Su rostro, en extremo blanco, se cubría de un amarillo verdoso para anunciar las náuseas que lo obligaban a salir en busca de un baño. Las arrugas amoratadas por el dolor hicieron sus ojos más lánguidos que de costumbre y goteaban sin control igual que su nariz.

El hermano Aldair llegó al Ministerio Público dos horas más tarde, con el pasaporte de John y la esperanza de que por ser estadounidense se agilizaran los trámites. Pero fue inútil. Su discípulo era testigo presencial y los procedimientos de descargo duraron tres horas más en las que se redactó su testimonio y se firmó la declaración. Los burócratas, despectivos, se movían con lentitud para demostrar que ningún extranjero podía obligarlos a modificar sus procedimientos.

John retornó a la Casa del Pastor Comprometido con la migraña en su apogeo. Cada movimiento intensificaba los golpes de dolor sobre sus sienes. Los hermanos trataron de apoyarlo, recordándole que, después de todo, lo suyo era salvar almas y no vidas miserables como la de ese desventurado y pobre suicida que ya estaría entregando cuentas al Señor por su mal comportamiento. La labor de la Hermandad a largo plazo, le

repetían para el inútil consuelo, era llenar de fe la vida de aquellos que, una vez habiendo abrazado la palabra del Señor, serían incapaces de alterar sus designios.

Las palabras de afecto se clavaban como astillas en su cerebro que imaginaba viscoso, retorcido y blanquísimo. Los golpes de sangre presionaban de adentro hacia afuera y un dolor informe se desparramaba por su frente; otro, agudo e implacable laceraba las órbitas de sus ojos; mientras que otro más, ancho y fofo, abotagaba sus mejillas y párpados. El joven misionero identificaba con los dedos las pulsaciones violentas de las venas y arterias que palpitaban según el chorro de sangre circulante en ellas. Las imaginaba rojas y azuladas como en los libros, sólo que las suyas eran deformes, abultadas en los trayectos que estrangulaban y escupían acompasadamente su sangre.

Se recluyó en la paz de su habitación para rogarle a Dios que concluyera su tormento. Mas, ¿cómo podía suplicar alivio si había pecado con su pecaminoso deseo de morir? El misionero, sin interés en profundizar su culpa, intentaba evadirse de la conciencia del dolor, sólo que las voces lejanas, el sonido de una puerta, los pasos en el corredor, agudizaban su tortura.

Pum, pum... Desesperante. Pum, pum... Apretar las sienes con los pulgares. Pum, pum... Frotar las órbitas de los ojos. Pum, pum... Arañarse el cráneo. Pum, pum... Masajear con fuerza el cuero cabelludo. Pum, pum... Borrar el dolor con un nuevo dolor. Pum, pum... Apretar, masajear, arañar. Pum, pum... Apretar, bombear, masajear, arañar... Pum, pum... El dolor se filtraba como luz por la ranura de la ventana. Pum, pum... Y también por sus ojos. Pum, pum... Y las pastillas no detenían el tamborileo... Pum, pum... Y el dolor continuaba inagotable, sin detenerse en su tortura.

Después de siete, ocho, nueve horas de dolor, John pensó en la inoportuna explosión que podría sucederle en la cabeza. Sintió lástima por sí mismo y tuvo el perverso placer de imaginar que con su muerte iba a castigar a sus padres.

V
LA HERMANDAD
DEL NUEVO MUNDO

Como efecto colateral del episodio del puente John Mead no podía levantarse de la cama. A oscuras padecía en su habitación. A sus intensos dolores de cabeza se añadían fiebres y un intenso malestar en los huesos, como si hubiesen sido suyos los quebrantados por la desilusión. En el fondo, él sabía, sin que lo reconociera plenamente, que la parálisis que lo mantenía en cama era la atracción por la muerte que, como tentación, surgía cuando cruzaba el puente. ¿A qué se resistía? ¿A él mismo? ¿A un mandato de Dios? ¿A la promesa de la nada? Lo único cierto es que algo incomprensible lo inducía a buscar la paz de esa manera y no lograba combatirla. La sombra del pecado la padeció durante las muchas horas que duró su migraña, convencido de que detrás del suicidio del joven, lo mismo que en sus propias dudas e inclinaciones, actuaba el innumerable señor de las tinieblas con el propósito de alejarlo de la Divinidad. El dolor era obra de Dios por haberse rebelado a su voluntad y haber deseado morir por su cuenta, sin esperar el momento en que Él así lo decidiera.

En la confusa lucidez producto de sus dolores, reflexionó sobre la importancia de su misión dentro de la Hermandad del Nuevo Mundo, de las razones que lo mantenían en ella, y de su obligación de mantenerse vivo para acatar la merced con que Dios lo había honrado; y desde esa certeza pensó en lo que había sido su vida.

Antes de ingresar a la Hermandad había sido un adolescente de clase media con las aventuras y desventuras comunes: iba a la escuela, jugaba basquetbol y se divertía en los centros comerciales y eso continuó hasta que llegó la migraña, y empe-

zaron las visitas al hospital, los cuidados especiales, las prohibiciones de comer chocolate, tomar alcohol, escuchar música estridente y exponerse a luces palpitantes y brillantes. Su madre propuso recluirlo en casa, sin embargo, él se rebeló primero con las fiestas y después con las drogas, resultando una vida cada vez más triste. John, con la ansiedad de nuevamente sentirse muy cerca del abismo, recordó los resultados de los sofisticados estudios que le hicieron, de suyo simples, pero tan agudos como para cambiarle la vida. Era un jovencito sano, tan normal como puede serlo alguien con el “pequeño mal” como le llamaban coloquialmente a la migraña, que todos los médicos conocían sin que fueran capaces de explicar su origen y menos de curarlo. Lo único que se logró fue enseñarle a John a que identificase el umbral que anunciaba su llegada, para que él procediera a tomarse una pastilla que atajara el estallido de corrientes eléctricas dentro de su desordenado cerebro. Con la amenaza persistente en el zumbir de sus oídos, se tornó huraño y sombrío. Lo único agradable del hospital, cuando lo ingresaban, era el cóctel de medicamentos que terminaba con el dolor en minutos y lo hacía dormir profundamente.

Oculto en la Casa del Pastor Comprometido, el misionero pensaba que sólo quienes han vivido exentos del dolor físico ignoran el profundo bienestar del no dolor, convencido de que se trata de un castigo divino. En el estrepitoso retumbar de su cabeza, sin dejar de compadecerse, se dejaba llevar por la añoranza de la época en que no era consciente de su cuerpo, ciego de su anatomía, ignorante de su funcionamiento. Su paso por el *High School*, recuerda, se desarrolló en la medianía hasta que llegaron los primeros ataques de migraña, agravándose cuando su padre lo presionó para que se especializara en administración de empresas en Cornell: una universidad repleta de jóvenes, con ambiciones, alimentados por sus familias

de grandes negocios. John; nacido dentro de una familia de clase media, vivía el acoso futurista de su padre, míster Mead, un vendedor de autos usados, partidario del sueño americano, quien pensaba que éste con su educación haría que se expandiera su negocio. En cuanto a su madre, un ama de casa, recatada y silenciosa, aceptaba pasivamente esa ilusión. Mientras que John, sin ninguna afinidad por los negocios, los responsabilizaba a los dos de que hubiesen aumentado sus crisis de salud.

Gracias a los medicamentos John había logrado cierto equilibrio en los medicamentos que debía tomar precautoriamente todos los días. Sin embargo, su estabilidad se rompió el día en que conoció a Dylan MacFarren. Fue durante un verano calcinante en el que se refugió en una biblioteca pública, único lugar apacible donde funcionaba el aire acondicionado. Allí lo encontró inclinado sobre una enciclopedia sobre Suramérica. El sitio estaba casi vacío, así que en cuanto lo vio entrar somnoliento y extraviado, lo invitó asentarse junto a él. Y sin mayor preámbulo le habló de la injusticia existente en el mundo y de la necesidad que tenían los jóvenes de salvar a los pobres. Su amigo casual lo impresionó por tener claro sus ideales y su proyecto de vida y se convirtió en un referente. Fue por influencia suya que John se rebeló en contra de sus padres, abandonó el tratamiento de largo plazo en contra la migraña, para, finalmente, ir a la República de Imantaña, un país extraño que seguía sin comprender.

Agotado, John se preguntó en qué lugar del mundo estaría su amigo, que imaginó cumpliendo a cabalidad su misión de redentor.

El origen de los MacFarren de la Costa Este se remontaba a la segunda mitad del siglo XIX, cuando casi cinco millones de inmigrantes irlandeses arribaron a los Estados Unidos de América. Llegaron pobres, aunque dispuestos a volverse ciudadanos honorables del país que escogieron como patria. Muchos mejoraron, aunque pocos, como los MacFarren, se volvieron millonarios por su habilidad para negociar a su favor leyes y reglamentos, laborales e industriales.

Con ese origen, el joven Dylan, pelirrojo y mordaz, hizo de su condición de inmigrante de cuarta generación su orgullo y la razón para defender minorías agraviadas por el gobierno de los Estados Unidos, al que llamaba El Imperio. Después de militar en organizaciones de diverso tipo finalmente decidió enrolarse con los religiosos de la Hermandad del Nuevo Mundo, según le explicó a John, con el propósito de expiar la culpa de la riqueza mal habida en su familia. Argumento que causó el enojo de su padre, un hombre grueso y católico, convencido del poder del dinero aquí en la tierra como en el cielo, porque si no, para qué confesarse cada mes y comprar las indulgencias y perdones con los diezmos que generosamente entregaba a su iglesia.

Lo relevante, recordaba John en medio de su migraña, fue que una vez que Dylan abandonó su carrera en la Escuela de Negocios le escribió desde Centroamérica varias cartas, hablándole de lo reconfortante que resultaba trabajar en un país pobre, pero rico en almas que salvar, convenciéndolo de que eso era lo mejor que él podía hacer para componer su vida. A través de sus narraciones lo admiró por haber dejado las co-

modidades de su mundo civilizado y creyó que tal vez él podría, encontrar en la Hermandad del Nuevo Mundo una finalidad para su vida. Lo decisivo para reconocer su vocación misional, no obstante, había sido la invitación de Dylan para que asistiera a las reuniones de proselitismo de la Hermandad, en las que conoció al hermano Aldair, quien lo invitó a incorporarse a su grupo en Suramérica. John acababa de cumplir veinticuatro años y en su conversión, y en su tarea proselitista, depositó la razón sublime para existir. En el momento actual, en medio del palpitante dolor de cabeza, se dio cuenta, que su amigo alababa la pobreza sin haber renunciado a su cuenta de banco y a su departamento en Manhattan, al que periódicamente regresaba para reponerse del hambre padecida.

Durante su tercer día de encierro migrañoso en la Casa del Pastor Comprometido, el joven misionero dedicó la mañana a repensar su situación. Sus hermanos eran generosos, le proporcionaban una habitación cómoda, con ellos vivía la camaradería de quienes se habían entregado al Ser Supremo, y por primera vez pudo imaginarse un futuro para su vida y otro mejor para después de su muerte. Además, el hermano Aldair era su mentor espiritual, alentándolo en sus pequeños fracasos cotidianos, y prometiéndole un futuro importante por sus cualidades de obediencia y sumisión. “Sigo en el camino correcto”, concluyó. “Estoy con mi verdadera familia”, se repitió al recordar la ruptura con su padre la noche en que le anunció su ingreso a la Hermandad. Una decisión que su padre jamás le perdonó, no sólo porque hacía trizas sus proyectos sino porque implicaba una ruptura religiosa. Como miembro de la Iglesia Metodista, reconocía que evangelizar indios era una tarea necesaria, y tal había sido la misión de su iglesia en su arribo a los Estados Unidos tres siglos atrás. Sin embargo, era crítico de las nuevas tendencias proselitistas dirigidas por misioneros poco ilustrados que empleaban el éxtasis como vía para

comunicarse con Dios, tal como sucedía con la Hermandad del Nuevo Mundo. Así que míster Mead castigó a John. Lo declaró un hijo muerto y las relaciones entre ellos se volvieron espectrales.

Lo que siguió fue la vorágine de su preparación. Tuvo una inmersión rápida en los principios de la Hermandad, tomó clases intensivas de castellano, fue vacunado contra el mal de chagas, obtuvo conocimientos breves sobre Suramérica, y aprendió conocimientos básicos para sobrevivir en países pobres, entre otras cosas cómo identificar los síntomas de la malaria y la tifoidea. Adicionalmente, padeció el llanto de su madre y la pena de desprenderse de todas sus pertenencias. Se asomó desde la ventanilla del avión y con sorpresa advirtió lo pequeña que era la gente. Entonces, le dio gracias a Dios por haberle brindado la luz para identificar el camino que lo conduciría a su plena realización.

Después de casi diez horas de vuelo aterrizó junto a las montañas nevadas de la cordillera y en menos de dos horas ya estaba instalado en la Casa del Pastor Comprometido. Encadenamiento de hechos que John sintió como el paso de un huracán al chocar con la tierra, que desenraiza árboles, tumba paredes, arranca ventanas, ahoga vidas y obliga a la reconstrucción, terca y obstinadamente... hasta que otro huracán destruye todo para recordarle a los testarudos que la vida no es para siempre. Tal era lo que John sentía otra vez ante el suicidio del escolar que lo retornó al desasosiego y a su deseo de fundirse con la nada. Inclínación que volvería después, ante los dramáticos acontecimientos del Lago Pawqara.

Exhausto, con la migraña taladrando su esperanza, al tercer día, John Mead tomó una decisión: debía irse de la Ciudad de Aynacha para instalarse como misionero en las alturas del altiplano. Con eso dejaría atrás su fracaso en la ciudad y se alejaría de la maléfica influencia del puente, que lo devolvía a sus

recuerdos: a las sonrisas familiares que no fueron, a la indiferencia de su padre y a su dolor por las ausencias.

Al cuarto día, John convenció de su propuesta al hermano Aldair. Preparó una maleta con su libro con la Palabra de Dios, sus folletos de propaganda religiosa y sus amuletos y reliquias. Al noveno día de los dramáticos acontecimientos del Puente de Las Culturas, John partió hacia las tierras altas, con extensas planicies que descansaban al pie de la cordillera.

Iba con su camisa blanca de mangas cortas, corbata y pantalón negros y un par de lustrados zapatos, también negros.

El hermano Israel Sampers recibió a John Mead en un pequeño y austero dispensario, en las afueras de la población más grande ubicada a la orilla del Lago Pawqara. A la mañana siguiente, después de llevarle el desayuno, le prestó un pellejo de borrego y le reiteró su obligación de adentrarse en la puna para buscar su rebaño de creyentes. La razón de que lo hiciera solo, le argumentó, fue que lograr la ayuda de la gente local para su diario sustento era la parte iniciática de su labor misional. Y, con la precariedad de sus posesiones, en la espalda sus nuevas esperanzas, el joven misionero tomó el primer camino de tierra seca que encontró, adentrándose al norte del lago y dejando atrás la protección del Dispensario.

Después de tres horas John continuaba su marcha sin encontrar a nadie.

El día era amarillo, blanca su camisa, negro su pantalón y roja su nariz despellejada. Y granuloso y arrugado tenía el cuello quemado por el sol. Los pies le dolían, las ampollas sangraban y pulsaban con rítmico clamor para decirle que sus zapatos ya estaban sin brillo por la cantidad de polvo que traían encima. Avanzaba torpe, con el paso lento de los ciudadanos, tropezándose con la multitud de zanjas hechas en el terreno a golpes por el viento. ¡Qué cansado estoy!, le gritaba a Dios, con la esperanza de que lo ayudase a encontrar un pueblo para su descanso. Iba con su maleta café y su portafolios negro sin saber cómo cargarlos; sucios y resbalosos por el sudor de sus brazos. Eran ya un amasijo incómodo de polvo, carne y pelos rubios de olorosa y pegajosa presencia. Y sin saber qué hacer para mitigar el sol y el agobiante cansancio, metió el portafolios dentro

de la maleta para ponérsela en la cabeza. Un poco de sombra, pensó, los ojos llorosos fijos en el horizonte pardo, de linderos confusos en ese gran océano de tierra seca. El sudor de la frente le chorreó sobre sus ojos claros y continuó hasta mojar su corbata negra. En su inmaculada camisa blanca dos manchas se dibujaron.

Lamiéndose los labios secos maldijo al Hermano Israel que tenía la obligación de encaminarlo y no le anticipó que, por el rumbo que tomó, no había ningún poblado cerca. Y así anduvo otro rato: como una hora para el reloj, como tres para su cuerpo desolado. Era sólo un punto negro y ajeno entre la planicie inmensa de hierbajos secos. A punto estaba de desfallecer cuando, al virar hacia el oriente, vislumbró un caserío. “¡Gracias a Dios!”, exclamó sediento, la mirada azul puesta en el azul más intenso de la amplia curvatura del cielo de ese día.

Con sonrisa de beato se adentró entre las viviendas, sólo que la gente que encontró corrió para esconderse, y sus pasos se volvieron polvareda en la única calle que hacía el pueblo. Las miradas ajenas puestas sobre su nuca llegaban sigilosas desde las rendijas de las casas para decirle que no era bienvenido. Ningún niño ni perro lo siguió curioso y sólo el vacío le ladró al extraño. Estaba confundido. No era la recepción que esperaba como pago después de tanto esfuerzo. “Pobres de estos miserables que no saben que les traigo la palabra de Dios”, se dijo compungido. “¡Qué injusto es que me ignoren!”, pensó indignado y el llanto anegó sus ojos. “¡No debo llorar!”, exclamó, la mandíbula apretada, los delgados labios como mueca de una máscara afligida. “Soy un hombre superior dedicado a Dios y estoy por encima de ellos. Y soy más grande incluso que el hermano Israel, que me engañó por ser novato, en vez de haberse comportado como un padre para guiarme en mi primera visita al altiplano”.

Dos veces recorrió la calle del caserío y, al ritmo de sus pasos encorvados, volvió a pensar en lo vergonzoso e injusto que resultaba que esa gente no comprendiera que estaba allí, sacrificándose por ellos. Porque él venía a salvarlos para que aprendieran a vivir con humildad la pobreza, y pudiesen agradecer el sufrimiento como camino hacia su eterna salvación, cuando estuvieran muertos y comer no fuera lo importante. Ya bien lo había dicho el Señor: que de los pobres sería el reino de los cielos.

Y mantuvo con obstinación sus pensamientos hasta que, fastidiado por la incomprensión, se detuvo para descansar. Bajo la sombra de una barda de adobe vinieron a él las palabras del hermano Aldair, cuando lo alertó de que debía tener cuidado porque los pobres atesoran su miseria como un bien para negociar la ayuda que les llevan los hombres civilizados y de buena voluntad como ellos. Y así era en ese momento. La gente de ese pueblo lo castigaba para después negociar los beneficios de su conversión, en uso el viejo juego del poder: tú haces como que no me necesitas y yo como que te suplico que aceptes mi ayuda. Ya luego me llamarás señor y yo, magnánimo, me sentiré feliz por no haberte humillado con mis dádivas. ¡Sí! Eso iba a pasar cuando los indios lo aceptaran. Cuentas de vidrio a cambio de la Cruz, como sucedía desde hacía siglos y seguiría pasando todos los días, en todo el mundo.

A pesar de sus certezas, John hubo de marcharse del caserío sin haber logrado que alguien le dirigiera la palabra. Se fue de allí con el deseo de encontrar un pueblo hospitalario. Caminó un trecho sin encontrar ninguno, y con la tarde encima, y el miedo al descampado, no tuvo más remedio que retornar al huraño caserío. Las viviendas cobraban vida con el regreso de los pastores y el encierro de los rebaños, y, sin embargo, a pesar del bullicio nadie le habló, y, desolado, buscó la

misma barda en la que había descansado antes para pasar la noche, aferrado a su protección como si fuera un amuleto.

Desde el hambre, la sed, el enojo y ahora el miedo, John observó el entorno. Era un sitio empobrecido, con unas cuantas viviendas resguardadas por cercas de adobe y con improvisados cobertizos para proteger a los animales. No había un solo árbol, ni siquiera en los alrededores, y a lo lejos únicamente dos arbustos espinosos rompían la unidad del inmenso páramo de tierra suelta. Le resultaba inimaginable lo que podrían comer allí las llamas y los borregos y, sólo porque lo leyó en los libros, sabía que los indios cultivaban papas, quinua, además de algún otro tubérculo, porque con ese viento que todo lo barría, todo el tiempo, era imposible que resistiera cualquier otro cultivo. Pensar en comida acentuó su hambre y su estómago produjo ruidos similares a los del agua escasa en un depósito de metal, oscuro y oxidado, al agitarse con la intención de ser llenado.

Sentado sobre la tierra, con el pellejo de borrego echado sobre su espalda, lo encontró un joven que le llevó un vaso con agua. John le agradeció con un movimiento de cabeza, aunque sostuvo el silencio, creyéndose merecedor de una disculpa por el maltrato de su gente. El joven, en cambio, sólo se sentó a su lado y así permanecieron, en un duelo de voluntades, hasta que el misionero le pidió comida, que alguien, por el amor de Dios, le vendiera algo de comer.

—Comprar y vender no se puede —le explicó el joven en su español rudimentario, asomándose por única vez a los ojos de John, como quien se asoma a un aguaje nuevo que hay que conocer—. Aquí la comida se regala nomás —y con la mano le indicó el camino para su casa—.

Casi a oscuras caminaron hasta un amplio corral, poblado por los lamentos de los animales, para adentrarse en una vivienda de cálidas penumbras.

—Ella sabe ser mi madre —le dijo el joven, la mano extendida hacia una mujer con trenzas negras y faldón de lana oscura que cocinaba en un fogón de barro, ubicado en el centro de la habitación—.

La mujer ignoró el saludo y se diluyó en las sombras rojizas, protegida por las palabras que le decía a su hijo. Ignoraba al intruso con su distancia, diciéndole que él estaba allí sin existir para ella, una mujer del campo, de palabras morenas, ojos negros, olor de llama y manos de tierra. John, sin saber qué hacer, se colocó en un extremo a la espera de que se cumpliera la promesa de que le darían alimento. En tanto, al calor del fogón fueron sumándose la hermana y la que podía ser una tía. Con el padre ausente, el joven era el único capaz de albergarlo. Una hora después, una de las mujeres le acercó un tazón con sopa caliente hecha de quinua, papa y grasa de borrego, y el misionero lo agradeció con un susurro. Lo dejó sobre una madera vieja para salir de la habitación y dirigirse hacia un largo y avejentado recipiente con agua, donde se lavó las manos; hábito aprendido de su madre que le enseñó que las buenas maneras hacen a los hombres y no deben olvidarse ni siquiera en las peores circunstancias. Se secó las manos con el pantalón, retornó a la casucha y, en cuclillas, sumido en una esquina oscura, con dificultad se tragó la sopa que sintió espesa y diferente. Agotado, dormitó hasta que lo despabiló el ruidoso ajeteo de los acomodados para dormir. De las maderas del techo las mujeres descolgaban las zaleas de borrego y bajaban las mantas que acomodaron en el suelo para dormir, apretujadas alrededor del fogón.

Con la calma de la noche el joven anfitrión se le acercó para conversar. Quería saber por qué, siendo un hombre rubio y extranjero, estaba allí y qué era lo que andaba buscando. Con la invitación el misionero inició una larga y obsesiva perorata dicha en su español también elemental, que el joven escuchó

con paciencia, hasta que luego de varios cabeceos se quedó dormido. Con su discurso a medias la ansiedad se anudó en la garganta de John, que, desconsolado y ofendido, decidió acostarse también sobre su pellejo de borrego. Con el fogón cada vez más tenue, sin ninguna luz externa, fue patente la falta de electricidad, y con el paso de las horas la noche colmó todos los espacios. John no podía dormir. Un dolor penetrante invadió su brazo, la cadera y la pierna que, en contacto con el suelo padecían las protuberancias del terreno. El misionero, aterido, apretujaba el cuerpo, se acomodaba y se removía en busca de alivio, a pesar de lo cual siempre había un fragmento de su largo cuerpo expuesto a la incomodidad o al frío. Según él no durmió en toda la noche, sin embargo, al despertar estaba solo. Sobre el fogón, casi apagado, encontró un vaso con mate de coca y una papa cocida. Se espabiló y salió del cuartucho para lavarse. ¿Bañarse?, no había cómo. Encontró el agua cubierta por una fina capa de hielo, metió las manos en el recipiente oxidado y un agudo dolor le obligó a sacarlas. Apresurado las frotó y se abrazó a sí mismo, enfadado por la precariedad de un sol deslucido y anorético que se negaba a calentar ese precario y triste lugar.

La frustración estalló como enojo. La situación era inadmisible y renegó de su tarea misional. ¿Valía la pena el sacrificio? ¿Por qué no alejarse de allí, lejos de los indios y sus creencias?, ¿qué era lo que podía hacer? Desesperado entró a la vivienda. Eran de tierra las paredes, el techo, el piso, menos las escuálidas maderas de la puerta y las más gruesas que sostenían la techumbre; todas cubiertas por una capa de humo penetrante y grasiento. No había camas, no había sillas, ni siquiera una mesa y hasta el fogón descansaba a ras del suelo. Observó con desdén las ollas y las ropas colgadas en las vigas, y por fin comprendió el olor que desde la noche anterior sentía lacerando todo el rededor. Sin árboles para hacer leña,

era la boñiga, el excremento de animal, lo que se empleaba allí como combustible. Con repugnancia lo percibió en sus ropas, en su pelo, en su piel. ¿Cuánto tiempo más podría aguantar la situación?, se preguntó irritado, sin desentrañar si su enojo era causado por la miseria, o se debía a que él estaba allí, en un padecer sin límites, sin ningún reconocimiento, sin ninguna necesidad.

John caminó de un lado a otro de la estrecha vivienda y se cuestionó si eso es lo que había imaginado. Durante su breve entrenamiento había visto películas sobre las misiones de la Hermandad en África y en países de Suramérica y sus compañeros parecían satisfechos, plenos, con esa expresión de santidad a la que aspiraba. En cambio, él, en menos de veinticuatro horas estaba desalentado ante las adversidades. ¿Tendría que regresar al dispensario para sufrir la humillación del hermano Israel? Recordó su actitud. Le daría unos golpecitos en la espalda para decirle: “Pobre tonto, caíste por ignorante”, y sería verdad porque él no preguntó y se dejó llevar por sus instrucciones, suponiendo que jamás le haría daño. “¿Y dónde quedaba Dios en todo eso?”, le preguntó decepcionado al vacío que le dejaba su decepción. ¿Y si mejor huía? Regresar a los Estados Unidos era una posibilidad y sus padres, tal vez no sólo lo entenderían, sino que estarían felices ante su fracaso. Pensó, entonces, en la Hermandad, en los misioneros a quienes veía como su familia y sintió que, sin ellos, sin el apoyo del hermano Aldair, retornaría el extravío de su existencia. No, retornar a su país no era una opción. ¿Y entonces? Convencido de que su sufrimiento era un castigo más de Dios por sus dudas recurrentes, se derrumbó en un rincón de la casucha a la espera de no sabía qué.

Desmoralizado lo encontró Mary Sampers, un par de horas después.

—¿John? ¿Estás allí? —murmuró al abrir la puerta—.

Incrédulo, el joven misionero se levantó para adivinar la identidad de la persona que percibía a contraluz.

—Hola. Soy Mary Sampers, la esposa del hermano Israel —le explicó la mujer—. Y sin más lo invitó a subir a su Jeep camuflado con el color de las hojas secas.

Las palabras sonaron como una luz ante sus dudas, y sin preocuparse por las personas que lo hospedaron, John Mead se dejó llevar por esa presencia que, como eco lejano, lo regresó a un mundo que creyó dejado atrás, y que recuperó en el instante en que escuchó las conocidas y amadas palabras en inglés con que ella se comunicaba.

El chalet de los Sampers se ubicaba en la costa suroriental del Lago Pawqara. Su estilo suizo contrastaba con el austero dispensario en que pernoctó el joven misionero el día de su llegada. Una hectárea de jardines bien cuidados, un muelle de madera, más una embarcación atracada en la orilla, agregaban al paisaje un tono melancólico y dulzón, ideal para los dos días de autocompasión que se brindó John para recuperarse. Como niño enfermo aceptó los cuidados de la esposa del hermano Israel y se reconcilió con su suerte al saborear los guisos de su infancia.

Mary Sampers, acostumbrada a rescatar a los novatos maltratados por su esposo, lo mimó con sus cuidados y aprovechó la ocasión para ponerlo al tanto de sus actividades. Ella no era médica, sino lingüista y en Harvard había aprendido la lengua nativa del altiplano. Su tarea, además de apoyar a su marido, era traducir la palabra de Dios a lengua aborigen como contribución a la tarea misional de la Hermandad. Más investigadora que religiosa, le encantaba observar la vida local y participar con los indios en cuanto actividad le parecía interesante. “Lo hago para comprender los contextos de interacción lingüística”, argumentaba para justificar su vagabundeo por los lugares que se le antojaban.

Bajo sus cuidados, John Mead recuperó el ánimo y se dejó guiar por esa mujer madura que le enseñó las primeras frases en lengua originaria y le ayudó a ver de otra manera a la gente del altiplano. Con agradecimiento por haberlo alejado del hermano Israel, el joven misionero durante meses la acompañó a realizar sus faenas. Se encargaba de echar a andar las graba-

doras, las cámaras fotográficas y de cine, y con gusto distribuía el sinfín de baratijas que Mary solía regalarles a sus informantes. A su lado la estancia en la región era grata y divertida. Las personas que visitaban eran amables y les hacían bromas para después contestar las preguntas hechas por la mujer rubia y entrometida. Si la plática se prolongaba hasta el anochecer todos se acomodaban en torno del fogón para escuchar cuentos o viejas verdades narradas como fábulas, pronunciadas en el español cortado y reiterativo que los nativos pronunciaban a sabiendas de que John no comprendía su lengua. A su lado estaba seguro y de ella aprendió a conocer a esos supuestos indescifrables campesinos y pastores andinos.

Después de seis meses de intenso contacto con la población, John pudo balbucear frases largas para expresar algo más que los tímidos saludos iniciales. Sobre todo, las mujeres se divertían con las frases pronunciadas por el gringo con su clásico sonsonete gutural y mocho. Ocultas tras sus mantas oscuras se sonrojaban ante la presencia del joven, para de inmediato actuar con vocación de educadoras. ¡Vaya que le gustaban sus correrías junto a Mary! Era feliz y productivo. Nunca la escuchó hablar de la palabra de Dios y no le importaba, dejándose llevar por lo que su mentora llamaba “Mi programa de trabajo” al que John jamás le encontró forma. Todo parecía casual y arbitrario. Si la charla se prolongaba con alguna familia se quedaban hasta que la curva del horizonte desaparecía. Si no encontraban a las personas que debían visitar, buscaban a otras y podían manejar horas para encontrarlas. Nunca les faltaban las vituallas para los antojos: nueces, avellanas, almendras, frutas secas; y no faltaban jamás las botellas de agua purificada ni las toallitas bactericidas tan útiles en ese árido paisaje. Sólo algunas tardes Mary ayudaba a su marido en el dispensario, tregua que John empleaba para desempolvar el archivo que ella había acumulado durante más de diez años: fichas, docu-

mentos y decenas de cintas y películas. En ese cómodo y lujoso chalet, el joven misionero se sentía en casa con una madre protectora y un padre severo y ausente, semejante al que lo alimentó de niño.

A pesar suyo, la encarnación de su padre un día lo echó del círculo materno y durante el desayuno de un sábado de enero le recordó su misión. Mary Sampers, compungida, abasteció a John con consejos, tal como lo hizo antes su madre real cuando su padre lo envió a la Universidad de Cornell y se trasladó de Chicago a Nueva York. Ante la orden del hermano Israel, John revivió un antiguo rencor, lo invadieron los temores y retornó a la migraña con la que retrasó su partida un par de días. Mary, que percibía en la claridad sus ojos las sombras de sus pesadillas, más hábil que su madre, negoció con su marido que el joven misionero pudiese regresar cada fin de semana a visitarlos y menguar así su desamparo.

El martes siguiente, bajo un amanecer de luz brumosa, John Mead se introdujo en la amplia extensión del altiplano. Iba armado con un razonable manejo de la lengua local, un *sleeping bag* y un destartado Jeep de la Misión. De nueva cuenta, vestía pantalones, corbata y zapatos negros y, por supuesto, portaba su impecable camisa blanca.

El sol escalaba festivo por el horizonte la mañana en que John Mead retornó al chalet del lago y lo sorprendió la mirada pícara de Mary:

— ¡Te espera una sorpresa! —susurró, al tomarlo de la mano para acelerar su paso—.

Irreconocible, con el aspecto de un duende en fuga, en la cocina lo esperaba Dylan MacFarren. Llevaba la barba crecida y su abundante melena roja caía sobre sus hombros con desparpajo. Eran tantas las desventuras pasadas y tanta la añoranza por su amigo que a John el momento le pareció irreal.

—Tengo una taza de té caliente para nuestro novel misionero —bromeó Dylan, mientras caminaba para abrazar a su amigo—.

John lo dejó hacer mientras ordenaba sus emociones. Cuántas cosas guardadas para contarle a su amigo: la discusión con su padre, su aventura inicial, sus dudas y por fin sus logros, que no eran pocos desde que Mary lo había introducido a la región. Se sintió orgulloso de sí mismo, encantado de que su amigo estuviese allí. ¿A qué vendrá?, se preguntó. No había duda de que estaba allí por él, y se sintió feliz. Su presencia lo hacía importante por su identidad y su prestigio ya que no era sólo el hijo de un multimillonario, no sólo era un exitoso y afromado misionero capaz de adentrarse en las regiones más inhóspitas del planeta, sino que ante todo era su amigo, y por él había recorrido miles de kilómetros para encontrarlo. Algo que el hermano Israel y su esposa tendrían ya que saber.

Mary lo sacó de su confusión mediante un jalón que lo orientaba hacia una de las sillas del desayunador de cuatro sitios.

—Para festejar el reencuentro he preparado panecillos de avena y miel —alardeó, feliz de tener visitas con quién conversar—.

La mañana transcurrió animada por los relatos extraordinarios de Dylan, que ejercía a plenitud su capacidad de fascinar a los oyentes.

A las pocas horas la alegría inicial de John se desvaneció. Era evidente el contraste de sus personalidades. Su amigo era contundente, simpático y conversador, en tanto que él se desempeñaba con timidez, siempre oculto en sus maneras leves, cautas, con las que disminuía su presencia hasta casi desaparecer. Desde adolescente John había luchado contra su altura, y parado, sentado o al caminar encorvaba el cuerpo, proclive a fundirse con cualquier cosa que contribuyese a demostrar que era algo apacible e incoloro. Siempre le pasaba así. Junto a Dylan, su pelo rubio y su piel extremadamente blanca se opacaban por la figura de su amigo que redoblaba su encanto.

El desasosiego de John aumentó cuando su amigo con descaro les confesó que había dejado la Hermandad del Nuevo Mundo para dedicarse a administrar las empresas de su padre. Sus laboratorios habían descubierto nuevos insumos para la industria de energías limpias y con el fin de promoverlos recorrería toda la América Latina.

—¿Y tu deseo de acercarte a Dios? —preguntó John, sin comprender. Sorprendido, además, por el tono desfachatado con que soltaba la noticia—.

—¡Bah! Sueños juveniles. Ilusiones adolescentes. Ahora me toca ser productivo. No quiero llegar a los treinta sin nada en las manos —confesó entre cínicas sonrisas—.

Ignorante del efecto sobre su amigo, Dylan se regodeaba en describir su vida en Manhattan y sus divertidas andanzas en la *high life* de los empresarios transnacionales. Pese a la banalidad de sus narraciones Mary estaba encantada. Quería saber todo sobre galerías, tiendas, ofertas y hasta lo interrogó por las novedades del grafiti en los vagones del Metro neoyorquino. Como efecto de la conversación renacía su identidad cosmopolita, enterrada en las tierras altas de la América del Sur, y la remembranza de lo que era la vida en Nueva York borraba momentáneamente su calidad de virtuosa esposa de un pastor religioso.

Era impresionante la capacidad de Dylan para comprender las condiciones de los indios primitivos, equivocados en sus creencias, exóticos en sus costumbres, pero con almas inocentes dispuesta a recibir la palabra de Dios. Con la fascinación del recuerdo, describió rostros, túnicas multicolores, comidas, paisajes, senderos exuberantes, casos de conversión, de retornos heréticos y la policromía de los bosques y selvas en las que estuvo. En su voz los antiguos anhelos de cambiar el mundo, y John se preguntó por qué, entonces, su amigo había dejado la Hermandad.

Pasaron la tarde charlando y comiendo jamones, pan, queso y aceitunas, que acompañaron con sorbos de vino, y continuaron el convivio hasta que fueron conscientes de la noche con la presencia del hermano Israel. Sin preocuparse por la falta de una cena formal, Mary presentó a la visita. El pastor lo saludó con la misma frialdad con que recibía a John cada semana; ocupó el cuarto lugar en la mesa y permaneció indiferente ante la charla mientras engullía lo que quedaba de comida. Mantuvo la misma actitud hasta que Dylan cambió el rumbo de la conversación para centrar su interés en el dispensario. Con el foco puesto en su trabajo, el pastor se animó y la conversación avanzó apasionada y amena entre los dos hom-

bres. La exclusión se apoderó de John. Nunca Israel Sampers había hablado tanto ni con tanta profundidad de su trabajo como lo hacía ahora con el desconocido. Le describía las condiciones de salud de la población, las campañas de vacunación, las dificultades para aplicar los avances médicos entre una población ignorante que veía magia, espíritus y dioses por todos lados. Sin preocuparse de la hora, le narró a detalle sus hazañas como cirujano para salvar vidas en los partos difíciles, y con orgullo le descubrió sus estrategias para encauzar los apoyos materiales con que convencía a la población de que abrazara la palabra de Dios. “¡Claro!, le explicó a Dylan, todo eso sería imposible únicamente con los recursos de la Hermandad”. Y así, con un cinismo casi santo, le confesó los refuerzos adicionales que llegaban cada mes desde los Estados Unidos a cambio de algunas informaciones proporcionadas por él.

Cerca del dispensario, le confesó, aterrizaba un viejo bimotor, con capacidad para transportar desde delicados medicamentos y vacunas, hasta láminas para techos y material de construcción. Por ese medio habían llegado, también, las plantas de gasolina, generadoras de luz eléctrica que daban servicio al chalet y al dispensario. El gobierno de la República de Imantaña miraba con buenos ojos su labor, y contaba con un permiso especial para que la nave aterrizara en una polvorienta y bien cuidada pista de aterrizaje. Dos días antes de la fecha prevista, la población local, redimida por la palabra de Dios, la preparaba. Nada de supervisión, nada de aduanas.

—Para esto sí vale que las familias sean numerosas —bromeó el hermano Israel al recordar su prédica permanente para que los matrimonios redujeran su número de hijos—. Es que parecen animales —le explicó a Dylan—.

Con el dolor de la exclusión, John presenció el trato cordial del pastor hacia su amigo y tuvo la certeza de que él era

tolerado semanalmente únicamente por el empeinado deseo de Mary, y volvió a sentirse insignificante. La intensa interlocución se desarrollaba sin él, mostrando la pequeñez de su vida. Miró con rabia y odio a Dylan. ¿Por qué no lo dejaba en paz? ¿Por qué venía a entrometerse en su vida?

—Y tú, ¿cuándo te vas? —le escupió ofensivo, sin aclarar si se refería al chalet, a la Ciudad de Aynacha o al país—.

La agresión tomó por sorpresa a todos, y Dylan lo miró con interés:

—No sé. De verdad, lo ignoro —dijo sinceramente, como si quisiera comunicarle algo personal—.

El hermano Israel salió a escena para resolver el desencuentro.

—No tienes por qué irte. Aquí hay espacio suficiente. John estará fuera toda la semana y la casa es demasiado grande para Mary y para mí.

—¡Sí! —confirmó la mujer emocionada—. Los fines de semana que regresa John ustedes dos podrán compartir la misma habitación. Aunque si gustas quedarte más tiempo te puedes acomodar en el sofá-cama que está en el estudio del sótano, que en sentido estricto es nuestra bodega.

—Como sea. Esta casa está abierta para ti el tiempo que lo necesites —concluyó el hermano Israel, y continuó hablando de su trabajo en el dispensario—.

“Así que él sí puede quedarse cuanto quiera”, le reclamó mentalmente al hombre distante que le recordaba tanto a su padre. El rencor acumulado le quemó el pecho y, agobiado y cabizbajo, decidió retirarse a su habitación. Se despidió, sin que nadie le pusiera atención. Mary movió afirmativamente la cabeza, y ninguno de los dos hombres le respondió. El murmullo de las risas, que estallaron mientras subía la escalera, resonaron como agravios y la ofensa que sintió le dio a su rostro una expresión infantil. Hizo, entonces, un ademán de despre-

cio con la mano, murmuró algunas palabras de reproche contra su amigo, pero nadie le prestó atención.

Encontró la habitación caldeada, lista por la atención solícita de Mary, siempre atenta a los detalles que lo hacían sentirse en casa; sólo que esta vez sintió que ya no eran para él los cuidados de esa mujer que hasta el día anterior había sentido como una madre.

John se asomó por la ventana. La luna esparcía su imagen de leche sobre la superficie oscura del lago que indiferente a sus dolores, jugueteaba con el viento para formar amorosos rizos en el agua. Después de varios minutos de contemplación, verificó que las ventanas estuviesen correctamente cerradas. Se frotó las manos, que sintió tan heladas como su suerte, y mecánicamente caminó hacia los controles de la calefacción para aumentar la temperatura. Después, se acercó al espejo que colgaba de una pared desnuda y contempló su imagen que corroboró insípida. Se peinó con la mano y observó el palpar incipiente de las venas de su frente, convencido de que si no se dormía en ese momento se desataría la migraña. Ya envuelto en la frialdad de las sábanas limpias, constató la inutilidad de sus precauciones: una mezcla de enojo, orfandad y frustración agitaron sus dolores que lo hicieron dar vueltas en la cama toda la noche. Horas después, en la cama gemela, Dylan lo sintió agitarse por el resto de la madrugada.

Ya entrada la mañana del domingo John era incapaz de levantarse con el retumbar de su angustia en la cabeza. A las dos de la tarde, su amigo le llevó un tazón con una tisana caliente para que se despabilara.

—¿Has probado el mate de coca para la migraña? —le preguntó, mientras le colocaba la almohada como respaldo.

Hinchados los ojos, abotagados los sentimientos, John negó con la cabeza, mientras bebía el líquido amarillento y amar-

go, sin comentar nada. Estaba demasiado apesadumbrado para discutir y sólo balbuceó una pregunta:

—¿Por qué, Dylan?

Y su amigo, con una intimidad que no había mostrado desde que llegó, le habló con ternura:

—Todo va a estar bien. Ya lo verás —palabras que pronunció sin explicar a qué se refería—.

Dylan se quedó un mes y John retornó a su labor en la amplia región altiplánica. A pesar de la inseguridad que lo agobiaba al compararse con su amigo, aceptó que éste lo acompañase algunas veces a realizar su trabajo, para demostrarle el éxito de su misión. Muchas familias lo albergaban, y ya no sufría las inclemencias de la pobreza. Durante los recorridos, le mostraba a su amigo los conocimientos adquiridos sobre el rudo paisaje de infinitas tonalidades amarillas, ocres y cafés; y cómo, era capaz de distinguir los campos recién labrados de las inmensas planicies para el pastoreo, que ante los ojos inexpertos eran sólo una masa informe de tierra y polvo. Era mucho lo aprendido gracias a la exitosa estrategia que Mary le había recomendado para ganarse la confianza de los nativos. Según sus consejos, en su contacto inicial con la gente, John debía pedir un lugar dónde dormir, tenía que ayudar a las familias que lo albergaban en sus faenas y aprovechar las tardes, casi el anochecer, para platicar, y así, de esa forma inadvertida, transmitirles la palabra de Dios. Un aspecto fundamental del método era ocupar un sitio en la región; formar parte del paisaje cotidiano para que los indios dejaran de sentirlo como ajeno. ¡Claro que siempre iba a ser un extraño!, sólo que, al acostumbrarse a su presencia, los habitantes ocupados en sobrevivir lo incorporarían poco a poco a su normalidad. Otro punto esencial era el intercambio de regalos. Había que llevarles objetos, la mayoría de las veces insignificantes, como dulces o galletas, y en ciertas ocasiones con un poco más de valor, como algún utensilio de cocina o una cubeta de plástico. Lo importante era mover la milenaria costumbre de la reciprocidad.

Nadie a quien le regalara alguna vez un objeto se atrevería jamás a rechazar su presencia. Así estaba escrito en la memoria ancestral de esta gente, e ir en contra de ella era atraer la mala suerte, los malos augurios, el castigo de las divinidades. Que ellos, ciudadanos estadounidenses, no creyeran esas supercherías, según la mujer, no importaba. Operaba lo que los otros creían. Y era tan funcional que los indios se morían por causas incomprensibles para la razón civilizada cuando no cumplían con retribuirle a los demás sus regalos, fueran objetos, trabajo o amistad. Su marido lo observaba todo el tiempo. Al dispensario llegaban mujeres enfermas de vergüenza que se extinguían sin que hubiera medicinas para la cura; lo mismo les sucedía a los hombres, incapacitados por el peso de la culpa por no haber cumplido con lo que le habían ofrecido a alguna de sus extrañas deidades, tratárase de las montañas, los vientos o la Madre Tierra. Y lo mismo sucedía con la tristeza, con el mal de ojo, con la pérdida del alma, y con varios males más de los cuales apenas tenía referencias. Lo cierto, en todo caso, era que John debía activar los mecanismos atávicos que le permitieran realizar su trabajo.

Y mover las costumbres a su favor era algo que los Sampers hacían todo el tiempo, le cuchicheó John a Dylan, bajo el calor del vino caliente que bebieron una noche a la orilla del lago. El dispensario era un acierto: ocupaba ya un lugar en la región y éste no sólo era físico sino de prestigio, y desde él ejercían un poder enorme fundamentado en el intercambio de bienes y favores. Así era como, después de atender heridos y partos difíciles, el matrimonio había adquirido el extenso terreno junto al lago, lo mismo que el permiso para construir allí su casa. Convencer a los campesinos de que los aceptaran como avecindados había sido difícil, pero una vez aceptados la Hermandad avanzaba de forma ininterrumpida. Su influencia se percibía en el número de casas, que en aquella orilla del

Lago Pawqara, en lugar de tener techumbres de lodo y hierbas, tenían láminas de metal. Eran el regalo del hermano Israel para los conversos, y el sol brillaba sobre ellos para cuantificar el avance de la palabra de Dios en esas tierras.

La mutación religiosa de los nativos, le explicó John a Dylan, se percibía en las cosas de todos los días: luego de convertirse los matrimonios dejaban de participar en fiestas y borracheras, tenían menos hijos y concentraban sus esfuerzos en ellos mismos. Una vez abandonadas sus antiguas creencias, se alejaban del esfuerzo continuo que significaba estar bien con los abuelos, los tíos, los compadres, las comadres, los sanadores, las autoridades, el trabajo colectivo; y tampoco se interesaban ya por el supuesto poder de brujos y curanderos. Después de abrazar la Palabra Divina sólo quedaban familias pequeñas que sobrevivían con su esfuerzo personal, atentos únicamente a sus intereses, movidos por la creencia de que su nueva religión era una vía para civilizarse. Promesa no siempre alcanzable, reflexionó John, porque si bien era posible que esas familias mejoraran un poco, corrían el riesgo de seguir igual de pobres, incluso más, al no contar con la ayuda continua de su parentela. A pesar de reconocer esto último, John justificó el cambio de fe que alentaba a los indios a caminar por el camino del progreso, que se expresaba en la mirada ávida de los recién evangelizados.

Una vez que Dylan se fue, John se sintió afirmado en su misión y conoció por fin la tranquilidad; así que, a la mañana siguiente, recostado sobre los amarillentos pastos secos, sintió la mano de Dios, profunda y cóncava, dándole forma al cielo. Era en esa infinita extensión, poblada de manchones luminosos de tonos rosas y violetas, que lo imaginaba mirándolo complacido por su trabajo; casi felicitándolo por haber superado las dificultades y sus primeros fracasos. No dudaba

de que era el Señor quien lo acompañaba brindándole el suave calor que se filtraba entre sus ropas; y era por Él que ya no deseaba morir. Seguía siendo tan pequeño como un pedrusco, como un arbusto rodante sobre la inmensidad de la planicie de tierra, sólo que ahora vivía bajo el cobijo de la mano divina y dejó de tener miedo. Ya no dudaba. Su presente estaba con Dios y su futuro se extendía más allá de la muerte. Había alcanzado la plenitud a su lado y con lo absoluto de su compañía tenía el sosiego para continuar su marcha por el mundo.

Y bajo ese halo de plenitud continuó su trabajo, que duró hasta que llegaron los fatídicos días en que John Mead, en compañía de Mary Sampers, viajó a la Ciudad de Aynacha para asistir a un evento cultural organizado por la embajada norteamericana. Fue cuando el vendaval de circunstancias produjo los hechos que acabaron con la vida de decenas de comuneros y del pastor Israel Sampers, así como con la paz que el joven misionero había alcanzado en las altas tierras del altiplano.

Tres días después de la masacre de indios a la orilla del Lago Pawqara, para el hermano Aldair las preocupaciones fueron otras, que las destinadas a organizar la vida de sus jóvenes misioneros, cuando su embajada lo mandó llamar. Encontró al cónsul frente a una mesa de té, en un salón lejos del ajetre propio de la embajada. El funcionario, sin preguntarle por su salud, abordó directamente el tema: desde Washington se había puesto una protesta diplomática por la ineficiencia del ejército de la República de Imantaña para rescatar a su ciudadano, el misionero Israel Sampers. Lamentablemente, le explicó, que a partir de su muerte habían surgido problemas graves que ya estaban fuera de control, y la embajada, como responsable de la seguridad de los ciudadanos estadounidenses en el extranjero, había decidido evacuar preventivamente a todos los misioneros radicados en este país. Eran factibles las represalias en contra ellos debido a la furia de los imanteños que ya marchaban por las calles exigiendo la renuncia de su presidente.

—¡Grave error de la Hermandad! —acusó el funcionario, sin aclarar si se refería a las acciones del misionero en cuestión, o al hecho de haberse dejado descubrir—.

El hermano Aldair se justificaba como podía. Ni la esterilización ni la venta de sangre eran política de la Hermandad del Nuevo Mundo, le argumentó. Habían sido iniciativas personales del hermano Israel Sampers y no representaban la generalidad. Ignoraba, incluso, de dónde había salido la información hacia los medios de comunicación. El diplomático, sin descuidar su humeante taza de té, lo escuchaba con desprecio ya que

para él eran graves las consecuencias diplomáticas y políticas que comprometían a su país en la ejecución de prácticas ilegales. En este punto detuvo su reprimenda para mirar largamente al misionero en su intento de calibrar la veracidad de su testimonio sobre su ignorancia de las prácticas ilícitas de su empresa religiosa; y, fue hasta después de mordisquear una galleta que, sin miramientos, le ordenó dismantelar de inmediato los albergues, dispensarios y misiones de la Hermandad en toda la República de Imantaña. Todo debería estar listo para el momento en que se les indicara la evacuación. El telefonazo llegó dos días después. Tenían cinco días para alistarse y durante el sexto debían partir.

Para John regresar a su país significaba quedarse otra vez a la deriva, y los preparativos para la evacuación prolongaban su angustia. Como autómatas seguía las órdenes, sin acabar de poner orden en sus emociones. El avión fletado por la embajada iba a despegar al día siguiente y él no sabía exactamente lo que iba a hacer. Formalmente debía salir de la República de Imantaña, pero algo adentro de él se resistía. Lo perturbaba que desde la Hermandad se hubiese atentado contra la palabra de Dios, lo que ponía en duda la honestidad de los misioneros. Nunca había estado tan cerca de la corrupción de los principios divinos y las consecuencias se habían visto en el amasijo de cuerpos sanguinolentos, producto del rescate del hermano Israel. ¿Salvar una vida devorada por la ambición a cambio de la muerte de más de cien personas, pobres, aunque inocentes? La ecuación carecía de sentido. Con el paso de las horas sus sentimientos se decantaban: no quería retornar a su antigua vida en los Estados Unidos, ni tampoco deseaba irse a otro país con la Hermandad del Nuevo Mundo donde podría encontrarse nuevamente en manos de un pastor de la misma calaña que el hermano Israel, no en balde circulaban rumores sobre el tráfico de sangre en otros campamentos.

La angustia de no encontrar opciones lo llevó a pensar en Dylan MacFarren. Durante varios días había querido buscarlo, sin saber exactamente para qué. El tiempo se acortaba y, sin nadie más en quien confiar, se dirigió al hotel de cinco estrellas en que su amigo se hospedaba. Lo encontró cerca de la piscina del hotel tomando el desayuno. Era un área cubierta con un domo transparente sobre una vegetación de selva tropical, en doloroso contraste con el entorno árido de la Ciudad de Aynacha. Su amigo lo recibió con una sonrisa, salpicada con boronas de pan obstinadamente enredadas en su barba. John se detuvo frente a él sin atinar a decir algo. Dylan, ante su titubeo, se levantó para jalarlo hacia una silla frente a él y, como era su costumbre, llenó el silencio con una plática casual en la que habló del clima y la comida que tenían en el hotel, hasta que finalmente abordó lo sucedido en el Lago Pawqara y le planteó la alternativa:

—Mira, John. Sé lo importante que es para ti la Hermandad, el revés de que tenga que irse de Imantaña y tú con ella. Pero, ¿sabes?, yo necesito que te quedes. Requiero apoyo para mis negocios. Tú eres de confianza, hablas castellano, entiendes el idioma de los indios y tienes habilidad para moverte entre ellos. Eres ideal para lo que necesito. Sobre los permisos de la Hermandad y la embajada yo puedo conseguirlos. Hay tanta prisa, tal caos por la evacuación, que no habrá problema. Seré el responsable por ti y tú llevarás algunos asuntos de mis empresas. Es un buen trato, ¿no te parece?

John pasó de la sorpresa a la admiración. Nuevamente su amigo tomaba la delantera. Él venía dispuesto a pedirle, ¡no sabía qué!, y resultaba que Dylan le brindaba opciones, y lo hacía delicadamente para no herir sus sentimientos. Así era su personalidad y por eso lo admiraba y también lo rechazaba, envuelto en un hervidero de contradicciones que pasaban

de una adoración exagerada a una envidia tenaz que terminaba en rechazo.

Ante la ambigüedad de sus sentimientos, John se concentró en analizar el descuido de la ropa de Dylan, a todas luces inadecuada para un hombre de negocios. Llevaba las uñas sucias, los tenis gastados y no se había pasado el peine por la cabeza. Era una de sus características: Dylan nunca se preocupaba por su apariencia y siempre mantenía a salvo su imagen. Nuevamente se comparó con él, con su camisa blanca, su pantalón negro y sus impecables zapatos negros. Había algo diferente entre ellos desde que se conocieron. No se trataba sólo del color del pelo, que en Dylan era rojo y rizado, mientras el suyo era lacio y rubio, sino que se expresaba en los ojos. Los de ambos eran azules, sólo que los suyos eran inocuos, casi transparentes, y los de aquél parecían reír e invitaban a la conversación entrañable. John, en general se evadía puesta su mirada por arriba o por un lado de las personas con las que hablaba, y sólo durante instantes veía directamente al interlocutor. La mayor parte del tiempo, como ahora, esquivaba el contacto visual y divagaba sobre cualquier cosa para esconderse. En ese momento, por ejemplo, escudriñaba la ropa de Dylan y admiraba las magníficas plantas del *solárium* que los rodeaba. “¿Será vegetación del Amazonas?, pensó, poniendo en práctica la evasión acostumbrada y continuó con sus divagaciones. Mary hablaba maravillas de la selva, ¡pobre de ella!, ya no podría ir allá como siempre lo había deseado. Aunque tal vez lo hiciera más adelante, no como misionera sino como investigadora. Después de todo no tenía por qué seguir atada a la Hermandad. Sí, eso haría. Después de un tiempo adecuado le propondría que viajaran juntos a las tierras bajas. Conocer la Amazonía era una aventura que le gustaría vivir con ella. ¿Y Dylan? ¿Qué lugares conocería del Amazonas? Alguna vez les había contado de las misiones de allá, aun-

que definitivamente prefería conocer la jungla en compañía de Mary, siempre cuidadosa en sus relaciones con las personas. Su mudo soliloquio se detuvo ante el énfasis que Dylan ponía en lo que estaba diciendo:

—... ¡estoy con ellos, John!, aunque no lo parezca. Entiendo su enojo, su rebeldía. Otra vez el Tío Sam hizo de las suyas, no sólo con la sangre, sino con el gas, con el petróleo. Por eso las marchas, los bloqueos, la exigencia de que renuncie su presidente.

John movió la cabeza para despejarla y reconstruir lo dicho por su amigo segundos antes. ¿Quiénes eran “ellos” y de qué forma su amigo estaba con “ellos”? Resultó inútil. Recordaba lo relacionado con Mary, con la personalidad de su amigo, con el *solárium* “¡Uf!, pensó molesto, seguramente era importante y me lo perdí por mis desvaríos”.

—¿Y qué tengo que ver yo con todo eso? —preguntó con la esperanza de inducir a su amigo a que repitiera su discurso—.

—No mucho, en verdad. Ésa es mi responsabilidad. Sólo te pido que trabajes para mí, por ahora llevando asuntos contables y acompañándome a ciertos lugares para hablar con la gente. Tú conoces la región, tienes amigos indios y, además, te comunicas con ellos en su lengua. Subir a las comunidades de la cordillera no será pronto porque la gente nos asocia con el hermano Israel y deberemos dejar que pase la agitación. En cuanto a Mary, la pobre mujer se irá mañana y no hay que preocuparse. Regresa a su Universidad como heroína, como sobreviviente de una trágica historia y todo marchará estupendamente bien para ella.

John no preguntó más. Ya tendría tiempo de enterarse. Lo importante era que no se iba, y que Dylan, a pesar de su hotel de cinco estrellas, de sus millonarios negocios, de haber abandonado su tarea misional, era el amigo solidario de siempre.

Existen días que son para dormir, otros que sirven para las confidencias, algunos pocos se usan para irse de juerga, y un montón no sirven para nada. Muy pocos días están hechos para despedirse, y cuando suceden los pájaros desorientados se golpean contra los cristales de las ventanas. Vuelan confusos, como les sucede a las personas que al decirse adiós se estrelan contra las certezas que se les escapan. Durante tales días, las nubes, escasas siempre en la cordillera, asumen formas extrañas, tocadas por la ausencia anticipada de los que se despiden. Quienes, en lugar de hablar se envuelven en silencios porque para qué decir lo que no dijeron antes, y para qué mencionar lo que descubren en el momento de partir si ya no tiene sentido hacerlo. Eso fue lo que le pasó a John el día que la hermandad se fue de Imantaña, al sentir que lo perdía todo, y le sucedió a Mary que sí lo estaba perdiendo todo, aunque quizá no le importaba tanto. De modo que ninguno dijo nada al tenderse la mano para despedirse como si fueran extraños, seguramente porque lo eran, aunque durante un tiempo creyeron lo contrario.

En el trayecto del aeropuerto a la ciudad John no despegaba la vista del entorno nevado, que permanecía calmo, respetuoso del adiós cargado de silencios. No deseaba preguntar ni saber lo que sería de su vida. Únicamente se dejaba llevar como siempre le había sucedido. Iba taciturno, aferrado a su maletín como único vínculo con los días previos, antes de la desgracia. Llevaba dentro de él algo de ropa limpia y su libro Santo.

La camioneta bajaba apresurada por la amplia avenida de ingreso a la ciudad y después de un rato el sonsonete monó-

tono del motor lo adormeció. Abrió los ojos en el instante en que ingresaron al Puente de las Culturas, a la izquierda las laderas empobrecidas y a la derecha la cumbre del Kankiwan-ka, a esa hora con reflejos extraños, sin ser radiantes ni tampoco lúgubres.

El puente vibraba y fue cuando tuvo la certeza que lo despabiló.

—¡Fuiste tú! Nadie más tuvo acceso a los sótanos donde estaban los archivos. Sólo Mary, tú y yo, además del hermano Israel, teníamos acceso. Sí, ¡tú lo denunciaste!

Sorprendido por la gravedad de su acusación se volvió para enfrentar a Dylan. Quería que su amigo lo negara, que le dijera loco, se enfadara y lo insultara, que detuviera la camioneta y lo echara por inventar disparates. Sus palabras lo habían sorprendido y desconocía la razón de su desvarío. ¿Por qué sus descabelladas acusaciones y por qué la certeza de la traición de su amigo? Era por culpa del puente. ¡Del infernal puente, empeñado en destruirlo! No obstante, sin poder contenerse continuó con su querella:

—Sí. Por eso me dijiste que estabas con “ellos”. Claro, ¡siempre has estado con “ellos”! Eres una farsa. Lo de tus negocios, lo de tu cambio de vida, todo es parte de tu juego politiquero, de tu mediocre izquierdismo. Lo peor es que me usaste, te valiste de mi amistad y manipulaste a Mary, lo mismo que al hermano Israel. Por eso renunciaste a la Hermandad, por eso dijiste que no habías cambiado tanto. ¿En qué estás? ¿Con quién andas que nos traicionas? Vas con todo contra el Tío Sam, ¿no es cierto? Eres el agente doble que aconseja a la embajada, para traicionarla luego en beneficio de los oprimidos. A Mary y a mí nos usaste, ¡nos traicionaste! El canalla del hermano Israel tal vez se lo merecía, ¿pero Mary? ¿Y toda la gente que murió en el Lago Pawqara? Para ti fueron carne de cañón, el anzuelo para agudizar las contradicciones,

los daños colaterales según tu manual de izquierda ¡Eres aberrante! Déjame aquí, y ¡lárgate de mi vida para siempre!

Dylan detuvo la camioneta. No respondió a las acusaciones y se mantuvo con las manos en el volante, la mirada vacía puesta en el horizonte. El joven misionero abrió la portezuela y se deslizó de su asiento con la esperanza de que su amigo lo detuviera. Deseaba intensamente que, por favor, lo convenciera de que estaba equivocado, pero aquél permanecía inmóvil y John se alejó irreversiblemente del que hasta hacía unos minutos era su amigo y benefactor.

Recobró la lucidez frente a la recién abandonada Casa del Pastor Comprometido. Era bella y majestuosa con su fachada afrancesada, pintada de azul y blanco; sólo que algo indefinible indicaba que estaba deshabitada. “¿Qué hace que las casas denuncien que están solas?”, se preguntó John, mientras avanzaba mecánicamente para tomar la manija de la entrada con un gesto cotidiano que le brindó un efímero bienestar. ¿Qué haría ahora?

Ante el umbral que anunciaba el ataque, pensó en trasladarse hasta el centro de la ciudad para encontrar un hospedaje barato, pero que tuviera una cama decente para padecer en paz la migraña que se le anunciaba.

VI
UN RÍO CON VOZ PROFUNDA

Después de la masacre del Lago Pawqara los habitantes de la República de Imantaña se movilizan para derrocar a su presidente.

En la Ciudad de Aynacha, Irma Qhispi y su marido Felipe Phaxsi discutieron la situación y decidieron participar en las movilizaciones, convencidos de lo malo que había sido castrar a las mujeres. Y aunque poco comprendieron de los programas de televisión sobre la biogenética y el genoma humano, les quedó claro que contrabandear con la sangre de los indios, como lo había hecho el misionero gringo, era un pecado sin perdón. Muy grave, además, les parecía que el presidente de la República hubiera mandado matar autoridades para bien de los extranjeros. Así que, ante el llamado de su sindicato para marchar por las calles, Felipe Phaxsi no lo dudó, ni tampoco su mujer que decidió marchar con el gremio de comerciantes. Ya para entonces, Clementina les había explicado sus descubrimientos sobre el tiempo que vivían, y todos en su familia acordaron movilizarse para ayudar a nacer lo nuevo. Rosalía, por su lado, participaba en el contingente de los estudiantes ya que, para alejarse de las supercherías, como la de recuperar su ajayu, había dejado su trabajo para ingresar a la universidad a estudiar una carrera; y escogió sociología porque, según la hoja de inscripción, con ella podía ayudar a cambiar el mundo; y pensó que, siendo éste tan grande, lo mejor era empezar por cambiar su país, tumbando al presidente.

Pero no sólo en la Ciudad de Aynacha suceden las protestas y, mientras el país entero se moviliza en marchas, plantones y

piquetes de huelga, los pueblos del altiplano se reúnen para organizarse con el fin de rehacer el orden fracturado. Han de actuar con sabiduría frente a las arbitrariedades violentas del gobierno. A esos pueblos han retornado muchos sindicalistas, de los que radican en las ciudades o en los campos de las tierras bajas, con el interés de llegar a convertirse en las nuevas autoridades. Son ellos quienes llevan las noticias de las revueltas masivas que suceden en toda la República de Imantaña. Van de pueblo en pueblo citando a asambleas y proponiendo agendas de discusión. Según sus opiniones, los rústicos campesinos altiplánicos son incapaces de entender lo que pasa en el país; de allí la falta de interés por salir de su encierro y su renuencia para reconocerlos a ellos como los nuevos dirigentes.

Los mayores los escuchan atentos y asienten respetuosos cada vez que adivinan que, por fin, terminan de exponer una idea. Es difícil entenderles, hablan rápido y usan palabras extrañas en castellano. A pesar de ello, con su cortesía habitual aceptan la invitación de los activistas para reunirse.

—¡Ya pues, compañero! Nos vemos en la tarde, allicito nomás, donde está La Casa del Pueblo —contestan los indios viejos, para conducir a los sindicalistas a la reunión comunitaria que ha de desarrollarse con las formas y los ritmos tradicionales.

Se oponen a su liderazgo convencidos de que los jóvenes no tienen las soluciones correctas a sus problemas ya que, a causa de la estridencia de los viajes y los ruidos de las ciudades, han olvidado cómo escuchar las voces profundas de la Madre Tierra. Ellos, como guardianes de las tradiciones saben muy bien que no basta nombrar nuevas autoridades para recomponer las cosas. En la gravedad de los males que los aquejan, contando las inundaciones, la mortandad de las llamas, la infertilidad de las mujeres y la masacre del Lago Pawqara, reconocen la furia de las deidades primordiales causada por

agravios no reparados, y es sobre eso que han de platicar y tomar acuerdo.

La Casa del Pueblo es un cuarto cuadrado y austero construido en una hondonada del terreno, resguardado de los vientos helados que arrecian por la tarde; se reúnen allí los habitantes de un pueblo, o las autoridades de varios de ellos. Los comunarios llegan sin respetar con exactitud la hora acordada y, como si de una fiesta se tratase, se sientan afuera del edificio, alrededor de una enorme olla repleta de comida que será el centro de la reunión. De lo que se pone allí se encargan las mujeres, quienes aportan papas, charque de llama, algo de tunta y a veces algo de carne de borrego para engrosar la sopa que los calentará a todos. Es hasta que se han reunido todas las autoridades que empieza la reunión sin que haya una secuencia definida. Como en el pueblo de Clementina Qhispi murieron todas las autoridades en la masacre del Lago Pawqara a las reuniones asisten los hombres de mayor edad, apoyados por las mujeres casadas o viudas que, como todas las demás, permanecen en lugares cercanos, atentas a lo que sucede. Ninguna podrá estar dentro del círculo formado por los hombres, según la tradición.

Al llegar, cada hombre saluda al colectivo con una frase apenas dicha, hace una ligera reverencia y escoge el lugar para sentarse: o arriba o abajo, o a la derecha o a la izquierda, según el rumbo en el que está su casa y sus campos de cultivo, para mantener el equilibrio. Generalmente se colocan juntos los hombres de un mismo apellido, aunque en ocasiones se arreglan según la necesidad de escuchar o de comentar algo con un vecino de otra familia. Para aguantar el frío, cada quien, según el turno marcado por la tradición, saca la coca de su chu'spa, bolsa ritual que los hombres cuelgan de su cuello para compartir la hoja santa.

Para los jóvenes sindicalistas esas reuniones son desesperantes. Carecen del formato aprendido por ellos en sus sindicatos y ante el desorden, en cuanto consideran que hay suficiente gente, proponen organizar temas de discusión, nombrar secretarios de actas y un presidente de debates. Los campesinos escuchan sus iniciativas y asienten con la cabeza, aunque siguen platicando entre sí, como si las palabras juveniles fueran un murmullo más de los que arrastra el viento. Molestos, los sindicalistas increpan a los mayores, tratan de convencerlos de las ventajas de su método para agilizar las reuniones, y hasta gritan y manotean. No obstante, sus palabras caen al vacío y no tienen más remedio que aceptar la dinámica, que transcurre como si el objetivo fuera sólo conversar y estar juntos. Cada hombre se comunica con los que tiene junto, aunque habla también con otros según la necesidad, así que al paso de las horas el gran grupo se divide en otros pequeños o en pares de personas que dialogan en cruzado o en paralelo, en lo que parece no tener sentido. No hay discursos, tampoco votaciones, sólo un ir y venir de voces que los comunican a todos, incluyendo a las mujeres, que desde el lugar donde se concentran, con un lenguaje mudo y certero, saben comunicarse con sus maridos. Con esa manera antigua, se ignora de quién es una idea o de dónde sale la oposición. Simplemente se suelta un decir para que encuentre fuerza o se diluya en el camino con un anonimato similar al que tuvo al nacer y la reunión no tiene una hora prevista para concluir. Todos saben que puede durar horas o agotarse en sesiones de varios días e incluso a lo largo de varias semanas, de acuerdo a la importancia del caso y el tiempo disponible, según sea temporada de siembra o de barbecho. Por eso, más vale tomar una buena decisión, aunque cueste tiempo, que agarrar una apresurada que obligará a todos a volver a las reuniones.

Y es mediante esa multitud de voces fluidas y anónimas que en una reunión se trae a cuento la historia de Clementina Qhispi y Francisco Khanawiri, y que alguien menciona las calamidades sufridas a causa de sus deudas de honor no satisfechas; llegando el colectivo a la conclusión de que los infractores deberán de pagar sus culpas.

La Ciudad de Aynacha se ubica cerca del cielo. No tanto como la cordillera nevada, aunque lo suficiente para hacer de sus pobladores gente codiciosa que atesora para los de piel clara el mejor aire, el mejor clima, así como el poder de decidir qué, cómo y cuándo.

En los costados del hoyanco en que se construyó la ciudad, las casas de los pobres se apiñan para no deslizarse en la tierra frágil y húmeda de las laderas, que amenazan con venirse abajo. Se aferran a las callejuelas empinadas que huelen a sudor y a papa, igual que la gente morena que las habita. En los sitios bajos y planos están las casas grandes, seguras y calientes donde habitan los señores.

En el centro de la ciudad, a una prudente distancia del mercado, se ubica la gran plaza con el Palacio de Gobierno donde despacha el presidente del país. En sus salones adornados con candiles de cristal francés, rodeados por grandes espejos enmarcados con laminillas de oro, laboran también los demás funcionarios de gobierno que realizan sus deberes con parsimonia. Sólo en ocasiones se contagian del exterior, y contestan presurosos los teléfonos que suenan como pájaros de mal agüero. Se vuelven torpes y suben y bajan por las escalares forjadas en hierro, adornadas con latón dorado. Se llaman a gritos, desordenan sus archivos e improvisan soluciones. Justamente uno de esos desconciertos sucede el día en que los encabezados de los periódicos dan la nota con las declaraciones del vicepresidente de la República Fernando Quiroz Magaña; y, ante su gravedad, Fredy Anthony Clark reúne a sus ministros para analizar el asunto.

El vicepresidente ha provocado un escándalo nacional al demandar un juicio político en contra del presidente del país. La noche anterior, en conferencia de prensa, invitó al Congreso de la República a realizar una detallada investigación sobre la castración de mujeres y el tráfico de sangre realizados por la Hermandad del Nuevo Mundo, e instó a diputados y senadores para que emitieran una enérgica queja diplomática en contra del gobierno estadounidense. En esa misma conferencia, le comunicó a la nación, además, de la denuncia presentada por varios ciudadanos ante la Comisión de Derechos Humanos para responsabilizar al presidente Clark de usar al ejército para resolver la crisis del Lago Pawqara, y de reprimir con violencia la protesta social. En ese marco, y desde el prestigio de ser un político honesto, hizo un llamado para que personas, sindicatos y organizaciones se manifestaran en contra del presidente de la República y exigieran su dimisión.

En torno a la mesa oval del Salón de los Acuerdos los ministros permanecen atentos al primer mandatario que pasa de un periódico a otro para leer en voz alta los encabezados, acosado por el murmullo de las voces de sus secretarios particulares que desde la oficina contigua contestan innumerables llamadas.

—¡Es inaudito! —vocifera Fredy Anthony Clark—. ¡No podemos aceptarlo! ¡Jamás hemos actuado en contra de la legalidad!

—Así es, su señoría. El problema es que la gente está albrestanda. Los sindicatos preparan una huelga general. Los campesinos se acercan a la ciudad y a los indios que vienen de las tierras bajas los está alimentando la gente de Aynacha, y muchos se suman a su marcha —explica exaltado el ministro de Seguridad e Inteligencia—.

—De esa manera es —agrega el ministro de Guerra y Gobierno Interno—. Y lo peor es que el movimiento crece. Participan los agitadores de siempre: los maestros, los anti-globalización, los anti tratado de libre comercio, los anti todo —concluye el ministro, sin poder controlar los movimientos de cabeza que muestran su preocupación—.

—Si me lo permite, Señor —exclama titubeante el ministro de Seguridad e Inteligencia con un dedo levantado—, yo opino que la situación nos obliga a tomar medidas de emergencia. A estas alturas ya todo el mundo se olvidó del origen del problema. Han salido a relucir asuntos como el de los bajos salarios y las dificultades de la capitalización. Hay descontento en las minas y también entre los productores de coca.

—Y no se diga con el tema de las jubilaciones, está más encendido que nunca —interrumpe el ministro Salud y Educación—.

—¡Basta! —les increpa Clark, enojado de que sus ministros le recuerden los fracasos de su política económica—.

Es cierto que no fue invento suyo, ni el primero en llevarla a cabo, sólo que a él le tocaron las evidencias del fracaso y no la época de las promesas. Las empresas estratégicas privatizadas que, desnacionalizadas bajo el eufemismo de la capitalización con inversión privada, son el botín de empresarios locales y extranjeros. Y las ganancias, importantes para los bolsillos empresariales son escuálidas para la recaudación fiscal, y en el campo la situación es peor.

—¡Quiero soluciones y no problemas! —gruñe el presidente—. Necesito un detallado informe de la correlación de fuerzas en el Congreso. ¡Requiero de inmediato la lista de cuántos votarán en contra y cuántos a favor de mi dimisión!

Los funcionarios se miran entre sí sin atreverse a decir nombres ya que, en ese país gobernado bajo las alianzas de unas cuantas familias, los apellidos involucran a parientes y

amigos cercanos. El presidente Clark sabe que por esa vía no obtendrá la lista que requiere y concluye la reunión. Los funcionarios se despiden y se inclinan para reverenciarlo. Al tener enfrente a su ministro de Seguridad e Inteligencia, lo toma del brazo para alejarlo de la vista de quienes se marchan y en voz baja le dice:

—Insisto, algo debe haber en su historia política, en sus finanzas, para llevarlo a la cárcel. —Y el ministro comprende que se refiere a Fernando Quiroz Magaña—.

La República de Imantaña se asienta sobre una geografía extrema, residuo de guerras entre vecinos y luchas fratricidas. Desgarrado por la confrontación entre indios y no indios, entre aristócratas y pueblo, entre habitantes de las tierras bajas y altas, entre selváticos y pamperos, entre hacendados, campesinos y medieros, entre empresarios y obreros, entre liberales y conservadores, entre izquierdistas y democráticos, el país tiene dos ciudades fundamentales para el gobierno nacional: en Mariscal Santana se alberga el aparato de justicia, integrado por magistrados de familias de añejo abolengo; y en la Ciudad de Aynacha radica el poder ejecutivo, a cargo de las nuevas burguesías. Nada casual que la primera capital se asiente en la zona templada, rodeada de fincas y haciendas, y que la segunda despache en las alturas, cerca de las minas, las industrias y la frontera por donde se filtra el comercio internacional. En tanto que indios y asalariados son la mano de obra que sirve para que todo funcione.

Fernando Quiroz Magaña es oriundo de Mariscal Santana y lleva consigo la estirpe española, sumada a la herencia culta de una larga tradición de juristas. Su familia ilustrada, asumió las transformaciones que acabaron con el imperio español y varios de sus integrantes participaron en la construcción de la república independiente. En ese ambiente, desde la tradición liberal, Fernando y su hermana Paula desde niños hicieron suyas las promesas de justicia social, democracia e igualdad, sustento de las luchas de independencia y revolución republicana. Así que desde adolescentes iniciaron sus andanzas públicas

cuando pusieron en marcha una imprenta sin dueño, que encontraron en una de las casas de renta de su familia.

La maquinaria había sido propiedad de un viejo anarquista español que llegó a la República de Imantaña, para encontrar en los indios de las tierras bajas la utopía igualitaria que leyó en Tomás Moro y Vasco de Quiroga, y que refrendó con lecturas sobre las misiones jesuíticas de la Amazonía. Del taller de ese hombre salieron los textos que describieron a los indios desnudos de la selva y alimentaron el sentimiento redentor de los hermanos Quiroz Magaña. La producción de ensayos se detuvo el día en que el anarquista regresó de sus incursiones selváticas desaliñado, temblando de fiebre, con alucinaciones sobre cazadores de cabezas y pigmeos. La malaria acabó con su vida un treinta de diciembre y, sin herederos, los jóvenes Quiroz Magaña se apropiaron de su imprenta.

Los primeros escritos de Fernando se difundieron en una gaceta dominical producida en complicidad con su hermana con el ambicioso título de *El Demócrata*. Para darle agilidad Paula lo amenizaba con caricaturas y mordaces comentarios sobre la alta sociedad de Mariscal Santana. Firmes en sus convicciones, todos los domingos el par de jovencitos vendían la gaceta por unos centavos afuera de la Iglesia y pronto crearon un grupo de lectores por la sensatez de los artículos de él y el estilo práctico e irónico de ella. Años después, sin abandonar su vocación de periodista, Fernando partió a España para estudiar derecho con especialidad en relaciones internacionales; y en el retorno a su país, por su brillante especialidad, los dueños de los diarios de su ciudad natal lo invitaron a escribir, hasta que poco después su prestigio lo llevó a colaborar en los principales periódicos nacionales. Situación que lo llevó a radicar en la Ciudad de Aynacha.

Paula, presionada por sus padres, no realizó estudios universitarios, así que para expresar su vivacidad se volvió ex-

perta en etiqueta. Se especializó en satirizar los modales de las clases altas que incluyen servir el té de las cinco de la tarde y organizar eventos sociales donde se juegan el prestigio, la pujanza, las alianzas o hasta las enemistades entre anfitriones e invitados. Hizo de sus crónicas sociales, y de su revista *Sociedad*, el camino para explorar sus cualidades literarias, de modo que con humor y gracia traza, desde entonces, ásperas críticas de la alta sociedad imanteña y se burla con inteligencia de personajes y situaciones. A pesar de ser una figura controvertida, por su actividad y por no haberse casado en la edad en que debía, nunca queda relegada de los eventos sociales trascendentes. Para las élites no ser reseñados por su revista, no ser atendidas por sus críticas, significa perder estatus, desdibujarse de la presencia pública que hace a la buena sociedad.

La vida de Paula Quiroz Magaña trascurrió en ese *impasse* de rebeldía domesticada hasta que su hermano se involucró en la contienda para alcanzar la vicepresidencia de la República. Y desde entonces su actividad política se desarrolla como compañera de su hermano, inclusive en la misión de llevar a juicio político al presidente Fredy Anthony Clark.

Hábil para no aparecer visiblemente, Paula es su consejera y, en consecuencia, es en la única persona en la que el vicepresidente realmente confía, de modo que nunca toma una decisión en la que su hermana no haya metido mano.

La carrera política de Fernando Quiroz Magaña comenzó tres años atrás, al aceptar formar parte de la dupla contendiente por la presidencia y la vicepresidencia de la República. A él lo respaldaba su prestigio como periodista independiente, en tanto que Fredy Anthony Clark contaba con el poderío económico de su familia.

La mañana en que su amigo fue a visitarlo se sintió halagado por la invitación, aunque emergieron, también, sus preocupaciones. Los vínculos entre ellos se reducían a su convivencia durante su educación básica y preparatoria, los cuales se interrumpieron cuando uno partió hacia los Estados Unidos a estudiar economía, y el otro viajó a Madrid a especializarse en relaciones internacionales. Así que, el gordo Clark, era sólo el compañero divertido con quien Fernando compartía recuerdos y con el que jamás había tenido una discusión seria sobre política. Sintió la tentación de aceptar bajo el supuesto de que él sería la inteligencia para darle un matiz culto y nacionalista al gobierno que presidiría aquél bajo la cobertura del Partido Auténtico Republicano. Formar equipo con un hombre hasta cierto punto sin ideas preconcebidas podría ser la gran oportunidad de influir en sus decisiones e incidir sustantivamente en la dinámica de su país. Ciertamente anticipaba aspectos problemáticos de su colaboración, cifrados en la veleidad, el pragmatismo y los compromisos políticos que seguramente tenía su amigo con los empresarios y los miembros de su partido. Sus dudas se despejaron bajo las promesas de Fredy Anthony de que él sería el responsable de las refor-

mas de espíritu nacionalista que emprendería su gobierno para fortalecer la democracia.

El tema lo discutió Fernando con su hermana con el fin de identificar los escenarios posibles en su participación, primero, como candidato y, luego, como vicepresidente. Durante el elaborado ritual del té de las cinco de la tarde él le habló de sus preocupaciones, y ella, con su olfato político, hizo su pronóstico. Llegar a esa posición era una oportunidad irrepetible, aunque con riesgos difíciles de sortear, sobre todo porque al no pertenecer éste a un grupo político específico no tendría un apoyo permanente para resistir los golpes opositores y carecería del apoyo legislativo y judicial indispensable para que tuvieran éxito sus iniciativas.

Al discutir el asunto del papel de los intelectuales frente al poder, los hermanos no lograron ningún acuerdo. Algo similar sucedía en los ámbitos académicos y políticos. Los radicales afirmaban que no debía existir ningún trato con el poder como medio de garantizar la independencia ideológica de la inteligencia; los reformistas veían como obligación de los intelectuales el ponerse al servicio de un proyecto político humanista y democrático, como única manera de terminar con la barbarie y la ignorancia; mientras que los de la tercera vía se quedaban paralizados entre conjeturas y balances.

“¡Nada con el poder!”, gritó Paula ante la idea de que su hermano iniciara una carrera que ella percibía abarrotada de tortuosos retos, en los que no era suficiente la inteligencia de su hermano y se jugaban poderosos intereses. Siendo conocedora de los entramados profundos de la alta sociedad, ella sabía cómo se tejían las alianzas entre las familias pudientes del país; y cómo, aunque los grupos pudieran enfrentarse circunstancialmente, pesaban más los lazos de la complicidad a largo plazo, destacándose más los intereses comunes que las diferencias. Eso había sido evidente en la Independencia, en

la Revolución, lo mismo que durante las nacionalizaciones y después con las capitalizaciones de las empresas estatales. Se habían realizado cambios, otorgado ciertas dádivas y concesiones para que todo siguiera igual, y los mismos apellidos continuaran rotándose el poder.

Fernando la escuchó molesto por la deleznable caricatura que no reconocía la destacada participación de los héroes nacionales, de los mártires de la historia patria. De acuerdo con la historia nacional, de la que él era experto, la Independencia y la factura de la república habían sido una odisea de hombres ilustrados y comprometidos como él, que provenían de las mejores familias del país.

—¿Fueron una farsa? ¿Todo ha sido una pantomima? —la increpó, con el gesto adusto, indignado ante lo que le parecieron malsanas conjeturas—.

Ella le contrargumentó con ejemplos, anécdotas y hasta con chismes para demostrarle que estaba equivocado pero, envenecido, no quiso escucharla, seguro de que desde la vicepresidencia de la República, con su inteligencia y sus capacidades intelectuales, iba a cambiar profundamente su país.

Paula lo miró, consumido en la presunción de ser indispensable, e internamente se preguntó cómo, si no era por engrimiento, que un hombre supone suya la responsabilidad de cambiar el mundo.

En un pueblo sin mar, los nubarrones forman olas que la gente utiliza para abatir las nostalgias, echar a volar los pensamientos y descansar sus tristezas. Si no hay nubes ni olas los pensamientos lúgubres se hunden en el firmamento refulgente como en un mar sin fondo que llama a los taciturnos a fundirse mortalmente en él; y John Mead, atraído por la voracidad de ese infinito, navega por el cielo marino que enmarca el Puente de las Culturas.

Sus sentimientos son confusos: furia, amargura, desasosiego, fatalidad, dolor y temor son sentimientos recurrentes después de la ruptura con Dylan MacFarren. No comprende la traición del que fue su amigo y se siente manchado por la podredumbre de las acciones del pastor Israel Sampers. Añora la compañía de Mary, y su soledad se acrecienta por el vacío que rodea el puente, embargándolo nuevamente su fascinación por la tranquilidad que le traería la muerte.

Reclinado sobre el barandal se mira las manos, tan anodinas como su vida. “Sería tan fácil”, piensa, mientras se inclina un poco más para sentir el viento que quizá le ayude a cerrar los ojos y pueda dejarse llevar hacia la calma que habrá después del salto. Sería un tiempo pequeño de temor, posiblemente un chispazo de dolor y luego la eterna felicidad de la nada. Relaja el cuerpo, levanta los talones y respira hondo para replicar en su memoria la catarsis de sus sesiones religiosas que lo acercan a Dios. Susurra los cánticos. Le pide perdón por su debilidad. No tiene miedo. Siente únicamente el deseo infinito de desprenderse del mundo.

Está en el recuento de las bondades de alejarse de la vida, cuando una voz se entromete en sus divagaciones:

—¿Estás bien, caballero?

—¡Caballero! —repite la misma voz, ahora fuerte y nítida—. ¿Te lo iré a buscar ayuda?

Con la intromisión John regresa a la realidad, y se descubre de pie, aferrado al barandal del puente; el sudor cubriéndole la culpa que, temblorosa, delata lo que estuvo a punto de hacer.

—No. Gracias. No pasa nada —murmura confuso, sin atreverse a aceptar abiertamente sus intenciones—.

—A mí también me sabe gustar ver desde aquí —explica la joven, deteniéndose en los ojos del hombre para retenerlo—. Las montañas arriba, el mundo pequeñito de abajo. A veces hasta siento que vuelo, ¿vos también, caballero?, ¿es que también te sabe gustar contemplar desde acá arriba? —le pregunta amigable. Diciéndole con su sonrisa que sabe de su desamparo, de sus verdaderas intenciones, y que no le importa porque ella alguna vez sintió lo mismo y lo comprende—. ¡No, pues, caballero! Iremos mejor del otro lado. No vaya a ser la de malas, ¡y listo! ¡Todo se acaba! —le dice en tierna complicidad, jalándolo del brazo para reiterarle que sabe de sus angustias y lo acompaña—.

La mirada traslúcida de John se posa levemente en la joven que ya lo toma de la mano, y con su calor solidario inicia su escalada hacia la vida, aunque en fiero combate con la infame atracción del vacío que lo incita a consumir su salto. Ella siente la tensión y lo conduce hacia el final del puente, donde busca su cara para sostenerlo con su sonrisa. Entonces lo reconoce y exclama sorprendida:

—¡Pero, che! Si sabe ser el gringo de aquel día. ¿Te haces recuerdo? Fue el día del estudiante, el que se tiró del puente...

Ante la exclamación, John regresa por fin de la oscuridad de sus emociones para poner atención en la joven, sin que pueda todavía articular palabra.

—Aquel pobrecito joven, ¿no es cierto? —le dice ella solidaria, sabedora de sus tentaciones—. Y mirá, caballero, ¡qué bien que la casualidad nos ha hecho encontrar! Será la suerte, ¿no ve? Digo, eso es bueno para conversar de aquellito que los dos miramos, y por fin salir del susto de aquella desgracia.

Sacudido por la intromisión, más pálido que de costumbre, John no aguanta más el sufrir solo y, como si del agua que busca el mar se tratase, entre frases fragmentadas y tumultuosas le cuenta a Rosalía Khanawiri Qhispi lo mucho que padece. Ella, conmovida por tanta orfandad, lo invita a tomar el té en el puesto de Clementina, abierto esta vez por la urgencia de ganar plata después de tantos días de paros, marchas y plantones.

En medio de montones de ropa nueva John observa a las mujeres con curiosidad. Le reconforta el buen humor de Rosalía lo mismo que el ingenio involuntario de Clementina y, aunque ellas comparten gestos y actitudes, le sorprenden sus diferencias. La hija, igualmente morena, viste ropa moderna y lleva las uñas largas, pintadas del mismo color que sus labios; mientras que la madre, ágil y regordeta, muestra gusto por las polleras de tonos llamativos y brillantes. De las dos, la mayor es quien lo intriga. “¿Por qué las cholas prefieren esos colores tan llamativos?”, se pregunta, al recordar a las austeras campesinas del altiplano. Es normal que las mujeres del campo dejen su rústica indumentaria al llegar a la ciudad, pero entonces, ¿por qué, en lugar de vestirse como todo el mundo, optan por la ropa chola que de todas formas las señala?”, se pregunta. No alcanza a comprender, ni se atreve a preguntar.

A las ocho de la noche entre los tres cierran el puesto y se enfilan rumbo a la casa de Clementina. John se deja conducir

por las mujeres que le ofrecen un cobijo generoso para su abandono. Escucha plácidamente su parloteo cuando advierte que se disponen a cruzar el Puente de las Culturas y se detiene. Rosalía, percibe su temor y lo toma de un brazo para animarlo, en tanto que Clementina, intuyendo con certeza lo que sucede, lo sujeta del otro; y con él en medio, avanzan sobre el puente, felices de imaginar cómo se verán con tan inusual compañía.

Resueltas y sonrientes continúan subiendo por la ladera; John, en tanto, les cuenta lo que fueron sus días en las heladas tierras del altiplano. En su narración Clementina reconoce los pueblos de su infancia y le pregunta por familias y por algunas mujeres, con nombre y apellido, que fueron sus compañeras de pastoreo. Le divierte imaginar a ese gringo, amarillento y deslucido, en aquel mundo ajeno con sus ridículas ropas de misionero, y se pregunta por qué el misionero usa tan absurda vestimenta que lo marca como ganado, en lugar de vestirse como todo el mundo; ambos incapaces de verse a sí mismos en su diferencia, dentro de una normalidad que los excluye a ambos. Sólo que Clementina, menos inhibida, sí se lo pregunta: “¿Y al caso con esas ropas andás vos por allá arriba?”, lo cuestiona estremecida por la carcajada que acentúa el movimiento tumultuoso de su pollera de colores amarillas y marrones. Entonces, el misionero les confiesa sus padecimientos en el aciago día en que visitó por primera vez las planicies altas de la cordillera. Se recuerda bajo el agobiante sol, ataviado de camisa blanca, pantalón, zapatos y corbata negros, y ríe también, ligero por la tranquilidad que ellas le transmiten con su compañía, así que, animado por su interés, continúa explicándose en las narraciones sobre sus aventuras.

Clementina lo escucha hablar de Dios y supone que habla del mismo espíritu con cuerpo de hombre que ella cuida en los aposentos del mercado. No se lo pregunta segura de que tiem-

po habrá más adelante, convencida de que la presencia del gringo no es casualidad, sino obra de algún espíritu de los que gobiernan su vida. Rosalía, aferrada al brazo de su nuevo amigo, disfruta oírlo hablar con tanto cariño de lo que sucede en las planicies de la cordillera. Ya no se trata de la idealización que creyó siempre presente en los relatos de su madre, cargados de nostalgia, sino de los testimonios de un gringo, de los que conocen el mundo por tantos viajes que han hecho. Así que se llena de curiosidad cuando John, en buen castellano, les platica de las costumbres y de la bondad de la gente de allá arriba, y de cómo, poco a poco, llegó a reconocer el vuelo del cóndor y a sentirse feliz viviendo en la árida belleza del altiplano. Palabras que la remiten a las sensaciones que, alguna vez sintió, al asomarse desde el puente y desear volar por el marítimo cielo azul que hacía de la nieve blanca las olas quietas de un día apacible.

Por fin, sudorosos y jadeantes, llegan a la casa de Clementina y ésta invita a John a que se quede a cenar con ellas. Están por entrar en la vivienda cuando cambia de idea y propone que será mejor que vayan a donde la Irma, porque de ella es costumbre tener mejores cosas para la cena. Su hermana vive en la casita contigua a la suya y los recibe divertida de ver a su hermana y a su sobrina con tan extraño personaje.

Felipe Phaxsi, que por órdenes de su sindicato se mantiene en la ciudad para que participe en las marchas en contra del presidente, se sorprende también. Presuroso apaga la televisión y despeja la mesa para colocar en ella un par de bebidas gaseosas. Las mujeres se retiran a cocinar y los hombres se miran con recelo. Sin que Felipe se atreva a preguntar qué hace allí una persona como él, conversan lo evidente: qué tal ese día tan frío, qué noche tan oscura es ésa, que sí, gracias, que si gusta beber una gaseosa, y pues qué es lo que huele tan bien, y qué, pues, habrá en la cena porque la Irma sabe ser buena

para la cocina; y en toda esa charla no dejan de observarse, medirse y estar alerta. Las batallas propias de la desconfianza continúan hasta que las mujeres colocan en el centro de la mesa un platón repleto de olorosas brochetas de corazón de buey, que han sido cocinadas a fuego lento en el fogón improvisado que Irma puso en la cocina. No hay platos, no hay cubiertos, sólo las manos para comer y compartir.

Clementina, animada por el convivio, le pide al gringo que, por favor, vuelva a contar sus aventuras de allá arriba, y como si las escuchara por primera vez ríe y palmea ante las desventuras de John que, vistas desde acá, son tan divertidas.

Un aspecto punzante emerge al abordarse el tema de la masacre del Lago Pawqara. John acepta conocer a los misioneros, y Felipe con gesto desconfiado le reprocha a Clementina haber llevado al gringo a su casa. Ella busca la mirada de su invitado, reconoce las huellas del sufrimiento y lo exime de la culpa, diciéndole en voz alta que ella no cree que él sea mala persona y le suplica que hable para demostrarlo. El joven misionero se levanta y camina alrededor de la mesa para hablar de la labor de la Hermandad y lo bueno que ha hecho. Conforme habla adquiere el tono de predicador, mueve las manos y ve hacia arriba. Cambia de actitud al tocar el tema del hermano Israel Sampers, y el dolor y la rabia ensombrecen su rostro ante el recuerdo del agravio y las violaciones a los preceptos divinos realizados por el misionero corrupto. Atenaza los puños y le tiemblan los labios al recordar la traición a Dios, y al confesar que ya no confía más en la Hermanad hunde la cara entre sus huesudas manos, que estruja con dolorosa violencia, como si quisiera lavarlas y demostrar que están limpias. Luego de varios segundos, en que intenta controlar sus sollozos, levanta la cabeza para enfrentarse a Felipe: “Es por eso que no me he ido con la Hermandad a los Estados Unidos y he preferido quedarme en Imantaña; la tierra que siento mía

y en la que he de encontrar mi camino”, y al decirlo descubre que ha tomado una decisión sin darse cuenta.

Rosalía e Irma lo escuchan emocionadas, y Clementina conmovida lo toma del brazo y lo conduce hasta la silla para que se tranquilice, y con ese gesto comunicarle que seguirá siendo bienvenido en su familia. Felipe Phaxsi, desconfiado, guarda silencio. Ése que tiene enfrente es nativo de un país imperialista y, según su sindicato, los gringos siempre están al servicio de su gobierno y de su expansión capitalista por el planeta. El problema es que es su huésped y como tal debe atenderlo, de modo que, según las reglas de la cortesía, se obliga a cambiar de actitud. En mejor tono le hace preguntas, intenta seguirlo en sus explicaciones, le pide que repita ciertos aspectos de su narración, discrepa cordialmente de sus interpretaciones, y vuelve a pedirle que explique tal o cual asunto, hasta que se convence de su inocencia.

Pasadas las dos de la madrugada, segura de la incapacidad del gringo para bajar por la ladera, Clementina le pide que se quede a dormir esa noche con su familia. John acepta, aunque confundido por lo bizarro de la situación. Dentro de la Hermandad del Nuevo Mundo nunca logró que alguien en la ciudad le abriera la puerta de su casa, y ahora, que ya no se siente misionero, aunque formalmente no ha dejado de serlo, esta mujer lo hace sin ninguna razón, brindándole para dormir la única cama que tiene la vivienda. Nuevamente se siente víctima del extraño humor de Dios, que por costumbre escoge caminos extraños para sus hijos.

Las mujeres se retiran a la casa de Clementina y Felipe Phaxsi saca una botella de singani para quitarse el frío y reconciliarse con el gringo. John acepta el acto de paz y beben juntos lo que queda de la madrugada. Y fue así, como al ritmo de ¡Salud! y ¡Buen provecho!, cada quien cuenta sus penas y se abrazan compungidos, hasta llamarse hermanos. Después de todo, su-

fren la misma pena: el cocalero la de ser un errante que intenta dejar de serlo, y el predicador la dificultad de saber cuál es su nuevo lugar en el mundo.

Horas más tarde, Felipe ayuda a John a trasladar sus pertenencias del hotelucho donde se hospeda a un cuartito de renta situado en la ladera. Concluidos los arreglos van a un restaurantillo popular a comer. Animados, beben un par de cervezas y deciden salir juntos a protestar en la marcha de esa tarde. Así que esa vez, John Mead, misionero, y Felipe Phaxsi, trabajador, marchan unidos en el contingente de los sindicalistas cocaleros.

En el tumulto de insurrectos las mantas gritan con enormes letras rojas y negras: “¡La coca no es cocaína!”, “¡La sangre del pueblo no es para las transnacionales!” y “Para Clark, traidor, sólo está la dimisión”. El contingente cocalero, que cubre varias cuadras del Boulevard Mariscal del Fuerte, grita sus consignas con entusiasmo: “¡Clark, cabrón, si no dimites te vas al paredón!”. Y cuando los marchistas llegan a su favorita: “Clark ¡Yankee go home!”, corren enardecidos hasta que ahogados por el esfuerzo terminan su carrera con el grito apasionado de “¡Dimisión! ¡Dimisión! ¡Dimisión!”.

Al terminar la marcha, Felipe Phaxsi arrastra al titubeante John Mead a festejar con sus compañeros de sección en un restaurante popular del centro, cuya especialidad son las salchichas acompañadas de un montículo de papas fritas. Las pasiones se desbordan al llegar al tema de la sangre saqueada por los gringos. John, incómodo, se hunde en su silla mientras justifica como mejor puede su presencia en la Hermandad y su anterior cercanía con Israel Sampers. Felipe, entonces, preocupado por la ansiedad de su amigo, interviene para explicar que John no es corrupto como el misionero traficante, y enlista las cualidades que intuye debe tener por ser gringo.

En la madrugada suben la cuesta. Ya Felipe Phaxsi ha adoptado definitivamente a John Mead, con la pretensión de ganarlo para su causa, en lugar de que siga pastoreando almas que, además, se niegan a la redención.

El cuerpo es lo que come, le dijo su madre desde niño a Freddy Anthony Clark, con el propósito de que dejara de engullir grasas y embutidos, gusto que nunca abandonó; así que, dispuesto a sobrevivir sin dejar de comer, desde jovencito compensó su gordura con su destreza para contar chistes; habilidad que ejerce a plenitud desde su cargo como presidente del país. Por ser de frágil constitución física, desde niño ha sido poco resistente a los vientos de la Ciudad de Aynacha, lo que lo obliga a viajar con frecuencia a la casa familiar de Mariscal Santana, lugar en donde radicó hasta los dieciocho años. En aquella época recibía las periódicas visitas del padre: un ingeniero de carnes apretadas y pellejos correosos, quien se hizo de minas por su habilidad para aprovechar a su favor las políticas destinadas a capitalizar las empresas, antes gubernamentales. Lo que le parece curioso, los días de humor, es que eso que le criticó tantas veces a su padre es justamente lo que hace él desde que se ha hecho presidente.

El primer Clark, de origen británico, había llegado a la República de Imantaña como asesor durante la época en que las empresas eran todavía nacionales. Llegó soltero y pronto se arraigó casándose con una mujer de familia acomodada, apellidado de prestigio y mala economía; matrimonio que le dio el privilegio de hacer negocios con otras familias pudientes. Años después, en la época de la reconversión de la economía nacionalista a la neoliberal, movió sus influencias para ganar la concesión para explotar por ciento cincuenta años varias minas del noreste de la Ciudad de Aynacha. De temperamento libre, le cayó de maravilla el arreglo de que su familia viviera

en Mariscal Santana, mientras él visitaba minas y disfrutaba su soltería en la Ciudad de Aynacha. Ya de viejo dejó el negocio en manos de Fredy Anthony, su único hijo varón, para gozar de la comodidad de vivir en un lugar con mejor clima; atendido, ahora sí por su fiel y paciente esposa.

El joven Clark, desde su regreso de los Estados Unidos, se propuso afianzar los negocios familiares incursionando en la política, así que de forma natural se afilió al Partido Auténtico Republicano, heredero de la tradición liberal y patriótica del país. En los hechos, era el partido de las élites antes divididas en conservadoras y liberales, unidas para enfrentar a los intelectuales de izquierda, del Movimiento de Izquierda Democrática. Un paso más para consolidar su posición fue casarse con la hija de un hacendado, con lo que sellaba su alianza también con los agros exportadores. Condición que lo llevó a seguir el ejemplo de su padre de vivir en dos casas, una en Mariscal Santana y la otra en la Ciudad de Aynacha. Como político promovió su imagen como la de un hombre de negocios capaz de impulsar el desarrollo económico del país, desde una perspectiva moderna e innovadora, aprendida durante sus años de estudiante en los Estados Unidos. Y ya encarrilado en la disputa por la presidencia de la república fue que invitó a Quiroz Magaña a gobernar con él desde la vicepresidencia, como un medio de aprovechar el respeto que los intelectuales de izquierda sentían por él. El triunfo en las urnas le dio la razón. Aunque después comprobaría que, en la política, las lealtades se rompen con facilidad y los golpes pueden llegar desde los más cercanos, como sucedió con los acontecimientos del Lago Pawqara que fracturaron definitivamente las relaciones entre los antiguos amigos.

Las diferencias con Quiroz Magaña surgieron casi de inmediato. El vicepresidente tenía prisa por cambiar ciertas políticas e instituciones de gobierno, en tanto que Clark resultó débil

para alejarse de los intereses de las élites económicas y liberarse de la influencia de quienes lo apoyaron. Además, que pronto se sujetó a las exigencias de los organismos internacionales y a sus políticas orientadas a la desaparición de subsidios, el aumento de impuestos y la anulación de aranceles, sin que le importase la crisis que ello provocaría a la industria nacional, y siendo indiferente ante el despido masivo de trabajadores.

Las dificultades de conciliar posiciones entre los amigos de colegio se evidenciaron en las negociaciones del Tratado de Libre Comercio del Cono Sur. Quiroz Magaña consideraba que su país no estaba listo para abrir las fronteras nacionales a los productos norteamericanos sin acordar un equivalente para la circulación de la mano de obra, y sin tener el desarrollo económico suficiente para igualar la balanza de pagos. De acuerdo con su visión, emanada de su trayectoria familiar, un tratado como el que se pretendía, significaba ponerse a competir en condiciones de desigualdad con el país más poderoso del mundo. Clark, en cambio, estaba convencido de las bondades del libre mercado en un mundo cada vez más globalizado. Desde joven había aprendido que el proteccionismo estatal era la causa del subdesarrollo de forma que se propuso desregular la presencia del Estado en la vida económica y social, y con esa perspectiva llenó su mesa de trabajo, y el país entero, con sus gráficas, cuentas y cuentos.

La ruptura definitiva sucedió con la masacre del Lago Pawqara. A Fernando Quiroz Magaña le causó indignación la docilidad de su amigo ante el gobierno estadounidense que propició la matanza de indios, que él veía como una maniobra para que la opinión pública olvidara lo esencial: la esterilización forzada de mujeres y el tráfico de sangre. Desde que se diseñó la estrategia, el vicepresidente trató de impedir la participación del ejército en el rescate del misionero y propuso,

como alternativa, formar una comitiva para dialogar y negociar con quienes lo tenían cautivo. Después de todo, explicó en el seno del Gabinete de Seguridad, eran gravísimas las acusaciones contra el misionero, que en sí mismas requerían una atención especial para comprobar su veracidad e identificar a los responsables; además que consideraba de importancia vital que se compensen los agravios cometidos. Clark, presionado por la embajada norteamericana, y con el malestar acumulado contra Quiroz Magaña, no lo escuchó y decidió actuar sin él.

A partir de ese momento, el vicepresidente es el único funcionario del gobierno que participa en las marchas de la Ciudad de Aynacha en contra del presidente del país. En sus entrevistas y editoriales periodísticos escribe insistentemente en la necesidad de emprender un juicio político en contra del presidente y exige su dimisión.

En tanto, Fredy Anthony Clark, además, de buscar la manera de callar a su vicepresidente, busca resolver el torbellino político que tiene al país sumido en el colapso. No le gusta la violencia, aunque tampoco le asusta. Sabe que en política todo tiene un precio y que para resolver un asunto es cuestión de encontrar lo que cuesta cada uno. Su equipo ya trabaja en eso y Fernando Quiroz Magaña encabeza la lista de los que deben ser comprados, o, en el extremo, de quienes deberán ser llevados a la cárcel.

—Que te andan buscando —le dice alguien a Clementina en el mercado, y ella comprende que los de su pueblo finalmente la encontraron—.

Con el rabillo del ojo examina a los hombres de su pueblo que la esperan cerca de allí. Con la certeza de su muerte le da instrucciones a la chola vecina, cierra su puesto y respira hondo para ganar fuerzas. Camina hasta los viejos que permanecen sentados en la esquina, mientras acullican coca con sus muelas para revolverla pacientes con sus lenguas. Se les acerca sin desear huir, la mirada alta, elegante con su traje de chola que, sin embargo, no ha podido esconderla.

—Ya ves que te hemos sabido encontrar y ya nomás estamos aquí —le explica el más viejo, mirándola fugazmente para no tocarla—.

—Sí tío, así nomás ha sido —responde avergonzada por los años en que quiso huir de su destino—. ¿Y cómo los han sabido encontrar los espíritus el día de hoy? —interroga para cumplir con los saludos rituales y decirles que, aunque huida, es una mujer educada—.

—Bien nomás, Clementina. Ya lo ves vos, que no todo anda como se debe y de'so es, pues, que los andamos buscado.

—Bien lo sé, tío. Me han sabido contar las desgracias de allá arriba —murmura agachada por su responsabilidad en todo aquello—.

—Sólo al Francisco Khanawiri nos queda por encontrar —apunta el otro—. La santa coca ha dicho su palabra y, a ver cómo, pero tenemos que encontrarlo.

—Vengan nomás conmigo. Que'l hombre sabe llegar hasta la noche —les explica, dispuesta a compartir su futuro con el hombre con quien construyó su desgracia—.

Mientras conduce a los ancianos a su casa, recuerda que al despertar estaba boca arriba y, por el sabor amargo de su boca supo que algo grave le iba a pasar, sólo que no se imaginó que ese día fuese el momento en que iban a encontrarla. Se había esforzado por hacerse una nueva vida, creyéndose perdonada gracias a los buenos oficios del Santo Señor Crucificado, y resultaba que no era así y sus perseguidores ya estaban allí.

Hundida en los presagios, temblorosa de lo que le espera, en su casa les ofrece comida a los ancianos, no fuera a ser que, de no hacerlo, nuevas desgracias afectaran también a Rosalía. Ellos, guardianes de lo que está bien y lo que está mal, no aceptan la invitación que los puede comprometer, y sólo se echan en el suelo para descansar, envueltos en sus ponchos rojos.

Cuando llega Francisco Khanawiri ya se filtran los rayos últimos de sol por las rendijas de la puerta. Al verlos titubea, y tambaleándose, con la mirada acuosa por lágrimas jamás vertidas, avanza hacia ellos con lo que le queda de cuerpo. Los ancianos lo miran. No hay en él huellas del hombre de poder que fue antes. En su joroba carga la impostura en que pasan sus días. Su andar es pesado, arrastra los pies. Lleva el pelo sucio, mugre en la cara, envuelto en el olor del descuido y la podredumbre de la ciudad.

—¿Cómo los ha encontrado nuestro padre sol el día de hoy, tíos? —pregunta desde la costumbre—.

—Bien, nomás, Francisco Khanawiri. Y, pues ya lo ves, que te hemos sabido encontrar.

—Sí, tío. Así nomás ha debido ser —responde con vergüenza, desde la oscuridad de su futuro. Ya no siente pena ni miedo ahora que ni vida tiene—.

Clementina deja a los tres hombres compartiendo la coca, para ir a despedirse de Rosalía. La encuentra junto a la ventana, la mirada puesta en los presagios que, como sombras, han entrado junto a los dos viejos. Se abrazan. Rosalía nada pregunta para no hacer realidad sus presentimientos. Con la nariz husmea las trenzas de su madre, almacenando su olor para futuras ausencias. Clementina, con sus dedos regordetes, adornados con anillos de oro, teje su adiós con los mechones gruesos del pelo de su hija que acaricia y huele con el afán de retenerlo, y le sirva de valor para enfrentar con dignidad su muerte. Acumula con su abrazo su presencia, su calor, su juventud, su cuerpo del que saldrán nietos que no conocerá jamás. Se desprende de su hija, e inclina el rostro para ocultar su vergüenza. ¡Qué dolor reconocerse pecadora ante ella! Y más dolor siente al pensar que ya no podrá acompañarla. De prisa para evitar el llanto, se separa de Rosalía para concentrarse en la tarea de organizar su equipaje. En una manta verde, con rayas rojas y amarillas, coloca una pollera limpia, un par de zapatillas negras, más cinco fustanes de encaje ancho. Si va a morir que sea elegante, como la vida que lleva ahora. Con el bulto en la espalda, amarradas sus esquinas en el pecho, busca a Irma para despedirse y con ella pierde la calma.

— ¡Ay! Irmita, a ver mi mala suerte. Mirá, vos, que ya me han sabido encontrar. — Lloro ante el fracaso del Santo Señor Crucificado, que, siendo su amigo y consejero, y a pesar de su bondad, no ha podido negociar su perdón ante las deidades del altiplano —.

— Andáte tranquila que ya te lo voy a cuidar tu puesto — la consuela su hermana, sumisa ante lo inevitable —. Que al cabo la Rosalía bien grande es ya. Tiene buen entendimiento y sabrá cómo hacer bien su vida.

Con su pollera color de duelo y su sombrerito gris puesto de lado, Clementina se acerca a los hombres que continúan

masticando recuerdos. Avanza lento. Porque para qué apurar el paso que la acerca a la muerte. Los observa. Son montículos humanos que únicamente replican la voluntad de las montañas primordiales, y siente que prefiere morir a vivir con miedo. Con un sollozo desaloja los años de incertidumbre y se coloca de pie frente a ellos para decirles que ya está lista.

Entonces, uno de los hombres levanta el rostro y le explica:

—Tú no, Clementina. Aquí te vas a quedar vos, hasta que la santa coca nos diga qué vamos a hacer contigo.

Es la madrugada cuando los ve alejarse, sin comprender su exclusión de la escena tantas veces imaginadas en sus desvelos. Al doblar la esquina, Francisco Khanawiri levanta la mano para despedirse y con mecánica mansedumbre ella se despide también.

Al día siguiente, agitada por la fatiga de sobrevivir, llega Clementina a los aposentos donde dormita el Santo Señor para que la ayude a resolver las dudas que revolotean en su cabeza como pájaros impertinentes. No puede quedarse quieta. Nunca ha llegado tan temprano y con pena por despertarlo, mezcla saludos y disculpas. Lo saca de la urna de madera para explicarle la urgencia. Sin embargo, como no puede estarse quieta, va por agua y un trapo para limpiarlo.

—No ve, Santo Señor, ¿qué'sto no sabe tener razón de ser así?

Nada le responde el Cristo y ella sigue con sus interpelaciones.

—Por eso, es que quiero que me digas, pues, Señor, qué has hecho vos para que no me lleven a mí también.

—...

—¿Al caso no te haces el recuerdo? —insiste Clementina, suponiendo que el Hombre Santo ha olvidado su problema—. Es de aquellito que te conté el otro día. De la vez que el Francisco Khanawiri y yo nos hemos hecho escapar del pueblo por nuestro enredo de amores.

Como el Santo no da señal de entendimiento decide acomodarse cerca de su oído. Despeja el pelo que no le permite escuchar bien, y le cuenta otra vez la historia de su pecado. Lo hace paciente para que el Señor pueda comprender las cosas del campo, ya que, según se dice, “él puro vivir hace en la ciudad”.

—Ya, pues, te lo charlaré de nuevo. Más una cosa sí te sé decir: que en mi entendimiento siempre supe que nos van a saber encontrar, sólo que yo pienso que va a ser el Roberto Kunturi, ¿no ve? El que era mi marido de antes y anda en busca del Francisco, mi segundo marido, para matarlo en duelo en las alturas del Ch’ullqiwanka.

Continúa con sus confesiones hasta que a las cinco de la tarde Irma llega con tres vasos de té y tres pasteles de crema. Clementina la recibe gustosa y con el Santo Señor comparten el té y más reflexiones juntas. Por fin, a las siete de la noche llegan a una conclusión: que ha sido por la devoción de Clementina que el Santo Señor Crucificado consiguió su perdón, más no el de Francisco por su mal comportamiento y porque por terco nunca ha querido ir a charlar con el Santo Señor.

Están por marcharse y, para agradecer el pacto redentor que ha salvado a Clementina, miran con fervor al Hombre Santo, quien a la sombra de la tarde parece que se está riendo.

Del milagro de salvación todos se enteran en el mercado y desde ese día, al Santo Señor Crucificado se le conoce también como el Señor de los Perdonos. Y para conseguir su gracia se volvió costumbre que, por cada petición de perdón, por cada favor solicitado, se le ha de llevar de ofrenda un vaso de té negro, y, por supuesto, pasteles.

—Después de que mataron a tanta gente en el dispensario del Lago Pawqara, las hojas de coca dijeron que tiempo de cambio sabe ser éste. Y que cuando el mundo anda revuelto, las costumbres saben regresar para arreglarlo —le explican los mensajeros a Francisco Khanawiri la noche que se lo llevaron—.

—Nuestra madre coca ha dicho que vos, Francisco, debes pagar tu culpa. Nomás que lo harás de otro modo porque algo has de recordar cómo hablarle a la gente —le anuncia don Julio Apaza, al entrar Francisco al pueblo, custodiado por los hombres que lo encontraron—.

—Por eso mismo te hemos hecho encontrar —le reitera otro de los ancianos, convencido de que hallarlo fue voluntad de las montañas primordiales, a las que tanto debe pagar ese hombre—. Todo está enredado. La gente anda suelta, perdida, sin saber p'a dónde jalar. Ya lo vas a ver cómo, pero tú la vas a traer de regreso. No es que hagamos olvido de lo tuyo con la Clementina ¡Noo! Sólo que vos has de pagar tu culpa ayudando a componer las cosas que tu deshonra supo desarreglar. Lo de la mujer ya veremos después, la santa coca no ha querido hablar d'ella.

—Así nomás ha de ser, Francisco —le confirma su maestro, don Julio Apaza—. Vete por el rumbo de las montañas a curar tu cháki, la vergüenza de tu bebida, ya que con tanta chupadera de alcohol sólo queda la sombra del hombre qu'eras. Y ya sin tu borrachera te lo vamos a indicar cómo hacer para que las voces de los antiguos por tu boca sepan hablar.

Para despojarlo de las ropas de la ciudad, los ancianos le entregan un viejo poncho rojizo, un gorro de lana de borre-

go, más un puñado de hojas de coca que guarda en la bolsa de colores que acostumbraba colgarse al cuello. Horas después, sin más pertenencias encima, el hombre se va hacia la falda de las montañas, como sombra su alcohol y la vergüenza de haberse olvidado del hombre de poder que alguna vez fue.

Dos meses de soledad en la puna han de pasar para que Francisco Khanawiri conozca la razón por la que sigue vivo.

Los sonidos, como anhelos, cubren ese día el espacio abierto del altiplano con la música que acompaña a Francisco Khanawiri en su misión. Los sikus, flautas de muchas cañas, suenan distintos entre sí, tal como son diferentes los hombres que los tocan desde la madrugada. Su música es un diálogo entre voces agudas y contralto, bajas y graves. La escuchan desde aquellos que esperan nacer en los vientres de sus madres hasta los ancianos que han de morir para renacer desde el vientre protector de las chullpas: tumbas sagradas donde descansan hasta su resurrección bajo el calor del sol, según los empeños de los solsticios de invierno y primavera.

La música de los sikus convoca a los originarios a unirse en esta etapa que se anuncia, en la que aquello que va a nacer podrá ser nuevo o se repetirá, según el actuar de los mortales en la oportunidad de cambio que se les brinda.

Francisco Khanawiri lleva la dirección de la tropa de músicos con su siku de seis cañas enlazadas, que sopla con serena concentración de la más grande a la más chica y de izquierda a derecha. La suya es la primera voz que dialoga con las voces que le preguntan o le responden, según sea su lugar y su papel. La de él es la voz masculina, estructurante de todas las demás, que conversa con las voces femeninas de los sikus de siete tubos. Platica, además, con los de tercera voz, prolongadas o cortas o apretadas, que silban entre las cañas para entrecortar la melodía como voces irruptoras del orden dual del universo; disonancia que existe para señalarle a los necios que, así como hay noches y días, existen los amaneceres y los atardece-

res de tonos intermedios, teñidos de luz y sombras. De modo que, si existen sikus masculinos y otros femeninos debe haber los de tercera voz para, con su diversidad, enriquecer la melodía del canto general.

Francisco Khanawiri no era músico y tuvo que aprender a serlo en la soledad de la puna durante sus días de contrición. En esos días se propuso aprender a tocar el siku, al tiempo que buscaba desentrañar cuál era su misión.

La primera idea de que podía hacer música la tuvo después de un sueño afebrado por la abstinencia del alcohol en el que se miró construyendo un siku, y al despertar se dispuso a construir uno. Con esa idea fue a buscar cañas, las limpió, las cortó y las agrupó en sus diferentes tamaños, y ya terminado se propuso tocarlo. No sabía cómo respirar ni cómo hacer que su boca soplara de una caña a otra con armonía, y sus sonidos eran estridentes, torpes y mudos. Lo intentó durante varios días con la fe puesta en que la inspiración le vendría de parte de las deidades primordiales, para dictarle cuál era su misión. Nada de ello sucedió y con furia destruyó el siku, convencido de su ineptitud para interpretar los mensajes de los espíritus. Su incapacidad la sentía en todo: padecía frío, su estómago rechazaba las plantas silvestres y no podía dormir a la intemperie. Estaba desesperado además de flaco, sucio y desaliñado. Se dirigió, entonces, al lugar sagrado de las chullpas con el fin de reencontrarse con sus ancestros. Allí rezó, cantó y suplicó, y nada le fue comunicado; y extraviado lo sorprendió la noche sin comprender lo que debía hacer para cumplir con las órdenes dictadas a través de las hojas de coca.

Él conocía la prohibición de entrar en las chullpas, lugar de entierros suntuosos realizados desde hacía cientos de años; sólo que esa noche se anunciaba inclemente, especialmente fría y turbulenta, cargada de aullidos por los vientos que aso-

laban las planicies sin nada que los detuviese. Desesperado, le pidió permiso a los ancestros para resguardarse en una de ellas, y escogió una chullpa capaz de soportar la revuelta de vientos y granizos que se avecinaba, no sin antes rezarle a los difuntos para que lo perdonasen por su falta de respeto.

Las chullpas, altas y rectangulares, más anchas en sus bases y con muros de adobe, están hechas para trascender el tiempo, y en sus interiores cuentan la historia de los difuntos que las habitan. Sus dos entradas, como puertas vaginales, dejan entrar el sol durante los solsticios de invierno y primavera para que los difuntos renazcan en su ciclo de inmortalidad. Sólo que, agotado por sus penurias, en el seno de la chullpa que escogió, Francisco se durmió sin saber nada de sus habitantes, y a la mañana siguiente, dormitaba sin que el sol produjera ningún milagro. Padecía fuertemente los estragos de la abstinencia, se asomó a la mañana, nada vio de interés y regresó a la semioscuridad de la tumba con la esperanza de sufrir con menor intensidad la temblorina que agitaba su cuerpo. Casi ciego por los goterones de sudor, barrió el sitio con sus manos, colocando en un rincón los huesos, los fragmentos de vasijas y los utensilios de trabajo del difunto, además de los restos de los adornos con que se le acompañó. Una vez despejado el sitio se echó sobre la tierra para dormir otra vez. Su sueño inquieto se pobló de pesadillas y fue envuelto por fuerzas siniestras en una oscuridad pegajosa de la que era incapaz de salir. En esa angustia afiebrada pasó todo el día hasta que llegó la noche y, adolorido, jaló lo que quedaba de la manta del difunto para cubrirse. Era la noche veintinueve de su padecer y en ella, por fin, alcanzó un sueño carente de sudores.

Por la mañana, con mejor ánimo, salió a caminar. Reconoció los campos, saludó amigable a las montañas, y, sin más por hacer, el resto del día aspiró la presencia de las escasas hierbas bañadas por la tormenta de la noche anterior. Algo de los olo-

res verdes regresaron a su memoria, atrofiada por el alcohol y la podredumbre en que se había convertido en la ciudad, y con ellos regresaron también los poderes curativos de las plantas. Amoroso acarició las hojillas frescas, dialogó con ellas y mastició algunas dándoles las gracias por su retorno. Animado por la vitalidad de sus sabores caminó hasta encontrar un riachuelo y se bañó. El agua de deshielo sobre su cuerpo le pareció como si cientos de agujas perforaran sus sentidos; su pecho se contrajo, su respiración se detuvo y, al superar el dolor, le agradeció al torrente las saetas purificadoras. Acostado bajo el sol que declinaba, contempló el cielo invadido sigilosamente por las nubes que bajaban de las cumbres nevadas, y, como si pudiera leerlo en el cielo, pensó por primera vez en Clementina: la mujer que, con la misma naturalidad que las nubes, había llegado a su vida para trastornarla.

La recordó joven. Había aparecido como un vientecillo inocuo de los que llegan a uno sin solicitarlo para darle alegría al paso de los días. Y así la disfrutó: sin pensar, sin darse cuenta, hasta que a las pocas semanas su presencia fue una pasión abrasadora, incontrolable, que nunca antes había conocido. Era su padecimiento no tenerla cerca, saberla acostada junto a otro hombre, no estar juntos para culminar un deseo incapaz de satisfacerse solo; viéndola únicamente a veces, sin poder tocarla a gusto para satisfacer esa avidez que padecía como un hambre permanente. Conocerla, acariciarla, había sido como meterse dentro de un remolino que levantaba polvaredas, que todo lo nublaba, sin que pudiera hacer algo para controlarlo. “Así, pues, me pasó”, piensa ahora Francisco, mientras mira en el cielo encapotado que traerá otra noche de tormenta, similar en furia y turbulencia a la que se desató en su vida con todo aquello. Amarla no había sido decisión suya, simplemente le sucedió, y con esa ansia imparable fue capaz de traicionar a su amigo.

La neblina había cubierto casi por completo la tarde y, temblando de frío, entumido por sus recuerdos, Francisco detuvo su remembranza y caminó hacia la chullpa habilitada como refugio. Allí, en su seno maternal y funerario, volvió a pensar en Clementina y junto a ella se miró caminar por senderos pedregosos hasta que llegaron a la Ciudad de Aynacha. También en eso se había dejado llevar. Igual de ciega que su pasión por Clementina había sido la fuerza que lo obligaba a caminar al lado de esa mujer que ya veía como a una extraña. En aquel tiempo no pudo comprender por qué había huido en lugar de quedarse para cumplir con su deber de matarse en duelo con Roberto Kunturi. Simplemente había perdido la voluntad de cualquier cosa. Y también en la ciudad había sido esa fuerza incomprensible, personalizada en la voluntad de Clementina, la que lo obligó a comer, a bañarse, a simular que vivía. Sí, así nomás había sido. Algo tenía esa mujer que lo mantuvo junto a ella siendo él un muerto en vida al que nombró marido. Poseía una voluntad extraordinaria capaz de mantenerlo junto a ella, en la misma casa, con la misma comida, indiferente a Rosalía, la hija de su pasión que se desvaneció como soplo inútil la vez que los descubrieron. Toda esa historia le llegaba en esos momentos, sin que pudiese entender para qué, ni cómo acomodar a Clementina en lo que le dijeron los viejos de su pueblo que tenía que hacer. La recordó con la mano levantada para despedirlo, y se preguntó si acaso el enamoramiento estaba hecho para tejer vínculos capaces de sobrevivir a las desgracias, con la única finalidad de que al acercarse la muerte se tuviera de quien despedirse. Se revolvió inquieto, sin encontrar una respuesta que lo hiciese comprender la presencia de Clementina en la tarea de purificarse, ni tampoco la que debía desempeñar esa mujer, de risa estridente, para la misión dictada por las hojas de coca. Sintió el agotamiento del frac-

so, alistó el pedazo de tierra agitado por las volteretas de sus recuerdos, se cubrió con la manta del difunto y se durmió.

A la siguiente mañana la curiosidad por el difunto que lo hospedaba lo condujo a ordenar sus huesos que, como en todas las chullpas, yacían en la superficie y no debajo de la tierra, como se acostumbra en otros lados. Encontró demasiados para una sola persona, y tuvo que remover varios kilos de tierra para completar los huesos de cada esqueleto. Por el número de los acompañantes dedujo el alto rango de su ancestro y para evitar agravios acomodó los huesos del principal en el mejor lugar. Acomodó a cada difunto en una olla restaurada con barro nuevo, y rezó para el descanso y la resurrección de todos. La reparación le llevó tres días. Al cuarto día continuó con sus labores de limpieza y en una de sus esquinas encontró un siku bajo la tierra, oculto por el ángulo de las paredes. Tenía seis cañas, con franjas deterioradas de hilos rojos trenzados por el medio. Sorprendido de no haberlo visto antes, recordó su sueño y con veneración lo limpió, fijó las cañas con hilos de su poncho y restregó sus conductos para despejarlos. Intentó tocarlo. Voces de viento entraron a su memoria, pero era torpe y al reproducir las notas sonaban mal, y por discordantes y torpes se perdieron en la llanura.

Con su nueva paciencia se propuso aprender a tocar el siku y en cada amanecer, ante las tonalidades de la renovación que mostraba el cielo, se ejercitaba. Deseaba profundamente conocerlo y con ese propósito le hablaba, lo acariciaba y le explicaba por qué debía ser paciente con él, un pecador que buscaba el camino de la redención. Después de varias semanas de intentarlo, desentrañó su secreto, y comprendió que el siku no es uno, sino varios instrumentos, y que cada caña platica con otra, según su tamaño y su lugar. Cuando una pregunta, la otra caña le responde; siendo ley que, para lograr la armonía, el músico debe saber lo que con el conjunto de cañas

desea comunicar. La conclusión a la que llegó en su aprendizaje fue que, si un siku es como un pueblo, y las cañas son como sus personas, todas han de ponerse de acuerdo para juntas entonar la misma melodía, y al unísono construir su canto. Avanzó mucho Francisco Khanawiri con su descubrimiento, aunque muy a su pesar su música siguió siendo mala, monótona, como si a las voces de su instrumento les faltara la compañía de otras voces para acordar qué decir.

Analfabeto en el lenguaje de las deidades antiguas, se sintió nuevamente extraviado. Era demasiada la vergüenza por sí mismo, y la torpeza había sustituido su antigua sabiduría por ruidos ensordecedores que interferían en su labor de identificar el lenguaje de las deidades primordiales. Dejó el siku por unas horas para revisar el daño que él le había hecho a los demás, rompiendo el equilibrio de la vida. Recordó su juventud nuevamente. Nunca tuvo la intención de violar las reglas de la tradición y menos de traicionar a su amigo, sólo que la pasión por Clementina fue una tempestad involuntaria que los arrastró hasta la ciudad donde permaneció casi muerto; y ahora estaba allí sin un camino evidente para continuar. Le habían dicho que él era el elegido para ayudar a la gente, mas no sabía cómo hacerlo. “¿A caso los sabios se habían equivocado y no supieron leer las hojas santas de la coca?”. Se reconoció incapaz de responder y de seguir adelante sin una orientación, de modo que para consultar a don Julio Apaza decidió regresar a su pueblo.

Lo encontró de fiesta. Lo animaba una nutrida tropa de hombres tocando sikus de diferentes tamaños y sonidos. Emocionado, Francisco Khanawiri quiso acompañarlos y no pudo hacerlo bien. Como cada siku era una y varias personas a la vez, sus diálogos eran incomprensibles y le era imposible seguir las en armonía. Su voz, si fuerte, opacaba a las demás y si tímida

se perdía en el descampado. Había pasado demasiados años en la ciudad y le era difícil reconocer las viejas melodías, tocadas ya con las variaciones y novedades impuestas por el ritmo de los acontecimientos. Algo había cambiado y no sabía qué. Observó el entorno. Las montañas eran las mismas, y lo eran también el cielo y el lago, no así las mujeres ni los hombres, que al abandonar sus miradas tristes propias de un pueblo derrotado crecían para alcanzar el firmamento. Sus voces nuevas eran contundentes, capaces de fortalecer el lugar con el manto protector de la esperanza. Fue hasta después de muchas horas de preguntar y responder, de escuchar y repetir, que interpretó lo que las otras voces de los sikus le decían. Y al hacerlo comprendió la finalidad de su misión y cómo llevarla a cabo. Entonces, la voz de Francisco Khanawiri sonó fuerte y melódica para dirigir a todas las demás.

Las mujeres danzaron para incitar a los jóvenes a que se unieran a la justa heroica que el pueblo preparaba. Y roja se volvió la noche con las fogatas, y rojos danzaron los cuerpos dispuestos a lograr el cambio. Iban a confrontarse con el invasor para lograr con garbo el inevitable giro del tiempo largo, y rehacer el mundo para darle un rostro nuevo.

VII

UN CINTURÓN DE COLORES

Fredy Anthony Clark descansa en su casa de campo de la ciudad de Mariscal Santana. De teja roja y paredes blancas, la residencia huele a frutas y flores de la estación. Lleva una hora de caminata por los jardines interiores y decide regresar para resguardarse en la sombra de un pasillo de arcos adornado por enredaderas con flores lilas y rosadas. Se siente deprimido. Con desgano se deja caer en su vieja y acogedora mecedora de mimbre. Desea estar solo. Nada de edecanes, de ministros, ni de amigos de los que abundan desde que es jefe del gobierno nacional. Sin su esposa, una mujer joven y rubia como él, lo acompaña una empleada doméstica que con sigilo le lleva una jarra con jugo de maracuyá que deposita discretamente sobre una mesa también de mimbre. Custodian las bardas de la residencia veinte soldados con armas de alto poder, cuyas siluetas contribuyen a la desolación del ambiente.

Está confundido y se mece al vaivén sombrío de sus reflexiones. No comprende por qué las cosas se salieron de control. El país está fracturado por una crisis que parece no tener fin. Por los paros y los bloqueos el desabasto crece en las ciudades. Miles de toneladas de productos están varados en las carreteras, dentro de camiones refrigerados que gotean la podredumbre de los alimentos en descomposición. Ya nadie trabaja. Las oficinas de gobierno están cercadas y los contingentes universitarios engrosan los plantones de trabajadores, empleados y comerciantes. La población se moviliza un día sí y otro también, y únicamente los grandes empresarios se resguardan en sus casas fortificadas en las ciudades o en las villas

campestres como en la que él está. Nunca previó que algo así pudiese suceder y está estupefacto.

Repasa los acontecimientos que detonaron el caos, y con un dolor penetrante y desconsiderado analiza las acusaciones que se le imputan, que siente falsas, hechas de mala fe con fines políticos perversos y oscuros. “¡Claro que me dolió ver a toda esa gente masacrada en el Lago Pawqara! ¡Por supuesto que me indignó la forma como el gobierno americano presionó la situación!, ¿Y qué podíamos hacer?”, se pregunta con desesperación. “Nunca imaginé la masacre. Y tampoco pudo anticiparla Quiroz Magaña que me ataca como si yo hubiera planeado tal barbaridad. Según los testimonios, los soldados oyeron el disparo que mató al misionero y creyeron que los nativos estaban armados así que procedieron a defenderse. ¿Qué más podían hacer? La culpa la tuvo el miedo ¿Quién, que no sea indio, está libre de padecer la amenaza profética de la rebelión? Todos, desde que nacemos, mamamos las amenazas que nos hacen conocer las cholas, las nanas que nos cuidan, al recordarnos que llegará el día en que un baño de sangre liberará a los indios del dominio de los blancos. Desde críos nos hacen saber que miles de ellos sitiarán las ciudades para lavar las ofensas de siglos. Viejos rencores que no acaban de superar. Nos llaman blancos y extranjeros a pesar de que tenemos quinientos años de estar aquí. ¿Cómo no vamos a tener miedo?”.

Había sido justamente ese miedo metido hasta los huesos la razón de que los españoles ubicaran la Ciudad de Aynacha dentro de un hoyanco protector y decidieran que el poniente fuera sólo para los señores y el oriente para los indios a su servicio. “La división tuvo su razón de ser”, reflexiona ante el discurso con que el gobierno anterior había inaugurado el Puente de las Culturas, con su flamante utopía de lograr armonía e igualdad. “¡Basura!, como puede verse en lo que pasa

en nuestros días. Los indios con sus maneras taimadas fueron ocupando casi todo, y un buen día descubrimos que nos tenían rodeados, hormigueando en las laderas del hoyanco en que está sumergida la ciudad, como si estuvieran preparándose para bajar y degollarnos. Su presencia es el recordatorio que nos atormenta y nos hace temblar ante la profecía de que la indiada va a caer sobre nosotros para ahogar a la gente de razón con su propia sangre”.

Con el miedo infantil pegado al cuerpo, Clark se imagina a los soldados avanzar hacia el dispensario del Lago Pawqara, cargados con la culpa de no ser tan indios como sus oponentes del altiplano. Su miedo debió ser mayor que el de los oficiales blancos porque hacia ellos, morenos de origen, la crueldad no tendría límites por ser traidores. Casi puede verlos aferrados a sus armas para protegerse de la venganza. “Según los peritos, al escuchar el estruendo de la bala que mató al misionero, los militares creyeron que era el inicio de la pesadilla, y mandos blancos y soldados rasos compartieron el terror, y se fueron contra los indios con la certeza de que se protegían de la turba sanguinaria que avanzaba hacia ellos. Pero, ¿quién le cree a los soldados? ¿Quién puede creerme a mí? ¿Por qué nadie considera que nunca tuve la intención de mandar a mi ejército para matar a toda esa gente inocente?”.

Recuerda con nostalgia sus días de campaña, una época de expectativas. Sólo esperaba ganar la presidencia para poner en marcha lo aprendido en los Estados Unidos, “una nación próspera, donde el voto vale y las empresas trabajan. En aquel país nadie tira basura en la calle, nadie se pasa los semáforos en rojo, nadie viola las leyes, todos pagan impuestos y viven para el trabajo”, se dice impotente ante la imposibilidad de lograr algo así para su país. Al principio lo creyó. Pensó que no sería tan difícil sacar a la República de Imantaña del atraso pa-

ra llevarla a la cúspide del desarrollo, y sólo bastaron tres meses para que llegara la desilusión. No había presupuesto para establecer programas para la vivienda y la salud, y menos para renovar la educación pública como pretendía Quiroz Magaña. Recuerda sus primeras reuniones. Los planes de su compañero de fórmula eran magníficos, innovadores para la cultura, la educación y el desarrollo. Mas, ¿de dónde iba a salir la plata?, ¿mayor deuda externa?, ¿aumentar los impuestos?, ¿un control absoluto del Estado sobre los capitales? Imposible con los compromisos previos con el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Él, como empresario tenía conciencia de que los salarios no podían subirse, que el endeudamiento público tenía límites o los ahogaría la inflación, la crisis financiera, el desprestigio internacional. Él padece la situación en sus minas. Sus trabajadores ganan salarios ínfimos, pero de pagarles más considera que dejaría de ser competitivo en los mercados internacionales. De allí que como gobierno decidiera concentrar los recursos para apoyar a las empresas, convencido de que dónde hay más se reparte más, aunque no de inmediato, como lo pretenden los agitadores opuestos a su gobierno.

En esa mañana de sol amigable y recuerdos lúgubres, Clark salta de un problema a otro, e inevitablemente llega al tema de los indios. Con desesperación se levanta de la mecedora para caminar en un sentido y otro del largo corredor y desahogar su enojo con ese monótono ir y venir. En esa intimidad sin vigilancia, acepta despreciar a los indios, no por su color de piel sino por su anacronismo y su irracional aferramiento a inútiles e improductivas formas de vida. “¿Acaso no intenté apoyar a los indios desde el Ministerio de Agricultura? ¿Y con qué me topé? Con la pereza, con la resistencia, con la dejadez de esa gente. Miles de dólares tirados en maquinaria que yace oxidada en sus terrenos. ¡Ah!, pero eso sí, los indios me exi-

gen cada vez más tierras. ¿Y para qué la quieren? ¿Para tener las chacras ociosas? Repartir los latifundios, ¿con qué fin? ¿Para que siembren papas en lugar de productos importantes? ¿Cómo voy a afectar las propiedades productivas para dárselas a los indios indolentes que no les gusta trabajar? Y salen ahora los injuriosos y desleales, como Quiroz Magaña, que quieren mi dimisión. ¿Porque apliqué la ley? ¿Porque decidí rescatar a un ciudadano norteamericano ilegalmente secuestrado? ¿Porque me opongo a los piquetes de huelga de los maestros que no dan clases?”. En este punto, por la crueldad de la memoria que no reconoce lo inoportuno de un pensamiento, recuerda el chiste que le contó el ministro de Educación: “¿Por qué los maestros de la universidad están en huelga?”, le preguntó muy serio. “¿Porque quieren mejores salarios?”, había respondido Clark sintiéndose en examen. “¡No!”. Le corrigió su ministro. “Lo hacen porque son socialistas, y quieren ¡una sociedad sin clases!”. En su momento el ingenio de su colaborador le provocó una carcajada y reprodujo el cuento innumerables veces para regocijo de sus oyentes. Ahora, el chiste acentúa su preocupación ante los miles de maestros en paro. “¿Cómo llegamos a todo esto si con mi gobierno sólo quiero ayudar a mi país? ¿Por qué no lo entienden los sindicatos? ¿Por qué no lo acepta Quiroz Magaña?”, se lamenta mesándose los cabellos. El peso del fracaso lo regresa a la protección de su mecedora y solloza exhausto. La política es cruel.

Los sikus, casi tan altos como los hombres que los portan, hacen temblar al alba las laderas de la Ciudad de Aynacha. Las calles se cubren de sonidos que brotan de la tierra para decirle a la urbe criolla que ellos existen y no se han de callar jamás. El cortejo es un torrente de ponchos rojos que baja para ahogar el tumor de gente extraña, incrustado en ese hoyanco abrupto, donde acaba el altiplano. Y con la solemnidad de su paso, con el retumbar de sus sonidos milenarios, llaman a que se despierten los que viven allí.

Río de voz profunda, lo escuchan los hombres de las laderas que salen a recibir al contingente. Con orgullo contemplan las figuras altivas de los indios que entran a la ciudad sin bajar la cabeza, sin llevar a cuestas la carga de los otros y que, sin humillarse ante los caballeros y señoras, recuperan la dignidad de su añeja estirpe. Las mujeres campesinas de la ciudad se acercan orgullosas. Admiran a los altiplánicos aguerridos con sus bastones de mando, radiantes con sus vestiduras indias, bañados con la luz de la esperanza. La multitud de morenos citadinos los sigue sin perturbar el canto antiguo de los sikus. Son estudiantes con uniformes, jóvenes hiphoperos con pelos caprichosamente peinados, jovencitas con pantalones ajustados y anillos en la nariz, mujeres de falda estrechas, matronas con amplias polleras de colores, burócratas cansados, brillantes por el uso sus ternos negros.

Después de una larga jornada, sin que los sikus suspendan su canto ancestral, la marcha se detiene en la plaza central frente al Palacio de Gobierno. Fascinados por el espectáculo los turistas salen de sus hoteles. Los reporteros de prensa y televisión,

que los han visto bajar por la ancha avenida, los esperan para indagar el nombre del evento religioso, o tal vez folclórico, que contemplan. La plaza se pinta de rojo y en medio de la multitud, un hombre levanta la mano para callar las voces de los sikus. Es Francisco Khanawiri que con rostro iluminado inicia su discurso. Habla en su lengua, que, dicha allí con la sonoridad del orgullo, provoca estupor entre los reporteros y exclamaciones de admiración entre los turistas.

—He dicho buenos días a todos, señoras, caballeros —traduce de inmediato—. Mas lo he dicho en nuestra lengua para que ustedes sepan sentir lo que de por sí padecemos nosotros cuando ustedes nos hablan en castellano. Lengua extranjera que nosotros no bien conocemos.

—¿Y qué festejan? ¿Por qué están aquí? —pregunta una chica rubia y desinhibida—. Es para la televisión nacional —explica con el micrófono junto a su boca—.

—Festejamos el amanecer de la Nación Originaria del Altiplano. Hemos llegado hasta aquí para decirles con respeto, caballeros y señoras, que se vayan nomás de esta tierra que de antiguo sabe ser nuestra, ¡ya no los queremos aquí!, —dice el indio redimido. Para de inmediato, sin admitir más preguntas y frente a las cámaras televisivas, hacer un recuento de la historia de su pueblo. Inicia con la época en que los blancos llegaron para llenar el mundo de vergüenza con su avaricia y su crueldad, y continúa hasta llegar el presente que todos conocen—. Pero esta historia ¡se acabó! —dice con el énfasis que le brinda la seguridad de hablar en nombre de los dioses antiguos—. Es tiempo de regresar a lo que fuimos. Y yo, que soy un pecador, hoy presto mi boca para que por mí hablen los ancestros, los originarios de estas tierras, y sepan conducirnos hacia el nuevo sol, hacia el nuevo amanecer.

Cuando llega la orden de cortar la transmisión, las cámaras ya han difundido a todo el país, en la hora de mayor audien-

cia, el discurso de Francisco Khanawiri, quien desde su regreso a la vida se nombra Arukipa Payllu que, en su lengua significa: “El que traduce las palabras, sabe lo que dice y está protegido por los dioses”.

—¡Las pensiones no se negocian! —grita como trueno Roberto Condori en la asamblea de la mina Kankichuqi—.

Ante la crítica situación que se vive en el país, el líder invita a sus compañeros para que asuman el papel histórico que les corresponde como vanguardia del proletariado. Los mineros, que desde años atrás se enfrentan a los dueños de las minas en busca de mejores salarios y pensiones, ahora deben ponerse a la cabeza de las movilizaciones nacionales y los exhorta a que sean ellos quienes guíen la lucha para limpiar el país de empresarios y políticos corruptos.

Las botas aporread el piso:

—¡No, no! ¡No hay que negociar! ¡Sí, sí! ¡Vamos a salir! —gritan los mineros en apoyo a su dirigencia sindical—.

Como líder importante Roberto expone sus argumentos. La República de Imantaña vive un momento histórico, de fuertes movilizaciones en torno a la exigencia de que renuncie a su cargo el presidente de la república, y exhorta con vehemencia a que los mineros se movilicen también. Numerosas barricadas han sido colocadas por la población para cerrar los accesos a la Ciudad de Aynacha, y a lo largo del territorio del país los estudiantes mantienen bloqueadas las carreteras; los comerciantes al menudeo participan en las movilizaciones de protesta cerrando mercados, calles y plazas; y los maestros de educación básica y superior llevan semanas resistiendo en piquetes de huelga. Ante tal efervescencia política la dirigencia del sindicato minero, les informa a sus compañeros, considera que esa multitud de protestas carece de dirección.

—En tal escenario —les dice, su mirada en quienes confía son los más avispados— es sabido por todos, incluso por los funcionarios gubernamentales, que ningún cambio importante sucederá en el país si no participamos los mineros. Por eso, compañeros, es que debemos movilizarnos de inmediato.

El segundo en la representación regional de los mineros complementa la información.

—Miren compañeros, los dirigentes nacionales ven con preocupación la presencia del tal Arukipa Payllu con su idea de fundar la Nación Originaria del Altiplano. Una aberración histórica que desgraciadamente está consiguiendo simpatizantes, por ejemplo, entre los indios amazónicos que ya están por llegar a la Ciudad de Aynacha con todo y sus taparrabos, arcos y flechas. Vienen todos pintarrajeados de la cara. A saber qué les ha prometido el loco ése para convencerlos. Y muchos más se les han ido sumando. Quiero que sepan que, de seguir fortaleciéndose ese indio, y sin un liderazgo alternativo, es impredecible el rumbo de la lucha y el futuro del país, que yo les aseguro no será bueno.

Entre las bases, algunos dudan. Sin haber conseguido antes su contrato colectivo, al ponerse a la cabeza de una huelga nacional lo arriesgarían todo.

—Esperemos unos diyitas más, Condori —se atreve a proponer un hombre mayor, de mirada opaca y ropa gastada—. Qué tal y en estos días se resuelve nuestro asunto, con tanto bullicio que hay en estos tiempos. Unos diyitas nomás, hermano.

—Pero qué va ser, ¡che! Y menos como lo dice vos, don Facundo. ¿Qué no ve que no hay interés? Los dueños de las minas nomás quieren ver qué sacan de las aguas revueltas. Con ellos, por las buenas, no vamos a lograr nada. Y sin unidad, es peor —replica el líder—. Dicen que el Arukipa Payllu con su plantón en la plaza está agarrando fuerza y hay que parar-

lo, pues. Y ha de ser con unidad, don Facundo, con unidad. Y si no somos nosotros con tantos años de lucha, ¿quién se le va a oponer, y quién le brindará una opción a la gente?

La discusión se prolonga ante las dudas que genera la propuesta de lanzarse a la huelga general convocada por la Central de Sindicatos Mineros. Roberto Condori, como representante de los trabajadores de la mina de Kankichuqi y dirigente, también, de la central nacional, amplía sus argumentos y permite que siga el intercambio de ideas, principios, dudas y razones, hasta que una voz lo interrumpe:

— Ya, compañeros, ¡paremos, pues, de discutir! — reclama el dirigente que lleva la mesa de debates—. Con tanto hablar no vamos a llegar a ningún lado. Ya lo han sabido explicar los compañeros. Es momento de combatir para sacar al presidente, de hacernos una nueva Constitución y de organizar una asamblea constituyente a favor de todos los explotados del país. ¡Por la unidad compañeros! ¡Vayamos a la huelga general! ¡Vamos a votar!

Y con los ánimos encendidos todos los mineros votan a favor.

A John Mead le gusta la compañía de los sindicalistas cocaleros. Son más sueltos que los indios del altiplano y mucho más alegres. A veces abusan de la bebida, aunque sin que sus borracheras lleguen a más, y cuando derivan en grandes discusiones por discrepancias políticas siempre sale un compañero que llama al orden en bien de la lucha y el compañerismo.

Los cocaleros, como los altiplánicos, hablan el castellano con reiteraciones verbales que sugieren que todo en el universo tiene la capacidad para saber, decir, hablar y hacer; giros lingüísticos inevitables también en las clases altas imanteñas, producto del contacto continuo de los infantes con las nanas y niñeras indias. Sólo los ilustrados escapan de esa forma reiterativa de hablar y, aun así, su lenguaje reproduce palabras y expresiones del castellano arcaico que se quedó arrumbado en las regiones rurales y se expande con las crecientes migraciones a las urbes hasta enriquecer el léxico del habla imanteña.

El caso de John Mead es especial debido a la meticulosa labor de Mary Sampers respecto a su aprendizaje del español. Por su insistencia él supero su manejo elemental de esta lengua para expresarse de acuerdo a las reglas convencionales de ortografía y sintaxis, lo que le resulta finalmente útil. Y por tal cualidad, Felipe Phaxsi intercede para que colabore en la gaceta sindical de su sección. La propuesta es aceptada y en el lapso de unos días asume ya la función de redactar minutas y boletines de prensa. En un principio parecía extraño que un gringo hiciera tareas secretariales, aunque su presencia llegó a ser normal en ese ambiente donde los sindicalistas tenían también el castellano como segunda lengua.

Conforme crece la revuelta en la Ciudad de Aynacha la participación de John se extiende más allá del trabajo rutinario, llegando el día en que es enviado como corresponsal de prensa a la reunión convocada por la Federación Nacional de Sindicatos de Jornaleros y Campesinos, en la que se acordará la estrategia para conseguir que renuncie el presidente de la República. Felipe Phaxsi le sugiere que, para evitar resquemores, se ubique entre los contingentes de los campesinos de las zonas templadas, muchos de ellos blancos y quemados por el sol. Ya para entonces John Mead ha renunciado a la Hermandad del Nuevo Mundo, se ha despojado de su aire de misionero y viste con chamarra de piel, botas de cuero y sombrero de fieltro negro, a la usanza de los sindicalistas cocaleros.

En el *pódium* están los dirigentes de la Federación y se inicia la sesión. El fragmento destinado a la “Información general” dura una hora. Después del almuerzo se aborda el “Análisis de la situación” y despuntan las divergencias entre “revisionistas” y “radicales” cuyas diferencias se localizan en el sentido de los cambios que deben impulsar. Los primeros proponen conseguir mejoras y acuerdos. Los segundos se niegan a negociar reformas y prebendas y proponen un cambio total. Al leerse las conclusiones ya casi es de noche. Los relatores ante la audiencia subrayan el consenso conseguido en torno a que las movilizaciones han de conducir a la renuncia del presidente como vía de refundación para el país, mediante una asamblea constituyente.

Se llega al punto de “Acuerdos para la acción” y un hombre de poncho rojo pide la palabra. El moderador se la concede, sorprendido por la irrupción. Se trata de Arukipa Payllu que dice apoyar la propuesta de cambiarlo todo, aunque no a la manera en que se ha dicho, sino para retornar a lo que fue el mundo de antes, y se vivía en armonía sin los extranjeros.

—Según las voces de los dioses antiguos que hablan a través de mi boca —les explica—, ha llegado el tiempo de ofrendar a la Madre Tierra para que los dioses antiguos sepan ocupar su lugar y su ancestral sabiduría. Es, por lo que de indios tienen ustedes, compañeros cocaleros, por su linaje antiguo, que los invito a unirse a nuestra lucha para fundar la Nación Originaria del Altiplano. Ustedes, hermanos, me verán como un indio ignorante, mas han de saber que la santa coca ha hablado ya y me ha escogido a mí, un hombre pecador, para venir a convencerlos. Es por sus madres que visten de pollera, por sus tíos que están en la cordillera, que deben aceptar la gracia que les conceden las deidades primordiales para que ayuden a nacer el mundo nuevo. Los invito, pues, a que dejen aquello ajeno que nos arrastra por un mundo que se compra y se vende con dinero, a base de explotar al hermano —y mientras habla, recorre con la vista el salón para interpelar a los asistentes, a quienes llama a redimirse—.

Los asistentes lo escuchan con embeleso. Muchos se reconocen en lo que el indio dice sobre su estirpe digna, cuyo origen está en el inicio del tiempo. No son, como dicen los señores blancos, la escoria más baja de la sociedad sino los herederos de un mundo antiguo, rico en dioses y formas de vida, que por su sabiduría abren una puerta diferente para el futuro, no sólo de Imantaña, sino del mundo entero; ya que sus formas antiguas serán las únicas capaces de salvar el planeta, moribundo por el calentamiento solar, por la destrucción voraz provocada por aquellos que explotan a la Madre Tierra, en lugar de convivir con ella. En su forma de hablar, en sus metáforas, los cocaleros reconocen lo que alguna vez escucharon de sus padres y abuelos, así que al terminar su discurso Arukipa Payllu deja en ellos un efecto hipnótico que se prolonga durante los segundos en que su voz reverbera en los sentimientos de los presentes. Muchos se han hecho las preguntas que ahora ese hombre contesta con tanta sabiduría.

La quietud se apodera del salón. Nadie se atreve a moverse, ni siquiera a respirar con fuerza, no vaya a ser que con el resuello que brota de sus almas removidas, se contamine el silencio. Entonces, cuando parece que todos están de acuerdo en lo que ha dicho el indio, y sienten que no será necesario ni siquiera votar, el dirigente que lleva la mesa rompe el encantamiento, y con desprecio se dirige al hombre que antes lo cautivó:

—Sí, padrecito, está bien lo que nos has venido a contar vos. Pero verás, de lo que trata esta reunión es de política. No es, pues, cosa de indios, y ya lo vamos a resolver nosotros como sindicatos, ¿no es cierto compañeros?

Los cocaleros, sacudidos por la humillación de lo que significa ser indio, desechan lo dicho por Arukipa Payllu, y con la furia de la vergüenza votan a favor de continuar su lucha como están acostumbrados, y de hacerlo echando del poder al presidente de la República, para de inmediato formular nueva Constitución capaz de acabar con el atraso.

John Mead, sentado hasta el final del auditorio, se siente confundido por la dinámica de los últimos minutos. La presencia del indio lo remitió a lo que fue su vida en el altiplano, tan diferente a lo que vive entre los sindicalistas. Reconoce la veracidad de muchas de las cosas mencionadas, pero no sabe cómo ubicarlas respecto de lo aprendido con los cocaleros sobre la lucha política y el cambio social. ¿De verdad no hay otra opción más que el retorno al mundo de antes?, se pregunta. Él ha vivido sin las comodidades de la modernidad y ha padecido la precariedad, pero como algo temporal y no definitivo.

Frente a su incapacidad de resolver sus dudas, se apresura a escribirlas para conversarlas con sus compañeros de sección. Garabatea con rapidez, cuando siente que le tocan la espalda:

—¿Ya ves que estamos del mismo lado? —le dice Dylan MacFarren que abiertamente lo reta, y emprende una larga explicación—. Sólo que, paralizado por la sorpresa, por los

sentimientos contradictorios que le provoca esa presencia, tampoco esta vez John Mead puede atender el discurso de su antiguo amigo, en el que le expone con profundidad quienes son “ellos” y quienes son “nosotros”; implicados todos en ese escenario de revueltas y convulsas luchas sociales.

— ¡Está rayado!, hermano. Está rayado.

— Mirá vos, es que si jala tanta gente algo tendrá de cierto lo que sabe decir, ¿no ve?

— ¡Yaaa! Nomás eso nos falta, que arukipista te nos has sabido volver vos, hermano —le endosa Felipe Phaxsi a su compadre Joaquín Achuta, que también es sindicalista cocaleño—. No ves qu'eso de las tierras de los originarios sabe estar bien, porque al cabo es una demanda revolucionaria, aunque a mi ver se raya, pues, el hombrecito con lo de la nación originaria.

— No sé, compadre. Tal vez de ese tema nos va a charlar hoy el dirigente.

— No, creo. Eso yo ya lo pude entender, hermano. Nos lo ha sabido explicar muy bien el dirigente en la pasada reunión. Qu'el Arukipa Payllu fundamentalista sabe ser. ¿No ves que no sabe lo de nosotros?, de lo sindical, de lo obrero. Lo del socialismo nadita sabe, pues, él.

— Yo digo que está bien lo que sabe decir el Payllu, pero ¿y nosotros qué? Ya no somos comunarios, ¿de qué nos sirve lo que él quiere? ¿Al caso, si gana, nos van a hacer expulsar del país o qué? ¿O a poco nos van a regresar a las tierras?

— ¡Pues no sé, che! El Arukipa Payllu dice que lo del sindicato, lo del socialismo colonialistas saben ser, que por eso quiere regresar a lo de antes. Y lo peor es que está dividiendo a la gente.

— ¡Ay, hermano! ¿Te imaginas, vos? Te vas a ver muy churro con tu ponchito rojo y tu chullito de colores para tapar-

te las orejitas —concluye el compadre Achuta con una carcajada—.

A la reunión, convocada por la dirigencia de los sindicatos cocaleros, asiste como invitado José Antonio Muñoz O’Farril, un destacado profesor de sociología de la Universidad Mayor de San Ignacio. Se trata de un evento de capacitación para el personal de base, organizado con el propósito de que se aprenda estrategia política y principios ideológicos. El tema a exponerse será el “Neoliberalismo como fase superior y actualizada del imperialismo”. Antes de la conferencia pide la palabra el responsable de la Cartera de Enlace y Vinculación para dar una información urgente: Arukipa Payllu lleva varios días bloqueando la entrada del Palacio de Gobierno y lo apoya mucha gente que ya forma cinturones humanos para protegerlo. Los cocaleros deben pronunciarse sobre la pertinencia de aliarse con los originarios campesinos para no quedar fuera de las movilizaciones; y con ese fin pide convertir la reunión de capacitación en asamblea. La propuesta se acepta de inmediato.

Después de una discusión con toda clase de argumentos, los sindicalistas no logran ponerse de acuerdo y para dirimir sus diferencias reconocen la autoridad del profesor universitario que se encargará de resolver sus dudas. José Antonio Muñoz O’Farril, que espera en un salón contiguo, acepta, aunque incómodo porque se le saca de la agenda programada. Sube al estrado, se arregla las gafas y escribe en el pizarrón para ordenar sus ideas. Titubeante en un principio y con obsesiva tenacidad después, hace un análisis sobre la lucha de clases en el país y lo refuerza con ejemplos de otros lugares del mundo, que padecen los rostros múltiples, e igualmente destructivos, de los diversos capitales, ante los cuales se rebelan pueblos completos. Después de una explicación de casi una hora, con-

cluye que estratégicamente los campesinos originarios pueden ser sus aliados, aunque tácticamente son parte de la contradicción principal que debe resolverse para alcanzar un verdadero cambio social como será el socialismo.

La asamblea, convencida por los argumentos del ilustre profesor, vota la alianza temporal con los indios originarios, sin olvidar que la tarea principal, consiste en destituir al presidente de la República y elaborar una nueva Constitución, para desde allí avanzar hacia un cambio más profundo.

El sol declina por un cielo cobrizo, cuando Rosalía Khana-wiri Qhispi camina a empellones para acercarse a Arukipa Payllu. Admira la nueva identidad de su padre, antes sólo una presencia pestilente e incómoda en su vida. Le cuesta trabajo reconocerlo con esa actitud que lo engrandece y que acabó con el hombrecillo enclenque y jorobado que era antes. En su mirada altiva lee el amor que prodiga a sus escuchas como anticipo de lo que será el mundo que promete.

Mientras camina lo escucha con respeto, si bien no comparte su proyecto de retornar a lo antiguo. No le gusta escucharlo hablar de espíritus, ancestros y montañas que trazan el destino humano. Para ella son falsedades, leyendas y relatos idealizados porque no son presente, o que quizás no existieron nunca y se conservan como alimento de esa nostalgia que arrastra a sus padres, como a muchos, hacia un pasado pantanoso que los sujeta y no les permite avanzar. El rechazo lo siente en la piel como un manoseo que interfiere con su identidad y la regresa al proyecto de ser una anónima mujer de campo, llena de hijos y viviendo en la miseria. Pensar en el retorno, a formas milenarias de vida, le provoca escalofríos similares a los que siente al pensar en la muerte. Ella disfruta el teléfono, la televisión, los reproductores de música, todo lo tecnológico que ofrece la modernidad; además, que le apasiona la moda y le maravilla lo que aprende en la universidad, que para ella es como una ventana que la acerca a otros mundos y rompe la cárcel de los atavismos en los que nació. Sí, reflexiona mientras camina, ella ama la libertad. La siente cada vez que toma una decisión que la acerca a lo que se imagina como un futuro ilu-

minado por los miles de detalles aportados por la modernidad. Está en el plantón en apoyo a su padre sólo porque comparte con él la indignación por la masacre del Lago Pawqara.

Avanza con dificultad entre una muchedumbre amorfa que se acompaña de los enseres para pernoctar en el plantón; y, sin dejar de observarla, se dice que es verdad lo que le han dicho en la universidad: que, para conseguir la igualdad y el desarrollo para todos, profesores y estudiantes deben ser los intelectuales orgánicos que dirijan políticamente a esas masas, que bullen sin tener claridad de hacia dónde van. Levanta la cabeza y sonríe. Le encanta la expectativa de llegar a ser una dirigente importante.

Está a dos metros de Arukipa Payllu cuando advierte que no lleva el platillo que quiere convidarle, y, el temor de iniciar una controversia política con él, la devuelve a la cocina que Clementina instaló en la plaza para apoyar el plantón. Al volver, el discurso de su padre ha concluido y platica ahora con un grupo de jóvenes urbanos. Les habla con ternura y emplea ejemplos de su vida para que puedan identificarse con él. Sí, pues, papacito. Así nomás sabe ser, escucha decir a alguien por aquí, mientras que por allá otra voz emocionada lo confirma. Con malabares para no derramar el plato de mote con queso que lleva en las manos, busca un rincón cerca de él para sentarse. La charla se prolonga y ella siente la atracción de sus palabras. Se deja llevar por las imágenes del mundo que explica y colorea con su voz, para darle las tonalidades de un pasto de verano que pronto se renovará. Rosalía, incapaz de resistirse a su relato, tejido el futuro con los hilos del pasado, siente otra vez deseos de volar como cóndor para ver desde arriba ese mundo que germina.

Al quedar solos en medio de la multitud, padre e hija saborean en comunión los blancos y enormes granos de maíz que ella le ofrenda con amor y reconocimiento.

A la mañana siguiente Rosalía pasa lista en su brigada universitaria y José Antonio Muñoz O’Farril, su profesor de sociología política, le pide cuentas. ¿Qué es lo que habló con Arukipa Payllu? ¿Acaso lo conoce? ¿Qué tan accesible es? Y, sin darle oportunidad de contestar, le explica la importancia de los nuevos movimientos sociales que en América Latina han roto con la izquierda tradicional, dejando mal parada la teoría de la lucha de clases. Por ello, le explica apasionado, los científicos sociales tienen la obligación de detectar las peculiaridades de alguien atípico y milenarista como éste, capaz de mover la solidaridad de tanta gente. ¿Puede ayudarlo a conseguir una entrevista con ese personaje?

Al terminar el eufórico discurso de su atractivo profesor, Rosalía le sonríe y le dice con dulzura:

—¿Pero si Arukipa Payllu es mi papá!

El profesor la mira incrédulo. ¿Puede una chica normal, como ella, ser la hija de un dirigente tan potente como el que los convoca? Se avergüenza de conocer tan poco a sus alumnos. Rosalía lo mira con interés, sin dejar de advertir el ligero rubor que acompaña su titubeo, así que para sacarlo de tan penosa situación lo invita a tomar un mate en la cocina de Clementina. Al llegar al improvisado lugar, anticipándose a cualquier malentendido, le explica que esa señora de pollera es su madre.

Clementina lo saluda rápidamente y, sin desear tener estorbos cerca, lo acomoda en una esquina para poder continuar con su trajín, dando órdenes y sirviendo comida. Rosalía, in-

corporada plenamente al trabajo, le acerca a José Antonio una olla de café y un pan para que desayune. El joven profesor se deja llevar por el entorno. Le impresiona la capacidad de organización de la madre de Rosalía que según sus cálculos tendrá un poco más de cuarenta años. Observa su cara redonda, su nariz chata, sus labios regordetes, sus ojos vivaces y la agilidad de su pollera que danza entre los comensales y los cacharros sin romper nada. Absorto en la dinámica acelerada de la mujer, piensa que jamás hubiera imaginado que esa chola mandona fuera la esposa de Arukipa Payllu y la madre de una de sus alumnas más destacadas. Entonces, pone atención en Rosalía que ha dejado de ser una estudiante cualquiera. No lleva el pelo suelto, como acostumbra, sino un rodete como precaución ante los peligros del trajín cerca de los fogones. “Huele bien. Algún tipo de ají estarán cocinando”, piensa fugaz. Sigue absorto en los movimientos de Rosalía que con presteza sirve y distribuye los platos de comida, y se dice que con la cara descubierta y con su nariz ligeramente curva le recuerda a un ave. Admira su cuello largo, ligeramente inclinado, que le da un toque de distinción que no advirtió antes. Y a continuación piensa que “sin duda con el pelo recogido se ve hasta bonita”. Lo dice desde ese lenguaje rápido que aflora sin que pase por la censura del pensamiento correcto, y al advertirlo se regaña por su torpeza. La expresión de “hasta bonita” ha retumbado como alarma en su cerebro y se sobresalta. Desde que asumió su compromiso con la justicia social se ha propuesto desterrar de su vida los comentarios racistas, aún los mentales, como el que tuvo sin querer. “¡No! Rosalía no es ‘hasta bonita’. Es bonita y punto”, se corrige avergonzado, a sabiendas de que luchar en contra del racismo, adquirido desde la infancia, es una ardua tarea porque lo lleva pegado al cuerpo. Puede ocultarse y disfrazarse de compasión, pero permanecerá acechante para saltar ante los descuidos de la razón.

Rosalía en ese momento lava los platos sucios y mientras lo hace conversa con las demás mujeres que ayudan en la cocina. José Antonio nuevamente se maravilla, ahora por su destreza para transitar del castellano a la lengua altiplánica. “Habilidad que significa mucho más que hablar dos idiomas, puesto que implica pertenecer a dos mundos diferentes. ¿Cómo le hace para vivir entre ellos? ¿Cómo resuelve sus innumerables contradicciones y conflictos?”, se pregunta, cada vez más sorprendido.

Lo sacan de sus reflexiones los gritos de Clementina:

— ¡El gas, el gas! ¡Que se ha sabido acabar el gas!

Ante la calamidad José Antonio encuentra la coyuntura para acercarse a la familia de Arukipa Payllu. Llega hasta la mujer, que da vueltas alrededor de las ollas con las manos en la cabeza, para ofrecerle la garrafa de reserva que tiene en su casa. Le propone traerla de inmediato y ya después, con calma, llevará a Rosalía a los depósitos gaseros para llenar la suya. Clementina, con la preocupación puesta en las decenas de personas que esperan sus guisos, lo toma de las manos profundamente agradecida:

— ¡Gracias, caballero! ¡Muchas gracias! — y prosigue en sus faenas —.

Está por llegar la noche cuando Rosalía y José Antonio retornan de su excursión a la planicie alta de la Ciudad de Aynacha. Clementina los observa reír y charlar con una intimidad que la pone alerta sin que pueda saber exactamente por qué. Únicamente le inquieta la mirada de arrobo que se cuela entre los lentes del profesor y la risilla inocentemente coqueta que nunca antes ha visto en su hija. Sin tiempo para pensar en el asunto, manda a Rosalía a colaborar en otra cocina y a José Antonio lo sienta cerca de su fogón para interrogarlo; ha de saber quién es ese hombre joven de buena familia y qué es lo que busca exactamente con su hija, evidentemente más jo-

ven que él. Respira un poco más tranquila al enterarse de que es soltero y que, según sus confesiones, tiene varios años de trabajar en la universidad y de acompañar, desde su posición de profesor, diversas luchas sociales. Aun así, desconfía, y entre plática y plática lanza las papas y las zanahorias dentro de la enorme olla, con la malsana intención de salpicarlo y dejarle claro su disgusto por la cercanía con su hija. José Antonio, sin comprender el lenguaje femenino-culinario, ignora el mensaje y continúa su charla, ahora con el interés de obtener información sobre Arukipa Payllu. Después de una hora de plática forzada, Clementina lo despide con el argumento de que en las cocinas sólo dormirán mujeres.

A la mañana siguiente, la chola con preocupación ve que el primero en la fila para tomar café es el joven profesor, quien decidió pernoctar con los plantonistas en lugar de irse a dormir a la comodidad de su casa.

Los primeros días del plantón de Arukipa Payllu transcurrieron pacíficos, perturbados únicamente por las cámaras de televisión. Los reporteros y comentaristas trataban a los alti-plánicos como algo anecdótico cuya parte molesta era obstruir el paso hacia el Palacio de Gobierno, dándole un aspecto sucio y descuidado a ese sitio estratégico de la ciudad.

Después de cuatro semanas, el sitio es un abigarramiento de mundos entrecruzados que delatan que está por suceder algo grande; un cambio importante que se adivina en los rostros indómitos de los participantes, en las discusiones que los apasionan, así como en su incansable permanencia en la plaza, a pesar del frío y las incomodidades. Con el paso de los días se han decantado las ideas iniciales sobre las razones de las movilizaciones y se perfilan tres opciones. Una vía para resolver los grandes problemas nacionales es la planteada por el vicepresidente Quiroz Magaña, que consiste en iniciar un juicio en contra del presidente del país, con el propósito de que su dimisión permita establecer un gobierno interino que llame a nuevas elecciones. Otra es la de los sindicalistas cocaleros y los universitarios que, con diferencias, ansían un cambio radical, partiendo de formular una nueva Constitución. Y otra más es la de Arukipa Payllu que avanza con el propósito de fundar la Nación Originaria del Altiplano, proyecto que aglutina a una variopinta masa de personas que protestan y resisten, sin que se hayan detenido a pensar con claridad hacia dónde van.

En ese ambiente, los estudiantes, las empleadas domésticas, los taxistas, los choferes, los vendedores ambulantes, en-

tre muchos otros, dejan sus actividades con la intención de participar en foros de discusión, apoyar el plantón y, a veces, sólo para escuchar a Arukipa Payllu, sin que eso signifique que asuman plenamente el proyecto del indio milenarista. Están con él porque simboliza la necesidad del gran cambio nacional.

Para Fredy Anthony Clark la situación es cada vez más crítica. Lo exaspera el ruido perturbador de los sikus y el sonsonete constante de la música con que los estudiantes, activistas y ONG'eros ocupan el tiempo. Además, que debido a la muchedumbre no puede entrar a su oficina y se ha visto obligado a despachar en el hotel París, cercano a la sede de gobierno, aunque rodeado también por la multitud que se extiende por varias cuadras a la redonda. Con preocupación siente que toda esa gente, congregada alrededor de los indios para protegerlos, son un problema político en ebullición que adquiere tintes cada vez más graves. La presencia de Arukipa Payllu ha sido como una piedra echada sobre un lago que forma círculos cada vez más amplios en torno suyo. La última onda ha sido la de los cocaleros sindicalizados, quienes forman un cinturón más en torno suyo.

La estrategia de dejar allí a los plantonistas para que solos se desgasten, ya no funciona, y para terminar con la situación le exige un plan a su ministro de Asuntos Indígenas, Religiosos y Género, para que sea presentado el lunes siguiente ante el Gabinete de Seguridad. La cita es a las ocho de la mañana en la suite principal del hotel París, el más lujoso y caro de la ciudad.

Nuevamente acuden los ministros enfundados en sus impecables trajes diseñados por los mejores sastres del país. En sus rostros muestran el fastidio de transitar con grandes dificultades entre esa humanidad de múltiples olores que mantiene secuestrada la gobernabilidad de la ciudad. Luego de cuarenta minutos de retraso se reúnen y comienza la exposición. La

estrategia que propone el ministro tiene como finalidad abrir negociaciones con los altiplánicos, si bien acotadas por medidas de control político no explícitas. Si antes el gobierno se equivocó al mandar al ejército al Lago Pawqara, ahora es momento de ofrecerle a los campesinos lo de siempre: regularizar sus tierras, un camino carretero, construir algunas aulas, un par de canchas deportivas, y hasta sería posible ofertar ciertos puestos públicos para los dirigentes. Como “golpe de timón” califica Fredy Anthony Clark la propuesta, que se anuncia con bombo y platillo ante los medios de comunicación.

El ministro de Asuntos Indígenas, de terno gris, corbata roja e impecables zapatos de charol, hace su aparición en la plaza a las 16 horas para abrir las negociaciones. Camina hacia el corazón del plantón cuando su secretario le comunica que falló la logística: sus colaboradores no lograron concertar la cita con el líder indio y el personal de intendencia no tuvo la previsión de colocar alguna mesa en torno a la cual conversar. Aunque molesto, el ministro mantiene la decisión de llegar hasta Arukipa Payllu. Lo encuentra dormitando. Se detiene frente a él y, desde la altura de su metro con setenta centímetros de estatura, le comunica su misión. El indio bosteza. El ministro repite su discurso con el tono usual para amedrentar a los indios, sólo que el astuto personaje, según explica el ministro más tarde a los medios de comunicación, sólo lo mira con la sonrisa apacible de un loco alelado. Después del segundo intento el ministro se retira. Las risas son colectivas y se contagia incluso la chica rubia, reportera de la televisión.

Al día siguiente, planear cómo desalojar la plaza recae en el ministro de Seguridad e Inteligencia. En una nueva reunión del gabinete explica su hallazgo: existe una disposición legal para acusar a las huestes arukipistas no sólo de obstrucción de la vía pública, sino de motín. Se trata de una vieja disposición que será útil para amenazar a los indios y abrir las negociacio-

nes. La tarea recae en el comisario de Policía de la Ciudad de Aynacha, quien, ataviado con uniforme de gala, será el responsable de comunicarle a los plantonistas las graves infracciones en que incurrirán si no desalojan la plaza en las próximas veinticuatro horas. Para evitar un desaire el comisario emplea un templete y un altavoz. Los flashes de los reporteros estallan a su alrededor como chispazos de publicidad ante su ingenio. Los reporteros lo entrevistan ávidos de los detalles de la nueva estrategia.

Esta vez, sin embargo, tampoco se dan por enterados los ahora amotinados. La orden por escrito se le entrega a Arukipa Payllu a través de un mensajero.

Con la amenaza hecha, y publicitada ampliamente, Fredy Anthony Clark se siente satisfecho, convencido de que la amenaza surtirá efecto. Está en plena degustación de un calórico almuerzo, de la mejor cocina del hotel París, cuando le avisan que tiene una llamada urgente. En un salón privado, privilegio de su ilustre cargo, recibe la llamada del presidente de la Corte Suprema de Justicia. El jurista le comunica, de forma no oficial para no violar las atribuciones de cada poder de la República, las consecuencias de emplear el ordenamiento que Clark ha hecho público con tanta irresponsabilidad: una vez hecha la acusación de amotinamiento se agrega automáticamente el cargo de sedición; faltas, en conjunto graves, que obligarán a girar una orden de aprehensión en contra Arukipa Payllu. La acusación se extiende, además, hacia todos los que se nieguen a desalojar la plaza. Será, según su criterio, como arrojar un cerillo encendido sobre un pajar.

Rojo de ira, Clark balbucea que la acusación está hecha. Lacónico el magistrado le indica que siendo así o se aplica la ley o, por ser omisos, los responsables de aplicarla atraerán sobre ellos los cargos de complicidad. Zafarse es laberíntico e improbable ya que cargos y penalidades, son producto de épo-

cas difíciles, pensados como lección ejemplar de los gobiernos dictatoriales en contra de sus opositores. Como primera instancia deberá intervenir la policía antimotines para desalojar el plantón y detener a sus dirigentes. En caso de fracaso, el turno será para el ejército.

—Qué torpeza señores, qué torpeza —chilla Clark frente a sus ministros, convocados con urgencia. Y montado en cólera camina entre ellos, amedrentándolos con su voluminoso cuerpo—.

—...

—¡No pueden cometerse esos errores! Por eso estamos en el tercer mundo, señores —grita colérico, deteniendo sus zancadas frente al ministro de Seguridad e Inteligencia—.

—Fue por la prisa, señor presidente, que mis asesores cometieron tan lamentable omisión en los detalles —se justifica el ministro—.

—Ni hablar, el asunto está en sus manos —le ordena enérgico al director de Seguridad Pública que, lo mismo que el ejército, depende del ministerio de Guerra y Gobierno Interno.

—...

—Sólo le exijo que mantenga la cordura. No quiero costos políticos para mi gobierno. Sólo hágales sentir un buen susto.

—...

—Al Arukipa Payllu manténgalo encerrado sólo un par de días. No quiero aumentar el número de mártires —ordena Fredy Anthony Clark para cerrar la reunión de emergencia, y se queda inmóvil, sin atender las inclinaciones reverenciales que le hacen sus ministros para despedirse. Lo que viene a su mente, y lo saca de quicio, es la visión de los cuerpos mutilados en el Lago Pawqara, producto de su mala decisión. Esta vez no quiere algo semejante—.

—Su señoría, es necesario detener esto. Sólo con el juicio político y la dimisión de Fredy Anthony Clark tendremos una oportunidad —le argumenta por teléfono Quiroz Magaña al presidente de la Corte Suprema de Justicia que vive en la ciudad de Mariscal Santana—.

—...

—He hablado con mucha gente —continúa— y como plaga se extiende la idea de una revuelta de gran magnitud para refundar nuestro país. Lo que significa despertar a los demonios que nos han dañado tantas veces.

El magistrado lo escucha y masculla frases evasivas, cuyo significado entre políticos significa una negativa para apoyarlo, y éste, preocupado por el rumbo que toma la crisis, trata de obligarlo a definirse:

—Ustedes, como responsables de hacer cumplir nuestra Constitución, ¿lo van a permitir? ¿Van a ser cómplices de un presidente inepto por no aplicar la ley?

—No me provoques, muchacho —responde por fin, el magistrado—. No abuses de mi amistad ni del respeto que le tengo a tu familia. Vos, querido Fernando, sabes que esta conversación no debería estar sucediendo. Porque te conozco desde pequeño, porque sé de tu honorabilidad he aceptado contestarte y no me exijas más. Le hablo al amigo, no al vicepresidente de la República. En la Corte Suprema sabemos atenernos a las leyes, y aunque el juicio político y la renuncia del presidente están comprendidos en ellas hay candados, ¿no es cierto? Por ejemplo, está la capacidad del presidente de la República, ejercida en su momento, de nombrar a los respon-

sables para efectuar el procedimiento. No puedo decirte más. Y, por favor, hazles llegar mis respetos a tu señora madre y a tu señor padre.

Quiroz Magaña se desmoraliza. Con la Ciudad de Aynacha sitiada por las barricadas de los maestros, el teléfono es la única vía posible para poder dialogar con los magistrados y sólo seis, de los quince, aceptaron la llamada y contestaron con evasivas para marcar su distancia.

Se siente solo. Sin el apoyo de los ministros y sin la venia del poder judicial no le queda más que intentar convencer a los dirigentes de los sindicatos nacionales para darle una salida adecuada al descontento social. Algo deberán hacer juntos para, de un lado, reorientar la creciente agitación social y, del otro, detener al indio milenarista con su radicalismo excluyente de la diversidad racial y política de Imantaña.

De la lista de los líderes con los que ha de dialogar excluye a Arukipa Payllu.

Como parte de la nueva estrategia para desalojar el plantón, los policías de la Ciudad de Aynacha reciben la orden de concentrarse en el Cuartel General a las cuatro de la mañana. Y pronto, por esos vasos comunicantes que emergen al movilizarse la población, ya lo saben los cocaleros, los maestros, los estudiantes y los habitantes de las colonias pobres; quienes, en lugar de retroceder, se organizan para fortalecer las barricadas y dificultar el paso de los policías antimotines que atacarán los cinturones de seguridad en torno a Arukipa Payllu.

El cuartel de la policía antimotines está en la planicie alta, cerca del aeropuerto internacional. El primer encuentro entre activistas y policías sucede a las ocho de la mañana en la colonia La Hormiga, habitada por inmigrantes campesinos, recientemente urbanizados. Los policías, montados en camiones de asalto, tratan de sortear las profundas zanjas abiertas en la carretera por los activistas, obligados a disminuir la velocidad. Con órdenes de evitar la violencia innecesaria, en las barricadas enfrentan con cierta tranquilidad la lluvia de palos, piedras y botellas que les arrojan los manifestantes. Nada grave tratándose de activistas poco experimentados. La carretera que conduce a la ciudad ha quedado inhabilitada temporalmente y se ven obligados a continuar su avance a pie, en la espalda sus armas de fuego, en las manos su escudo negro y sus garrotes antimotines.

Más adelante, con el sol sobre sus cascos protectores, los antimotines se han de enfrentar con activistas un poco más avezados, resguardados por tres barricadas consecutivas, con trein-

ta metros de distancia entre cada una. Con ellas se bloquea el cruce de la autopista que baja del aeropuerto con la carretera que viene del Lago Pawqara, en cuya intersección se ubica la garita de pago. En la primera barricada están los maestros con su arsenal de bombas y bazucas improvisadas; sigue la barricada de los estudiantes, armados con palos, botellas y piedras, algunos con chacos y cadenas; en tanto que en la tercera bullen las señoras de pollera que abastecerán a los demás con enseres y trebejos que servirán como proyectiles.

Los policías detectan las barricadas, aletargan su avance y se detienen a doce metros de distancia de la primera. Un tenso silencio se interpone entre los bandos sin que haya vuelta atrás. Son unos contra otros porque de eso trata desbaratar un motín. Los integrantes de cada grupo miran a sus contrincantes que no son tan diferentes a ellos; lo único que los diferencia es que unos luchan en contra del gobierno mientras que los otros están allí por la obligación de defenderlo. Con resignación cada grupo asume esa lógica perversa que los sujeta sin que tengan manera de rebelarse.

La pasmosa tensión la rompen los activistas con sus consignas y al disparar las bazucas, tan hechizas e improvisadas que con su débiles y mal colocadas explosiones únicamente logran formar una densa polvareda que hace de los contrincantes difusas figuras sin rostro.

Se inicia la escaramuza.

Los policías arremeten a golpes de toletes contra los maestros.

Ya nadie se pregunta las razones. Son una masa que actúa sobre la opositora porque la debe destruir, o de lo contrario la suya será la derrotada. El polvo no permite distingos y la furia los atrapa a todos. Golpear para sobrevivir. Atacar para desviar el golpe. Furia para ocultar el miedo. No veo tu cara, tus ojos, sólo el cuerpo que debo golpear porque ése me golpea

a mí y debo defenderme. Para cualquier lado que se blande un garrote, una botella o un pedazo de fierro viejo se encuentra un brazo, una cabeza y un torso para estrellarse. La desventaja la tienen los rebeldes, quienes suplen sus carencias con rabia, con el sentimiento de sentirse actores de una causa justa.

Se acaban los proyectiles de los maestros y ningún aditamento improvisado es capaz de soportar la fuerza de los garrotos antimotines de los policías, protegidos con caretas y atemorizantes escudos negros.

Los uniformados avanzan hacia la segunda barricada. Dejan atrás cuerpos abollados, desmayados, sangrantes, atónitos ante la facilidad con que los policías superan los escollos que tantas horas de trabajo les ha costado construir. En segundos acaban con la resistencia de los estudiantes y avanzan sin dificultad hacia la tercera barricada, donde las cholas enlazan sus brazos para formar una valla. Gritan consignas y les recuerdan a los policías que sus madres se visten también con pollera. Los uniformados titubean. Detienen su marcha un instante y deciden continuar ante el reto inevitable de vencer a las mujeres. Ellas se aprietan entre sí, en un impulso irracional de solidaridad. Y es, justamente, en ese instante que sucede lo imprevisto. Entre el paso que dan los policías para avanzar y el movimiento de sus brazos para asestar los primeros garrotazos, una estudiante de rostro sudoroso y pelo trenzado, se interpone entre los bandos y con un grito ordena:

—¡Aalto!

Los policías detienen el arrastre de sus brazos, las mujeres de pollera el impulso de sus gritos y la sorpresa hace el silencio.

La muchacha que gritó congela también su cuerpo, los brazos arriba, las mejillas rojas, la mirada estupefacta.

Nadie sabe qué hacer...

Así pasan varios segundos, hasta que reacciona el sargento que lleva el mando y detiene la refriega; y con la consigna de evitar excesos, ordena continuar el avance policial hasta el siguiente piquete en resistencia.

Atrás quedan los derrotados. No hace falta más.

Según las indicaciones del radiotransmisor los rebeldes realmente peligrosos se localizan entre el límite final de la carretera y la avenida principal de la Ciudad de Aynacha. Allí se espera el enfrentamiento definitivo. La resistencia corre a cargo de los sindicalistas campesinos, entrenados en zafarranchos anteriores tras varios meses de oponerse a la erradicación de la coca en las tierras cálidas. Si los rebeldes no se rinden antes, más que escaramuza habrá un enfrentamiento con armas de fuego.

Los policías identifican a los avezados activistas y se detienen para corroborar la orden de continuar. Los separan cien metros. Ansioso, el sargento al mando consulta a su superior inmediato. El radio no emite ninguna contraindicación. Con lentitud ordena que sus hombres cambien los garrotes por armas de fuego. Éstos, con desgano, proceden a bajarlas de sus espaldas. El sargento insiste con sus superiores: habrá derramamiento de sangre. Muertos en los dos lados. La respuesta sigue siendo la misma. El sargento, pequeño en su uniforme, tímido ante la magnitud de lo que debe hacer, reitera su súplica para que se confirme la orden de avanzar. Su enlace promete verificarla. Después de algunos minutos sigue siendo igual.

Entre los activistas campesinos unos se persignan, otros se despiden del compañero que tienen junto.

La zozobra alimenta un preludio de espera que ninguno de los oponentes quiere romper.

Esa mañana no hay viento y la quietud está en todo, como si el entorno mismo estuviese atento a lo que allí va a suceder.

El sargento, las manos húmedas, el alma seca, carraspea para limpiar su garganta. Debe gritar sin titubeos la orden de avanzar.

Su voz tarda en salir. Sus hombres lo observan ansiosos, tensos los músculos, agarrotada el alma; sintiendo cada uno que esos pueden ser los últimos segundos de estar vivo.

Entonces, durante ese tiempo inerte de dudas y zozobras, una voz ronca sobresalta a todos:

—¡Ya vienen! ¡Los mineros ya vienen! ¡Por fin! ¡Los mineros ya están aquí!

Y, en un acto insólito, las voces de los grupos antagónicos se suman para gritar ¡Hurra! y ¡Bravos! a los hombres toscos que vienen en marcha por la carretera, forrados de dinamita.

Los mineros entran a la Ciudad de Aynacha, haciendo sonar con ritmo sus desgastadas botas de cuero. Mientras sus cascos amarillos brillan con el sol como nuevas esperanzas.

VIII
PARA REMENDAR
EL MUNDO VIEJO

Después de su encuentro con Dylan MacFarren, John Mead busca entender qué hace su ex amigo entre los sindicalistas campesinos, entre quienes hay cada vez más disidentes movilizados a favor del proyecto de Arukipa Payllu. Es lógica su presencia si Dylan pretende armar el “cambio social radical” que busca desde hace tiempo; sólo que bajo esa óptica sus nexos con la embajada americana son indescifrables. ¿Cuáles son sus verdaderos propósitos? ¿Cuál, el juego político de la embajada?, se pregunta bajo el supuesto de que los servicios de inteligencia de aquel país no pueden permanecer indiferentes a la revuelta social en la República de Imantaña. Sin poder dormir, siente que Dylan se interpone nuevamente en su vida y jura no permitir nuevamente que ese hombre turbio lo manipule.

La oportunidad de desentrañar los misterios se le presenta ante el mandato de que deberá escribir una reseña sobre el plantón de Arukipa Payllu, para ser publicada en la gacetilla sindical. Ya para entonces los cocaleros forman un cinturón de protección en torno al personaje, y después están los mineros con sus simbólicas y amenazadoras cargas de dinamita.

La entrevista con el dirigente indio se la facilita Rosalía y, durante cuarenta y cinco minutos, lo interroga. Sus respuestas son vagas. Únicamente un conjunto de ideas que merodean los linderos de un mundo idealizado al que los indios pretenden retornar. John se desespera y busca mayor información entre quienes forman los diversos cercos humanos. Entrevista a indios y no indios, a hombres y mujeres, a jóvenes y ancianos, a amas de casa, a empleados, a obreros, a campesinos. Unos

son militantes fraguados y otros son activistas ocasionales que muestran su embeleso por la energía que emana de un movimiento social de una envergadura poco usual. De todos obtiene emotivos testimonios que muestran las posiciones políticas de sus dirigencias, aunque en sus testimonios se filtra la fascinación por el personaje andino, sin que sus admiradores aborden las implicaciones que su lírica, vuelta acción, puede tener para sus vidas. Lo común a todos es la idea básica de que deben defenderlo puesto que encarna el gran descontento nacional. El mismo John, siente las palabras de Arukipa Payllu como algo trascendente, ajeno a la razón, que lo coloca del lado del destino. A pesar de su empeño, luego de cuatro días de arduo trabajo, no encuentra nada sobre los nexos de los activistas con Dylan MacFarren; y se reprocha no haberle puesto atención la noche que se reencontraron en la asamblea de la Federación de Sindicatos de Campesinos y Jornaleros, cuando éste volvió a explicarle el asunto de “ellos” y “nosotros”. Es la segunda ocasión que le sucede por su incapacidad de concentrarse ante una situación sorpresiva, o ante el temor o la incertidumbre, y se escapa en la corriente fácil de los pensamientos inútiles.

La multicromática reseña de John sobre el plantón se publica en la gacetilla de su sección sindical, que se agota rápidamente por la avidez que despierta entre los cocaleros el saber más del personaje, y de enterarse de lo que sobre él opinan los demás. John, radiante, se siente orgulloso de ver su trabajo publicado, y, por lo mismo, se sorprende por la reacción polémica que provoca entre sus camaradas cercanos. Los del grupo de Felipe Phaxsi, que son también sus camaradas y ocasionales amigos de convivios y almuerzos, toman posiciones divergentes. Unos creen que Arukipa Payllu es un impedimento para la unidad del movimiento sindical, mientras otros perciben al-

go profundo en sus discursos porque, después de todo, el socialismo también les llegó de afuera.

“¿No es, pues, por eso que hay tantas palabras que no sabemos entender?”, se atreve a dudar Joaquín Achuta. “¿No al caso es por eso que chayamos nuestras casas para la buena suerte? ¿No es por eso que le damos gracias a la Madre Tierra al darnos el beneficio de las cosechas de la coca? ¿En qué lugar del socialismo sabe quedar todo eso?”, insiste el hombre. Y con sus dudas y respuestas cava una grieta profunda entre él y su compadre Felipe Phaxsi, que se mantiene como firme militante de la lucha sindical que avizora el socialismo.

Luego de varias trifulcas y agrias discusiones, John percibe el resentimiento en los ojos de Felipe Phaxsi que le reclaman haber dejado de ser un compañero incondicional para emprender algo propio que él desconoce, pero que muestra en sutiles acciones. La amistad entre ellos se resquebraja y una distante cordialidad oculta la desconfianza que crece y crece sin que pueda detenerse.

Para Felipe el artículo contiene algo incierto que lo hace desconfiar, con el agravante de que entre sus compañeros comienza a ser visto con desconfianza por su cercanía familiar con Arukipa Payllu. Se enfrenta a la paradoja de que él, que defiende con pasión la lucha sindical, por asociación familiar se le considere aliado del indio; así que cada vez que bebe cerveza con sus camaradas, después de discutir el tema de la Nación Originaria, se esconde bajo su sombrero para huir de cualquier comentario personal. La situación le duele y lo agobia. Se vuelve sombrío y se aparta paulatinamente de las farras con sus compañeros, como si el aislamiento fuera suficiente para borrarse del escenario.

Ignora todavía que las dudas sobre su lealtad se expanden ya como un humor agrio que llegará hasta los oídos de los dirigentes nacionales.

Fernando Quiroz Magaña goza de unos días de tranquilidad. Ha pasado varios días y noches con los plantonistas de la plaza, fortalecidos por el arribo de los mineros. El vicepresidente no acaba de entender qué mueve a esa multitud que incluye indios, campesinos, jornaleros cocaleros, cholos, comerciantes, profesores y hasta mineros para formar eso, que ahora se ve claro, es el movimiento social más importante de las últimas décadas.

Él puede entrar y salir sin dificultad de los cordones humanos que protegen a Arukipa Payllu por el respeto que se ha ganado entre los activistas desde el momento en que decidió exigir el juicio político y la renuncia del presidente del país. Su tránsito, entre la compacta y olorosa masa humana, le permite indagar las motivaciones que mantienen activas a personas tan diferentes entre sí. Más allá de la consabida necesidad de proteger al indio altiplánico, encuentra un amplio abanico de esperanzas y deseos: conseguir trabajo, lograr mejores salarios, bajar precios, mejorar la seguridad social, distribuir viviendas populares, becas para estudiantes, regresar al pasado, o construir el socialismo, cualquier cosa que esto último signifique para quienes lo enuncian con rostro iluminado. Lo contundente es que detrás de cada agravio, de cada demanda, de cada proposición, se llega siempre a la misma idea, como si la renuncia del presidente fuera el único camino para resolver cada una de las miserias particulares.

Al dialogar con los plantonistas, el vicepresidente trata de convencerlos de que las leyes del país son buenas y sólo deben encontrarse los medios para que se cumplan. Algo similar dice

de las instituciones, de la administración pública y del sistema de justicia. Los dirigentes, desde su lenguaje y experiencia, no aceptan sus argumentos, aunque lo escuchan y hablan con él porque admiran su valentía y entereza. Varios de ellos coinciden en sus apreciaciones: la visión del funcionario reproduce principios abstractos sobre un deber ser inventado para un país inexistente, sin que en ellos se plasmen las experiencias largamente vividas por los imanteños, cuando, bajo el discurso de la democracia y la igualdad de derechos, toda la maquinaria institucional y judicial se ha puesto siempre al servicio de las dictaduras.

Agotado por la obstinación de los activistas, el vicepresidente descansa en su departamento, ubicado en el octavo piso, frente a la Plaza de los Mártires de Imantaña. Desde allí admira la cordillera y el majestuoso Kankiwanka, cuya altura de casi siete mil metros, forja linderos de nieve que rompen la monotonía del cielo, dolorosamente azul por la intensidad de su luminosidad y la amplitud de su misterio. Contemplarlo le provoca el deseo de quedarse en su estudio para reflexionar, leer y escribir, dejando de lado la pasión de la acción política.

Puesta la cara sobre el helado cristal del ventanal, mira el monumento del general Pedro Antonio de Guillaumín, patriota de la última guerra, cuya inerte presencia de piedra le recuerda la trágica historia de su país, desgarrado por divergencias internas que sus vecinos aprovecharon para despojarlo de gran parte de su territorio. Fueron guerras entre países recién formados, perversamente inducidas por las potencias europeas para castigarlos por sus luchas de independencia. Y, ahora, agobiado por la fatalidad de la historia, se pregunta si lo que sigue es otra guerra entre hermanos, que será aprovechada nuevamente por los extranjeros.

Quiroz Magaña repasa la complejidad demográfica y cultural de su patria. Cada región, típica en geografía, economía

y gente, se parece más a la del país vecino que a las otras regiones del territorio nacional. Los indios, dispersos entre los países vecinos, añoran reintegrarse para formar su propia nación; y entre algunos imanteños poderosos persiste la tentación separatista fundada en su deseo de ya no subsidiar a las regiones improductivas; de forma que no ven con malos ojos que los indios, apartados en sus regiones remotas, hagan lo que quieran para administrar su miseria. Se mire como se mire, todo el país es una bomba de tiempo.

Desalentado, se separa de la gran marquesina de cristal para dejarse caer en su sillón preferido, refugio para sus momentos de angustia. Allí, con la confianza rota y sin certezas, se imagina lo que será el mapa de la República de Imantaña luego de alimentar a los países vecinos con sus despojos.

Es imposible ya entrar en el Palacio de Gobierno o llegar al hotel París por causa de los cinturones humanos que rodean a Arukipa Payllu; lo que obliga a Fredy Anthony Clark a sesionar en la Residencia de Montijo, en la que habita con su familia como presidente del país, y cuenta con una sección habilitada para que despache en circunstancias especiales.

Después de la aparición de los mineros el mandatario ordenó el retiro de la policía antimotines y aprovecha la tregua para encontrar sendas jurídicas que lo liberen de responsabilidades y le permitan abrir opciones para resolver la crisis del país. Realmente preocupado insta a sus ministros para que diseñen estrategias efectivas para desbaratar el inusitado movimiento de masas que tiene tantas cabezas, algunas de ellas incompatibles entre sí, como son precisamente las de Arukipa Payllu y Quiroz Magaña.

Han pasado ya dos horas, la reunión ministerial concluye y las tareas discretas las discute únicamente con el ministro de Seguridad e Inteligencia. Deshabilitar al vicepresidente, mediante alguna treta judicial para encarcelarlo ha sido imposible, y detenerlo bajo una acusación creada podría acarrear nuevos problemas. La intención ahora es sacarlo del juego azuzando a algún extremista, de cualquier grupo político efervescente, para provocar algún trágico accidente. Complementariamente han de encontrar el precio de los demás dirigentes de la disidencia, convencidos de que serán varios los dispuestos a apoyar a su patria desde una diputación, un buen puesto de gobierno, o desde una buena finca escriturada a su nombre. Con tales

objetivos repasan los nombres, los puestos y la plata que les costará cada uno.

El presidente y su ministro continúan con su delicado recuento de precios y lealtades cuando entra su secretario particular.

—Señor presidente Fredy Anthony Clark, lo buscan a vos con emergencia.

Clark, que lo conoce, sabe que se trata de algo grave o su secretario no lo hubiera llamado por su cargo y nombre completos.

—¿Quién es, que te has asustado tanto? —lo interroga tranquilo, para alejar el mal presentimiento—.

Ya no obtiene respuesta. La puerta de su despacho se abre y un puñado de generales entra sin esperar permiso. Está allí el mando superior del ejército, y que los militares vistan el uniforme de campaña no presagia nada bueno. Una vez que el ramillete de generales se cierra en torno al presidente, que no alcanza a ponerse de pie, el ministro de Seguridad e Inteligencia y el secretario particular se escurren con cautela. Ambos conocen la historia de su país y saben lo que en esas condiciones significa su presencia.

Clark mira incrédulo los rostros de quienes lo han cercado. Reconoce la escena en la que, a lo largo de la historia de la República de Imantaña, el presidente ha terminado muerto, generalmente con un tiro en la cabeza después de haber desaparecido por unos días, y es encontrado después en cualquier lugar con huellas de tortura. Saca fuerzas de sus ganas de permanecer vivo y exclama con fingida amabilidad:

—¡Señores, buen día! ¿En qué puedo servirles?

Del grupo de generales, el de mayor antigüedad, da un paso al frente para anunciarle:

—Señor Fredy Anthony Clark, hemos venido por su renuncia como presidente constitucional de la República de Imantaña.

El ejército, que con honor y valor comandamos, es responsable de salvaguardar el orden y la soberanía del país, y su presencia, señor, es causa de inestabilidad. Con sus malas decisiones ha hecho caer sobre nosotros una mancha de deshonor y vergüenza. Usted nos obligó a disparar en contra nuestro pueblo en el Lago Pawqara y estuvo por hacerlo nuevamente para desalojar el plantón de la plaza mayor en apoyo del líder indio. Por ello, señor, le damos una hora para reunir a su familia y marcharse del país. Está listo un helicóptero que lo conducirá hasta el avión militar que sabrá conducirlo al destino que usted seleccione. La tropa está acuartelada, comandos especiales se han apostado alrededor de la Residencia de Montijo y, no está por demás señalar que, la Guardia Presidencial y la aviación están con nosotros.

El presidente hace una rápida evaluación. Es palpable su desventaja y procede a hablar con cautela para no despertar sospechas. Propone que se le otorguen tres horas de gracia antes de partir y, además, solicita grabar un mensaje para la nación que sea transmitido por la radio nacional. Los generales, que se piensan demócratas además de nacionalistas, se lo conceden.

A las catorce horas con treinta minutos, mientras el avión vuela rumbo al norte, los ciudadanos de la República de Imanña escucharán la voz de Fredy Anthony Clark que explicará su renuncia a la Presidencia de la República como una aportación a la concordia nacional.

Los insistentes timbrazos en su departamento levantan a Fernando Quiroz Magaña del sillón en que reposa. Ataviado con bata y pantuflas, con perezosa calma se pregunta quién será el inoportuno que interrumpe su descanso. Esa mañana no tiene ninguna cita y mira por el ojillo de la puerta. Con sorpresa advierte que se trata de dos hombres enfundados en gruesos tapados de lana verde olivo. Con sus elegantes quepis oscurecen la mitad de sus rostros y ante la siniestra imagen imagina lo peor. “Así es como sucede y ¡ahora me tocó a mí!”, se dice con la mente puesta en los golpes de Estado, tan frecuentes en su país que parecen parte de la tradición. Duda. Y su mano inquieta no se atreve a girar la manija de la puerta de entrada. Sin embargo, sabe que no tiene opciones y que por la dignidad de su cargo no puede sino abrir. Entonces, sacude la cabeza para borrar cualquier sentimiento de su rostro, y deja entrar a los uniformados. Mientras éstos ingresan, él permanece en el mismo lugar, clavado por las imágenes que involuntariamente le vienen a la mente: se piensa golpeado, sujeto de las manos, con los ojos vendados, conducido a empujones hacia algún campo militar. Lo peor es verse en pijama. Se asoma a sus pies, los siente helados y el frío le sube por el cuerpo, retraído, enjuto ya por el temor.

Con un gesto involuntario el vicepresidente cruza los brazos, los frota, cercado por una maraña de pensamientos. “Sólo deseo que, si todo va a acabar para mí, sea rápido”, suplica. “¿Qué querrán que les confiese? No tengo nada sucio. Seguramente me matarán sólo para quitarme de en medio. Les estorbo, es evidente”. Deduce su situación con la racionalidad

que no lo abandona ni en esos instantes en que se sabe al final de la vida. “Lo peor es que me harán sufrir para que pague mi oposición al presidente”, colige anticipando su dolor por la tortura. “¡Ese cobarde del gordo Clark! No lo creí capaz”, suspira con agobio. “Uno ignora lo que el poder cambia a las personas”, se resigna derrotado. Entonces, recuerda la responsabilidad de su investidura y saca el pecho para ser heroico ante los militares, por lo menos durante los primeros instantes de su detención, antes de que la tortura haga estragos en su dignidad. Sabe que logrará mantener el decoro con el cuerpo íntegro, no así en el momento en que su honor y valentía se desgarran conforme los torturadores se agasajen con su cuerpo. “No importa. Mantendré la dignidad mientras pueda”, se dice, con la mirada retadora puesta en alto.

Los oficiales, que sólo han ingresado unos cuantos pasos en el departamento, interrumpen sus reflexiones:

—¡Excelencia! Debemos comunicarle que, de acuerdo con lo establecido por la Constitución de la República de Imanaña, y dado el carácter irrevocable de la renuncia del ciudadano Fredy Anthony Clark como presidente de la República, a vos le corresponde asumir el cargo. El caballero vuela en este momento hacia Miami en compañía de su familia. Señor, le damos treinta minutos para estar presentable. Debemos trasladarlo a la Base Militar del Centro donde se alistan las cámaras de televisión para que, a las catorce horas con cuarenta y cinco minutos, su señoría emita un mensaje a la nación.

El plantón de los altioplánicos concluye con la noticia de la renuncia de Fredy Anthony Clark. Arukipa Payllu ha regresado temporalmente a su pueblo para consultar a los ancianos, llevándose consigo a todo su contingente, así que la plaza central, libre de los fogones y basura, alberga ahora a quienes llegan para festejar a Fernando Quiroz Magaña. Los congregados se abrazan, lloran, comentan rumores, se narran los hechos y elaboran análisis sobre el momento histórico que han contribuido a construir. Sienten suyo el triunfo de haber expulsado del país a Fredy Anthony Clark y cada quien, desde sus deseos, necesidades y añoranzas, deposita en el presidente interino sus expectativas de transformación.

La plaza es un santuario de esperanzas.

El calor de la tarde se eleva desde el pavimento como vaporcillo colmado de ilusiones, mientras Quiroz Magaña permanece de pie frente a la multitud. Los observa desde el balcón del Palacio de Gobierno con la intención de sintetizar lo que los congregados esperan de él. Eran tantas las necesidades y tan grandes las expectativas de quienes participaron en los cinturones humanos, que requiere construir un discurso global donde quepan todos. Inicia su discurso con voz ronca ante el temor de no cumplir las expectativas de todos los presentes, que son tan diversos como han sido los acontecimientos que lo condujeron a la posición que ahora ocupa. Así que, para evitar cualquier tropiezo, desarrolla su propio recuento de hechos y promete lo que para él es esencial. Mientras habla se reconoce a sí mismo, y de allí abrevia para su discurso. Sí, está allí por lo que ha sembrado y que ahora es reconocido

por la muchedumbre que lo aclama, que lo siente suyo y lo arroja con aplausos. Ya vendrán los detalles, las propuestas concretas y se pulirán las posibles discrepancias, lo importante es ese pacto que se teje entre los asistentes, con gritos de aprobación, que lo señalan como el hombre capaz de satisfacer sus demandas fundamentales. Las palabras del ahora presidente son dichas con gran emoción y la voz le tiembla, cargadas con las esperanzas por muchos años imaginadas. En las últimas frases condensa sus sueños, sus aspiraciones políticas y lo que emerge en él desde el olfato político que le ha permitido desarrollarse como un brillante y reconocido analista periodístico, independiente y seguro de sí mismo. Promete generar transformaciones sustantivas: respetará la constitucionalidad, hará cumplir las leyes y convocará a elecciones para elegir democráticamente al nuevo presidente en el tiempo establecido por la ley. En tanto gobernará con honestidad, dispuesto siempre a escuchar las demandas populares.

Luego de su discurso, para festejar su triunfo, los policromáticos ciudadanos marchan con el presidente interino a la cabeza del monumental contingente. Avanzan por las principales calles de la ciudad con una misma voz y el mismo cuerpo.

Los días siguientes son para Quiroz Magaña de ajetreo protocolar y administrativo, que incluye trasladar de inmediato a su equipo operativo de la Vicepresidencia a la Presidencia y dismantelar el equipo de su antiguo colega Fredy Anthony Clark. Los consejos de su hermana Paula, conocedora de las tramas y dramas de la alta sociedad imanteña, van en su ayuda para elegir a su nuevo equipo de gobierno. Es la portadora de los consejos de los amigos de las familias Quiroz y Magaña, que le recomiendan cambiar con urgencia a los responsables de las carteras estratégicas, mas no a los mandos superiores del

ejército. A ellos les debe el cargo y serán los garantes de la viabilidad de su mandato.

Bajo esa óptica destituye de inmediato a los ministros de Seguridad e Inteligencia, de Educación y Salud y de Asuntos Indígenas, Religiosos y Género, responsables de los lamentables hechos del Lago Pawqara. Para la cartera de Economía opta por un antiguo militante del Partido Auténtico Republicano, economista y con vocación nacionalista. Para el ministerio de Energía, como guiño para la gobernabilidad, invita a un miembro del Movimiento de Izquierda Democrática, que años atrás se opuso a la privatización de las empresas estratégicas. Con esta elección consolida un área sensible para la población, ya que las ganancias del petróleo y del gas se fugan, por la vía de los contratos multimillonarios, hacia las compañías de los países considerados “desarrollados”. Algo similar pasa con la producción de la electricidad y con la distribución del agua, administradas por empresas transnacionales, principalmente europeas. De allí que una prioridad de su equipo sea orientar las políticas económica y sociales en bien de su patria.

Sus decisiones son bien recibidas y las calles se llenan nuevamente de marchistas jubilosos que se conciben como guías del nuevo presidente.

—Sólo te pido que me expliques, ¿qué es lo que te gusta de esa chica? —le pregunta su madre a José Antonio, y éste, como acostumbra, huye de aquello que lo incomoda, da un portazo y se marcha del salón principal de la casa de sus padres—.

Odia las preguntas de su madre con el íntimo terror de que, siendo psicoanalista, sea capaz de adivinarlo. Sería más fácil su relación con ella si se dedicara únicamente a gobernar su casa, como acostumbran las damas de la buena sociedad.

Lejos de la auscultación materna persiste el malestar causado por la pregunta sobre Rosalía: ¿Qué es lo que le gusta de ella? ¿Qué lo obsesiona de esa forma tan irracional como si fuera la única y la más importante de las chicas que él ha conocido? José Antonio hace el recuento: se detiene en la densidad oscura de su pelo, en la profundidad de su mirada, y ni qué decir de la maravilla de sus dedos largos, bellos y morenos, capaces de acariciarlo con una dulzura ajena al empalagamiento. Además, que lo arroba su forma de reír y la plenitud de su expresión solidaria con que lo acompaña y cobija en los momentos difíciles. Consciente de que tales atributos son subjetivos intenta una nueva lista, sin lograr una visión más objetiva, de acuerdo a su criterio. Destaca su buen humor, su espíritu fraterno, su rápida comprensión de las situaciones y su inteligencia. Cambia el giro de sus apreciaciones. Es cierto que Rosalía es muy joven y requiere mayor educación, pero se dice que para eso está él, y será una de sus tareas pulirla y hacerla brillar como la joya que adivina que será al dejar su rusticidad.

Mientras bebe café en su cubículo de la universidad, continúa pensando en Rosalía. Recuerda la pasión de la primera vez que enlazaron sus cuerpos para amarse. Fue el día que lucharon juntos en la barricada, y los mineros entraron triunfantes a la Ciudad de Aynacha. La noche había sido fría y la afrontaron juntos, cavando tierra, alimentando fogatas y bebiendo esporádicos tragos de singani. La angustia acumulada era tanta, que, igual que todos los jóvenes que estaban allí, deseaban que lo que iba a suceder, por más terrible que fuera, llegase pronto.

Con la luz titubeante del amanecer se desentumieron con el vapor exhalado por sus bocas y los saltos que dieron para darse calor. Al poco rato, en el horizonte rojizo por el humo de las fogatas, vislumbraron a los policías antimotines como una ola de peligro que se acercaba; y, ellos, como todos los demás, permanecieron expectantes, con el temor premonitorio de no haber hecho lo suficiente para detenerlos. Llegado el momento, la fuerza policiaca los golpeó como vendaval y la refriega duró sólo minutos, sin que por ello disminuyera la violencia del enfrentamiento. José Antonio se recuerda perdido dentro de un torbellino de furia, chorreando sangre, confuso ante la violencia desatada. Llevaba en la mano los restos de una bazuca elaborada con los tubos de lo que había sido un escritorio infantil. Los empuñaba sin objetivo, ignorante de lo que sucedía, movido únicamente por el deseo de sobrevivir que lo obligaba a defenderse a pesar de su miedo. Golpear, huir, correr, hundido en la locura instintiva de salvarse a sí mismo. Y, gobernado por esa ceguera frenética, escuchó a la chica, que, con las manos apuntando al cielo, se interpuso entre las mujeres de la tercera barricada y los policías antimotines para ordenar el alto. Con su grito la refriega se detuvo y él se inmovilizó también. Tardó varios segundos en descubrir que la chica con la mano en alto era Rosalía, y desde ese instante la

amó con una pasión imposible de descifrar. Se le acercó, la tocó, la abrazó, la alejó para verificar su identidad y la marcó como suya con los besos exigentes que ella aceptó sin miramientos.

Luego del supremo instante en que se besaron, marcharon juntos detrás de los mineros. Iban tomados de la mano, orgullosos de sí mismos, pensándose actores fundamentales de la resistencia. Y rebosantes de ardor revolucionario, imposibilitados de posponer el momento, entraron al primer hotelito que encontraron cerca del centro, para amarse con una pasión alimentada por la lucha callejera, el olor de la sangre, la intensidad del miedo y la ilusión de poseer un amor capaz de enfrentarse a todo. Sí. Por eso le gusta Rosalía: por rebelde, osada, valiente y solidaria.

José Antonio concluye su razonamiento con la certeza de haberse respondido. Se toma el resto de su café y deja en la penumbra la otra parte de la verdad que lo perturba: que Rosalía es también la vía para incursionar en el mundo de Arukipa Payllu, el personaje mesiánico que tanto ansía descubrir.

Sólo que, en ese misterioso proceso de recordar, evaluar, desear y soñar, oculta, además, otra verdad que lo asaltará más tarde: que la fascinación por el diferente, si se ejerce desde el poder, lleva oculta la semilla destructora de ese otro, de esa otra a la que se pretende amar y redimir.

Los primeros meses del gobierno de Fernando Quiroz Magaña transcurren en un ambiente cargado de promesas. Nombra como secretario particular a Luis Alfonso Madrigal, quien fue también su compañero de colegio, y como él, proviene de una destacada familia imanteña. Hombre de toda su confianza, es quien se encarga de acordar reuniones con los empresarios agrícolas e industriales con la pretensión de hacerlos partícipes de los planes del nuevo gobierno.

La primera reunión concertada es con la Confederación de Productores de Ganado y Granos. Los finqueros, cuyas familias padecieron la reforma agraria, se resisten a los proyectos renovadores del presidente interino, además que desconfían de los alebrestados campesinos, jornaleros e indios que forman la base de apoyo de Quiroz Magaña. Para apaciguarlos, antes de la reunión, se puso en marcha la inteligencia política del gobierno con la pretensión de encontrar el lado débil de cada uno. Descubren, en esas pesquisas, que varios de los viejos oligarcas habían sido aliados de los inmigrantes nazis que huyeron de Alemania y que, ocultos en la República de Imanaña, evadieron la justicia internacional. Sus descendientes actuales son los fanáticos de la limpieza racial y participaron en la debacle de la antigua Yugoslavia, dejando su territorio destruido y cargado de odios y violencias. Así que juntos, oligarcas y fascistas, en el presente pretenden limpiar el territorio imanteño de indios improductivos. Con tales datos, se realizan cabildeo, se hacen promesas de no afectar intereses económicos sustantivos, y se emite una buena dosis de amenazas encubiertas, hasta lograr los acuerdos básicos que permitan trabajar al gobierno interino.

Mayor receptividad encuentra el equipo presidencial entre los jóvenes empresarios formados en universidades estadounidenses. A ellos destinan cifras, gráficas, prospecciones y el enorme andamiaje argumental preparado para demostrar los puntos críticos de la economía. Son minoritarias las empresas imanteñas beneficiadas por la indiscriminada apertura a los capitales extranjeros; además que son onerosos los costes que éstas pagan por el agua, la electricidad y el gas bajo el control de las empresas extranjeras. Retener las ganancias de las empresas estratégicas es, por tanto, el único medio que tiene el gobierno para impulsar el desarrollo nacional y detener las revueltas sociales. Para mantenerlos en paz Quiroz Magaña pacta con los empresarios un acuerdo que garantiza la estabilidad política sin menguar la productividad y el desarrollo económico de las familias emprendedoras. Negociaciones igualmente intensas efectúa el presidente con políticos y funcionarios de los distintos departamentos territoriales del país. Les promete, que, sin importar el partido político, habrá jugosos recursos públicos para el fortalecimiento municipal.

Ante todo ese trajín negociador, la embajada norteamericana permanece atenta, aunque discretamente callada. De tan extraño comportamiento dan cuenta los analistas políticos nacionales e internacionales, sin que sus funcionarios cambien de actitud.

A los ocho meses de su arribo a la presidencia las televisoras se enlazan para que el presidente interino, Fernando Quiroz Magaña, anuncie la nacionalización de las empresas estratégicas, con el consecuente control de la explotación y procesamiento de hidrocarburos, la exportación del gas y la distribución del agua.

Las masas se vuelcan a las calles para festejar, y Quiroz Magaña duerme tranquilo, convencido de que cumple una misión de trascendencia histórica.

Después de publicado su artículo en la gacetilla sindical, a John Mead se le dificulta participar en las tertulias de los sindicalistas cocaleros y sigue sin desentrañar las relaciones de Dylan MacFarren con los sindicatos campesinos, integrados por cocaleros y altiplánicos. Sólo ha logrado saber que sus vínculos son más fuertes con estos últimos, de modo que para mejor informarse no le queda más remedio que visitar a Clementina Qhispi, de quien sabe que es, ni más ni menos, que la esposa de Arukipa Payllu. Por primera vez se siente satisfecho de su pinta anodina y deslucida, el mejor disfraz para su nueva tarea encaminada a desenmascarar a su antiguo amigo.

Con esa misión en mente busca a Clementina en su puesto de ropa, abierto una vez que concluyeron las marchas y los plantones. Ella lo acomoda en su interior para que charlen intermitentemente mientras sigue con su trajín, concentrada en el regateo con sus clientas. John le agradece el té de las cinco de la tarde y, mientras la observa, se dice que le gusta esa mujer que, como madre universal, lo cobija todo. Igual aconseja a la chola del puesto de junto, que a la compradora ocasional, y no deja de opinar sobre lo que sus colegas de cofradía vienen a consultarle. Es como si bajo su amparo todo pudiese resolverse.

John, convencido de que la chola nunca le preguntará la razón de su visita, deja fluir la conversación. En ese ambiente casual se entera de que “la Rosalía, con seguridad anda de novia con su profesor de sociología”, y mira a la mujer persignarse. “¿Qué, pues, van a saber decir los padres del caballero cuando lo sepan?”, se interroga, lo interroga, aunque sin es-

perar una respuesta que sabe obvia en ese país dividido por el color de la piel y la marcada desigualdad. “Ay! de’sta Rosalía. Qué ganas, nomás, de hacer problemas”, se lamenta. Él nada dice y deja que ella siga con su monólogo. Así, entre rezongos y más rezongos la oye lamentarse de aquello que la atormenta, hasta que Clementina habla de su marido: “Ese necio señor qu’es otro que nomás sabe hacer problemas. ¿De dónde, pues, habrá sacado sus ideas el Francisco Khanawiri?”, se pregunta la chola mientras teje y desteje sus trenzas, trastornada por la propuesta de su marido de crear una Nación Originaria. “¿Y a qué, pues, quitarse su nombre y ponerse otro?”, exclama avergonzada. “¡Ay, señor! Qué ideas sabe tener ese hombre”, se lamenta con los ojos puestos esta vez en el cielo.

Con lo mucho que dice la mujer, John corrobora que Arukipa Payllu no está solo y que atrás de su movimiento hay personas ajenas, incluso extranjeros. Su sospecha la confirma Clementina al decirle en voz baja: “Esa vez, unos diyitas después de que se acabó el plantón en la plaza, algo muy grave he podido ver. Porque, caballero, vos has de saber que los que fueron a visitar a mi marido le han ofrecido hartísimo dinero y mucho apoyo para su proyecto. Y yo digo que algo malo traen entre manos porque si no ¿a qué su interés de hacer crecer el lío?”.

Con esa última frase, John también se lo pregunta: “¿A quién le sirve que los indios se levanten?”. Y para encontrar respuestas John decide ir a investigar al altiplano, que expectante, como siempre, permanece extenso y llano al pie de la cordillera.

Esta mañana, los nubarrones figuran un tapón que no deja pasar el sol ni permite correr el viento, y las voces, atrapadas en el hoyanco de la Ciudad de Aynacha, se rebelan con ecos que se plagian entre sí para interpelar a Quiroz Magaña:

—¿Y las minas? ¿Para cuándo las minas, compañero presidente? —grita la multitud frente del Palacio de Gobierno, sin que la policía pueda dispersarla—.

Preocupado por los reclamos de la Central de Sindicatos Mineros, el presidente interino se reúne con sus asesores. Es la cuarta marcha del mes. La primera fue de los maestros de educación básica con sus exigencias de aumentos salariales; la segunda congregó a los sindicatos de los docentes de la universidad con una demanda similar; y la tercera, tres días atrás, llevó a los jubilados a crucificarse frente a su oficina para exigir el pago de sus pensiones.

El mandatario sigue sin comprender la atracción de los imanteños por el martirio. La conoció como periodista en una marcha en la que un hombre y una mujer se zurcieron los labios con hilos y agujas de zapatero para protestar por la falta de libertad de expresión. Bajo una lógica similar, los días anteriores, los ancianos jubilados se ataron a cruces de madera, con miradas suplicantes, sus rostros lastimados por la miseria, para protestar en contra de la injusticia de padecer hambre después de tantos años de trabajo. Y ahora, incomprensiblemente, tiene debajo de su oficina a los mineros que no se andan con tientos en sus demandas. Las manos del presidente interino se cierran molestas con el propósito de disimular su enojo y su impotencia. Sabe que las exigencias de los trabajadores

son justas y también que su gobierno no puede satisfacerlas de inmediato. Contrario a lo que esperaba, sus políticas nacionalistas y anticorrupción han despertado en las masas una fiebre incontenible de cambio, y un afán desmesurado de que todos los problemas se resuelvan de inmediato, como si ello dependiera sólo de su voluntad. Se siente vapuleado por los extremos, de un lado por los trabajadores y del otro por los empresarios afectados. Además, son permanentes las críticas mediáticas que se regocijan deformando la información verídica para crear un escenario catastrófico de crisis nacional.

Desilusionado por los reclamos de sus aliados, ignorantes de sus esfuerzos, Quiroz Magaña procura ocultar su disgusto y sale al balcón para suplicarle a los marchistas que le tengan confianza. Que requiere más tiempo para resolver sus demandas. Le es imposible subir sueldos y cubrir todas las pensiones en ese momento en que su gobierno paga fuertes indemnizaciones a las empresas expropiadas y hay enormes déficits en la recaudación fiscal.

Sigue hundido en la maraña de cifras sobre la economía nacional cuando escucha un grito que opaca el murmullo de la multitud:

—¡No, compañero presidente! ¡No es dinero lo que venimos a pedirte!, ¡es expropiación! Queremos que expropies vos las minas de los señores capitalistas para que sepan ser de la nación.

Dicho lo cual, como una sola voz, gritan los mineros:

—¡Expropiación! ¡Expropiación! ¡Expropiación!

IX
SI LA ESPERANZA
TUVIESE ALAS PARA VOLAR

Después del baño, Rosalía se observa en el espejo. Dentro del austero marco de madera apenas cabe su pelo negro y largo y en voz alta se pregunta: “¿Rosalía Khanawiri de Muñoz O’Farril?”. Juntar su apellido indio con uno de abolengo la confronta, y titubea. Desde que José Antonio le propuso matrimonio la rondan preguntas que no sabe contestar. “Juntos suenan raro, ¿no ve?”, se interroga temerosa. “¿Al caso de verdad voy a poder casarme con él? Vaya lío en que me he sabido meter”, expresa con temor, sin abandonar la vanidad dibujada en su sonrisa plena, en sus labios gruesos, delineados por la franja un poco más oscura que la piel de su rostro. “Y eso que sus señores padres no saben todavía que soy hija del Arukipa Payllu”, se dice con la misma aprensión y el mismo orgullo.

Agita la cabeza para jugar con su pelo suelto que, con añoranza anticipada, cubre sus hombros. De continuar con los planes de casarse con su profesor, ella tendrá que cortarse el pelo. Se lo ha sugerido su ahora prometido con el ceño adusto que emplea con sus alumnos, cuando han cometido una falta y él les llama la atención en tono paternal. Con melosa condescendencia le ha dicho que una mujer casada luce mejor con el pelo corto. La inquieta tal afirmación, a contraccorriente de lo que opinaba al principio, cuando hundía la nariz entre su abundante cabellera para expresarle la exorbitante pasión que sentía por ella, y se apaciguaba con esa inmersión profunda en sus olores. A pesar de la confusión, ella sabe que también tendrá que modificar su forma de vestir y sus modales. Varias veces su novio le ha machacado que madurar sig-

nifica cambiar, lo que implica un sacrificio, y eso le asusta y emociona.

Frente al espejo Rosalía medita en los cambios sufridos por José Antonio desde que le propuso matrimonio. Lo admira en sus grandilocuentes explicaciones sobre aspectos complejos de la política. También ha sido acertado al enseñarle la manera correcta y elegante de usar los cubiertos en la mesa de restaurantes y eventos sociales. Y, sin embargo, le molesta la emergencia de temas en los que está segura que él no tiene razón. Por ejemplo, considera que fue terco e insensible la noche de difuntos cuando la aburrió con agresiva insistencia en lo absurdo que le resultaba que los indios y los cholos llevaran pan y comida a las tumbas, como si los muertos fueran a comer de ello. Ella lo escuchó pacientemente y trató de explicarle sus costumbres, hasta que ya cansada le reviró el tema, preguntándole si acaso los señores blancos eran más lúcidos y científicos por llevarles flores a los muertos como si éstos pudieran salir de las tumbas para disfrutarlas. Esa madrugada algo sin definir se interpuso entre ellos, y desde entonces padece la inquietud anticipada por lo que será vivir en el seno de las familias Muñoz y O'Farril. ¿Cuántas de las costumbres de su familia tendrá que desechar?, se pregunta, ante el hecho de que antes muchas de ellas habían sido de gran interés para su novio y en la actualidad parecen molestarle. Ella misma siente ahora esa contradicción: antes, al desear ser moderna las despreciaba y, ahora, ante la obligación de abandonarlas, las valora.

La tristeza se instala como rictus en su boca.

Rosalía, sin embargo, prefiere desechar los nubarrones acechantes para concentrarse en lo que disfruta de su novio. Por ejemplo, le encanta salir con él porque, como les dice a sus amigas, José Antonio “es muy galán, muy guapo y superinteligente”, además que la invita a buenos lugares en los que siempre aprende algo. Con el giro positivo de sus reflexiones, sobre

la superficie del espejo, antes empañado por las dudas, hace la lista de lo positivo en su noviazgo. Y con mejor ánimo regresa a jugar con su pelo: lo desenreda, lo dobla, lo oculta y lo vuelve a soltar para que le acaricie la espalda desnuda. Sólo entonces, con la ternura que la envuelve, mantiene en la penumbra las cosas que la inquietan, con el secreto afán de que desaparezcan al evitar nombrarlas.

El sosiego le dura muy poco.

La imagen morena persiste en el espejo y recuerda la inquietud que sintió cuando le contó a Clementina sobre la propuesta de matrimonio que José Antonio le había hecho la noche anterior. Ésta permaneció inusualmente seria. Y si bien trató de reír y la abrazó para desearle felicidad, muda se quedó toda la tarde. Una tensión similar se presentó durante la siguiente ocasión en que los tres estuvieron juntos. Por primera vez su prometido no expresó curiosidad por todo lo concerniente a su madre, pidiéndole detalles de sus costumbres y de las palabras que usaba en su lengua, ni aquella hizo los esfuerzos acostumbrados para conversar asertiva y pacientemente con el joven profesor; y cuando concluyó la reunión, la despedida fue formal y fría, como si cada uno viera en el otro por primera vez la distancia infranqueable que los separaba. Rosalía intuye que algo no anda bien. Desde que aceptó ser su esposa, José Antonio está tenso, como si pretendiera fortalecer su papel educador.

La joven sacude la cabeza para barrer con el manto de su pelo oscuro los pensamientos tristes sobre su noviazgo. Y se aleja del espejo para no pensar en una verdad que escuchó alguna vez y parece insinuarse ahora: que el amor se usa también para dominar y cambiar al otro, en un juego de poder, disfrazado de condescendencia.

—¡Ay!, Fernando, ¿a dónde crees vos que vas con todo esto?
—le pregunta Paula Quiroz Magaña a su hermano—.

—Me importa el país, me importa la democracia, me importa la legalidad. Y si para defenderlas debo obligar a los que tienen mucho, en exceso diría yo, a que cedan un poco de sus posesiones no me importa. Estoy dispuesto.

—¡Eso es basura! Demagogia pura. Lo sabes muy bien. No estás frente a las masas diciendo un discurso. Quiero la verdad. Aquí los intereses tienen nombre y apellido y lo que a uno le das se lo quitas a otro, ¿no es cierto? Tú y yo hemos discutido muchas veces las debilidades de las medidas populistas, exactamente lo que haces ahora y que proyectas hacer en el futuro inmediato. No te reconozco.

—Hay cosas que no puedo divulgar, hermanita. Lo que sí puedo decirte es que, si para detener la fragmentación del país, debo impulsar a un indio para presidente lo voy a hacer. Créeme que no tengo más opciones. Hay un viejo dicho que reza que para que la cuña apriete deber ser del mismo palo y eso, precisamente, es lo que vamos a hacer.

—¡Por Dios, hermano! Parece una mala broma. ¿Supones que debo creer que en tu partido, que en el país entero, no hay otro candidato mejor que el Emiliano Chaski para presidente de la república? Es increíble que trates de convencerme. ¿En qué clase de juego te has metido?

—De acuerdo. Te lo voy a explicar sin detalles reservados... Sólo que, por favor, no me interrumpas. Y borra esa cara de mala conciencia con la que siempre me presionas.

—...

—La decisión se relaciona con el avance sumamente peligroso de Arukipa Payllu. Son cientos, quizá miles de miles de personas las que lo apoyan. Ha logrado convencer a muchos indios del proyecto de formar una nación independiente en la que no habrá lugar para los blancos. Tienen bien delimitado el territorio para su nueva nación sin que les importe desprenderse de las zonas donde hay petróleo y gas. Lo que parece increíble, ¿no es cierto?

— ...

—Bien. Según sus planes nos dejarán mucho de las tierras templadas y los departamentos petroleros íntegros. Pretenden quedarse con la cordillera, las llanuras altas y casi toda la selva. A los no indios nos dejarían una franja en forma de media luna, muy delgadita, aunque rica en recursos. Lo que ellos quieren como territorio supone un sol, con una franja oscura, que será la nuestra. La imagen es la de un eclipse en su última fase. Es sugerente, ¿no ve? Es la vaina esa del renacimiento según los ciclos solares. Estamos investigando su financiamiento. No es creíble que un lío de tal magnitud lo armen los indios únicamente con sus recursos.

—Pero...

—¡Te dije que me dejaras terminar!

—....

—Es mi obligación como presidente interino llamar a elecciones...

—Eso si tu gobierno no fuera bien. Lo cierto es que has logrado el apoyo de mucha gente...

—Continúo sin interrupciones, ¿de acuerdo?

—Sí. Disculpa.

—Aunque tengo un amplio respaldo también he tocado grandes intereses. Conoces muy bien de quienes se trata. El punto es que ellos ya escogieron candidato y si ganan perde-

remos lo que hemos logrado. Sería regresar a los peores años, con los sectores de la oligarquía más retrógrados. A ellos no les importará que se regrese a restablecer el trabajo esclavo con tal de ganar más plata. Y por desgracia, del otro lado, tenemos al Arukipa Payllu.

—¿Y los sindicalistas? Apuesto que ellos no apoyan al Payllu ése.

—¡Son una desgracia! Como siempre se desgastan en sus interminables luchas internas. Una alianza con ellos es inalcanzable. Y ni qué decir de los sectores medios, de los intelectuales y profesionistas, porque poco valen en número de votos y tienen miedo de perder sus privilegios. En cuanto a los empresarios y políticos que hasta hoy nos han apoyado si no les damos opción se irán con los oligarcas, porque en el fondo no les molestaría librarse de los indios revoltosos. Por eso el asunto es tan delicado. Desde los extremos presionan para que el país estalle, se divida, y no en sentido metafórico, sino territorialmente.

—¿Y...?

—Y bueno, el Emiliano Chaski de origen indio, puede ser atractivo para muchos que ahora siguen al Arukipa Payllu. Podrán votar por él y dejar aislado al indio mesiánico, que no dudo que esté loco. Creo yo, de forma autocrítica, que en mi gobierno nos centramos demasiado en la macroeconomía y descuidamos la dimensión social, la cual alimenta el descontento. Yo le tengo confianza a Chaski porque lo conozco, tiene muchos años dentro del gobierno. Es abogado, mi colaborador, siempre discreto y eficiente. El hombrecito es ideal para este paso crucial porque tiene fe en nuestras instituciones. Votarán por él las mayorías indias, campesinas y cholas del país. Y bajo ese supuesto, considero que, si convencemos a los empresarios progresistas de que el Emiliano hará un buen gobierno, y que respetará los compromisos, estarán a su fa-

vor, ¿no es cierto? Es una opción para no desandar lo andado y, sobre todo, para evitar que el país se nos caiga a pedazos.

—No me convences. Existe también la opción de tu continuidad en el gobierno. Con tus alianzas en el Congreso existen enormes posibilidades de que consigas las reformas necesarias para mantenerte como presidente.

—No es lo pertinente.

—Debo aceptar que tuve dudas sobre tu incursión en la política, y ahora reconozco que estaba equivocada. Así que tu permanencia en la presidencia sería la mejor forma de fortalecer los logros. Yo, sinceramente, no me imagino al Emiliano Chaski como presidente, ni tampoco a nuestros conocidos dando su voto por él. Es un gran riesgo y no creo que debas correrlo.

—Mi respuesta es un no rotundo. Prolongar el interinato, o legalizarme como presidente por un periodo electivo, sería traicionar mis ideales, caer en lo que siempre critiqué. Mirá vos, para tu tranquilidad y para que lo propagues entre los interesados, te anticipo que Luis Alfonso Madrigal, que ahora funge como mi secretario particular, acompañará al Emiliano para ganar la vicepresidencia, lo que ayudará a lograr un equilibrio y despejará las dudas.

—¿Tengo alguna oportunidad de convencerte de que te mantengas en la presidencia?

—No.

—Entonces, te deseo suerte en tu absurdo proyecto.

¡Qué amargo le sabe esa noche el singani a Roberto Condori! Lo bebe de a poquito, casi sólo con la punta de la lengua mientras contempla la pequeña caja de madera, de cedro blanco, que contiene los pocos restos de don Facundo Irikawa que pudieron juntarse después de la explosión.

En el cuartucho bullen la viuda, una mujer de muchos años, sus dos hijos, mineros también, más una prole de chiquillos sucios y llorosos. De tanto en tanto, algún compañero entra para abrazar a la mujer y balbucear un discursillo frente a su amigo muerto. Afuera se congregan los trabajadores de la mina de Kankichuqi nuevamente en huelga, ahora para obligar al gobierno de Quiroz Magaña a nacionalizar las minas del país.

Los hombres acullican coca y se embriagan con alcohol. Las mujeres engañan el hambre de los niños con mate de hierbas y trozos de pan duro. Apilados en la estrecha habitación los mineros sudan indignación ante la autoinmolación de don Facundo frente al Palacio de Gobierno. Lo decidió por su cuenta, con hambre en el estómago, con culpa por su famélica prole; desesperado ante la cerrazón del presidente interino para darle trámite a la propuesta de expropiar las minas a favor de formar cooperativas con los trabajadores.

Con el apoyo de sus asesores, los dirigentes de la Central de Sindicatos Mineros hicieron cálculos de gastos de producción, distribución de utilidades, salarios, ahorros, y, con tales datos, generaron una propuesta de planeación, en la cual las minas de cobre tendrían ganancias, aunque bajaran los precios en los mercados internacionales. La proyección incluía qui-

tar de la nómina a los supervisores y burócratas, y, en cambio, mejorar la vigilancia para controlar los inventarios, reciclar los desperdicios y hacer eficiente el uso de los insumos. Elaborar el proyecto les llevó muchas semanas de trabajo, convencidos de que formar cooperativas, y organizar ellos el trabajo, era la única forma de salir adelante. Para resolver el difícil tema de las jubilaciones propusieron construir un fondo de ahorro que reuniera un porcentaje de las ganancias con algo del salario de cada quien, como mecanismo de solidaridad entre generaciones y garantizar así la vejez de los mineros.

Fue decepcionante la respuesta de Quiroz Magaña ante su propuesta de nacionalizar las minas, como lo hizo antes con el petróleo y el gas. No obtuvieron siquiera la promesa de hacerlo más adelante y por eso se fueron a la huelga. Confiaron en la sensibilidad del presidente interino y supusieron que su paro duraría menos de una semana. Esta vez se equivocaron. En ocho semanas se agotaron las reservas económicas y las familias ya no tuvieron qué comer.

En huelgas pasadas resistieron durante meses porque contaban con el apoyo de otros sindicatos progresistas, pero ahora están divididos: algunos piensan que las huelgas operarán en contra del presidente amigo; otros andan demasiado cerca de Arukipa Payllu; y otros más transitan por la senda electoral oficial puesto que el país, por primera vez, tiene a Emiliano Chaski, a un indio, como candidato para presidente de la república.

La reacción de Quiroz Magaña dejó pensativo a Facundo Irikawa y días después de la fallida entrevista, bajó a la mina. Quienes lo vieron entrar, por esa boca devoradora de vidas, creyeron que visitaba al Tío para rogarle que la huelga se arreglara. Pasó la noche adentro, cubierto por su chompa roída, cobijado por el silencio inusual de los pasadizos fraguados en la roca. A la mañana siguiente, muy temprano, sin dar ex-

plicaciones, el hombre subió a su casucha, dijo adiós a su mujer y tomó el rumbo de la ciudad.

Lo siguiente lo escucharon por la radio: “¡Explosión frente al Palacio de Gobierno, pone en peligro la vida del presidente de la República! A las quince horas del día de hoy un viejo minero se hizo explotar con un cartucho de dinamita, oculto entre sus ropas de trabajo. Lo que gritó antes de la explosión no ha sido identificado. Según testimonios, el hombre llegó ante la puerta principal del Palacio de Gobierno poco después del mediodía para solicitar audiencia con el presidente interino. Ante la negativa, se inmoló frente a las puertas del edificio. Se investiga si se trata de un atentado fallido contra el primer mandatario, o fue un acto suicida”.

Ahora, sin saber cómo proceder, los mineros se beben su tristeza a la espera de que algo les ayude a construir una esperanza.

Emiliano Chaski es un hombre sencillo, buen funcionario y militante leal y eficaz de su partido, el Auténtico Republicano. Abogado, especialista en derecho constitucional, igual que Quiroz Magaña, está convencido de que las leyes de su país son buenas y sólo falta encontrar la forma de que se cumplan, para lo cual se necesitan personas como su jefe, como él mismo, que actúan por convicción, con equilibrado juicio político y libres de intereses económicos personales. Cuando le propusieron ser el candidato para contender por la Presidencia de la República aceptó, convencido de que era una más de las tareas que debía cumplir con plenitud y honestidad. Y como parte de la misión aceptó que Luis Alfonso Madrigal fuese su compañero de fórmula para, juntos, alcanzar la presidencia y la vicepresidencia. Lo conocía bien. Era de buena familia, amigo de Quiroz Magaña, y, como aquél, un intelectual progresista, aunque con más años de militancia.

En el trayecto de la campaña electoral, sin embargo, Emiliano Chaski conoce su país desde una perspectiva distinta. Ha palpado su diversidad geográfica y calibra mejor los abismos sociales y culturales de sus habitantes; y ha descubierto que las asimetrías debilitan el tejido que sostiene al país, y alimentan el descontento, que se expande por todo el territorio, azuzado por los empresarios que emplean los medios de comunicación para crear confusión sobre el valor de las reformas de Quiroz Magaña.

Durante su tarea se enfrenta a las cruentas disputas con sus rivales políticos, palpa la desconfianza de los empresarios, pa-

dece el desprecio racista de las oligarquías, y caen sobre él las intrigas, los actos de provocación y los intentos de desprestigiarlo. En suma, le cuestionan su origen, su actuación como político y lo que proyecta. Pese a todo, también ha visto muestras de apoyo sincero y solidario de quienes se identifican con él por ser moreno y de apellido indio. Así que al fragor de la contienda se ha convencido de que él, más que una pieza del juego político coyuntural, es indispensable para su país y ha generado sus propias convicciones. Está seguro de que al ser indio y al haberse educado, y entrenado en el oficio de las leyes y el gobierno, él podrá ser el enlace entre los dos lados de la sociedad imanteña que históricamente se han confrontado. Bajo la óptica de que a pesar de las diferencias importan más los intereses en común, siente que logrará la armonía deseada haciendo las cosas a su modo, según se lo dicte su experiencia personal. Él conoce la pobreza porque la ha padecido, lo mismo que la discriminación, pero, al estar entrenado en la política, también se cree capaz de conciliar posiciones y de proponer soluciones. Crear puntos de convergencia será, por tanto, un aspecto fundamental de su proyecto de gobierno que tendrá como punto de apoyo la lealtad de su vicepresidente, Luis Alfonso Madrigal, de tez blanca y apellido aristocrático. Para él, andar juntos un indio y un blanco serán ejemplo de que la convivencia pacífica y creativa es posible si se tiene un proyecto compartido.

En el ámbito público él se presenta como un mediador, sin embargo, sus discursos y propuestas se leen desde puntos de vista discordantes. Su origen es una esperanza para los indios y cholos que creen que con él como presidente mejorarán sus condiciones. No así para los blancos que creen que, de ganar las elecciones, Chaski los castigará al propiciar que sean ellos quienes se subordinen a los indios, tal como suponen que sucederá con Madrigal cuando, como vicepresidente, quede

constitucionalmente debajo del poder de un indio, y están aterrados.

En el ámbito intelectual su candidatura también se percibe de forma contrastante: para algunos, apoyar a un indio es pagar una culpa histórica y están dispuestos a darle su voto, sin atender a los detalles de sus propuestas de gobierno. En tanto que, para otros, la posibilidad de que un indio sea presidente es una afrenta, un peligro que afecta sus bienes, su prestigio, su poderío. Para ellos Luis Alfonso Madrigal es un ser despreciable que traiciona a su clase.

Las campañas electorales se vuelven un campo para la afrenta personal, los golpes bajos y las hostilidades entre grupos de imanteños con colores de piel distintos. En los votos se disputará la vida de cada quien frente al grupo ajeno, lo que desencadena una rabia ancestral, salpicada del miedo al diferente, y pone al descubierto la falacia de que en la República de Imanaña todos son iguales ante la ley porque todos son hijos de Dios y de la patria. Los agravios sobre un grupo se viven como afrentas personales y desatan la furia contra un miembro cualquiera del otro grupo, quien ha de pagar por todos. Bajo ese ímpetu de venganza los integrantes de cada bando atesoran sus valores: su color de piel, su lengua, su religión, sus costumbres, su moralidad y su ansia de poder; y con tal radicalidad se acentúan las diferencias, emergiendo formas de crueldad inusitadas para humillar al otro, despojarlo de su dignidad.

La confrontación se expresa en todos los ámbitos y en una enorme diversidad de acciones, que van desde lo aparentemente inocuo hasta lo virulento. Las empleadas domésticas se rebelan ante las órdenes de sus señoras si están fuera de su horario laboral, y usan su tiempo libre para aprender cómo llenar las boletas electorales. Ello sin dejar de atemorizar a los infantes bajo su cuidado con la amenaza de que está cerca el tiempo en que los indios llegarán a ser señores. En las hacien-

das las vacas son puestas en huelga de hambre para exigirle al patrón que pague jornales justos a sus trabajadores. En las ciudades, estudiantes y profesores de escuelas privadas someten a los indios, los despojan de sus ropas y a golpes los obligan a hincarse, a pedirles perdón por su rebeldía y algunos son crucificados con la leyenda de: “Nunca pretendas ser como un blanco”. Como respuesta, en las alcaldías rurales los blancos son golpeados, expulsados, despojados de sus pertenencias. Y en ciertos barrios y calles los blancos son apedreados, vejados, como pocas veces se ha visto en ese país donde campea la humildad obligada del indio dominado. El odio exacerbado encuentra cauce en las violaciones tumultuarias a mujeres, algunas blancas, otras morenas, con la intención de que en sus vientres lleven el germen irrenunciable del poder del otro.

El día de las elecciones filas enormes de votantes morenos se observan en los pueblos rurales y barrios populares. En tanto que, en las colonias elegantes de las ciudades, las empleadas domésticas, las niñeras, las cocineras, las planchadoras, los jardineros y los choferes, son los primeros en formarse para emitir su voto. Esto último es motivo de curiosidad y de reseña periodística, ante lo inusual que resulta el hecho. No obstante, se torna fundamental en el conteo de votos porque en la República de Imantaña el triunfo es de quien obtiene el mayor número de distritos.

Veinticuatro horas después de cerrarse las votaciones los resultados son contundentes: la victoria es de Emiliano Chaski, se la han dado los distritos rurales además de los urbanos donde indios y cholos votaron copiosamente.

Todos están sorprendidos. Unos con felicidad, otros con miedo.

En las austeras planicies de la cordillera se vuelve a la tranquilidad luego de las elecciones. Las exigencias de la tierra son estrictas, y debe seguirse con puntualidad y esmero un calendario preciso de actividades que no permite más distracciones. John Mead, quien ha retornado desde hace varias semanas para realizar sus indagaciones, lo recorre siguiendo las rutas que construyó con Mary Sampers. Y nunca le falta dónde dormir ni qué comer.

Ha sido reconfortante para él recordar que si uno se acostumbra a lo que da la tierra no es necesario tener más y, para ganarse lo que come y el techo donde duerme, trabaja junto a los campesinos en sus interminables labores. Le sienta bien respirar el aire limpio, gozar el agua helada y trabajar con las manos. Con los diferentes miembros de las familias cosecha papas y prepara chuño y tunta, pastorea animales, repara aperos de labranza y reconstruye bardas. Y al anochecer se sienta, como todos, a charlar alrededor del fuego. Poco recuerda ahora sobre su primera incursión en el altiplano, cuando vestido con camisa blanca, pantalón y corbata negros, se adentró, iluso y prepotente, a buscar a su rebaño de creyentes. Ya no le interesa la labor proselitista y, en cambio, indaga con paciencia y precaución lo que hay detrás del proyecto de Arukipa Payllu. No le preocupa el futuro de los indios, sino su propia batalla personal en contra de Dylan MacFarren. Si antes su razón de existir estaba en llevar la palabra de Dios a lugares recónditos, en el presente, su afán vital es descubrir

qué motiva a su antiguo compañero de misión; y cómo, su astuta presencia entre los sindicalistas campesinos oculta sus verdaderos intereses que está convencido que serán turbios y mezquinos.

Para encontrar los hilos de la presencia de Dylan, John sigue la receta de Mary Sampers de inducir a los nativos a las confidencias. Además de trabajar con ellos, les cuenta historias y les regala baratijas. Así, uniendo fragmentos de comentarios, de opiniones furtivas y de rumores, se entera de que muchos hombres en el altiplano se están movilizand para algo sustantivo que cambiará sus vidas: que por las noches susurran los aviones y que los hombres, como hormigas, salen de los caseríos a proveerse de los artefactos que les caen del cielo. Nadie confiesa conocer la procedencia de las armas que ocultan, ni para qué las emplearán. A pesar de lo cual se ven satisfechos y confiados, algo inusual entre ellos. John les aconseja que tengan cuidado, y ellos bajan la mirada para decirle que reciben las armas como regalo divino, con la certeza de que son para algo fundamental que se prepara oculto, aunque bendecido por la luz de los espíritus.

En sus largos recorridos por los caseríos, John confirma que con periódica frecuencia se desarrollan reuniones secretas relacionadas con las armas y el proyecto de Arukipa Payllu. Además, que el nombre de Dylan MacFarren se asocia directamente con el hallazgo de ciertos yacimientos mineros, de los cuales, por más que pregunta, nadie sabe o nadie quiere decirle dónde están, ni la clase de material que tienen, lo que de suyo resulta sospechoso. Otro motivo de inquietud, se alimenta de algunos fragmentos de testimonios que hacen suponer que su ex amigo, y ahora su enemigo, asiste a las reuniones clandestinas para desaparecer después por largas temporadas.

Sabedor de lo que fue capaz al provocar la masacre del Lago Pawqara, John lo supone como el instigador de una rebelión de envergadura. Con la información recabada retorna a la Ciudad de Aynacha, confiado en que allí podrá encontrar la información que le permitirá concluir su misión, y evidenciar las malas intenciones de Dylan.

Las calles de la Ciudad de Aynacha, con su anárquico paisaje de palacios coloniales y casas hechizas, a punto de naufragar ante la verticalidad de las laderas, nuevamente están de fiesta. Una multitud marcha eufórica ante el triunfo electoral del Partido Auténtico Republicano. Miles de personas llevan consigo los utensilios que les permitan acompañar los cantos y consignas que los ratifica como triunfadores: cazuelas, botes, sonajas, cualquier cosa que los haga sentir que son protagonistas de la vida pública y les dé un rostro colectivo que los saque del anonimato. Los perdedores, en cambio, aterrados se recluyen en la seguridad de sus residencias de bardas altas y sus clubs privados. Nunca creyeron posible el tropiezo de que un indio ganara las elecciones y no saben todavía como revertir la catástrofe.

El nuevo presidente también festeja incorporándose al desfile callejero en el que se deja abrazar. Conversa. Se fotografía decenas de veces con las mujeres. Besa a los niños. Se abraza con los hombres.

Después de dos horas se retira discretamente para cenar con su equipo de campaña. Jóvenes y viejos compañeros de partido lo esperan, ávidos de compartir con él las anécdotas y vicisitudes de una labor agotadora que ha rendido los mejores frutos. El nuevo presidente llega a su cuartel de campaña visiblemente emocionado, todavía incrédulo del éxito obtenido. Lo reciben con grandes ovaciones y él brinda con cada uno agradeciendo su fiel e incansable trabajo de noche y día. A las veintitrés horas con treinta minutos, el responsable de su guardia personal le comunica que ya deben retirarse a la Residencia

de Montijo. Una amplia edificación de dos plantas con tejas rojas, paredes color salmón, grandes jardines interiores y sendas divisiones que separan las áreas de servicio, de las otras en las que despachará asuntos de Estado y habitará como presidente en turno. Es conducido por el séquito de su personal, y Emiliano Chaski abrumado, pide quedarse solo. Observa la enorme cama y se tumba en ella sin haberse desvestido.

Acostumbrado a madrugar, despierta con las primeras luces del día, y, a sabiendas de que todos los demás estarán dormidos, se asoma curioso a los armarios de la habitación. Son tan grandes como el departamento que ocupó hasta el día anterior y están repletos de elegantes ternos, todos invariablemente oscuros, que le indican el modo de vestir que tendrá en adelante. Una hilera de lustrosos zapatos se asoma por debajo de los sacos, con el delicado propósito de que el presidente indio no tenga dudas en la selección de su vestuario. Media entre los zapatos y los ternos, un estante especial, de cubierta de vidrio, con las corbatas combinables con las camisas que circulan automáticamente sobre un riel, acomodadas por color, del blanco a los tonos grises. La elección del guardarropa la adivina fraguada por su vicepresidente, Luis Alfonso Madrigal, preocupado por el gusto impecable que deberá portar como nuevo presidente.

Durante el desayuno, el jefe de seguridad le presenta al personal de oficina y la agenda del día. Queda pendiente la elección de su secretario personal. Conforme pasan los minutos, el nuevo presidente advierte el peso de la maquinaria oficial que no deja resquicios a la improvisación. Bajo un estricto horario, recibe a Madrigal, quien apuntala las explicaciones sobre el protocolo y la agenda que deben cumplir en ese día tan especial. A las nueve treinta de la mañana el mandatario recibe a las personalidades importantes del país, que pasan por la residencia oficial a felicitarlo. A las once pasa lista a la Guar-

dia Presidencial que le promete lealtad. El novel presidente escucha el discurso de un viejo general ligeramente cano, que detalla la historia patria que todos conocen. A las doce treinta Emiliano Chaski come con los militares de más alto rango del ejército. Sus apellidos son los mismos que, escritos en letras de oro, están en el Panteón de los héroes nacionales. Con buenos modales éstos le hablan de la importante tarea que tiene para mantener la paz social, y en las palabras del general de mayor edad, escucha la advertencia: el ejército quiere cambios, más no tantos ni tan profundos como para que se convulsione el país, y allí están ellos para vigilarlo.

El documento en las manos de Emiliano Chaski se titula “Los recursos estratégicos de la República de Imantaña en la lucha por el control de la energía del siglo XXI”. Elaborado por sus servicios de inteligencia, explica los complicados nexos existentes entre los indios radicales de Arukipa Payllu y los integrantes de la organización no gubernamental Ecologistas Extremos por la Renovación del Planeta, cuyo presidente es Dylan MacFarren, heredero de poderosas empresas dedicadas a la investigación tecnológica.

El asunto central que se explica, es el interés de ciertos gobiernos extranjeros en los yacimientos de níquel recientemente descubiertos en la República de Imantaña. Elemento que, según los expertos, será fundamental para mover al mundo en pleno agotamiento de los hidrocarburos. Los yacimientos más grandes se localizan en las regiones indias del altiplano. Los cálculos conservadores hablaban de la existencia de un yacimiento de 63 kilómetros de longitud, con un espesor de rocas ígneas de 4,500 metros. El más grande del mundo. El concepto clave son las celdas de combustible como base para una economía de energía basada en el hidrógeno, capaz de satisfacer las demandas mundiales, al mismo tiempo que reducirá las emisiones de gases de efecto invernadero. En síntesis, se pretende convertir energía química en energía eléctrica sin ninguna combustión. Las celdas de combustible, diseñadas para funcionar directamente con hidrógeno, son una tecnología limpia, eficiente como generadora de electricidad, puesto que como residuos arroja únicamente agua y vapor.

Según el documento, el declive de las reservas de gas y petróleo son la razón oculta que explica la tranquilidad de varios gobiernos extranjeros frente a los acontecimientos de los últimos años en la República de Imantaña; y permite comprender la tibieza con que sus diplomáticos protestaron ante los procesos de nacionalización efectuados por el presidente interino, Fernando Quiroz Magaña. Las empresas de los MacFarren, son unas de tantas a nivel mundial que han desarrollado tecnologías para suplir con níquel los metales preciosos, empleados como catalizadores de las pilas actuales, y producir otras, ecológicamente apropiadas y de muchísimo menor precio.

Sin embargo, este recurso no es el único de su interés, y varias potencias mundiales están atentas a la exploración y la obtención de licencias de explotación de otros elementos emergentes, como el litio, necesario para las baterías de los autos eléctricos, lo que en conjunto permitirá la transición tecnológica. El desarrollo de tecnologías limpias, por ahora en torno al níquel, es lo que mueve la alianza entre el gobierno estadounidense y los ecologistas extremos; pero es también la punta de lanza para hacerse de las concesiones del litio, abundante en las lagunas salobres de los indios de otras regiones, con una producción posible de 21 millones de toneladas. Todo ello en el contexto de la batalla silenciosa entre las potencias extranjeras que merodean los recursos naturales de Imantaña, dando aliento a las revueltas sociales para conseguir un gobierno a modo de sus intereses.

En síntesis, le explica Luis Alfonso Madrigal al presidente, que tanto los ecologistas-empresarios como el gobierno de Norteamérica tienen en Arukipa Payllu un aliado para una futura y ventajosa negociación sobre los derechos para explotar, en primera instancia los yacimientos de níquel, para seguir luego con los del litio, al considerar que será más fácil

lograr acuerdos con una nación nativista, recién formada y sin intereses en el desarrollo tecnológico, que con la actual República de Imantaña con fuertes sentimientos nacionalistas sobre sus recursos naturales. En ese escenario, los indios se quedarían con el país tradicional que tanto desean, mientras los ecologistas extranjeros, con el apoyo de su gobierno, efectuarán la explotación que tanto desean dentro de los territorios indios.

En el poderoso país del norte, se le explica al mandatario, se impulsa ya la reconversión energética ecológicamente adecuada, y con excelentes ganancias, basada por ahora en el níquel, en tanto se prepara para hacerse, también, en un futuro cercano la explotación del litio.

Sobre el asunto de las armas que llegan al altiplano, concluye el vicepresidente, el documento indica que los servicios de inteligencia aún no tienen pruebas aceptables para iniciar acciones definitivas. Calculan que tardarán aproximadamente un mes en tenerlas, y todo está en marcha para que así suceda.

X
CON BUENAS INTENCIONES
SE SIEMBRA EL CAMINO AL CIELO

Una vez que John tiene la certeza de que se prepara un levantamiento armado, encabezado por Arukipa Payllu y apoyado por Dylan MacFarren, no sabe cómo proceder. Le parece evidente que este último está vinculado a los yacimientos mineros recién descubiertos y se aprovecha de la ignorancia del líder indio para sus propósitos. No sabe cómo detenerlo. Pien- sa en hablar directamente con el dirigente para alertarlo sobre la peligrosa manipulación de que es objeto, pero se contiene. ¿Qué puede decirle con exactitud? Es su palabra contra la de aquel que tiene a su favor todo lo que ya le ha dado y prometido.

Inquieto se debate entre su deseo de asumir un papel importante en torno a sus hallazgos o buscar apoyo para lograr un impacto real. Publicar la información recopilada en la gac- etilla de su sección sindical es una opción, aunque no deja de sentir temor ante el posible revuelo que causará entre sus compañeros sin que logre tener un impacto real. Discutirán, elucubrarán, se enemistarán y allí terminará el tema. Confor- me pasan los días siente que un levantamiento armado en la República de Imantaña impactará su vida otra vez lo mis- mo que a la gente del altiplano, y no sabe cómo evitarlo.

Como primer paso decide sistematizar metódicamente lo que ha encontrado. En nueve cuartillas escribe lo que sabe de Dylan: explica cómo, en alianza con la embajada americana, fraguó los sucesos del Lago Pawqara que tuvieron como re- sultado la masacre, y señala puntualmente los indicios que le permiten deducir que, en la actualidad, con intereses poco cla- ros, apoya el levantamiento armado de Arukipa Payllu para

formar una Nación Originaria. Con el fin de que pueda ubicarse el perfil de la organización de ecologistas radicales a la que pertenece su ex amigo, plasma las direcciones electrónicas donde se brinda información referente a sus inclinaciones; y deja asentado el posible interés que tendrían los MacFarrren, con sus empresas productoras de energía, en torno a ciertos yacimientos mineros en territorio imanteño, de los cuales la población se niega a dar información.

Concluye el documento y lo mira con una mezcla de orgullo y malestar. En él puede constatar lo que ha aprendido en los últimos meses, aunque haberlo escrito le causa una extraña sensación de angustia. Lo mira con temor como si se tratase de un animal malsano a punto de saltar sobre él. Claro que su interés es desenmascarar el maquiavelismo de Dylan, aunque siente que algo más grande se desencadenará, trayendo consigo consecuencias incalculables. Quedar, por su propia intervención, sujeto a un destino incierto está fuera de lo que él acostumbra, siempre temeroso de hacerse notar para que no se altere la endeble estabilidad en que vive. Abandona el documento, oculto en un cajón de su dormitorio, y los días siguientes los pasa en una inactividad angustiosa y corrosiva. Al cuarto día decide buscar a Felipe Phaxsi con la esperanza de que lo escuche y juntos construyan el siguiente paso.

El tenso encuentro inicial se aligera con un par de cervezas que beben como en los viejos tiempos. Con buen ánimo platican de sus vidas hasta que, después de la tercera cerveza, analizan el documento. Cavilan todo tipo de hechos y argumentos sin saber a ciencia cierta si los datos que están allí tienen un valor significativo ni lo que deben hacer con el documento. Deciden que el tema los rebasa y que lo procedente es que Felipe lo entregue a los dirigentes de su sección sindical. Ellos, como líderes, sabrán valorarlo y decidir la mejor forma de actuar. John se siente liberado de una responsabili-

dad inmediata que no sabe cómo asumir y respira tranquilo, convencido de que la información seguirá su curso dentro del sindicato cocalero, sin que él tenga un papel protagónico en el tren de los acontecimientos.

Al siguiente día Felipe Phaxsi se planta en las oficinas de su sección y entrega el documento a su dirigente inmediato. Éste le echa un vistazo y sin mostrar interés despacha al cocalero a su casa, con instrucciones para que espere en la ciudad las indicaciones pertinentes.

Horas más tarde los tres líderes responsables de la sección leen con cuidado el contenido del escrito, lo califican de confidencial y lo remiten a los altos mandos de su sindicato nacional, quienes lo reciben por la mañana del otro día. En su revisión, los dirigentes nacionales subrayan su gravedad y proponen realizar un análisis del momento, acompañado de una prospección estratégica en torno a lo que se denuncia. Convocan, entonces, a una reunión urgente, que sucede el día siguiente. En ella participan los dirigentes de la Federación Nacional de Sindicatos de Jornaleros y Campesinos, que después de analizar y discutir, y en previsión de las acciones a tomar, optan por citar a los máximos líderes de la Central de Sindicatos Mineros que cuentan con cuarenta años de experiencia política y saben de yacimientos mineros. Temen que se trate de una trampa con fines que no pueden identificar. Les lleva tres días más convocar a la reunión de las altas dirigencias de las dos organizaciones.

Los integrantes de ambas cúpulas sindicales deciden que, ante la gravedad de los hechos descritos, deben unirse y posponer sus diferendos políticos inmediatos. Realizarán una reunión de análisis a profundidad en el Salón de Actos de la Central de Sindicatos Mineros. Los hombres, de las dos más importantes y multitudinarias organizaciones sindicales del país, giran órdenes de que no se les interrumpa. Forman tres grupos de

trabajo: el de los yacimientos mineros y la energía, el de la coyuntura política nacional e internacional, y el de prospección de la lucha política y sindical en el país.

Los resultados los discuten en reunión plenaria después del almuerzo. En ella se argumenta el peligro que significa que Arukipa Payllu reciba armas extranjeras para imponer su desbocado proyecto de construir una Nación Originaria; califican como grave que el gobierno oculte el descubrimiento de los nuevos yacimientos mineros; y se indignan por la intervención del imperialismo en un proyecto para desestabilizar la República de Imantaña, seguramente con la finalidad de acabar con el movimiento sindical que lucha por el socialismo.

Detectan, sin embargo, dos problemas: que un gringo sea el autor del escrito y que Felipe Phaxsi, pariente de Arukipa Payllu, sea quien se los haya hecho llegar. Discuten profusamente las trampas posibles hasta que, a la hora del té, por unanimidad, deciden que para comprobar la veracidad del documento debe comparecer ante ellos Felipe Phaxsi. Esa noche le comunicarán la decisión.

La reunión, a puerta cerrada, a la que deberá asistir, se efectuará sin falta a las ocho de la noche del día siguiente, en ese mismo salón.

Después de seis días de encierro Felipe Phaxsi padece la ansiedad de la inactividad e intenta adivinar lo sucedido con el documento de John. Una posibilidad es que permanezca olvidado en un cajón del escritorio del dirigente que lo recibió; otra, que, con el clásico ritmo de la administración sindical, ande en manos de algún asesor que hará notas informativas para los otros dos dirigentes de su sección. En ambos casos él no puede hacer nada más que esperar a que se destrabe la burocracia.

Mira distraído el informativo de medianoche en la televisión, cuando escucha ruidos tenues en el vidrio de la ventana. Supone que son basuritas arrojadas por el viento. Los golpes se repiten, acompañados de un silbido. Distraído, supone que alguien se comunica con otra persona en la calle, aunque inquieto baja el volumen y pone atención. Entonces escucha con claridad su nombre, reacciona y corre hacia la ventana. Entre las sombras vislumbra a uno de sus compañeros que le hace señas para que salga. Tanto misterio lo inquieta. Su temor se hace real en el instante en que su camarada le comunica que deberá comparecer ante los dirigentes sindicales más poderosos del país. La cita se ha fijado para el día siguiente a las ocho de la noche en la Central de Sindicatos Mineros.

Las expresiones de su camarada, la forma cuchicheante que emplea para hablarle, lo inusitado del lugar y la hora, lo asustan y se agita su insomnio toda la noche.

Por la mañana, incapaz de tragar sus alimentos, no acaba de comprender la gravedad de su situación. Ha sido siempre un buen sindicalista y participa activamente en las marchas y en los

piquetes de huelga; pero, como miembro de la base, no tiene la costumbre de los movimientos clandestinos, y le ha sorprendido que desde la dirigencia de su sindicato le hayan prohibido salir de la ciudad y hablar con otros compañeros. En este último aspecto el mensajero fue enfático: no puede hablar del documento que entregó ni debe comentar con nadie que habrá de comparecer ante los dirigentes de las centrales sindicales campesinas y mineras. La palmada que le dio el mensajero al despedirse le hizo saber que estaba en problemas.

Las horas de la mañana transcurren abrumadoramente lentas y Felipe Phaxsi trata de llenarlas con la televisión, con supuestos arreglos de plomería en su vivienda, sin que sea capaz de concentrarse y menos de sentir que todo marcha bien. Para mitigar su angustia sale a caminar. Mientras transita por las angostas y empinadas calles de la ladera repasa su participación en su sindicato. Ingresó a los dieciséis años al enrolarse con los trabajadores temporaleros para la cosecha de la coca. Desde entonces es constante, colaborativo y leal con su sección sindical. Según su balance todo iba bien hasta que pasó la masacre del Lago Pawqara que revolvió las cosas al punto que ya no se sabe ni para dónde irá el país. Y luego llegó John, un gringo extraviado, a quien decidió apoyar, y que para el colmo de sus males lo metió en un asunto al parecer muy grave. ¡Cómo se arrepiente de su ingenuidad! “Fui un bruto por aceptar entregar su escrito”, se reprocha, con un sabor amargo que demerita lo que durante meses fue su amistad. Lo hizo por lealtad a su amigo y también a su gremio y ahora sólo le queda esperar que los dirigentes más importantes del país así lo comprendan.

Siente su cabeza revuelta con la multitud de ideas y le parece que graznan cual pájaros asustados en busca de una mejor rama para escapar de un torbellino. Ha llegado al Puente de

las Culturas y, recargado sobre su valla de seguridad, repasa el contenido del documento. La parte del descubrimiento de minas nuevas y el tráfico de armas en el altiplano es información que de alguna forma deben valorar positivamente los dirigentes. Y ¿lo de Arukipa Payllu? ¿Qué van a pensar de esa parte? Con sorpresa, como si antes no hubiesen estado allí, descubre dos asuntos que lo involucran gravemente. Con John, únicamente analizaron el aspecto político y la participación del otro gringo, de Dylan MacFarren, en términos de las implicaciones para un proyecto político nacional. Ahora, en cambio, descubre que entregó el documento sin pensar en Arukipa Payllu como su familiar. La cólera lo hace patear el barandal, como si con ello golpeará al hombre demente en que se transformó Francisco Khanawiri. Es por allí, está seguro, que lo van a cuestionar los dirigentes. Furioso, maldice el día en que su pariente dejó de beber para ser predicador. Desde entonces perdió a sus amigos y ahora, para rematar, lo citan a comparecer. ¿Y qué les va a explicar a los dirigentes? ¿Qué nada tiene que ver con los proyectos del esposo de su cuñada? ¿Que este hombre, con sus locuras milenaristas, le ha echado a perder la vida? “¿Creen al caso que la carta es una trampa y yo un mandadero para llevarla a cabo, en beneficio del Arukipa Payllu?”, se pregunta con la angustia hormigueándole la piel.

La inquietud aumenta. Siente que se aproxima un ventarrón que acabará por empujarlo dentro de un hoyo de fondo desconocido, repleto de alimañas. El vértigo retumba en sus oídos. ¿Cómo dejó que eso sucediese? Se aferra, entonces, al rostro sereno de Irma que lo acompaña siempre como su guardiana ante la incertidumbre. Bajo el calor de esa presencia estable, recapacita y busca opciones para no caer en el fatalismo y en culpas anticipadas. Se imagina que ella, de saber la situación, lo tranquilizaría diciéndole que lo citan porque necesitan más información, o quizá porque quieren que en una si-

guiente reunión les lleve a John. Durante un minuto se siente bien. Luego regresa al hecho incuestionable de que en el documento acusa a su pariente, en flagrante violación de la costumbre de que jamás debe acusarse a un familiar frente a los extraños, o los espíritus traerán desgracias para el acusador. Desesperado se persigna y mira a las montañas para explicarles que no fue su intención acusar a Arukipa Payllu.

Son ya las seis de la tarde y la ciudad se cubre de sombras densas. Una neblina opaca se interpone entre él y el cielo que interpreta como el anuncio siniestro de que llegarán cosas muy malas. En el fondo está su incapacidad de descifrar el origen de su desazón: ¿Qué es lo que le preocupa? ¿Que los dirigentes lo acusen de ser aliado de Arukipa Payllu? ¿O el haberlo traicionado?

Copado por el miedo Felipe Phaxsi intuye que la verdad, si es que existe, tiene el color que le ponen los que tienen el poder de decir cuál es y de juzgarla.

En la Ciudad de Aynacha las nubes bajan de la cordillera para ocultar los brillos del atardecer cobrizo que invitan a desvelarse. El ambiente frío conduce a la gente a sus hogares. En las casas ricas se encenderá la calefacción artificial, mientras que en las pobres el bienestar se logrará con el calor de los cuerpos aglutinados en una cocina pequeña o en un dormitorio estrecho.

En el Palacio de Gobierno, sin embargo, sesiona todavía el Gabinete de Seguridad Interior, con la urgente finalidad de establecer cómo enfrentar a Arukipa Payllu. Los informes dan cuenta de que están llegando armas al altiplano de forma clandestina, sin que cuenten con pruebas definitivas sobre la participación de los extranjeros en ese asunto. En tales condiciones el presidente se niega a crear problemas diplomáticos y se muestra resistente a iniciar una represión ciega en contra de los nativos. La discusión se prolonga y el Salón de los Acuerdos no se calienta ni siquiera con el furor de los participantes, quienes discuten y proponen soluciones que no logran consenso.

Emiliano Chaski cansado de tanto ir y venir entre ideas poco sólidas, le pide a su vicepresidente, Luis Alfonso Madrigal, que por favor le exponga al pleno una solución inteligente. Y éste, que lo único que desea es irse a su casa a descansar, sólo atina a proponer que Emiliano Chaski participe como padrino de la llamativa boda que se realizará entre el profesor José Antonio Muñoz O'Farril y la señorita Rosalía Khana-wiri Qhispi. Lo sabe, porque la noticia corre como agua en las reuniones de la buena sociedad para tomar el té.

Todos lo miran atónitos. Él mismo se sorprende. No sabe por qué se le ocurrió tan descabellada proposición, si bien reconoce que desde hacía un rato sólo pensaba en su joven esposa y en su pequeño hijo recién nacido, al que deberán buscarle padrino para el bautizo. Nadie habla ni se mueve, expectantes de lo que va a decir a continuación. Así que, con la misma insólita inspiración, intenta darle coherencia a su propuesta. Se trata, explica, de un complemento distractor de una estrategia de mayor envergadura. Al atraer las simpatías del líder altiplánico, mediante el sencillo mecanismo de hacerlo compadre, al lograr que el presidente sea el padrino de la boda de su hija Rosalía, ganarán un tiempo precioso para indagar el asunto de las armas en el altiplano. Será dejar que se desarrollen los acontecimientos con el viejo juego de permitir que los ratones corran para capturarlos en sus madrigueras. Para sorpresa suya el plan logra la anuencia de todos los ministros. Todos reconocen el valor de las alianzas pactadas a través del parentesco ritual, y consideran factible e ingenioso que, como compadre del presidente, será fácil vigilar al indio sublevado, incluso abriendo la opción de convencerlo de que deseché su peligrosa aventura. Si Arukipa Payllu se radicalizó al perder adeptos frente a las opciones de cambio reales brindadas por Emiliano Chaski, el momento presente es propicio para tender puentes y curar heridas. Y si no se consiguiera apaciguarlo ofreciéndole un puesto en su gobierno, de todos modos la cercanía sería buena, ya que como reza un sabio dicho popular: al enemigo hay que mantenerlo más cerca que a los amigos. El asunto de la boda, en suma, les dará a los servicios de inteligencia la cobertura para concluir la investigación sobre los yacimientos de níquel y los intereses que tienen en ellos las empresas MacFarren.

Definitivamente, argumenta satisfecho Emiliano Chaski, tener bajo la lupa al heredero y dejarlo correr en libertad, es ponerle tinta a sus zapatos y lo demás será seguir sus huellas.

Emiliano Chaski invita a comer a Arukipa Payllu para convencerlo de su participación como padrino de bodas entre Rosalía Khanawiri Qhispi y José Antonio Muñoz O’Farril.

La cita es en un discreto restaurante de las afueras de la Ciudad de Aynacha. Allí el presidente le habla al dirigente indio de los beneficios mutuos de su posible compadrazgo. “Nuestra presencia, le explica, tendrá la bondad de crear una imagen de unidad, tan necesaria para el desarrollo de la República de Imantaña”. Empeña su palabra de que a cambio de ese apoyo en beneficio del país, él hará cambios sustantivos en la situación de los originarios: las tierras de los ayllus serán regularizadas; éstos contarán de inmediato con recursos gubernamentales para su desarrollo; y creará una circunscripción en el parlamento para que los indios tengan representación en el poder legislativo. Para esto último tiene lista la iniciativa y la enviará al Congreso en cuanto pase la boda.

Arukipa Payllu lo escucha paciente sin creer en lo que le promete. Sin embargo, acepta el plan como una estrategia para salvaguardar su proyecto de crear su Nación Originaria. Ya pensará cómo convencer a Rosalía y a Clementina de que se trata de una idea inocente, que él acepta para compensar a Rosalía de tantos años de haber sido una vergüenza para ella.

Retornan a la ciudad y Emiliano Chaski, emocionado por haber neutralizado al indio, llama a conferencia de prensa para anunciar su asistencia a la boda en calidad de padrino. En breve discurso califica a su gobierno como de transición, inclu-

sivo y participativo, y anuncia sus compromisos en beneficio de las comarcas indias.

Arukipa Payllu, al lado del presidente, con la mirada vaga, emite un confuso discurso en el que aprovecha la condescendencia paternalista de los medios de comunicación para entretener palabras en castellano con otras en lengua india y con ello mediatizar el tipo de compromiso político que ha establecido con el presidente. Consciente de lo que hace, menciona todas las palabras necesarias para hacerle saber a los entendidos que, a pesar de su participación en la boda de su hija con un blanco, y en la que será padrino un indio blanqueado como Chaski, mantiene su lucha para fundar la Nación Originaria del Altiplano. No se engaña, ni engaña a sus seguidores, y en su lenguaje cifrado señala que el compadrazgo será únicamente una forma eficaz de proteger el secreto de que los indios se preparan para levantarse en armas.

Ya en su casa, la alianza simulada le provoca un malestar creciente al líder indio. No aprueba la boda de Rosalía con un caballero blanco de alta sociedad y le enerva la terca convicción de Clementina de que el proyecto de unidad del presidente Chaski será bueno para todos. Varias semanas de agrias discusiones tuvieron antes al interior de su familia sin que lograsen dirimir las diferencias. Ni a su hija ni a su mujer les gusta la idea de una nación sólo de originarios, y él no confía en las promesas del nuevo presidente. El odio y el resentimiento son demasiado grandes entre los imanteños como para olvidarlos así porque así. Guarda en la piel el desprecio que padeció cuando trabajaba en el mercado y no quiere perdonarlo.

Desde que se transformó en Arukipa Payllu puede leer el temor, el resentimiento colérico, en la mirada de los blancos. Antes los caballeros no se detenían en su rostro porque la aten-

ción hacia su persona era apenas la suficiente para negociar el precio para que cargase sus muebles, lo demás eran órdenes y gritos. Ahora los blancos por temor tampoco lo ven de frente. Y aquellos que se atreven lo retan, sus miradas como cuchillas afiladas para herirlo, doblegarlo, destruir su dignidad y retornarlo a ser nadie; un desprecio que, en lugar de amedrentarlo, lo vigoriza.

En verdad le duele el matrimonio de Rosalía con un blanco, pero no tiene remedio y debe continuar con el engaño. La infracción le costará ser echada de la Nación Originaria. Se lo ha dicho, ha tratado de convencerla, pero es tan terca como Clementina. Ninguna de las dos confía en que tendrá éxito su proyecto y, con decenas de argumentos le señalaron que es tiempo de perdonar y de olvidar rencores. “¿Al caso es posible el perdón para los extranjeros si ellos nos han despojado de todo y nos han robado hasta la dignidad?”, mastica entre dientes el líder indio en la intimidad de su vida, convencido de que ellas son tontas, además de ciegas y crédulas.

La Irma y el Felipe Phaxsi, se dice con pena, son otros necios que creen que los blancos van a soltar tranquilos sus privilegios y les van a pedir perdón por tantos años de haberlos humillado. Por eso, afirma moviendo la cabeza, ellos también van a pagar las consecuencias de no echar a los blancos de Imantaña para fundar la nueva Nación Originaria.

Pese a esa oposición, para mantener la secrecía de su levantamiento armado, reúne a su esposa y a su hija para hablarles de la propuesta que se le ha hecho para que el presidente Chaski sea el padrino de la boda de Rosalía. Se dice convencido de las bondades de las promesas que se le han hecho para mejorar las condiciones de los indios, además que siente que la boda así planeada servirá para que toda la gente se sienta unida. Rosalía, conmovida por la nueva actitud de su padre,

se acerca para abrazarlo y Clementina eleva su mirada al cielo para agradecerle a todas las deidades su trabajo para convencer al terco de su marido de que abandonara su desquiciado proyecto.

Arukipa Payllu se va a dormir padeciendo la oscuridad de sus rencores, que le dejan en la boca un sabor amargo y triste por sus engaños.

Pasan los días y todo parece adormecido por la normalidad de un cambio de gobierno que no ha traído sorpresas desagradables. La euforia y el miedo se han borrado del escenario, creando un tiempo de espera en el que no se baja la guardia, pero tampoco se actúa. Únicamente los que conspiran se mueven con sigilo para no ser descubiertos.

En esa tregua, que se acompaña de un cielo sin nubes, José Antonio visita la casa familiar. Se dirige al jardín de la residencia donde de inmediato siente el vigor del sol sobre su cabeza y, molesto, se recrimina no haberse puesto bloqueador. Sus padres están sentados bajo la cúpula verde de una sombrilla. Sobre el vidrio de la mesa circular están los diarios que han dejado de leer para escuchar a su hijo. Lo invitan a sentarse con ellos para refrescarse. Él se niega y permanece de pie, en posición afirmativa de lo que pretende comunicarles, repitiéndose, mientras permanece altivo, que esta vez no caerá en las trampas de su madre, quien buscará modificar su criterio haciéndole creer que lo hace por convicción propia. Una manipulación que detesta desde que la descubrió a pesar de su disfraz de comunicación horizontal.

El tema a tratar es la inminente boda con Rosalía que tiene a sus padres tan preocupados.

Toma aliento y empieza.

Entre los sorbos de su jugo de frutas amazónicas, sus padres permanecen sosegados ante el embate verbal que inicia su hijo, con su estilo hablantín y pertinaz. Ellos, con suavidad para no encolerizarlo, sólo emiten de tanto en tanto alguna

pregunta o comentario, sin dejar de tomar delicadamente alguna de las frutas que descansan en un platón bellamente acomodadas. Una hora después llegan a un punto muerto. José Antonio emite las últimas palabras, ante el mutismo de sus padres. Ella con el rostro discretamente compungido y él con su soberbia indiferencia.

—Entiendo sus argumentos, pero les exijo que atiendan los míos sin tratar de convencerme de lo contrario. Me educaron para ser sensible a la realidad de este país y asumiera mis compromisos con criterio propio. Y, bueno, pues éstas son las consecuencias, ¿no es cierto? El punto es que estoy enamorado de Rosalía y, en consecuencia, me importan sus opiniones, pero no acepto que me las impongan.

—

—Además, quiero decirles que su familia es estupenda. Soy afortunado de emparentar con ella. Si ustedes estuvieran dispuestos a conocerla, sin prejuicios y sin imaginarse truculentas historias de arribismo social, se darían cuenta de que esa gente tiene mucho que enseñarnos. No viven con hipocresía, no están atados a convencionalismos absurdos y no padecen los chismes enfermizos de nuestra exquisita buena sociedad. Entre ellos las personas valen por lo que son y no por lo que tienen.

—

—Ustedes se han convencido de que idealizo a esa familia. Que me dejó influenciar por los acontecimientos, pero se equivocan. Yo, desde siempre, he estado con los desprotegidos, es la razón por la que doy conferencias en los sindicatos y realizo trabajo social en las colonias populares. ¿Acaso no es lo que ustedes me enseñaron?

—

—Es cierto que Rosalía y su parentela hablan un castellano arcaico, que carecen de maneras finas... pero tienen el alma

limpia. Una inocencia que nosotros perdimos por completo. Sí, así es. Tenemos mucho que aprender de ellos, como su generosidad y su falta de egoísmo.

—....

—Y vos, madre, con formación de médico además de ser psicoanalista, estarías feliz de conocer a doña Clementina, la madre de mi prometida. Es obvio que no para hacerla tu amiga, aunque sí con la posibilidad de que hagan cosas juntas. Hay muchas razones valiosas para conocerla. Una, porque es mujer, cuyos derechos has reivindicado siempre; y, dos, porque sería un apoyo fundamental para tus campañas de salud mental en las laderas. Ambas podrían organizar algo en contra de la violencia familiar, los feminicidios, o qué sé yo. Son tantas cosas las que pueden organizar juntas.

—....

—En cuanto a Rosalía, estoy seguro que sabrá adaptarse a nuestro mundo. Es joven, inteligente, sensible y no hay nada que no pueda cambiarse con voluntad.

—...

—Por último, quiero enfatizar un punto. Con inocencia o cinismo ustedes no paran de aconsejarme que evitemos tener hijos, por lo menos durante los tres primeros años de matrimonio. Su consejo es racista y me avergüenza en ustedes. Oculta sus prejuicios, su miedo de tener a la hija de una chola y de un indio como miembro de nuestra familia, ¿no es cierto? En el fondo desean que fracasemos.

—...

—En fin. Sólo les pido que asistan a la boda. Nunca, y en esto quiero ser enfático, les exigiré que convivan con esa familia. Si llega a suceder tendrá que ser porque ustedes así lo desean.

—...

—¡Ah! Y no está demás comunicarles, por ahora discretamente, que si les preocupa la alta sociedad mi boda será la de mayor impacto en los últimos años. Me acaban de proponer que nuestro padrino sea el nuevo presidente de la República, Emiliano Chaski. Al principio lo sentí como una intromisión en mi vida privada, pero ahora, luego de ver sus reacciones, que no son tan diferentes de las que tendrán nuestras amistades, he recapacitado y aceptaré como una manera de taponar la boca al chismorreó. El matrimonio civil, según la propuesta, puede ser íntimo, sólo para nuestras familias. En cambio, a la boda religiosa se invitará la crema innata de la sociedad imanteña, que asistirá por gusto o por obligación, eso no importa. En cuanto a la ceremonia que se efectuará en el Puente de las Culturas se tratará de una verbena popular, sin protocolo oficial, como se acostumbra entre el cholaje de la ciudad. A esta parte ustedes decidirán si van o no.

Una vez concluido su discurso, sus padres, sin comentar nada, vuelven a sus periódicos, convencidos del peso que tendrán las diferencias; no es gratuito que existan las clases sociales y eso se verá más pronto que lejos. José Antonio, por su parte, se marcha con paso fuerte y postura erguida, cierto de que ha ganado la batalla.

A las ocho de la noche Felipe Phaxsi llega a su cita en la Central de Sindicatos Mineros. El trajín de la oficina ha concluido y sólo un borde de luz, por debajo de la puerta del Salón de Actos, le indica que lo están esperando. Con las manos en los bolsillos de su chamarra se acerca sin hacer ruido, con la esperanza de entender lo que dice el murmullo de voces que sale del salón. Es imposible. Después de varios segundos de darse valor se atreve a tocar. Una voz ronca de contornos indefinibles le indica que entre. Nunca ha estado en ese salón, imponente por su tamaño y decoración. En el fondo, los retratos de Marx y Lenin comparten pared con la bandera de la República de Imantaña. Al frente, con sus insignias y la fuerza de sus colores, el estandarte de la Central de Sindicatos Mineros muestra un pico, un mazo, un casco amarillo y una mano morena con un ramillete de cartuchos de dinamita.

Una voz, sin saludarlo, le ordena que pase a sentarse en la silla de madera al centro del salón. Alrededor, bajo una sombra intencional, se dejan ver las trece siluetas anónimas que analizarán su caso. Los escrupulosos dos metros de distancia entre Felipe Phaxsi y el semicírculo de sus escrutadores, suscriben el resquemor que los separa. Una intensa luz ilumina la silla del acusado, esencial para mantener ocultos los rostros de los inquisidores.

El sindicalista reza para que el ligero calor emanado de la lámpara colgada del techo sea una buena señal.

Inicia el interrogatorio.

Por turno, los jueces le preguntan sobre su trabajo, su familia paterna y materna, y le piden que con soltura hable de sus

inquietudes; no preguntan nada vinculado con el motivo de la citación. Durante dos horas ninguno menciona el documento de John ni a Dylan MacFarren, ni hablan de Arukipa Payllu. Él tampoco y comprende que participa en un juego desconocido.

A las diez de la noche el sindicalista cocalero está confundido por la tónica del interrogatorio, y se encoge presionado por la desconfianza oculta en la oscuridad y que, sin embargo, lo acecha y vigila en cada uno de sus gestos y palabras. En ese gran salón sin calefacción aumenta la incomodidad, tenso su cuerpo sobre la estrecha y dura silla de madera. No encuentra la manera de sentirse cómodo. Cruza las piernas, las desdobla, se sujeta a la silla con las dos manos, las retira, las trenza sobre sus piernas, las enlaza detrás de su nuca y mueve la cabeza de un lado para otro, sin atinar a encontrar una mejor postura.

A las diez con diez minutos sus jueces lo invitan a que haga un minucioso análisis de lo que sucede en el país. Felipe Phaxsi hace el esfuerzo de recordar lo aprendido en las sesiones de capacitación sindical y habla con las mejores palabras, las rimbombantes, las llamativas, las que usan los líderes con frecuencia con el propósito de enfatizar su radicalismo. Se cuida de no mencionar algo que haga suponer que desconfía de su directiva sindical o que exprese que duda del futuro de la lucha.

A las once treinta de la noche el frío es insoportable. Le duele cada centímetro de su cuerpo que permanece tieso, congelado ya por la zozobra. Desconsolado piensa que no existe la solidaridad sindical si se desconfía, cuando al grito de, “¡muerte al traidor!” se acusa a un camarada.

Media hora más tarde la oscuridad amenaza con tragarse el desgastado halo de luz blanca. Sus verdugos continúan su acecho con el mismo timbre de voz, sin ninguna emoción. Sus

voces provienen del lugar donde radica la verdad, la única posible. Felipe Phaxsi, con las axilas húmedas, con la espalda adolorida, con los dedos insensibles, con la garganta humillada, se doblega. Ya no cuida las palabras ni elabora discursos aprendidos en los panfletos y echa afuera su verdad. Debe salvarse de la noche que avanza para tragarse lo que ha sido su vida. Les cuenta cómo fue que conoció al gringo, por qué es su amigo y les detalla lo positivo que el extranjero ha hecho por su sección sindical. “Porque lo conozco y lo he visto trabajar confío en su documento”, les dice con la mirada ciega extendida hacia las siluetas que lo han emboscado por tantas horas. “En cuanto a mí, por lealtad a mis principios, por fidelidad a mi sindicato, me hice conducto para que mis dirigentes lo conocieran”, concluye con lágrimas atormentadas, contenidas en sus ojos atribulados por el cansancio.

Respecto del otro personaje que les interesa trata de ser definitivo en un largo soliloquio atormentado por la incómoda silla. Él, Felipe Phaxsi, a pesar de tener a Arukipa Payllu como pariente no sabe nada de las armas, ni puede informar sobre los yacimientos mineros a los que hace referencia el documento del gringo. Él está en desacuerdo con su proyecto de formar una Nación Originaria, por lo cual jamás habla con él de política. Pero algo importante sí sabe, y puede demostrarlo con la crónica periodística que publicó ese día Paula Quiroz Magaña. En ella se habla de la próxima boda entre Rosalía Khanawiri Qhispi, hija de Arukipa Payllu con el profesor universitario, José Antonio Muñoz O’Farril, y se anuncia que el presidente Chaski será el padrino. Termina esta parte de su argumentación. En el salón no se escucha ni la respiración de los juzgadores. Agobiado por la magnitud de lo que ha dicho espera que reaccionen sus juzgadores. Nada le preguntan y se enfoca, entonces, a describir cómo transcurre su vida en esa maraña caótica en que lo ha metido su enloquecido pariente, y

poco a poco se enreda en la sogá que ha lanzado para salvarse.

—Para mí —concluye con la cabeza abrazada por sus manos— que el Emiliano Chaski sea el futuro padrino de la boda de mi sobrina es una prueba de que existe un trato entre el Arukipa Payllu y el presidente de la República, que seguramente algo tendrá que ver con las minas.

Ya culminada su denuncia lo acosa el remordimiento. Ha traicionado a su pariente y eso traerá consecuencias. Sin embargo, un alivio creciente se apodera de él y levanta la cabeza como un acto de valor y de lealtad a su sindicato. Lo que sea que suceda lo asumirá con garbo porque tiene fe en los ideales socialistas y en su valiente historial de lucha. Lanza su mirada hacia las siluetas de sus verdugos y respira con plenitud para recibir su sentencia.

Los dirigentes no le preguntan nada más.

Le dan las gracias por su comparecencia y lo mandan a su casa a descansar.

Una vez que se ha ido el imputado, discuten arduamente hasta el amanecer.

En los momentos cruciales de una historia son los detalles los que develan los misterios, ya que con su disfraz de que no importan abren grietas por donde se asoman las verdades que se pretenden ocultar. Así que tres días antes de la boda una de esas nimiedades aqueja a José Antonio Muñoz O’Farril.

El joven profesor no duda de su amor por Rosalía. Se siente dichoso por su matrimonio como paso sustantivo para consolidar su unión. La duda que lo agobia es menor, pero lo atormenta: no sabe cómo vestirse para la boda. Analiza las opciones colocadas sobre su cama. Si opta por el smoking, regalo de su padre el hecho será leído como signo de su superioridad social respecto a Rosalía. Si se decide por su ropa habitual, invariablemente pantalón de mezclilla y un saco de lana con parches en los codos, será una humillación para la familia de su novia que ha empleado todos sus recursos para que el evento sea el más fastuoso realizado sobre el Puente de las Culturas. Juega también con la opción de portar un poncho rojo que hable de su decisión de aceptar la cultura de la familia de Rosalía, sólo que, adelantándose a esa posibilidad, su madre se lo prohibió terminantemente. “Si deseas convivir con esa familia, le dije, debes hacerlo desde lo que eres y nunca por la simulación”. Origen es destino ha sido siempre su lema, y en esa atadura confía para que José Antonio no se desarraigue del mundo culto y educado en que nació.

Son las cinco de la tarde y no ha resuelto nada. Una empleada doméstica le avisa que la señorita Paula Quiroz Magaña lo espera en el salón. Ha venido desde Mariscal Santana para

tener con él una entrevista exclusiva, dada la importancia social que tendrá su boda.

Encuentra a Paula husmeando la mesa, rebosante de pastas dulces y saladas, frutas y jugos, dispuesta, además, con una amplia gama de tés, entre los que destacan los ingleses y los de la India que están de moda. Se saludan con un beso en cada mejilla, beben té con leche, comen las pastas saladas, degustan los pastelillos dulces y charlan protocolariamente hasta que Paula, con una pequeña grabadora en la mano, le pregunta:

—Así que un Muñoz O’Farril se casa, ni más ni menos, que con la hija de Arukipa Payllu, uno de los políticos más polémicos e interesantes del país. ¿Qué significa para vos, José Antonio, esta boda? Digo, más allá del amor que supongo sientes por la muchacha.

—¡Ya! Te contestaré de la mejor forma para que no haya equívocos. Antes que nada, agradezco tu interés y que hayas venido desde tu refugio en Mariscal Santana para hacerme la entrevista. Sólo que de inicio quiero aclararte dos cosas: la primera, es recordar que acepté esta reunión por tu insistencia, y la segunda es que la pregunta que me haces denota un sesgo. Es decir, que lleva implícito que hay algo no natural, algo extraño en el hecho de mi boda con quien llamas “la muchacha”. Y no hay nada, o debo decir con más exactitud que no debería haber nada fuera de lo común en esta boda. Rosalía es una mujer y yo un hombre, nos amamos, nos queremos casar y, ¡listo!

—Formalmente es cierto, pero no podrás negar que es una boda extraordinaria dadas las condiciones del país.

—Dadas las condiciones del país, debería ser un ejemplo a seguir para que dejen de existir comentarios malintencionados que cuestionen la naturalidad de un hecho como éste —grita exaltado, poniéndose de pie—. Tendría que ser un ejemplo para demostrarle al mundo del chisme, de la comidilla inútil

que todos somos iguales. ¡Que no debe importar el origen ni la posición social!

—Cierto. Cierto. Pero, por favor, no te pongas en guardia. No pretendo ofenderte y menos humillar a tu novia. Me conoces bien, sabes la posición desde la que trabajo y te pregunto.

—De acuerdo. Sigamos. Es que no puedo evitarlo, estoy algo nervioso. Faltan tres días para la boda y son demasiadas presiones. ¿Puedo confiarte algo *off the record*?

—Por supuesto —contesta Paula, y con premura apaga la grabadora—.

—Reconozco que es una tontería, algo superficial. Pero es que ¡no encuentro la forma adecuada para vestirme ni para la ceremonia civil ni para la religiosa! Y no se diga para la fiesta popular en el Puente de las Culturas. Estarás enterada de las costumbres de esa gente...

Divertida y cómplice, Paula le sonríe, y luego de saborear lentamente su taza de té, le plantea la solución. Así que media hora más tarde lo presenta con la mejor diseñadora de modas del país que, por supuesto, es amiga suya.

José Antonio Muñoz O’Farril asistirá a su boda civil, religiosa y popular, ataviado con un elegante smoking negro, luciendo en la cintura una ancha faja de lana, tejida por las mujeres indias del altiplano.

A las seis de la mañana los dirigentes sindicales aceptan no tener suficientes elementos para probar que Emiliano Chaski apoya el proyecto de Arukipa Payllu. No obstante, por tratarse de un funcionario y de un político de trayectoria partidista, suponen que es capaz de realizar maniobras turbias en su beneficio: desde negociar una jugosa tajada en las futuras compañías explotadoras de los misteriosos yacimientos mineros, hasta amarrar prebendas políticas en la futura nación india.

Las conclusiones se plasman en una minuta, perfectamente firmada y sellada, en la que se enlista lo siguiente:

1) Que el levantamiento armado para imponer la Nación Originaria pretende acabar en el país con la lucha sindical y con ello toda posibilidad de volverlo socialista;

2) Que existe una alianza inaceptable entre Arukipa Payllu y el gobierno de Emiliano Chaski, la cual se comprueba con la boda que los hará compadres;

y 3) Que esos dos traidores, vendepatrias, están, a su vez, aliados con un gobierno extranjero para despojar al país de sus recursos mineros, y sepultar para siempre la lucha sindical. Está clara la traición.

A las siete de la mañana discuten las posibles acciones a corto mediano y largo plazo.

A las ocho treinta de la mañana definen las inmediatas.

A las nueve de la mañana en punto seleccionan a quienes las encabezarán.

Llega el día de la boda y se desarrolla la fastuosa ceremonia popular.

Clementina espera satisfecha el momento para ingresar al Puente de las Culturas. Lleva del brazo a Rosalía que a su vez aprieta el brazo de su padre. En el extremo opuesto está por ubicarse el presidente de la República. Desde allí, según la adaptación del ritual, el mandatario cruzará el puente hasta el centro donde ella lo espera junto a sus padres. Ella, entonces, ofrecerá su ramo a los cuatro rumbos del mundo y ambos ofrendarán a la Madre Tierra con puños de arroz y gotas de champaña. El presidente le dirá “¡salud!” al río Mit’ajilawi y brindará con las altas montañas de la cordillera.

Concluida esta fase avanzarán juntos hacia el otro extremo del puente, donde José Antonio Muñoz recibirá a su esposa, bendecida ya por las deidades primordiales.

Emiliano Chaski camina apresurado entre la multitud que lo vitorea. Está emocionado. Disfruta esta boda convertida en acto público como el cierre de sus años de esfuerzo para darle otro rostro a su país. Para él simboliza el arranque de su proyecto de unidad nacional. Además, que, por ser soltero, piensa que pronto transitará por ese puente para empezar una familia acorde a la nueva etapa que encabeza. Ha convocado a la televisión con el propósito de que los imanteños disfruten y aprendan del evento. Es tanta su confianza en sí mismo, y en la recepción popular de su proyecto, que rechazó la custodia de la Guardia Presidencial. Se siente amado y protegido por el pueblo que votó por él, y le brinda la confianza de participar en la fiesta como cualquier ciudadano.

Satisfecho, pasa lista a los asistentes. Hay multitud de cholos y cholas, indios de ponchos rojos, coccaleros de chompas de piel, mineros con cascos amarillos, gente común de la ciudad y hasta distingue a los turistas. Por allí anda un gringo azorado y deslucido que puede ver por arriba de la multitud y más allá vislumbra a otro de pelo rojo que chispea entre tanto cabello negro. Chaski vive ese panorama como expresión del encuentro armónico entre gente distinta en sus colores de piel, sus culturas, sus civilizaciones. Está consciente de que a esa parte tan significativa de la boda no asisten los imanteños de buena cuna, y no le importa porque ya tendrá tiempo de que se incorporen a la unidad nacional que prometió como candidato. A cada quien le dará un lugar y una opción. Por eso ha invitado a todos los actores políticos a formar un gobierno de transición. Sabe que en los extremos hay radicales, como Arukipa Payllu, pero a éste, como a los separatistas, como a los empresarios, como a los dueños de las minas y a los mineros obstinados que siguen en huelga en algunas regiones, ya los convencerá de pacificarse cuando genere las condiciones para ello: con compromisos, con acciones, con buena voluntad. Y si no logra que su compadre cambie de opinión por las buenas, alguna forma no tan buena encontrará para aplacarlo. Para eso trabaja ya su sistema de inteligencia política. Un asunto más delicado será demostrar la intervención de los extranjeros en el tráfico de armas. Sin embargo, aun en ese caso tendrá éxito si está dispuesto a ceder algo, convencido de que, si se quiere, siempre hay manera de construir acuerdos.

Emiliano Chaski está en este punto de sus cavilaciones cuando llega a la orilla que le corresponde y mira complacido el extremo donde la novia espera su señal para ingresar al puente. La contempla. Le encanta verla con su tocado de flores blancas, en contraste feliz con el rojo abrigado de sus mejillas. “¡Qué bellas son las mujeres de mi pueblo!”, piensa hen-

chido de orgullo. De verdad le gusta Rosalía. Admira su cara ovalada, su nariz de ave, sus ojos vivaces y la altanería de su porte. “Ya ninguna jovencita volverá a ser humillada por ser hija de cholos o de indios”, piensa orgulloso de participar del cuadro que captan las cámaras de televisión: “¡El padre de poncho rojo, la madre de pollera azul celeste, la hija de seda y encaje blanco!”.

El presidente suspira complacido, y con una amorosa inclinación de cabeza emite la señal para iniciar el rito, que seguirá la cadencia de las bandas de música que inician la marcha nupcial como obertura.

Acompañada por sus padres Rosalía ingresa al Puente de las Culturas. Camina hacia el oriente para encontrarse con el presidente Emiliano Chaski y voltea para ver a su novio y brindarle una sonrisa cómplice, un adelanto de su vida juntos en la que emprenderán batallas apasionadas, como la que los unió la vez que se amaron por primera vez.

Avanza sobre el puente con la elegancia ensayada que les grita a todos sus logros: ya no será india, ni chola, ni birlocha porque será la señora Muñoz O’Farril. Se siente plena. Ha pospuesto sus temores de los posibles problemas con los padres de José Antonio, que adivinó en el exceso de cordialidad que le mostraron al conocerla. Ya tendrá tiempo de resolverlos, no ahora que se presume ante la multitud que ha acudido para contemplarla con su vestido de seda blanca, los hombros desnudos, afilada la cintura. Evoca la época en que soñaba remontar el cielo como cóndor con ánimo de emprender el vuelo, y agita su melena corta, ensancha el pecho y ríe con gorjeo de ave.

El séquito que la acompaña está por llegar a la mitad del puente cuando la gente se remueve detrás del presidente Chaski. El barullo de cuerpos llama la atención de Clementina. “Uno de prensa que quiere hacerse la foto”, piensa, sin detener su paseo junto a Rosalía, bamboleante su pollera satinada, refulgente con el sol de mediodía. No deja de sentirse inquieta y regresa a observar a la multitud que continúa agitada a causa de un minero que avanza hacia el mandatario.

Rosalía y sus padres llegan a la mitad del puente.

El minero logra colocarse junto al presidente.

Clementina Qhispi, que no ha dejado de ver el trayecto del hombre que ha logrado colocarse ya junto al presidente, le grita a su marido “¡Mirálo vos!”, y ambos lo reconocen. Es más fornido, más oscuro de lo que recuerdan, pero conserva su mandíbula cuadrada y tiene los mismos ojos pardos, como de aguilucho, que almacenan el frío de las montañas.

— ¡Señor presidente! — grita el minero mientras jala al mandatario por el hombro para verlo de frente—. ¡Vengo aquí como protesta! ¡Te has sabido convertir en un traidor para tu pueblo y no podemos perdonarte!

Las insistentes miradas de los padres de la novia hacen que el hombre de casco amarillo volteé a verlos. Es un instante, un brevísimo intervalo de tiempo en el que el minero los reconoce y distingue los hilos del destino que orientaron sus decisiones. De nada sirvió que los amantes huyeran. Tampoco su intención de hundirse en las entrañas de la tierra con el propósito de olvidar su deber con las montañas sagradas. La predestinación se expresa en que los tres, por fin, se han encontrado.

Gobernado por la fatalidad, Roberto Kunturi, con el nombre minero de Roberto Condori, no deja de mirar a su rival y a la que fue su mujer. Renacen en su cuerpo los senderos forjados por el rayo que lo queman y con ellos la urgencia de volar hacia las cumbres para hurgar en los hielos y ofrendar a las deidades. Ha de saciar su ansiedad, hacerse uno con los vientos, fundirse con el infinito, acarrear la lluvia, controlar los torrentes, acabar con las desgracias, y ponerle fin a la sequía que durante siglos ha sometido a su pueblo a la tristeza.

Francisco Khanawiri, con el nombre mesiánico de Aruki-pa Payllu, no se separa de la mirada amarilla del minero. Lee en ellos los designios que los han reunido para que cumplan su deber. Francisco se despoja del temor y asume el reto.

No así Clementina que se siente víctima de un destino injusto. ¿Por qué?, interroga a las deidades antiguas y reta al Santo Señor Crucificado que contempla pasivo lo que sucede, a que reaccione. A que cumpla su promesa de perdón. Se reconoce pecadora, pero también redimida por su trabajo y sus buenas acciones. Le suplica al Cristo porque él también ha sido sacrificado y sabe de la inutilidad de las venganzas.

¿Por qué debe suceder así?, interpela con su mirada a los que han sido sus maridos, incapaces de perdonar, de abandonar sus pequeñas ambiciones de poder, de su virilidad posesiva y hambrienta. Incapaces de comprender lo que son las mujeres dadoras de vida, protectoras del milagro de la existencia, antes que destructoras. Acusa de perversas a las deidades ancestrales por alimentarse de sangre, y sólo exime de culpas a la Madre Tierra porque es mujer y ha llevado en su vientre el sustento de la vida, igual que ella llevó a Rosalía, su hija amada, a quien se ha propuesto proteger, y no podrá hacerlo más porque la tiene ahora a su lado y será víctima también de la furia irreconciliable de los dioses y los hombres que no saben perdonar.

—¡Nunca más un futuro sin nosotros! —le grita Roberto Kunturi al presidente Emiliano Chaski—.

—¡Nunca más! —grita Francisco Khanawiri, cierto de que ellos han sido elegidos para concluir un ciclo del tiempo y se conforma, a sabiendas de que sólo la gente de poder, como son ellos, con su sangre sacrificada sembrada sobre la tierra hará que nazca la nueva época, el nuevo amanecer dentro de la espiral del tiempo inmemorial.

Clementina se rebela.

—¡No! —grita angustiada—. ¿Por qué ella, por qué su hija, por qué otra vez tanta gente inocente? ¿Acaso el odio no tiene llenadera? Y mira con afán de vida las cumbres nevadas, el cielo azul, el entorno viviente que la rodea, y vuelve a su-

plicar a las deidades antiguas y al Dios cristiano que reaccionen a favor de la vida y la reconciliación.

Sin indicios de que algo vaya a cambiar se acerca a Rosalía y estrecha su mano con fuerza. Vuelve a implorar el milagro y reza ¡Por favor, más vida y menos destrucción! —Y desde sus ojos negros mira el amarillo pardo de los ojos de Roberto que, igual que los de Francisco, siguen ciegos a cualquier mensaje. Los dos obstinados y egoístas como han sido siempre. Fanáticos los dos de una creencia única e irrevocable—.

Roberto lee la súplica de la mujer y, sin comprender su fondo sabio y aleccionador, guiado por el coraje acumulado, reafirma lo que debe hacer. Mira intensamente a Clementina y luego a Francisco con la certeza de lo ineludible. Están allí porque con ese fin nacieron y vivieron. El minero introduce, entonces, la mano dentro de su chamarra, siente la redondez de los cartuchos acordonados a su pecho, acaricia los filamentos, y sin más tientos activa el mecanismo de la dinamita que trae puesta.

La energía del detonador corre por el cableado de los treinta y seis tubos, amarrados en seis fajos de seis cartuchos cada uno. Se activan los fulminantes que desatan la energía violenta y calórica de una explosión vibrante, expandida en intensas olas lumínicas y sonoras.

Se estremece la tierra.

Crepita el entorno.

La fuerza liberada se expande roja y amarilla.

Todo se resquebraja alrededor.

Rosalía vuela hasta alcanzar el magnífico cielo plumbago que enmarca la cordillera.

El tiempo largo gira y se completa el ciclo.

Y las deidades primordiales, sin reconocerse en lo que se dice de ellas como sedientas de sangre, se preguntan qué es lo que los necios humanos de allá abajo harán ahora con ese tiempo que, con tanto odio y violencia, han hecho renacer.

La conjura del tiempo
se terminó en abril de 2024
en Juan Pablos Editor, S.A. de C.V.
2a. Cerrada de Belisario Domínguez 19
Col. del Carmen, Alcaldía Coyoacán
México, 04100, Ciudad de México
<juanpabloseditor@gmail.com>

500 ejemplares

